

*el mundo de
juan lobón*

luis berenguer

Lectulandia

Narra la vida del furtivo Juan Lobón. La novela está inspirada en un personaje real, los menos jóvenes del lugar recuerdan perfectamente donde estaba situada la choza de Juan Lobón. «Toda la acción transcurre rodeada de un paisaje apenas descrito, pero que se adivina bello y agreste, un paisaje de la verdadera Andalucía, no la de charanga y pandereta, sino la de los hombres que viven enfrentándose a la pobreza». Y ese paisaje no es otro que Benalup y su campo.

«El mundo de Juan Lobón» fue declarada finalista del Premio Alfaguara. En 1968 obtuvo el Premio Nacional de la Crítica. «El mundo de Juan Lobón» es la supuesta autobiografía de un cazador furtivo que, en su lucha por sobrevivir y proteger a los suyos, se enfrenta a los terratenientes, a los caciques, a las autoridades e incluso a la mezquindad y envidia de su propia gente. Encarcelado por un delito que no cometió, escribe en el calabozo su historia. Inspirada en la verdadera vida de José Ruiz Morales, alias Perea, la novela ofrece un testimonio de una realidad muy concreta: la Andalucía de la posguerra en adelante, la extrema pobreza del medio rural, un mundo profundamente injusto donde los ricos terratenientes imponen su voluntad, la justicia se compra y se vende y las leyes se hacen contra los pobres. Sin embargo, el personaje de Juan Lobón carece de ideología, sólo conoce las leyes de la naturaleza, que están basadas en la eficacia y en la fuerza, y su mentalidad es ingenua y primitiva.

Lectulandia

Luis Berenguer

El mundo de Juan Lobón

ePub r1.0

hermes10 29.10.14

Título original: *El mundo de Juan Lobón*

Luis Berenguer, 1967

Diseño: Liarte

Editor digital: hermes10

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Torregorda, mayo 1966.

Doctor don José Benavente Campos.

Querido don Pepe: Yo sé que no fue usted el que asistió al parto de Juan Lobón, ni el que diagnosticó, ya desde lo húmedo, que no era como todos. No fue usted de puro milagro.

Por eso le dedico este cuento de cazadores que aprendí de los hombres y los ecos que van dando tumbos por esas serranías del Aljibe, Bermeja y Ronda, en un sitio que no quiera usted localizar en el mapa porque no está allí: está, según se va, tirando para arriba, en la encrucijada de los que nunca perdieron la fe en su destino.

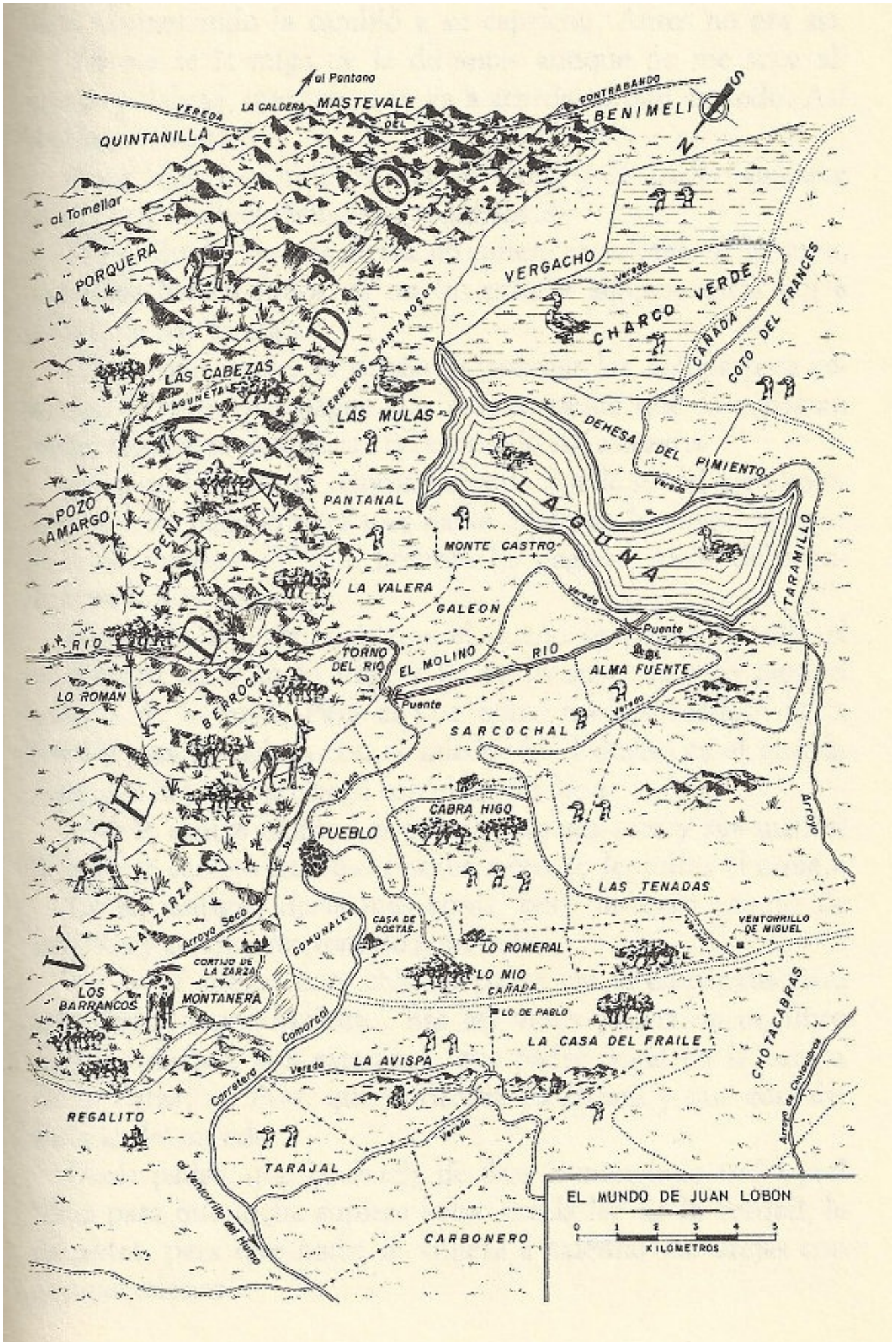
Sonaba todo con tanta insistencia, que hasta celos sentí de que alguien con más merecimientos se me adelantara a escribir esta fábula, que estaba, a medio tiro de escopeta, dispuesta a dejarse matar por el primero que apretara el gatillo.

Hay algo que no quiero dejar de señalar: usted sabe que la gente de esta tierra tiene el buen gusto de abreviar cuanto sobra a las palabras una vez que se han hecho comprensibles. Si yo he utilizado la fonética al uso y no la de los tos y los nas, lo hice considerando que el sonido de un acento que es alma, no se puede llevar al papel sin ponerle a la vera un pentagrama con notas musicales. Y yo no sé tampoco música.

Vaya mi envío para usted y para esa humildad que, como las cabras, ramonea todavía en lo subdesarrollado.

Afectuosamente.

Luis Berenguer



Cuatro cosas para antes de empezar

A lo primero la ley no era como ahora, que la abuela de don Gumersindo la cambió a su capricho. Antes no era así.

Yo me sé la miga de la de antes aunque no me sepa algunas palabras, que tampoco va a acordarse uno de todo. Así era la de antes:

«Los bichos montunos son de todos y de nadie: del que los trinca. No hay castigo por matarlos».

«Si el dueño de una tierra no quiere cazadores en lo suyo, eche los bichos fuera. Si no los echa y alguien entra allí a cazar, no hay castigo».

«Si lo que quiere el dueño es guardar los bichos para cazarlos él solo, que pague. Lo que se saque que lo repartan entre los que se perjudican no entrando allí a cazar».

«Si a un hombre lo trincan cazando donde lo del otro hombre que ha pagado para que nadie entre en lo suyo, castigo: diez bastonazos. El otro hombre ha pagado, nadie debe entrar en lo suyo».

«Sí no lo trincan, sino que el dueño se entera cuando el que entró anda en lo libre y no en lo suyo: castigo para el guarda de lo suyo. Para el que entró no hay castigo: se la jugó y ganó, pagó ya con el miedo. Si el dueño es el guarda tampoco hay castigo, pagó con el berrinche».

«No le quites el arma al cazador: es sus pies y sus manos. Si merece castigo dale bastonazos, pero no le quites el arma».

La ley antigua decía más cosas, pero no eran asunto de cacerías y es tontería ponerlo aquí todo.

Yo la leí siendo muy chico y padre me la empapaba para hacerme el entendimiento. Esa ley venía puesta en un libro muy gordísimo, con estampas, que padre cogió en la basura de la Zarza, un libro que le decían *La Esfera* y que contaba todo lo del mundo.

Decía padre, que la abuela de don Gumersindo tiró aquel libro para que nadie supiera cómo era la ley de la verdad, la de antes, para que nadie le viniera a calentar las orejas con comparaciones.

Los papeles lo cambian todo si tienes influencia y convidas a éste y al otro que los escriben. Eso hizo la abuela de don Gumersindo que siempre trajo el mundo revuelto con sus caprichos.

Nunca me gustó ver un reclamo de pájaro perdiz y ahora menos, ahora que me sé lo que es llamar al campo que queda por fuera de la reja.

Tan malo es esto que me he puesto a escribir.

Don Fermín, el alguacil, se troncha de reír cuando le digo que voy a llenar un libro con mis cosas. Yo de pluma sé para mi avío, y si un libro son palabras de las que yo sé poner, a don Fermín y a su risa les pueden ir dando.

Un libro de novios, o de fulanas y cosas de esas, no digo yo que fuera capaz de

inventarlo. Para eso hace falta tener mucho en la cabeza, ya lo sé yo sin que me lo diga don Fermín; pero de lo mío, de lo que yo sé, ¿por qué no voy a contarlo?

Si estuviera libre, claro que no escribiría, ni perdería el tiempo en tonteras, que esto no es lo mío, ni razón tendría de hacerlo. Ahora la tengo.

Yo soy Juan Lobón y estoy aquí no por robar una caballería, no por matar un hombre, ni por lo que es razón. Aquí me trajeron porque la cuerda siempre se rompe por lo más flojo, porque la justicia tiene la querencia del que más puede y porque la ley es mala.

Si me hubieran puesto a la sombra por hacer lo mío, a la sombra estaría por la verdad, no que ahora lo estoy por la mentira.

Soy cazador y no soy ladrón. Viví siempre de mi oficio como otros viven del suyo. Pero nadie va a la cárcel por capar cochinos, guardar cabras o herrar una bestia. Por cazar, sí.

Pero si por cazar me hubieran traído, si por trincarme en el monte me hubieran apretado, preso me vería por la verdad; no que ahora, por no haberme podido trincar en el monte, por no haberme quitado la caza, la honra me quitan y me ponen de ladrón entre rejas. Es la justicia y no soy yo quien miente, pues si ella está del lado de don Gumersindo, que es el que más puede, la razón está del mío aunque de nada sirva.

Hicieron la ley para los viejos, para los cojos, para los que no saben, ni pueden, ni sirven para la lucha del monte. No dio Dios piñones al que no tiene dientes, ni le puso colmillos a la vaca, sino tetas.

La ley nueva la pusieron contra nosotros, los cazadores. Por eso tenemos que cazar sin la ley, porque la ley es mala.

La abuela de don Gumersindo sabía mucho, pero el que escribió esa ley nada sabía. Mala ley la que no echa cuenta de lo principal. El pobrecito que la escribió, harto de vino y regalos, no podía ser un cazador y puso en el papel lo que le dijeron, sin saber lo que ponía.

Yo no soy más listo que nadie y si me pongo a dar lección de lo que entiendo no es por mérito que yo tenga. En esto de la cacería, no en otra cosa, tuve muy buenos pañales y un padre que heredó del suyo y de su abuelo lo que me dejaron para ser hombre: los saberes del monte.

Mi padre fue el mejor en lo suyo. No todo el mundo puede decir lo mismo de su padre y por eso no me las doy de nada. Si yo hubiera nacido en la cuna del que escribió la ley, también sería un ignorante.

Lo que un cazador conoce, sólo otro cazador puede conocer, y no es igual decir una cosa muy bien pensada por capricho de decirla, que meterle el sentido de la vida.

Con la ley nueva en la mano, yo puedo matar el bicho del coto que sale a la cañada y no puedo matar el de la cañada que entra en el coto. Si el bicho anda a su aire, sin hierro de nadie, ¿qué cambia, de suyo, por matarlo aquí o allá?

Si lo que no me dejan es entrar en lo de don Gumersindo, cuando sin arma entro,

y no piso trigo, ni zahina, ¿qué daño hace el arma al campo? Si por el bicho no hago daño, porque no tiene dueño, y por el campo tampoco lo hago, ¿qué es lo que castiga la ley? Por eso digo que la ley es mala.

Yo no soy más listo que nadie pero, a lo que a mí se me alcanza, si don Gumersindo compra todas las tierras, porque le sobran los cuartos para eso y para mucho más, y pone de tablillas todo lo ancho del mundo, ¿dónde íbamos a pisar nosotros y los que hicieron la ley? Por eso la ley es mala.

Yo no puedo pisar sembrado, ni lo que tiene techo, pero todo lo que por arriba y por abajo no tiene fondo, ni obra, ni semilla, puedo pisarlo. Esa es la tierra por donde vamos los vivos y se quedan los muertos.

Yo he oído a la gente del señorío decir que don Gumersindo es un cazador muy fino y que don Senén es un cazador muy sabio. Esto es una tontera muy grandísima, la diga quien la diga. ¿Cómo pueden ser don Senén y don Gumersindo cazadores? ¿Dónde aprendieron esos saberes, si nunca pisaron el campo solos?

Cuando se mienta un cazador, se mienta el que se ha casado con la caza, no el que chicolea con ella por la reja, el que tiene ese oficio porque lo aprendió y le da de comer.

Hay quien se pone bravo cuando le dices que no es cazador, sino aficionado, porque se piensa que es un piropo que no le quieres echar. No es un piropo, es un oficio.

La Sara cura a la gente y no es médica aunque le digan la Médica. Le tiene afición a curar y hace lo que sabe. Pero la Sara no es don Celestino, que aprendió lo suyo y de eso vive. Los méritos de don Celestino son, de suyo, de lo que él es. Los de la Sara una afición sin fundamento.

Lo malo es que la ley nueva es un empeño en lo nuestro para los que no tienen fundamento, para los que se divierten con lo que es nuestra vida.

La ley y el aficionado se piensan que la cacería es cosa como la pelota o el dominó. También los ricos se divierten con las mujeres y en ninguna parte dijeron que se debe meter preso al que se case con ellas. ¡Más valiera algunas veces!

También dicen que esto es oficio de vagos y como he de contar los trabajos que da, ni gasto más en contestarles. Pero los peores son los que, sabiendo la vida de uno, te dicen que cambies de oficio. Eso no se le dice a nadie que se haya dejado la vida en el suyo, porque lo más malo que hay, peor que fracasar con la mujer, es fracasar con lo de uno, su oficio, su trabajo.

Si yo ahora me he puesto a contar lo mío, nadie se piense que lo hago para que me tengan en cuenta de que diga, de por mí, lo que no han podido sacarme con el palo.

Yo sé que nadie se baja del burro para que el burro descanse, sino porque se cansó de ir en burro o porque llegó al final. Nada cambiaría si lo blanco fuera negro y lo

negro blanco. He vivido para saber que nada tiene remedio, que las palabras son liantas y dejan las cosas como son y como crían aunque las dijéramos del revés. Hay quien gana cuartos por liar con las palabras, quien vive de ojear mentiras, porque todo dios va buscando sacar la tajada más grande. Por eso nadie busca la verdad, sino ir a su avío.

Pero yo voy a decirla y cuando lean lo que voy a poner aquí, todos estarán de acuerdo: los que me quieren y los que no me quieren. Unos dirán que me den bastonazos por escuchar lo que quieren escuchar; otros dirán que me den bastonazos por comprometerlos después que me quisieron y ayudaron. Ni a los unos ni a los otros les deseo una gana como esta mía de decir la verdad. Alguien tiene que decirla de una vez y voy a ser yo, sin pensar en mi avío, sin pensar en los otros, sino en la herencia de mi sangre que no es simiente de podenco, que hay más, sino una casta que se acaba.

Otros pueden dejar dineros, tierras, saberes; yo sólo puedo dejar limpio lo que otros me ensuciaron. Por eso no diré mentira que yo invente, ni verdad que todos no sepan por dentro. Si algo cuento torcido, será porque, de suyo, nunca lo supe derecho.

Yo nunca dije mentira sino por defenderme de la mentira, ni voy a ponerla aquí cuando sólo la verdad me encela.

No hay venado que dure sin echar cuernos, ni mentira que dure sin echar su verdad. La mentira que me trajo aquí, echó esta verdad que cuento.

Con todas mis ganas y como sepa, pondré aquí la lucha de mis días, lo que yo escuché con mi oreja, vi con mis ojos y olí con mi nariz. No es al juez, no es a los civiles, ni al miedo, ni al palo, a quien yo hablo. Hablo a mi casta con palabras lo que a mí me habló la vida.

Todo dios sabe las razones de don Gumersindo, las de don Senén, las de la ley y la justicia, pero nadie sabrá las de Juan Lobón si yo no las cuento.

Soy cazador como lo fue padre y lo fue abuelo y toda mi sangre desde que se recuerda. La casta, con ser muy principal, no lo es todo, pues hay quien sale a ella y quien no.

Mi hermano Pepe, que fue el que me crió, hijo de padre y madre como yo, salió más, un estilo, como la gente de madre. Tenía saberes y facultades, pero no llevaba la cacería en el cuerpo y la dejó en cuanto tuvo oportunidad. Cazaba, pero no era cazador. El que lo es vive de eso, el que no lo es, no. En todos los oficios los hay buenos y los hay malos. Hay herrador que, bestia que calza, bestia que deja coja, y hay herrador que calza la coja y la pone buena.

En todos los oficios pasa esto menos en el mío. Aquí, el que lo hace mal, o se busca otra cosa o se muere de hambre. Con ver mucho hechío de conejo, no se come conejo, ni con ver cabra o corzo en el monte, se trinca cabra o corzo. Aquí, quien pierde la ocasión, pierde el día y no se enmienda.

El Clemente, el encargado de don Gumersindo, vino esta mañana y al verme en el

cuarto dijo de broma:

—El gandano está todavía en el cepo.

Para él, el gandano era yo. Lo decía por bromear con una poca mala leche, pero me dio igual, porque el que no cace de la misma forma que el gandano, ni es cazador ni es nada. El gandano caza con hambre y con miedo, por eso lo hace bien. Ni la puntería, ni la ropa, ni las buenas piernas, dan el sentido que hay que tener.

En el monte sólo viven los flacos, los que andan con el miedo metido por el culo. El ojo confiado no ve, ni la oreja escucha, ni la nariz ventea. Al cazador lo amaña el miedo a volver de vacío, que es la muerte y el miedo a la guardería, que es la cárcel. El miedo enseña lo mismo a taparse del guarda en un lentisco de a palmo, que a arrimarse a una cabra subida a las piedras. El miedo enseña a llevar la sombra en los riñones, a ser como una piedra en un limpio y un tronco de chaparro en el chaparral. A eso enseña el miedo, que el hambre enseña a todo lo demás.

Padre, que lo sabía todo y también sabía leer, decía que abuelo era mejor cazador que él porque no tenía libros en la cabeza. Eso decía padre que nunca dejó el monte y que mataba cochinos con los perros y un cuchillo, sin escopeta.

Por eso es tontera pensar que don Gumersindo o don Senén sean cazadores. ¿Dónde van sin uno, con toda su puntería, sus botellas de agua, su asiento y tantísima pamplina?

De mí sé decir que nunca aprendí nada de nadie que llevara las uñas limpias. Pues, ¿y las cosas que ponen ellos en los libros?

Una vez fui con un señor, de otro país que no el nuestro, a las nutrias. Las aguardaba en las aneas, allá en la laguna, y noche que venía él, noche que echaba a perder la espera. Yo le decía:

Usted no para de moverse y de respirar fuerte. Así osea usted la caza.

Era hombre de edad con una exageración de amor propio, y yo me pensé que le cayó malamente escucharme decirle aquello. Pero me contestó:

Los santos y los cazadores podéis guardar silencio. Yo soy un viejo con los bronquios estropeados.

Lo que dijo tenía muchísimo sentido. Hay que pasar las fatigas que uno pasa para saber aguantarse creyendo que la cacería va a sacarle a uno las miserias.

Entonces le conseguí yo quince pieles, cosa que Manolo, el de la Casa de Postas, podría decir, pues él las mandó curtir.

Soy cazador como soy moreno, como la Sinta es bizca. Bueno o malo es lo mío y apechugo con ello. Además, ¿qué otra cosa podía ser yo? Se engancha el mulo al carro y tira. Yo soy un mulo contento con su carro, y sé muy bien que, quitando el oficio de médico, que es el que hay que respetar, los demás todos son peores que el mío.

Hay oficios macho y oficios hembra. Oficios que van dando: cazar, sembrar, curar; y oficios que van tomando: guardar, limpiar, divertir.

Para un tío que hace algo, hay cuatro que chupan. Porque yo cazo, hay guardas en la Zarza, y hay guarda en Cabrahigo y en el Tarajal, hay civiles, hay juez. Porque Miguel hace pan, coge espárragos o amontona huevos y anea, hay un recovero, hay un puesto en la plaza, hay guardias civiles y hay juez. Porque Vitilo labra la tierra y siembra su grano, hay camionero, hay marchantes, hay tiendas de montañés, hay civiles y hay juez.

Hay oficio de médico, como don Celestino, que donde pone la mano la pone Dios; y hay oficio de esos de los pleitos, como don Senén, que sin ellos nada se perdía, y donde ponen la mano todo se caga.

Así tendrá que ser porque así ha sido siempre, pero el que tiene oficio hembra que nunca quiera montarse en el que tiene oficio macho. Que un guarda, cuando cumpla con lo suyo, cumpla bien, busque al cazador que le ensucia el campo, pero que nunca olvide por quién come. Cariño le tengo yo al conejo que trinco y al que se me va, porque de él como.

Don Gumersindo tiene su guardería, pero cada vez que quiso palmear el vedado, me puso a su vera. Si yo no hubiera entrado al vedado, ¿cómo podía conocerme las querencias, los viajes, los correderos, dónde parió la cochina y cuántos rayones se cuajaron en el Berrocal? Si me quiere a su lado porque soy cazador, ¿cómo quiere que lo aprenda quedándome en lo mío?

Aquí me han traído por lo que no hice y aquí me tienen por lo que no saben. Me llamaron ladrón cuando se hartaron de llamarme furtivo sin que nadie me tomara los vientos en el campo. Se hartaron de tenerme miedo, no porque me echara la mula a las espaldas, sino porque sabían que yo podía más que ellos en el monte. Me han querido avergonzar por lo bueno que he hecho y por lo malo que hice sin saber.

Yo no digo que tenga mérito para que ellos me apreciaran, pero ellos eran muchos, todos con mucho poder, muchos cuartos y mucho en la cabeza. Les jugué sucio cuando sucio me jugaron, y limpio cuando me jugaron limpio. Si les calenté la cabeza fue porque antes me la calentaron a mí. No es que yo lo diga por nada, que es la verdad, que a mí de chico me quiso todo el mundo y, por eso, queriendo a todo el mundo me crié. Después, nunca me gustó hacer nada dañino, y el daño que hice fue para dejar bien pesadas las cosas: a cada cual lo suyo. Tuve que llegar aquí a este cuarto para ver lo poco que me querían, las ganas de hacerme daño que tenían todos.

—Si te vemos en la sierra vas a perder los dientes—me decía el cabo.

Yo iba a la sierra y no perdí los dientes, aunque ahora me los hayan reblandecido a cuenta de lo que no he hecho.

Don Senén, que él y yo somos como el búho y el águila, que ni en retrato nos llevamos bien, vino aquí a mojar sopas y a decir que me defendía. ¿Qué va a defender él, que ni es capaz de defenderse de los pinchazos de una carrasca?

Uno puede caer y apoyarse en quien sea, no siendo una mujer o una criatura, pero ¿apoyarme yo en don Senén? Todo lo malo de mi vida tuvo su fato, y mal bajío negro tendrá lo mío cuando él se me arrimó a decir tonteras, después de hacerme todo el

mal que supo.

Aquí, como en el monte, siempre estaré solo porque esa es la estrella que me ha tocado. Uno está tan hecho a estas cosas que hasta le sabría mal dejarse echar una mano.

No te apures, Juan, la razón está de tu parte.

Sería como llegar a la Zarza, toparse con los guardas y que le dieran a uno los buenos días.

Quedarse con Dios, Felipe y Amalio, voy a ver esos venados que este año andan en las guías.

La vida así no tendría enjundia.

Y ahora que he dicho lo que tenía que decir, voy a apuntar aquí que eso de caza mayor y caza menor son las clases de cacería que la ley y los libros pusieron para los aficionados y los papafritas. Al cazador sólo le queda la caza peor, que es de la que voy a contar unas pocas cosas.

Primerera parte

LA FRAGUA

He dicho que fue Pepe, mi hermano, el que me crió. Al Pepe le sigo yo, después vinieron los mellizos, de los que apenas si me acuerdo.

Padre hizo una choza en la cañada que linda con lo Romeral, más abajo de la umbría de la Casa del Fraile, después de trasponer como media legua el ventorrillo de Miguel.

Una noche que había un norte muy frío, madre encendió el anafe para caldear la choza y de no ser por Pepe, que me sacó ahogadito, allí me habría quemado con toda la familia. Sólo nosotros dos quedamos vivos.

Al Pepe lo tuvo madre antes de casarse y me lleva ocho años justos, pues los dos nacimos la Nochebuena. Como yo de muchas cosas no puedo acordarme, porque era chico, creo que las sé de oírse las referir al Pepe y al Goro, que era amigo de padre.

En la boda de los padres estuvo Pepe y siempre lo dice a la cuenta que fue la primera vez que subió en un auto. Dice que el cura de la Zarza vino a padre y le dijo:

—José, hay que casarse.

Padre no se hizo de rogar, que no lo había hecho antes por falta de lugar, pues ir al pueblo a arreglar los papeles eran días perdidos.

Total, que el cura se lo arregló todo y vinieron en el auto de la señora, la abuela de don Gumersindo, doña Petra, y se casaron en la ermita de la Zarza.

Pepe tiene en el güichi una fotografía de la boda, con la vieja que entonces tenía más de cien años, su hijo don Javier que era el padre de don Gumersindo, padre y madre.

Madre parece que era poquita cosa, feúcha, con el pelo muy estirado. Servía en la Zarza cuando padre la conoció.

Hay familias que siempre andan igual, peleando por las mismas cosas. Abuelo trajo a caldo a doña Petra, que era un asco, pues impedida como estaba, ni en la Zarza, ni en el pueblo, se movía una hoja sin que ella lo mandara. Abuela estaba sirviendo con ella y abuelo le hizo a padre estando ella allí, que por eso creció en la Zarza.

Doña Petra dijo que como abuelo traspusiera la linde le dieran una perdigonada, pues le cayó malamente que dejara preñada a abuela sin conocimiento suyo.

Entonces, el vedado empezaba en la Zarza, y a lo ancho llegaba desde el torno del río a los Barrancos, subiendo a lo largo la enfrentada de la sierra hasta poco más acá de las Cabezas, que le dicen, donde empiezan los canchos.

La parte de la Peña no era del vedado, pero las reses tenían ya allí el corredero y abuelo se subía allá y hacía escarnios, matando corzos y cochinos, y haciendo tomar a doña Petra unos berrinches que tiraba bocados.

Abuela y padre vivían en la Zarza y tenían que verse con abuelo a escondidas hasta que abuela se murió de un dolor. Por eso padre no llevaba el apellido de abuelo, Perea, sino el de abuela, Lobón, pues la vieja ni les dio lugar a casarse.

El padre de don Gumersindo era unos seis años más grande que abuelo y, viejo ya, andaba como un muchacho escondiéndose de su madre, doña Petra, porque le

llevaba cuenta de si gastaba o no gastaba.

A padre también lo traía y lo llevaba y lo enseñó a leer y a escribir y le daba unos tirones de orejas que se las ponía como sopladores. Cuando hacía algo que no le gustaba a ella, lo hacía dormir al relente o lo purgaba. Por eso, abuelo, muchas veces se lo llevaba con él cosa de una semana y padre disfrutaba del monte hasta que los civiles subían a buscarlo y abuelo tenía que esconderse.

Doña Petra, que tenía a abuelo sentado en el estómago, lo metió preso por furtivo, lió las cosas para que no le dejaran volver por nuestro pueblo, pero no se salió con la suya.

A padre le tiraba abuelo y vez que lo volvían a la Zarza, vez que volvía a escaparse. Una vez, les dijo a los civiles que no quería volver donde la vieja porque olía a meados. Ella que lo supo, al toparse con padre, le dijo:

—Que tú llegues a mi edad oliendo a pis y no a muerto.

Cuando la vieja se postró, don Javier estaba en Málaga y padre subía a diario a la Zarza a distraerla leyéndole historias de amoríos y de reinas que a ella le gustaban. Doña Petra no podía remediar tenerle apego a padre porque lo había manoseado de chico, pero al tiempo que lo quería por eso le daba rabia que se pareciera a abuelo y le gustara más andar con la escopeta que estarse en la Zarza a que lo mandaran.

El, que iba allí de suyo y sin interés, porque junto a la vieja nadie paraba y le daba lástima, todos los días tenía que oírle la misma despedida:

—Haces bien en venir porque así pagas algo, por lo que hice por ti. Pero no te pienses que te voy a dejar la herencia porque vengas a leer.

Así era ella de porruda y de atascada, que hubiera sido buena con una poca menos soberbia y una poca menos mala lengua.

Como la vieja iba a peor, don Javier se vino de Málaga con su mujer y su hijo, don Gumersindo, que ya era hombre, y con ellos, de criada, vino madre que era de Ardales, un pueblo que queda por detrás de la sierra.

Estas cosas nadie puede saber cómo fueron. Padre fue a la Zarza como iba él siempre, asunto de la vieja, y vio a madre. Como era bien parecido, pasó como con abuela, no sé, quizá volviera alguna otra vez; la cosa es que madre dejó a don Javier en la Zarza, a la cuenta del embarazo, y se bajó con padre a la cañada.

La que armó la vieja dicen que fue sonada. Mandó una tartana llena de tíos para volver a madre a la Zarza y padre dijo que al que le pusiera a ella un dedo encima, lo rajaba. Como los tenía bien puestos, la tartana volvió con la misma gente que trajo.

Lo mismo que con abuelo pasó con padre, que doña Petra sólo tenía salud para buscarles la ruina y, si estaba con una fatiga y escuchaba el nombre de Lobón, se le pasaba todo para ver cómo hacía daño.

La vieja no murió de aquella, que yo recuerdo todavía haberla visto luego, el día que abuelo murió, subida en el pipi-leches ese que todavía anda en la Zarza con las ruedas como una bicicleta y un caballo muy ligero. Lo llevaba el Felipe y ella allí,

con un velo negro, y la cara muy seria, echando cuenta de quién iba y quién no iba al entierro.

Yo no sé cuantos años vivió, pero un disparate de años debió ser cuando para decir que alguien es muy viejo, la gente dice:

«Anda, que es más viejo que doña Petra».

Total, que desde que madre salió de la Zarza, padre no volvió a poner los pies allí, en la casa, hasta la boda, y terminada la boda, adiós, adiós, hasta que la vieja murió de vieja que era.

A lo que yo recuerdo, padre salía todas la mañanitas antes de salir el sol a lo que hubiera, según temporada, pero casi siempre a los conejos.

Lo primero que hacía, en calzones blancos, traía un balde de agua del pozo hondo que hace el arroyo de Chotacabras, se quedaba en pelota de cintura para arriba y se lavoteaba a gusto, en verano y en invierno. Recuerdo que tenía la carne muy blanca y se le marcaba, como teñido, un paño oscuro en las muñecas y el cuello donde le daba el sol.

A la luz del candil, daba gusto verlo mojado, brillante como un santo de la iglesia, mientras se juntaba el olor a jabón con el del café que calentaba madre.

Aquello daba gloria, porque donde estaba padre uno no podía tener miedo.

En la choza sólo él y yo hacíamos ruido. Madre y el Pepe, de suyo, tenían la sangre más cavilosa y hacían lo que tenían que hacer más porque era obligación que porque era alegría.

Padre, más que un hombre como todos, era todos los hombres juntos. Si reía, nadie reía como él; si te daba lección, aprendías lo que con nadie; si alguien necesitaba que le curaran un perro, le arreglaran un arado, le apañaran un chozo, una mesa o le escribieran una carta, allí estaba él. Todo lo sabía, todo lo arreglaba, contaba unas historias que te embobabas escuchándole. Tocaba la guitarra, las pesadumbres de los demás eran sus pesadumbres y nunca estaba triste.

Con el Pepe, a veces, tomaba desengaño a la cuenta de la cacería porque no conseguía encenderlo. Era ya un muchachón y lo llevaba de compañero, lo hacía todo bien, pero con cuajo, sin poner sangre ni vida. Era yo un mocosito y padre me lo decía:

—El Pepe no le tiene afición. ¡Qué se va a hacer!

Conmigo sí, conmigo se gloriaba de llevarme de estorbo y cuando me arañaba las patas o me veía en lo alto de las piedras, a pique de romperme los morros, nunca me ayudaba.

—Si has subido ahí, baja —me decía.

Madre, alguna vez, le echó cuentas de que yo era muy chico y me iba a desgraciar metiéndome por los apretados, pero él se reía y me subía en sus rodillas porque encontraba en mí lo que en muchos años había buscado en mi hermano Pepe.

—Este, va a ser un Lobón cruzado con podenco —le decía a madre para que no cavilara. Y ella le decía:

—¡Buenos estáis los dos!

En la choza siempre se hacían las mismas cosas a la misma hora y si, por sí o por no, había cualquier cambio, padre se ponía serio.

Si él volvía tarde y el Pepe no me había dado lección, aunque yo estuviera en siete sueños, me despertaba para darla.

Nunca nos pegaba, ni a nosotros ni a madre, pero una cosa mal hecha había que deshacerla y volverla a empezar.

Cuando nos llevaba con él, nos ponía por delante y si al pasar por un lentisco, donde estaba encamado un conejo, se nos pasaba, no nos dejaba beber agua hasta la hora de comer. Otras veces iba él delante, veía el conejo y seguía de largo para ver qué hacíamos.

Como tenía aquellas cosas, si uno veía el conejo que él no había visto, no bebía hasta la hora de comer aunque tuviera la boca seca. Decía:

—Mi padre me enseñó que los ojos quieren agua dentro para estar contentos. Por eso cuando se llora sueltan a chorros. Con la sed se espabilan y aprenden a mirar y a ver lo que hay que ver.

Luego se traía una retahila como para cantarla que el Goro también la dice:

«Si el conejo está en la mata
contra el viento siempre escapa.
Si te oyó con disimulo
le puso al ruido el culo.
Y si el culo tiene blanco
muerto está si no eres manco».

Una vez todas las lunas pasaba unos días en la Peña, a las reses y los cochinos, aunque los venados no solía tirarlos porque había pocos y un bicho tan grande daba más trabajo que arreglo. También andaba el fondo de la sierra, que entonces no era del vedado, y, cuando muerta la vieja se enfadó con don Javier, metió mano en la Zarza, el Berrocal, y los Barrancos.

En un limpio, padre se achantaba a veinte pasos de uno y hacía falta música para verlo. Como no dijera: «aquí estoy», pensabas que se había vuelto espíritu. El decía:

—Se ve lo que se mueve, lo que recorta: lo blanco de la cara, de las manos, y lo que no está en su sitio. Apunta con el sombrero al que te puede ver, busca tu sitio como lo buscan las piedras, guarda las manos y que se examinen para verte.

Muchas veces, al tonteo, íbamos escondiéndonos el uno del otro en los entrepanes, los cardillos de la uva o el pastizal, porque eso enseña a taparse sin aguardo y es bueno para toda clase de cacería y para disimular con los guardas.

A lo último, si nos llevaba a los dos, al Pepe y a mí, había que andar lo que él, subir donde él, beber con él. No valía ser chico, ni estar reventado, ni perder las alpargatas o que el charco de agua tuviera un cagajón enmedio.

Yo acompañaba a padre porque me gustaba, pero más como reclamo para que el Pepe tomara achares conmigo y se encendiera. Pero el Pepe ni por esas se encandilaba.

Cazando con padre todo tenía sentido, encontraba sólo lo que buscaba porque lo buscaba bien. También se aprendía a ver a otro cazador antes que el otro lo viera a uno para ahorrarse patear lo baldiado, a ver el resuello de la liebre encamada por encima de las jaras blanqueadas del rocío, a calar un volar de pájaros, si van aciscados por hombre, vaca, o por su aire.

En la Zarza, si la guardería daba la lata, tomábamos viaje a los escobones de la linde y poníamos un cartucho en el suelo con una mecha encendida que duraba el rato que se quería, con tal de ponerla más o menos larga.

Estas mechas las sacaba padre de la gente de la carretera, que las ponían a los petardos de desmontar la cantera.

Después, tomábamos para arriba a ochenta, dejando un polverío como las cabras, y seguíamos subiendo cuando sonaba el tiro, abajo, llamando al guarda a la linde.

He dicho que padre, en lo suyo, lo sabía todo: de la codorniz a la avutarda y del conejo al venado. Era el mejor, más honrado que nadie, muy de los suyos y de los demás, sin tuyo ni mío. Eso sí, el que se la hacía se la pagaba.

Cuando doña Petra murió, don Javier, que era ya muy viejo, hizo con padre lo mismo que la vieja hizo con abuelo y lo mismo que don Gumersindo ha hecho conmigo: meterlo en la cárcel.

Gracioso fue que lo volvió a sacar al otro día por asunto que iban a batir allá en el Tomellar y alguien dijo que padre tenía que ir.

La culpa fue de un chivato, pues a padre no nació quien lo trincara en el monte.

Pasaba que la caza mayor nunca ha sido fácil de colocar. Los ventorrillos les sacan poco avío porque gente como nosotros que no gasta comer vacuno y borrego, por lo caro que cuesta, no se va a encaprichar con un corzo o un jabato. Llevarlo a la Casa de Postas o al pueblo, tan encima, tampoco fue nunca plan, porque el que lo come lo charla y siempre se acaba sabiendo quién lo llevó.

Más que por la carne, los machos con puntas tenían salida, de tarde en tarde, para uno que los pedía para hacer adornos y pagaba por la cornamenta lo que no valía el bicho entero. Pero esto no era cosa frecuente.

Pongo esto a la cuenta de explicar que cuando la caza se quedaba sin salida, nos quedábamos la carne para el avío de nosotros, aunque no se podía hacer adobo, ni salazón, porque los civiles, que siempre entran las narices por la puerta, si ven magro terminan preguntando que de dónde.

Por eso, si entraba un cochino o un venado, iba madre de choza en choza dejando un presente a todos los vecinos que nos caían a la vera y no tan a la vera.

Los piconeros de la Dehesa de las Potras, Miguel el del Ventorrillo, los pastores de Chotacabras, los caseros de la Avispa y lo Romeral, pueden decir si miento. Madre

llegaba como los reyes del Niño Jesús y más le gustaba el alboroto que armaban las criaturas de ver tanta carne, que comerla.

Así eran en casa, pobres como las ratas, pero quitando el hambre a todo dios. Por eso aquí siempre nos han mirado muy bien, pero siempre hay un Judas y mi padre tuvo el suyo. Fue el Amalio, que ahora de viejo es guarda en la Zarza, y que su único mérito fue no ir a la mili por tener un aire en una mano que la lleva, así, ladeada como un sacacorchos. El Amalio entonces andaba frito queriendo entrar en la Zarza, y no paraba de rondar a don Javier para conseguir lo que no consiguió con la vieja.

Total, que como paraba en la cañada, madre le llevó una vez un buen cacho de cochino y le faltó tiempo para ir con el cuento a la Zarza, para hacer méritos.

A padre lo llevaron al pueblo entre los civiles, nos registraron el chozo poniéndolo todo patas arriba y no encontraron nada.

Al día siguiente por la tarde padre apareció otra vez en lo nuestro y se fue a ver al Amalio como si nada hubiera sucedido.

—¡Hombre, vamos a celebrar que me han soltado! —le dijo.

Fueron al ventorrillo del pobre Miguel, que entonces tenía la mujer muy mala o se acababa de morir, no me acuerdo ya, y con aguardiente, una copa por ti otra por mí, le puso al Amalio una borrachera en el cuerpo que se cagaba por la pata abajo.

Esto me lo contó el propio Miguel, y cómo se reía, porque, a lo último, cuando el Amalio se despertó no se encontró ni un diente en la quijada de arriba, que padre, con unos alicates, se la dejó como campo segado.

—Ahora se lo cuentas a don Javier, Amalio —le soltó.

Una y no más el Amalio chocó con padre porque el que se la hacía se la pagaba.

El que chocó con el Amalio después fui yo.

Cuando padre murió achicharrado, Pepe, mi hermano, apañó la choza donde madre guardaba los trastos, y que no se quemó, para que tuviéramos techo.

El, de suyo, habría tomado el camino del pueblo, pues lo único que le encelaba era que yo fuera a la escuela. En esto sí que era igual que padre. De leer, escribir y de cuentas era un primor.

Yo era un chiquillo y él era ya hombre, pero cuando murieron los padres y los mellizos, más lloraba él que yo. Más de un mes se llevó llorando y a mí me entraba una tristeza por el cuerpo de verlo, que no me podía menear.

El Pepe me sacó del fuego, pero, si no me saca, el que se muere es él. Lo digo porque, grande como siempre ha sido, de no buscar yo qué comer, hubiera palmado. Yo encendía la lumbre, yo buscaba tagarninas y espárragos que Miguel el del ventorrillo nos cambiaba por pan y huevos.

Las cosas como son: Miguel, por lo que fuera, de aquélla no se portó bien con nosotros, y si nos dio pan y huevos siempre fue sacando interés.

El Pepe, ya digo, quería ir al pueblo, a lo que saliera aunque tuviéramos que dormir en el patio de la herrería. Pero a mí, ya de chico, el pueblo me daba dentera,

porque de la costumbre, el ver los civiles paseando por la calle y no poderme achantar en un lentiscón, se me hacía trabajoso.

Pero eso sólo no hubiera podido con el Pepe, que era mayor que yo, sino que, a la cuenta, al pueblo no podíamos llevar las cuatro cosas que teníamos ni los perros. Esto, junto con mis pocas ganas de ir al pueblo, fue lo que nos dejó en el campo.

Entonces sólo teníamos dos perros: la Rubia y el Peluso. Un día, al volver a la choza, me encontré que el Pepe había vendido la Rubia, que estaba preñada, por trescientas pesetas. Me llevé un disgusto tan grandísimo que ni llorar podía, y a cuenta de esta pesadumbre el Pepe me pegó, cosa que padre nunca había hecho.

La Rubia era una podenca muy fina, con ojos de miel y las orejitas levantadas, más retinta que el Peluso, que tenía mezcla de barbucho. Se la llevaron a un pueblo que se llama Cazalla, todavía me acuerdo, que no sé si cae por la parte de Madrid o de Sevilla, pero lejísimos.

Por sí o por no, a los dieciocho días se me pasó el disgusto, pues la perra, ella solita, se vino de allá a la choza y allí nos parió cinco cachorros, se le salió la madre fuera y así estuvo hasta que le entró sequedad en la tripa y se murió.

Los hijos de la Rubia, todos, fueron punteros y todos los perros que yo he tenido vienen de su sangre. Se me infunde a mí que la Virgen la hizo volver a la choza para que a mí, que me ha faltado todo, nunca me faltaran perros.

Decía que nos quedamos en la choza de la cañada y que al Pepe todo se le iba en cavilar como si aquello fuera vale para hoy, mañana ya veremos.

El era un hombre y yo una criatura, pero más parecía que yo cuidaba de él, que no él de mí. Es verdad que me hacía leer y escribir, que tenía cuenta de si me lavaba o si tenía piojos, pero todo lo que llevábamos al ventorrillo de Miguel salía de mí. Yo ponía lazos y perchas, yo correteaba los pollos de pájaro perdiz para venderlos para reclamo y siempre estaba con inventos de buscarme una luz de mineral y una red para hacer la zarampaña, o amontonando lajas para hacer lanchas y alambre para trampas. Con la oscuridad de la mañanita salía de casa y volvía después del lubricán, con dos pájaros metidos debajo de la blusa, un conejillo, quince o veinte zorzales.

También perdía mucho el tiempo en juegos que nada daban, como poner cepeos a los gandanos y melones y arrimarme a la laguna con un tirabalas de goma para pegarle un cantazo a las gallaretas.

El Pepe tiraba muy bien con la escopeta, pero era una lástima porque no llevaba la caza en el cuerpo y, para él, saltar un vallado con tablillas era una purga.

Los conejos entonces nos los pagaban a peseta y, un día con otro, juntábamos un par de duros más bien escasos. Pero al calentar el verano empezaron a desmontar las motillas de la Casa del Fraile pegándoles fuego y luego metieron el arado y dieron algunos jornales por quitar piedra.

El Pepe, con tal de no ir de caza, allí estuvo quitando chinos y haciendo con ellos montones que se los llevaron después la gente de la carretera.

Con aquella pérdida de tiempo y cazadero querencioso a la vera, tenía que irme

yo solo a la cabecera de la Avispa o a lo Romeral. Poner lazos allí con la tardecita y registrarlos con la mañanita me llevaba la noche en vela; por eso tiraba del Pepe para dejar la choza de la cañada y metemos en una tic las loberas de lo Romeral, donde podíamos vivir tan ricamente y más frescos en el verano que no en la choza.

Pero él estaba trabajando en lo de quitar piedra por dos cuartos y le parecía que estaba haciendo algo grande, como aprender para médico.

Ahora estoy en esto —decía—, pero es que quiero buscarme un empeño con don Cosme, a ver si junto cuartos para empezar a comprar y vender ganado.

Para el Pepe, siempre, valía más un empeño en la fantasía que cincuenta conejos en el capotillo.

Si me hubieran admitido, me habría obligado a quitar piedra, sólo que don Cosme dijo que yo estaba muy endeble y que las piedras que yo podía quitar no valían un jornal. Por eso el Pepe tragó con que yo siguiera arrimando la comida, pues lo suyo iba al calcetín, aunque era miseria, para juntarlo para sus negocios.

Mejor que el Pepe no lo hay, pero el miedo a todo lo echaba a perder. Tenía miedo a no tener cuartos, a salir con la escopeta, a saltar las lindes. Y como era de muchacho, fue de hombre, porque el que nace con esa dificultad, con esa dificultad va al hoyo.

Pero aquello de quitar piedra y de buscarse amistades terminó en lo que tenía que terminar, en que le dieron la cuenta y lo pusieron en lo ancho de la calle.

Entonces vino a darme razón y habló de que iríamos a la Zarza un par de veces para juntar dinero, pues los conejos y los pájaros dan para ir tirando, pero para juntar un dinero curioso hace falta colocar un jabalí con suerte.

Lo dijo muy pronto, pero como era medroso empezó a darle sogas al tiempo y a echar achaques para no ir. Primero quiso saber bien cómo andaba la guardería y me echó a mí por delante, con mis manos limpias, a que pateara la Zarza para enterarle dónde estaba el cuidado y dónde la oportunidad.

Recuerdo que yo llevaba calzones cortos, que me los hizo madre de unos del Pepe, y una blusa de paño de mucho abrigo, que me la compraron nueva, pero se me había quedado chica y me desnudaba los riñones. En invierno, mal que bien, servía, pero en verano me asaba de calor. Por eso Pepe me puso un blusón de él y me soltó para el monte.

Aquella primera vez que subí solo a la Zarza no lo hice por la parte de los Barrancos, sino por el torno del río, pues, aunque cae algo más retirado, es un ir más llano y yo pensé que tardaría menos. ¡Qué va! Salí a medianoche y estaba el sol bien alto cuando todavía no había salido de las Hazas de Suerte, y serían casi las diez de la mañana cuando me adentré en la umbría.

El torno del río nunca fue sitio querencioso para reses, pero los cochinos bajaban a revolcarse en el fango, aunque nunca cruzaban a los limpios del Molino. Aquella parte nunca fue del vedado, aunque la familia de Daniel, el ferretero, le tuviera cedida la cacería a la de don Gumersindo y por eso la guardarán.

Toda la Zarza, del río a la sierra, va subiendo, y cuando llueve se hacen barrancos de tierra roja, no tan grandes como en la parte que le llaman los Barrancos, que lindan con el Regalito.

En la bajura del río clarea el arbolado y hay muchísimo taraje que ensucia de lama el cañón de la escopeta, y desde el mismo río sube el monte con mucha pasta con un mateado de lentisco muy limpio. Esa parte es lo mejor que tiene la Zarza para perdiz, porque el pájaro se guarda allí y va a comer al otro lado del río. También hay mucho conejo, pero nadie va a entrar allí con la escopeta y nadie los aprovecha no siendo con cepos y lacería.

El Felipe, entonces, no era tan viejo, claro, y guardaba desde el Molino a la casa, el cacho más disparatado de la Zarza. Pero él andaba con un chiflo por los altos y, si veía cuidado, pitaba llamando a los niños de Rico que iban y venían junto al río con los caballos.

El guarda mayor era Rico, que entonces todavía andaba a caballo, seco como una bicicleta.

Rico, el que está ahora en la Zarza, no es hijo sino nieto del que yo estoy mentando.

Entonces, la guardería no era lo que es ahora, porque, de trincarte, lo más que te pasaba era que te echaban y el guarda se disgustaba contigo por comprometerle; pero a los que no eran de aquí sí que los denunciaban y eso estaba en razón.

Yo fui allí para volver por la noche, pero me aguanté tres días y tres noches para no perder el salto, que lo que ahora no me parece tan lejísimos, de chico se me hacía ir al otro inundo.

Tuve lugar de marcar al Felipe y de tomarle la costumbre de subirse a lo alto. Como se recortaba contra el limpio cielo, se dejaba ver desde lejos y no había cuidado con él. Rico, el viejo, registraba el monte como un podenco, sube para acá, baja para allá, dando voces a sus hijos, que también lindaban a caballo y les decían «los niños de Rico», aunque eran hombres ya, con su mili hecha y todo.

Desde los barrancos vi la gente que bajaba del Pegujal ala fábrica de sillas de la Zarza, mucha moza con mucho trapo verde y colorado, que cuando no iban cantando, para acortar el camino, tocaban las palmas o chillaban como conejos asustados.

Dormía donde me caía y si en medio de la umbría no encontraba norte por donde salir, me encaramaba a un chaparro buscando los claros para ver dónde caían las Cabezas o la Peña, que azuleaban mucho sobre el negror de la sierra.

Si de aquella yo hubiera alcanzado a la escopeta, habría matado cabras, venados y corzos a barullo. Las cabras y los corzos eran más broncos que los venados, más avisados y sabían más, porque los bichos, y todo, cuanto más grandes, más tontos son. Sin embargo, cochinos sólo vi tres, y los tres juntos en uno de los barrancos de la Zarza que abocan al Berrocal.

Como estaba en edad de eso, todo me lo echaba a juego y cuando marcaba reses en un lado, buscaba los quemaderos del picón para untarme ceniza, como hacía padre

para quitarse el husmo, me frotaba con matalauva y tomillo y me arrimaba cara al viento al rebaño.

Arrimarse a las cabras tenía castañas, porque nunca dejan un alto atrás que no hayan pisado antes, ni se determinan a bajar la cabeza donde queda cerca un apretado. Como yo entonces no sabía tomarles las vueltas, ni entrarles por el viaje, bien que se cachondearon de mí. Pero a los venados sí que me arrimaba, no ya a tiro, sino a pegarles un bocado y quedarme con los pelos en los dientes.

Daba regalo estarse allí solo, sin echar cuenta del tiempo, acechando los rebaños, viendo cómo los corzos se topaban como las cabras, los chotos con la piel oscura, como pintados.

Cuando me hartaba, ponía el dedo como si fuera la escopeta y les gritaba: «¡pum!», y allá se iban botando como pelotas y veía uno el blanquear del bicho, cada vez más chico, hasta perderse en la umbría.

Cuando volví, el Pepe había armado una de las buenas. Como me retrasaba tuvo preocupación y fue a preguntarle al Goro por mí, y fue donde la Casa de Postas, y no fue donde los civiles no sé por qué.

Antes de yo subir a la Zarza dijo que íbamos a cazar allí, pero a mi vuelta se rajó y habló de que iríamos a coger mostaza. Yo creía que eran tonteras de él, hablar por hablar, pero al día siguiente me llevó por delante después de pegarme.

Como yo no quería ir, me llevaba en volandillas y hasta me ató una cuerda larga a la cintura con un nudo que yo no tenía fuerzas para deshacer, no fuera que tomara viaje y lo dejara solo.

Así, yo trabado y él porrudo, estuvimos cogiendo mostaza en las tierras de descanso del Regalito, del lado de allá de la carretera. El Pepe ponía una lona que le prestaron los del Tarajal y allí pisábamos los ramones para sacar la mostaza, que la pagaban a dos cincuenta en grano.

Cuando echó cuentas de lo que habíamos sacado por junto y del hambre que teníamos por separado, se puso a llorar y mentaba que teníamos que comprar calzado para mostaza, que la pagaban a seis cincuenta en grano.

Me dio una pena muy grandísima la pesadumbre que tomó el Pepe y, entonces, para consolarlo, me entré a la choza, busqué la escopeta de padre y se la di:

—Toma y no llores más. Mañana nos subimos a la Zarza.

Estaba tan salado que si le hubiera dicho: «mañana nos subimos a la cárcel», habría tragado, porque ya ni el miedo le hacía cavilar más que el hambre.

Aquella tarde yo me subí a ver al Goro y a pedirle pólvora y avíos para cargar diez cartuchos y él mismo me estuvo ayudando a mezclar las postas con chinos, porque tenía poco plomo.

El estreno del Pepe tuvo mal fario, pues a punto estuvo de que me matara un cochino viejo.

Llevamos al Peluso, que ya estaba algo pesado, y entramos por el tomo del río hacia el Berrocal, pensando tomar resguardo al mateado. Pero antes de entrar en el

chaparral, donde muere el arroyo seco que baja de los Barrancos, nos saltó un cochino y el Pepe le largó un trabucazo que lo volteó porque le tomó la mano izquierda y una oreja. El cochino estaba ya casi granado porque tenía defensas y no se quedó allí porque el cartucho era muy endeble. Tomó gruñendo Zarza arriba y al escuchar el jai del Peluso, que se había alargado registrando el monte, enmendó el viaje apretando por el mismo arroyo. Entre unas cosas y otras pasó un rato hasta que pude poner al Peluso en el rastro y el Pepe se puso a cavilar en los guardas.

—¿Habrán oído el tiro? —me decía.

—Pues si lo han oído, lo que tenemos que hacer es quitarnos de en medio pronto y ligero. Los guardas vendrán aquí, no detrás del cochino.

Yo me calculé que el cochino buscaría la defensa en el Berrocal, o que se arrimaría a la Peña, y cortamos por los tarajes del arroyo para salirnos luego al monte.

Había pasado un buen rato cuando vi el caballo blanco de uno de los niños de Rico, el que se fue a Sevilla, tío del que está ahora en la montanera, y yo me calculé que no oiría tiro ni nada o que, si había oído, bajaría hacia la parte del Molino.

—Tenemos que tomar para las piedras porque el Peluso va para allá.

Aunque se oía el jai del perro a lo lejos, el Pepe tenía poca fe en cobrar aquel jabato y más me seguía por ver si con otro teníamos mejor suerte. Pero en aquella medianía bastante suerte teníamos con no perdersos.

Al mediodía habíamos salido de la Zarza por la parte del Berrocal y nos bajamos por los visos que luego vuelven a subir a la Peña.

Al dejar los visos, ya en lo último del vedado por aquella parte, el Pepe vio de lejos a la gente del picón y empezó a decir que si nos veían íbamos a tener disgusto y que él no seguía adelante.

Total, que yo seguí por ver de encandilarlo, atravesé el río descolgándome por los tajos y al llegar junto al poste grande de la electricidad, donde están los dos lanchones de piedras grandes, escuché al Peluso armando alboroto y me pensé que había conseguido acular al cochino.

Ya no me acuerdo de lo que pasó, pues estuve tres días y tres noches traspuesto, sin dar norte de mí. Ahora sé que los piconeros me llevaron a la Zarza, a que me curara Sara, la médica, y que entré tan malísimo que el cura de la ermita me echó el agua y me mandó donde don Celestino, el médico, que vivía donde mismo vive ahora, en el pueblo.

Don Celestino me llevó a la Merced de su bolsillo y me operaron dos veces, a cuenta de las costillas, y me puse bueno.

El cochino me dio tres puñaladas buenas y una de ellas me pinchó el pecho, que se me salía el aire, y no me mató porque yo pesaba poco. El hijo de la gran china no murió de aquélla; unos años después lo mató el Goro y lo conoció porque le faltaba toda la oreja, que la llevaba como un pendiente seco, y por la mano estropeada.

Siempre que hablan de un cochino exagerado de grande, mientan el que me lastimó a mí siendo chico, porque era viejo, machucho de verdad y alunado.

El Pepe tuvo muchísimo disgusto a cuenta de lo mío y no fue preso porque tiró la escopeta en unos escobones y nadie se barruntó que entramos allí a cazar.

La escopeta fui yo a buscarla en el invierno y estaba que lo parecía todo menos una escopeta.

De aquello del cochino me quedó dentro algo reblandecido, pues tan pronto me curé y volví a lo mío, empecé a sentir esas cosas que tantos quebraderos de cabeza me han hecho pasar.

Los que me conocen saben de sobra a lo que yo me refiero y para los que no, aunque lo hayan leído en el diario, lo contaré ahora desde el principio al final, para que todos sepan la verdad y no los inventos que unos y otros me colgaron.

Yo, a la cuenta, venía hablando de cuando era chico, pero ahora voy a liar lo de chico con lo de mayor, porque este asunto, que Dios me lo dio para ventaja mía, la maldad de unos y otros me lo volvieron ruina.

Me pasó que, al volver curado, por la cicatriz blanda del pecho, cuando estaba solo en el campo y se me arrimaba sin sentir un hombre o una bestia, me entraba como un ansia. No es fácil decir cómo es lo que siento. Yo le digo un humo que se me entra para arriba, una calambre como dentera en las costillas más grande o más chica si el bicho es más grande o más chico.

La primera vez que yo me escuché esto no fue con bestia ni persona, sino con uno de los cachorros que dejó la Rubia, que yo le puse Centella y que el animalito estaba perdido.

Dos días lo anduve buscando y, de pronto, al pasar junto a una carrasca me escuché el humo en el pecho. Era la primera vez que a mí me daba barrunto que aquello que yo había sentido otras veces tenía su enjundia y por eso me dije:

—Ahí dentro está la Centella.

Allí estaba. El pobre animal había metido una mano en un lazo conejero, se habría hartado de bregar y chillar y, a lo último, digo yo, se echó al suelo esperando morir.

Ni yo la había visto, ni por cuanto vi se me podía infundir que la cachorra estuviera allí metida. La libré y me la traje lacia a la choza.

Después, con las reses y los cochinos encamados, lo sentí tantas veces que aprendí a escucharme los humos, que no es cosa que aunque los sienta uno se echa de ver siempre. Yo ni cuenta tenía con eso y fue el Goro el primero que notó y me explicó que yo escuchaba por la cicatriz del pecho.

—Eso es que se te ha hecho ahí una oreja —me dijo.

A cuenta de esto me llevó donde el Pascual, que todavía trabaja con la gente del agua, porque decía que lo mío y lo del Pascual era todo lo mismo. Pero ¡dónde se va a poner lo uno con lo otro!

Da vergüenza contar lo de Pascual porque, de suyo, no hay dios que se lo pueda creer. Yo, que lo he visto con estos ojos y por mi padre, que en gloria esté, digo que es verdad, tengo que decir que no hace cosa de hombre sino de demonio o de santo.

El Pascual va con una vara en la mano, andando despacito por un terreno, sube y baja y, de pronto, la vara que le bota en las manos y él que dice:

—Si aquí hacen un pozo, hay agua.

Hacen el pozo y hay agua.

Esto se lo he contado yo a don José Manuel y no sé si se lo creerá o no se lo creerá.

Lo de Pascual no hay quien lo pueda explicar, que lo mío es más corriente, porque todo lo vivo suda y el contagio del sudor se me entra por la blandura de las costillas, que es lo más húmedo del pecho, y esos humos son los que me dan el ansia.

Como todo se corre, lo mío, desde que yo era un muchacho, lo sabían hasta las piedras y a nadie se le ocurrió ponerse de parto por eso. Pero tan pronto don Senén cogió hilo del asunto no sé qué se le infundió.

Como a don Senén lo he mentado ya y he de mentarlo más todavía, diré algo de él para entrarlo de la boca.

Hay personas que, como las moscas, no sabe uno qué pito locan en la vida. Don Senén es de éstas. Si las moscas pican los cagajones, don Senén pica en las peleas de unos con otros, por oficio y por gusto. El es de los de los pleitos y el señorío lo tiene por una eminencia en asunto de la cacería. No sé qué clase de eminencia será la suya, que a mí no se me infunde que pueda haber nadie más desvalido en el campo. Lo que sí que sé es que todo lo malo que pasó por mi vida tuvo el husmo de él.

No es que sea malo don Senén, sino de poca cabeza, liante, moja sopas y como cebado a pienso en la caponera. Antes que uno pregunte, ya contestó; siempre con retranca, haciendo el chiste, quedándose con uno. Como todos los falsos habla muy seguido, sin equivocarse nunca, sabe lo que sí y lo que no y lo que no sabe lo inventa.

Cuando me conoció tuvo celos de mí por lo que le refería la gente, y, donde yo estuviera, callado o hablando, tenía que venir a mojar sopas para hacerme hablar o callar. Se burreaba de mí porque a las gallaretas les decía gallaretas y al gandano, gandano. Una vez hasta se trajo un libro para enseñarme que no había una palabra, que se decía hechío, para mentar los escarbaderos de los conejos. Gallaretas y gandanos y hechíos los hubo siempre y siempre los habrá, los mienten por ahí como los mienten.

Cuando trajo aquel libro de palabras me lo dijo delante de todos, como si por aquello ya fuera él capaz de cazar lo que yo no cazara.

Cuanto más le referían de mí, más pelusa le entraba y más coraje le daba verme.

—Tú lo que sabes es cobrar perdices, porque eso lo sabe todo el que ha nacido en el campo —me decía para chingarme y a mí se me ponía la mirada brocha porque me entraba vergüenza de pelear con él por esa tontera.

Pero una vez de las que fue a la Zarza por asunto de los pleitos, y como el último mono, escuchó referir a don Gumersindo lo de mis humos y no sé lo que se le infundió.

Entonces le dio por mí y, si en la enfrentada era malo, a la vera era peor, pues se

ponía untoso diciendo que me iba a hacer su secretario para que yo aprendiera de él a ser cazador. Decía que me iba a dar lección como a los perros, no es que yo lo ponga aquí, sino que él lo decía. Decía:

—El perro sin el cazador no sirve para nada, ni tus facultades sin cabeza tampoco.

La cabeza iba a ponerla él. Y lo decía tan convencido, como si dentro de su cabeza hubiera chispa.

Soltaba muchas palabras y pocos cuartos porque siempre fue ridículo de roñoso y no sabía estarse callado ni cuando, de suyo, había necesidad.

Estando a los conejos, de pronto, se le oía respirar muy hondo y nos soltaba un pleito.

—¡Ah, el campo! A estas horas vuelven los borrachos a sus casas y nosotros aquí, venga de respirar aire puro.

Y el conejo que le venía, al escuchar esto, le ponía el culo para irse a criar.

Al rato se acababa la cacería, pues a su lado no se podía estar más de una hora sin que tuviera que beber agua de botella, o cerveza con algo de comer, pues no he visto a nadie más vicioso de ir tragando algo.

Este era don Senén. Una eminencia.

Total, que un día se me viene, ¡qué sé yo!, con un médico, dos tíos más y los civiles. Meten en el ajo al Clemente, el casero de don Gumersindo, y se vienen a lo mío a mirarme como si yo fuera una mula parida o un fenómeno.

Yo estaba ajeno a todo y les escuchaba hablar de los hombres antiguos que vivían en las cuevas. Entraban y salían de la lobera, tocaban las paredes, tentaron mi colchón y hasta me preguntaron si yo comía carne cruda.

—¿Soy yo un perro? —les dije.

Pero don Senén, que había armado el lío, ni me dejaba hablar. Nada, que yo comía la carne cruda y cuantas porquerías quería él.

El médico me preguntaba a mí, con educación, como hacen los señores cuando quieren agradar, y yo quería contestarle de por mí, pero con don Senén no había manera. El, antes de que el médico terminara, había contestado todo.

Yo no entendía qué era lo que andaban buscando y hasta pensé que venían allí a buscar esos tesoros de los moros que dicen que salen, a veces, de los boquetones y en los pozos de los cortijos viejos. Pero cuando don Senén mentó lo de mis humos me puse hasta temblón.

Dijo tanto disparate, tanta bobada sin sentido, que hasta vergüenza daba escucharlo porque entonces estaba uno inocente y no se determinaba a dejar por mentiroso a un señor en su cara.

El, lo sabía todo: lo que yo sentía, lo que no sentía, lo que mi padre me hacía y no me hacía. Allí, poco menos que contó que una vez me lié a bocados con una cochina recién parida que me tiró un bocado a una teta. Dijo que yo era furtivo, que amarraba los guardas, que podía ir corriendo de allí al pueblo sin cansarme. Mezclaba lo mío con lo del Goro y con lo que él inventaba en el pronto y la pareja allí, escuchando, y

yo callado, sin abrir la boca.

A todas estas, venga a descorchar botellas y venga a tirarle viajes al jamón y a lo que traían.

Cuando se despachó a su gusto, todavía quiso que el Clemente nos llevara a la Zarza para que aquella tropa me viera cazar.

—Sin permiso del amo yo no me determino —dijo el Clemente.

—Pero si no va a llevar escopeta, vamos sólo a verlo arrimarse a las cabras.

El Clemente casi tragó, pero yo dije que no iba. ¡Buena cacería iba a hacer yo con aquellos cencerros detrás!

Digo yo que no y don Senén se me sube al tallo, como si me acabara de hacer un favor y yo le diera mal pago de respuesta. Entonces hubo empujones de unos y otros y empezaron con: parece mentira, ya que estamos aquí, hemos venido por usted; y toda esa mercadería.

Yo dije que no, que no iba.

—La culpa la tengo yo —dijo don Senén— porque con gente cursi no se puede tratar.

Yo no sé si ser gente cursi es malo o es bueno, pero peor iba a ser ponerse delante de la gente a que te miren hacer el payaso sin escopeta. ¿Cómo iban a verme cazar siete tíos? Don Senén que es una eminencia puede que atinara con el modo, pero a mí no me entraba en la cabeza. Si es mear y no le sale a uno delante de la gente por achare, ¿cuánto menos va a salirle a uno arrimarse a una cabra aciscada por la tropa que lleva detrás?

Se fueron por donde habían venido y todos, menos los guardias y don Senén, me dieron la mano.

Eso fue un domingo y el sábado siguiente viene la pareja y me dice:

—Vente con nosotros.

Tomo con ellos, apurado, y me llevan a la carretera, donde estaba el Clemente con la camioneta verde de la Zarza que la guiaba Paco, el de la Médica.

Por los carriles de arriba salimos, después de un tute horroroso, a la carretera de Ronda, para tomar hacia Grazalema y todos esos pueblos que hay hasta la de Sevilla. En Jerez me invitaron a comer y el Clemente estuvo hablando por el teléfono, y, entre unas cosas y otras, serían las seis de la tarde cuando llegamos a un cortijo.

Todo el camino, el Clemente me vino hablando de padre y doña Petra, de las cosas de la Zarza, los pleitos y los líos de la electricidad que traían a los señores revueltos.

El Clemente es como nosotros con ropa del señorío y lo gana muy bien. Cuando quiere, es buena cosa y da gusto oírle charlar por lo llano que es. A mí, la verdad sea dicha, no se me había ocurrido pensar dónde íbamos. Pasado el susto de verme allí con la pareja, se me olvidó todo y no eché cuenta de qué pito tocaba dentro de la camioneta.

Pero, cuando supe que aquel cortijo era de la mujer de don Senén, se me cayeron

los palos del sombrero y empecé a cavilar que allí no me llevaban para nada bueno.

Y para nada bueno era. A don Senén se le había puesto en la jeta salirse con su capricho y allí me tenía.

Al llegar nosotros estaba muy carilucio, muy colorado, como si acabara de darse el sofoco con una moza, pero contento. Me enseñó a su señora, que era menuda y muy guapita, que me miró y me dio la mano.

—Don Senén me ha hablado mucho de usted —me dijo—. Tiene que ser usted un portento, cuando él lo dice.

Me quedé más acharado que en misa, porque yo no sabía qué decirle, ni dónde poner las manos, ni si debía o no tomar una copa que me ofreció.

Miraba yo a la señora y luego a don Senén y me costaba trabajo pensar que se acostaban juntos. Ella también se pensaba que su marido, tocante a la cacería, era este mundo y el otro. Cuando se casó con él, pensaba yo, algún mérito tuvo que encontrarle. Hay gente que tiene habilidad para quedarse con todo dios.

Allí había muchísimo personal, faldas y pantalones, todos del señorío; ellas muy blancas y rubias, venga de pintura por la cara y las tetas empinadas.

Gasto de vino y cosas de comer vaya si hicieron y a mí me daba apuro de echar mano a cualquier cosa, no fuera que se pensaran que quería quitarme el hambre.

Así, de pronto, sólo me consolaba el arrimo del Clemente, porque hasta los muebles me echaban para atrás.

Uno de los que fue el domingo anterior al campo, y que también estaba allí, se me arrió. No era como del señorío, sino más bien como clase de guardia o como el Clemente por lo fino. Me dijo que él era de los que escriben en el diario y que me iba a sacar a mí en los papeles. Aquello hasta me descompuso la barriga y me dejó que ni moverme podía.

No pasó mucho rato cuando don Senén me pone allí enmedio, aguantando el apretón, y a todo aquel personal les contó de mí lo que quiso, las mentiras que inventaba él, y a lo último les dice:

—Le voy a vendar los ojos y a meterlo en un cuarto, luego en otro y así hasta que él diga en cuál de ellos hay un animal. Si acierta el cuarto y el tamaño del bicho, le damos dos mil pesetas, ¿de acuerdo?

Allí todos empezaron a aplaudir como si estuvieran viendo los toros y yo estaba viendo que me iba a ir de varetas.

Estábamos en esto cuando se escucha un pateo y el berrido de un choto y ¡para qué!, la que se armó. La gente lloraba de risa y don Senén, como si nada, me vendó los ojos y empezó a darme vueltas. Aquello era una vergüenza.

Cuando me metió en el primer cuarto, yo sentí que se quedaban en la puerta. Me volví, la cerré quitándome la venda y salté por una ventana al campo. Allí los dejé para que hicieran inventos ellos solos.

Volver andando a lo mío me llevó tres días con sus noches.

Don Senén no me lo perdonó y, por darme en todas las narices, me puso vestido de limpio en el diario.

No fue él, de su cabeza, quien escribió aquello sino el que estaba allí convidado, hinchándose de todo lo bueno. Con la boca llena y dándole al gusto, apuntó en el papel lo que quiso don Senén, que es el que pagaba el gasto.

Sacaron en el diario un retrato mío que más parecía una vieja estornudando, que hasta en eso se esmeraron. A don Senén le ponían por los cielos de Dios, de abogado y de cazador sin collera en el mundo. A mí me ponían de analfabeto, de vivir como los lobos en las cuevas, de furtivo, de abusar de los guardas. Nada, que conmigo ni la guardia civil, ni los perros, ni colgándome de un chaparro se me podía aguantar. Yo había atacado a una jabalina para quitarle un rayón y me había tirado un bocado, yo pegaba la nariz al suelo, como un pachón, para cobrar las perdices. Todo inventos y tonteras sin sentido. Hasta la verdad estaba puesta con maldad para que pareciera mentira y hacer daño.

Para don Senén todos los méritos: hasta el de ser cazador, si es que eso es mérito. Para mí toda la basura: hasta llamarme analfabeto. Mentira que don Senén sea cazador y mentira que yo fuera analfabeto. Yo siempre supe leer y escribir para mi avío y hasta para el de los demás, que hay que ver la de cartas que habré escrito en mi vida a unos y a otros.

Yo no he vivido en las cuevas como los lobos sino como los hombres. Yo nunca até a un guarda ni tuve precisión de hacerlo. No fue una jabalina la que me hirió, sino un macho; y no cuando tenía yo cuatro años, sino cuando ya me apuntaban los pelos en el sobaco.

No había derecho a ponerlo a uno de furtivo delante de la gente, cuando nadie me ha cogido nunca en lo de nadie. Decir que yo comía carne cruda y que uno era más un bicho que una persona no es de ser cristiano.

Pero lo último que se le puede decir a un hombre me lo dijeron a mí en el diario. Era un chiste de esos que dice don Senén, como para dejarlo sin dientes, como padre hizo con el Amalio. Decía allí que mi padre, con las cacerías, andaba de noche por el monte mientras madre se quedaba sola con los gandanos, y, a lo mejor, resultaba que yo era mitad hombre y mitad gandano.

Eso, la madre de don Senén que no la mía. El, tenía en casa unos cuernos disparatados de grandes y, a lo mejor, se los quitó a su padre cuando se murió y los puso, allí, de adorno.

Mi madre tuvo siempre mucha vergüenza para que la saquen en los papeles y le hagan chistes.

El Goro y Pablo, dicen que yo la tengo tomada con don Senén. No digo que sea mentira, pero ya he dicho mis motivos.

Si hubiera decencia habrían de poner en el diario, no lo que yo inventé sino lo que yo sé de don Senén. Dicen que es una gran escopeta porque en las batidas cobra más

pájaros que nadie. Va con dos perros que no son suyos, con dos cobradores que le arriman los pájaros que descuelgan las otras escopetas. Pero si con la escopeta se defiende, en el campo es romo y ni sabe, ni entiende, ni aprenderá nunca. El escribe de la cacería y de la pesca pero de eso nada sabe.

Yo no le deseo más mal, para purgar el que me ha hecho en toda su vida, que éste: que se pase dos meses en el campo, sin compañía, solo, comiendo de lo que cace. Con eso iba a ir servido.

Yo no sé lo que sacaría don Senén con sus inventos, ni el gusto que le dio verse en los papeles. Lo que yo saqué fueron guantadas, calamidades y un caminito muy largo que me trajo aquí.

Pero estaba contando de cuando subí con el Pepe a la sierra una y no más. Dio casualidad que nos salió malamente, pero aquello no era tampoco motivo para enfriarse y echarlo todo a rodar. Si de aquella salió mal y hubo pesadumbre, de otra saldría mejor. Eso decía yo, pero el Pepe no quiso saber nada de la escopeta ni acordarse de donde la escondió.

Yo fui atando cabos, de aquí y de allá, preguntando al Pepe:

—Y tú ¿dónde estabas? ¿Y qué hiciste cuando me bajaron los piconeros?

Así le saqué que tiró la escopeta en unos escobones que quedaban antes de los limpios que suben a la Peña. Con ese norte subí allí y fue muy sencillo porque escobones sólo había unos y allí estaba la escopeta llena de moho.

El Pepe no paraba de cavilar y, a veces, se le calentaba la cabeza y le entraban unas llantinas que se me abrazaba sin que yo supiera lo que le pasaba. Pena me daba, pero más apuro que pena pues no se me alcanzaba ver qué ventaja sacaba con aquellas pamplinas.

A él le hacía falta tener gente cerca, alternar y dárselas que leía mejor que nadie, cosa que por otra parte era verdad, que regalo daba escucharle leer cualquier cosa.

Muchas tardes, al lubricán, me llevaba al ventorrillo de Miguel con cualquier achaque. Antes ni aparecía por allí, pero desde el punto y hora que yo volví del hospital, no perdía día.

De verdad le consolaba, y a mí pronto me dio barrunto de ello, estarse allí al calor de las mozas que se sentaban bajo la parra con él para que les leyera historias de novios y amoríos.

Miguel era ya viejo. A mí me parecía más viejo que ahora, con sus ojillos pelados, color de rosa, como de recién llorado, y una pelusa blanca de criatura clareándole la calva.

La Carmen sí que me parecía una mujer hecha y derecha y terminé tomándole miedo porque se trasconejaba con el Pepe y si se hacía tarde y me iba a buscarlos, los encontraba con el sofoco.

Pepe se venía conmigo y por eso ella, cuando me encontraba solo, me pellizcaba y decía que como otro día fuera a fastidiarles, me iba a cortar la picha con unas

tijeras. Yo la creía capaz de todo pues hasta su padre le tenía miedo y la dejaba hacer todo lo que quería.

Las lecturas del Pepe en el ventorrillo eran el ojeo para estarse con la Carmen en el aguardo y, como tenía allí la querencia, ni siquiera se buscaba un trabajo ya que no quería cazar.

Además de la Carmen, Miguel tenía otras dos hijas: la Manuela y la Sinta. La Manuela se casó luego con Rico, el de la montanera de la Zarza que terminó por ser guarda, y la Sinta, la pobre, que era ya bizca y que sólo sabía dar gritos como los pavos porque nació tonta y se lo hacía todo encima. Por eso la tenían siempre sin braga, menos cuando llegábamos nosotros, que se la ponía por decencia.

Doce o catorce años tendría yo cuando el Pepe tuvo un lío horroroso, sin culpa de nadie. Resultó que no estaba apuntado en ningún lado y el cabo de los civiles que había entonces, dijo:

—¿Pero ese Pepe no tiene ya edad de estar en quintas?

Lo llevaron donde el alcalde, donde el juez de paz y tuvieron que ir el Goro y Miguel a declarar y no se ponían de acuerdo porque Miguel decía que el Pepe tenía dos años más, el Goro que dos años menos, aunque estaban de acuerdo en decir que nació en una Nochebuena.

El párroco recordaba haberlo bautizado, pero como hubo un incendio en la iglesia tampoco encontraron los papeles.

Total que un día el Pepe llega y me dice:

—Me voy a la mili y a lo mejor me matan porque hay una guerra.

A mí no se me infundía muy bien lo que era una guerra y, si me daba apuro de que el Pepe se fuera, sólo era por si le entraban ganas de llorar.

Entonces me dijo que la Carmen estaba preñada y que a él le apuraba porque no sabía si era de él, porque ella ya estaba perdida de antes.

Aunque yo era chico sabía lo que era todo en la vida pero no se me alcanzaba el apuro de mi hermano.

La primera noche que pasé solo me quedé arrecido de frío porque el Pepe tuvo que llevarse lo que teníamos de abrigo.

El ventorrillo de Miguel cuadraba a media legua de la choza y recuerdo que los dientes me repicaban como palillos cuando tomé la cañada, estando muy oscuro, para llegarme allí a calentarme, pues cocían pan por la noche y se engloriaba uno a la vera del horno.

Para decir verdad no eché cuenta de que faltaba el Pepe, aunque me sentía más suelto y más dueño de ponerme la soga tan larga como quisiera. Pero volvía a la choza a mis horas, como si tuviese padre y madre allí y hacía lo que tenía que hacer a su tiempo.

Miguel andaba al trajín, con su cara de desollado que daba pena y asco. Así, con los fríos, como nadie atinaba a pasar por allí, aparte del pan que amasaba para las

ocho o diez familias de las chozas vecinas, él buscaba espárragos y caracoles para ayudarse.

—Debes venirte con nosotros —me dijo—. Tendrás tu plato de comida si arrimas algo a la casa y haces los mandados.

La vida del ventorrillo no era para mí, pues en cuanto paraba allí más de un rato me sentía como un mulo trabado.

Lo mejor que hice fue no quedarme, porque Miguel, que es buena cosa, no da nada si no le trae cuenta y yo le tomé los vientos de que me quería para arrimarle conejos y pajarillos, que yo apañara con lazos y perchas, a cambio de un plato de patatas. Eso y el miedo que me daba la Carmen, me dejaron en lo mío.

De aquella casa, la única que miró por mí fue la Manuela, que aunque ya era casi una mocita y tenía sus pechos, y su sobaco cubierto, muchas veces, a escondidas de su gente, me dio pan o algo de guiso sin interés de nada.

La Manuela sabía que la Carmen iba a tener una criatura y hablábamos de eso sin que a mí me diera achare, pues las mujeres siempre me han cortado aunque yo sea tan hombre como el que más. Con la Manuela, como si fuera mi hermana, no me daba vergüenza de hablar y, una vez, hasta me dejó que la tentara y todo. Después que ella se casó con el Rico, iba yo a verlos a su casa de ellos, en la Zarza, y le recordaba estas cosas de criaturas. El Rico me decía:

—Anda, anda, que estáis buenos los dos. Más vale que te llesves una hembra a lo tuyo o terminarás durmiendo con la perra.

Además de la gente del ventorrillo, yo veía a diario a Pablo, que paraba con su familia en dos chozas muy buenas que había en la Avispa, casi en la linde con lo de la casa del Fraile y no lejos de la cañada.

Pablo era más cazador de engaño que de escopeta. Con la zarampaña no puede haber otro igual y tiene una habilidad para los lazos, lanchas y perchas que uno se emboba. Nunca decía que no a nada y a padre lo había acompañado alguna vez a los cochinos y a las cabras, pero él solo nunca fue porque no le entraba en la cabeza el tomarles las vueltas.

—Como tu padre no puede nacer otro —me decía.

Pablo tenía un hijo muy blanco y muy delgadísimo, tocado de endebles, que le decían Pencho Macho, nunca he sabido por qué. Pencho era algo más joven que mi hermano Pepe. Cuando Pencho ya era hombre y Pablo viejo y la Encarna vieja, nació la primera chavala que le pusieron Encarna también.

—Esto ha sido un cartucho recargado que reventó por donde no era —dicen que dijo. Pero después de aquel cartuchazo, y en el tiempo de la guerra, la mujer volvió a parir otra niña, la Francisca.

A la cuenta, en lo de Pablo había tres Encarnas: la suegra, la mujer y la hija; un Pencho y una Francisca.

La Encarna, desde que nació fue un cromo de bonita que era. También iba para endeble, como Pencho, pero don Celestino le ponía el culo como una tuna de

pinchazos, venga a echarle inyecciones de todas clases.

Si hubiera sido hija del médico, no habría tenido más cuidado porque don Celestino es como un santo de la iglesia, sin noche, ni día, ni prisa, ni empeño para curar al pobre.

De lo que don Celestino vive yo no lo sé, pues no conozco a nadie que le haya pagado nunca. Quizá les cobre a los del señorío, yo no lo sé.

Pablo también quiso que me fuera con él, pero sin interés de nada, porque él nunca tuvo tuyo ni mío y hasta me mandó a Pencho muchas veces a traerme guiso o un dulce.

Con Pablo sí que me hubiera ido, pero me pasaba que la mujer y la suegra me miraban con los ojos brochos y no se tapaban para decirme que allí lo que sobraban eran bocas.

Después, cuando la Encarna se espigó ni me arrimaba a lo de Pablo porque, verla y ponerme como un tomate de acharado, todo era lo mismo. No sé por qué me daba tantísimo apuro, pero si ella estaba allí jugando, ni atinaba a caminar como uno camina siempre, sino que las piernas se me ponían tontas, tropezaba y terminaba por salir corriendo para quitarme de en medio.

Más amigo de padre que Pablo era el Goro, pero el Goro bebía y se ponía de una forma que daba miedo. Siempre andaba con líos a la cuenta de los civiles, pues aunque muy buena cosa, como todos los cazadores, si le apretaban en algún lado, se empalmaba con la escopeta, ataba a los guardas y allá los dejaba a que alguien se topara con ellos.

Padre decía que el Goro era el cazador más valiente de por aquí, y que, por serlo, hacía lo que no tenía necesidad de hacer. Era grandón, con voz de toro, muy oscuro y se le engañaba como a una criatura.

—Goro, ahí vienen los civiles preguntando por ti —le decía yo. Y allá que saltaba y se escondía donde le pillaba.

—Es broma, tonto.

Al día siguiente, igual; y si dejaba de verlo una semana y me topaba con él en el campo venga con lo mismo y siempre picaba.

Otro cazador, amigo de padre, que vivía entonces del lado de allá de Carbonero, era el Faneca, que había matado a un hombre y estuvo en la cárcel a la cuenta de eso. El Faneca era amigo de padre aunque padre lo trataba muy mal y no le dejaba arrimarse a lo nuestro.

El Faneca era gracioso pero con él había que andarse con liento porque, si te descuidabas, te quitaba el dinero, cartuchos, una prenda de abrigo o lo que fuera, y, luego, se paseaba delante de ti haciendo alarde.

La gente le tomaba resguardo porque, como había matado a uno, lo mismo podía matar a dos. Por eso, padre, una vez, no sé qué tuvo con él que enganchó una cachava y le metió una soba que lo puso a la muerte. Cómo sería, que lo tuvo en casa curándolo una temporada y por eso el Faneca quedó agradecido y no volvió a poner

los pies en lo nuestro.

Cuando yo lo encontraba por el monte, siempre, me contaba algún chascarrillo picante, asunto del mujerío o de la mierda, que te meabas de escucharlo.

Como yo lo andaba todo, los piconeros me daban mandados de traer y llevar; los de un cortijo me mandaban a los de otro y muchas veces ayudé a encontrar las bestias perdidas, las vacas que se saltaban los vallados buscando al toro y hasta las pavas que se echaban cluecas en el monte. Yo, por estas cosas nunca tomé nada: primero, porque siempre he sido muy corto y tuve reparo de alargar la mano para tomar cuartos por tonteras y, principal, porque cuando yo era chico, no sé por qué, todo dios era muy cariñoso conmigo y por donde quiera que yo iba me daban un dulce, o me peinaban las mujeres y me ponían de ejemplo a las criaturas de ellas:

—Aprender de Juan, que es un hombre —les decían.

No cuento esto por dármelas de nada, bien lo sabe Dios, sino porque de chico me quería tanto la gente que se les acabó el cariño cuando llegué a mayor.

Haría un año que Pepe mi hermano faltaba de lo nuestro, cuando a Pablo le quitaron la escopeta y yo me acordé del trasto que tenía en la choza.

—Yo tengo la de padre que está echada a perder —le dije.

Total que fuimos por ella y Pablo dijo que la iba a limpiar porque le parecía que no tenía nada roto, sino atrancado de tantísima roña.

Cuando yo vi el cañón por un lado, la caja por otro, tornillos por aquí y la aguja por allá, me pensé: ¡Adiós escopeta! Pero ¡qué va! Le estuvimos frotando con arena y aceite, venga y venga, hasta sacarle lustre al cañón y a todo. Hasta las picaduras que tienen todas las escopetas por dentro, quedaron brillantes. Pablo dijo de llevarla al pueblo a que Daniel el herrero le diera pavón y terminó llevándola para traerla más fea, porque el pavón que le echaron ni era pavón ni era nada. Pero la escopeta quedó que servía y Pablo la tuvo hasta que compró de chamba una de dos cañones, muy viejísima, de gatillos, con los cañones tan gastados que más que de hierro parecían de lata.

Así tuvimos avío los dos, pues entonces yo empecé a practicar me aunque el encare me quedaba muy largo y apenas si llegaba con el dedo al gatillo.

La verdad sea dicha que yo nunca había pensado en la escopeta aunque hubiera subido a buscarla a la Zarza cuando volví del hospital, y que de no haber sido por Pablo no habría echado cuenta de ella.

El airear la escopeta coincidió con la pérdida de la choza que tenía en la cañada, a orilla del arroyo de Chotacabras. Las lluvias descarnaron el piso alrededor y llegó a quedar como un matón de anea en medio de la laguna. Cuando llovía quedaba dentro de un charco grande, tal como lo he dicho, y una noche, al volver, encontré que la había tumbado el viento.

Por eso cogí los hierros de la cocina, el colchón y la escopeta, y me fui a una de las loberas que caen sobre las motillas de lo Romeral, pasados los fresnos que se ven desde la cañada. Aquello quedaba más cerca de la carretera, de la Casa de Postas y de

la Zarza, aunque yo no me metiera allí por eso, sino por tener techo sin necesidad de aperreo.

Cuando Miguel se enteró que la choza se había ido con Dios, procesión de mujeres tuve en la lobera y me dieron besos y me trajeron ropa y a mí me daba achare de la ropa y de los besos porque ni una cosa ni otra me caía bien. Una de las que me dio besos fue la mujer de Nicolás, que era dentona, y otra María, la casera de Almafuelle que yo le tomaba resguardo porque me acharaba diciéndome que era una pena que yo no fuera una niña porque tenía los ojos de esta forma y de la otra.

Como fue Miguel el que me hizo el ojeo de mujeres, vino a cobrarse la caza.

—La Manuela te puede arreglar esa ropa que te han regalado y tú puedes pagarle dándole la que no te sirva.

Ya instalado en la lobera, empecé a adelgazar y a crecer y si antes, mala comparación, era como pachón, terminé en regalgo. Comía sin horas y pocas veces de guiso, no siendo cuando me lo daba Manuela, a escondidas de su padre, o cuando en la Casa de Postas me daban alguna sobra porque arrimaba conejos o pájaros.

Además de los lazos y las perchas, los espárragos me ayudaban mucho porque buscándolos veía gazaperas, hechíos de conejo, nidos y conocimientos para decírselos a Pablo, al Goro y al Faneca, que me venían a preguntar y me convidaban a pan con tocino.

En la Casa de Postas pagaban muy poco por los conejos pero me compraban todos los que llevaba, no como Miguel que compraba cuatro o cinco, hasta donde le llegaban los cuartos.

La primera vez que gasté dinero, fue a cuenta de comprar unas botas que se las encargué a Tocino, el recovero, que me sacó nueve duros y me trajo un par disparatado de grande.

No puedo acordarme de la primera vez que maté algo con la escopeta. Sí recuerdo que Pablo estuvo cuatro días de viaje, para buscar avíos para recargar cartuchos y que, entre los dos, porque yo puse el dinero y él el viaje y los trastos de recargar, llenamos un cajón de vino con cartuchos.

Después sólo me acuerdo de la Centella metiéndome conejos a la escopeta y a Pablo haciéndose cruces:

—¡Si tu padre levantara la cabeza! —me decía cogiendo en peso la percha.

Yo he matado muchísima cacería en mi vida pero no me tengo por una escopeta de este mundo y del otro. He visto aficionados del señorío matar donde yo ni siquiera tiro. Claro que ellos tienen otras escopetas, que no la mía y otros cartuchos que no los que uno apaña. Un cartucho vale un dinero y es tontera tirar los cuartos para ver qué pasa. Si el bicho se toma la ventaja que uno no le ha dado, y la suerte lo tumba, ¿qué clase de cacería es ésa? La puntería que arregla lo que el cazador lleva estropeado, no es un mérito, sino un recurso. ¿Para qué hace falta puntería cuando uno sabe arrimarse al animal hasta tenerlo a cascaborro? Lo de cazador es eso, arrimarse al

animal avisado y quedarse con él, con la escopeta o a bocados; no que el animal se quede con uno.

Los del señorío me han querido llevar a tirar al pichón y yo nunca he querido hacer tonteras. Si el pájaro está dentro de una jaula, bien tonto que resulta soltarlo para pegarle un tiro. A mí me entró muy pronto en la cabeza cuándo debe uno tirar y cuándo no. Por eso puedo decir que ahora tiro lo mismo que cuando era chico: tiro sólo para matar. Y todo eso de ir de caza con un rifle y un canuto para mirar dónde va a dar el tiro, me ha parecido siempre una desgracia, un abuso, como que un viejo abuse de una mocita soltando los cuartos o que un arañón se coma un pájaro.

Si yo de chico le daba bien a los conejos, no era por mérito mío, esa es la verdad. La escopeta se aprende pronto cuando lo difícil lo lleva ya uno dentro. Había día que juntaba cuarenta y cincuenta conejos, no por agonía de juntar cuartos, sino por celo de asombrar a Pablo que ni en dos días mataba lo que yo en uno.

—¡Si tu padre levantara la cabeza! —me decía.

Lo que digo de la escopeta, digo de los perros. ¿Cuántos cuartos no le habré sacado yo a los cachorros de la Rubia, de la Centella, de la Rabona? No ahora, que todo está disparatado y la gente tira de cartera sin echar cuenta de los cuartos con tal de dar gusto a un capricho, sino hasta entonces, que me venían de aquí y de fuera de aquí a llevármeme hasta la simiente.

En el pueblo, todo dios sabe que en cuanto un perro apunta buenas maneras, al dueño se le llena la boca de decir:

—De la sangre de los de Lobón viene éste.

Y dicen eso aunque sea mentira.

Vicente, el entregado de lo Romeral, tenía una piara de pavos disparatada de grande, suya de él, no del amo, y como dormían en las higueras que tienen allí, junto al corralón de la casa, pasó que el gandano se empicó en meterles mano y ya le hacía muchísimo daño.

Puso cepos zorreros con un arenque de carnada, pero eran las ratas quienes se comían los arenques y el gandano seguía en lo suyo.

Entonces me dejó razón en el ventorrillo de Miguel:

—Le dices al chiquillo de Lobón que si mata el zorro le daré una propina.

El gandano sabe mucho, tanto sabe que, antes que me llamara Vicente, yo lo veía rondar por los fresnos y, cuando me llamaron, como si el animal lo hubiera escuchado, cambió de viaje.

Con el celo de la propina, yo me puse a patear lo Romeral y las lindes de Cabrahigo y las Tenadas, hasta que encontré cagadas frescas de gandano en la motilla que queda por delante del pozo de las vacas, allá abajo en la linde de las Tenadas, Cabrahigo y lo Romeral. Por la hora que era, no tenía más remedio que haber cagado al recogerse y, como el gandano con un pavo en la boca no para a cagar, yo me dije que aquel día no había hecho carne y volvería a la casa.

Por la noche me fui para la casa y estuve acechando las higueras y por allí no aportó gandano alguno. Yo me preguntaba ¿dónde tendrá la zorrera?

Aquella misma mañana, cerca de lo de Almafuente, volví a ver suciedad y como el viaje, de la cagada del día anterior a la del día siguiente, marcaba el rumbo, ya supe dónde ir a buscarlo.

Los paredones que quedan al frente, allá abajo, por el lado de acá de la laguna, siempre han criado gandanos y aquél tenía que venir de allí.

Tomé con la perra con el lubricán y llegué allí con la luna, una noche muy clara y tuve tantísima suerte que saltó un ventarrón y al transponer unos costurones me veo a la Centella encampanada con todos los pelos de punta.

Debajo de nosotros, en una breña no había uno, sino dos gandanos, una collera que estaba pegada porque les había entrado el celo. Si me lo llegan a contar, no lo habría creído. Maté la hembra y el macho la arrastró más de cuarenta metros, pero, en el hondón que estaba y con aquel remolque, me dio lugar de cargar otra vez la escopeta y matarlo también.

Hasta que no se fueron enfriando, no se despegaron.

Yo me volví más contento que si fuera mi santo con los dos gandanos arrastras, sin echar cuenta eso que dicen que traen mala suerte.

Vicente me dio dos duros: uno por el macho y otro por la hembra y yo me fui tan contento a contárselo a la Manuela para ponerme moños. Pero llego al ventorrillo y me dice Miguel:

—¡Tonto, más que tonto! En el pueblo, el alcalde, le dará a Vicente cuatro o cinco duros de premio por cada zorro. Tú le haces un favor y él, encima, se queda con el premio.

Miguel, cuando habla malamente de alguien, nunca dice mentira. Por eso me quedé chingado.

Lo que me hizo Vicente, me cayó como un tiro, no por el dinero, sino por haberse quedado conmigo. Yo me pensé:

—¿Tú te quedas con lo mío después del favor que te hice? Ya veremos quién ríe el último.

Entonces, un día sin otro, me llegaba a las higueras, enganchaba un pavo, le retorció el pescuezo y lo enterraba. Ni uno solo me comí, ni le saqué provecho para que no pasara que el daño me fuera ventaja. Yo no quería ganar nada, sino dejar las cosas como estaban antes de que yo matara los gandanos. La piara se secó del todo pues no dejé ni simiente de pavo.

Y no le devolví los dos duros porque se los di a Pablo para avíos de cartuchos y, además, porque me los había ganado en las tres noches que pasé velando.

Lo que trajiné por esos montes, de noche y de día, sólo Dios lo sabe.

Mi primer marchante fue Miguel, luego la Casa de Postas y Tocino, el recovero y, a lo último, ya mozo, cuando conocí a Martina la del ventorrillo del Humo, la gente

del contrabando que se lo llevaban todo, grande o chico, y hasta las primillas y carlancos. Esa gente pagaba mejor que nadie porque ellos sabían dónde colocar el género para comerlo o para adorno. Por eso se lo llevaban todo, porque lo que no servía para carne lo curtían y volvían a darle el aire que tenían los bichos vivos. A estos les dicen disecados porque están secos del todo, para que no se pudran.

Por la gente del contrabando empecé yo a tomarle querencia al vedado, porque, en los viajes de vuelta de los mochileros y los caballos, les gustaba aprovechar el salto y meter dinero en reses y cochinos que, luego, sólo les sacaban ganancia.

Los caballos de la gente del contrabando tenían que ver. Iban los animalitos solos por las umbrías, buscando la noche y tapándose donde había cuidado, con el mismo sentido de las personas. Estaban tan bien enseñados que acechar un caballo de aquéllos era tan difícil como acechar una cabra. Todos eran muy viejos y cuando juntaban en la reata un caballo nuevo, los mochileros iban a la vista del alijo. También mandaban perros con unas alforjas chicas.

El Faneca trabajaba en aquel tiempo con los mochileros pues él siempre fue muy contrabandistón y amigo de los cuartos. El primer cochino que yo maté se lo llevó él y me dio cincuenta duros.

Si yo hubiera sido ambicioso de dinero y hubiera juntado todo lo que gané, ahora tendría un capital.

Verdad que si no hubiera dado tanto a todo dios es posible que me hubieran puesto a la sombra antes de ahora, pues en la Zarza y en el Pegujal y hasta en el mismo pueblo, no ha habido calamidad que yo no haya aliviado.

Por eso, aunque de todos hayan rajado, de mí nadie dijo nada nunca, no siendo la gente de la Zarza que al ver una escopeta se les ponía cara de propina pensando ir con el cuento.

Yo tenía dinero, no porque ganara mucho, sino porque nunca fui vicioso de gastar. Que yo recuerde, quitando el gasto de los cartuchos, unas botas enterizas que me compré y otra vez que le pedí al Faneca que me trajera un reloj del moro, nunca compré nada.

Cuando la Carmen tuvo el crío, le di para el bautizo y para ropa y a ella le compré colonia, jabón de olor y una bata linda. A padre y madre les pagué una lápida de mármol que no pudieron ponerla en el cementerio porque, a lo que dijeron, como llegaron de la forma que llegaron, los echaron en una fosa grande, sin caja ni nada. Allí dejé la lápida y nunca pregunté lo que terminaron haciendo con ella.

La quinta de mi hermano estaba cumplida cuando empezó la guerra porque fue don Celestino quien tenía apuntado el día en que nació, que él lo apunta todo. Lo mismo que fue después, volvió más tarde que nadie, cuando ya no había guerra ni nada.

Una mañana, cuando todavía no había salido el sol, me veo a la Carmen en lo mío.

—¿Has visto al Pepe?

—¿Qué Pepe?

—¡Cuál va a ser, tu hermano!

La Carmen siempre fue como vieja, con costurones en la cara de esos de rascarse. Se echaba polvos para disimular y así estaba aquella mañana que parecía que había metido la cara en harina.

—Quince días lleva en el pueblo y no ha sido para venir a verte.

—¿Lo has visto tú?

Se encogió de hombros, pero yo sabía que tenía sus más y sus menos pues se decía que estaba embarazada otra vez de Vicente, el de lo Romeral, o de Tocino, el recovero, los dos casados.

—A la cuenta, el hombre no se habrá determinado a bajar porque le habrán ido con el cuento de lo tuyo.

—Y ¿qué es lo mío?

Lo que dicen, que vienes otra vez con cría.

—Y eso, ¿qué? ¿Es que tu hermano puede decirme algo? Desde el punto y hora que se fue, ni una carta, nada, talmente como si se hubiera muerto.

—Pues no sé, pero yo me calculo que por esa causa no habrá venido a la cañada.

—Bueno, pues cuando lo veas, le dices que el Pepito no pura de mentar a su papá y a las ganas que tiene de verlo.

—Yo se lo diré, pero antier, que yo lo vi, no estaba tan adelantado.

—Bueno, pues le dices lo que quieras, que también tú no sé por qué vas a ponerte contra mía.

Me subí al pueblo y me encontré al Pepe en el patio de la herrería, hablando con Daniel. Voy para él y no me reconoció, luego sí, y en seguida, me aparta a un lado y me pregunta, no se me olvida:

—¿Es verdad que tú le das dinero a Pablo para ir a San Fernando?

Ni un beso, ni hola me dijo.

—El va allí por avíos para los cartuchos, para eso le di.

—¿Pero le pagaste tú el viaje?

Me enganchó la mano y, con mucho misterio, me llevó donde el bar de la plaza.

Allí empezó a preguntar: ¿y le diste dinero a éste y a la otra? ¿Y cuánto les diste y cómo y cuándo?

Yo miraba a mi hermano y hasta miedo me estaba dando de pensar que, a lo mejor, me había metido en un lío sin yo saberlo.

—¿Pero qué es lo que pasa, Pepe?

—¡Calla, hombre, calla! ¿Tú sabes lo que pasa? Que la accesoria, donde estaba la gasolinera, la venden por tres billetes.

Yo no le sacaba punta a aquello y me parecía que el Pepe andaba mal de la cabeza.

—¡Anda y que le den a la accesoria! ¿Eso es todo el disgusto?

—¡Calla, hombre, calla! Que fui donde Daniel a pedirle prestado, que esa oportunidad es lo más grande que se me ha presentado en la vida, y me dice: ve donde tu hermano que a ese le sobran los cuartos. Figúrate, la accesoria, eso se limpia bien, con cuatro tablas se hace un mostrador y pongo un güichi para vender vino y café en la misma esquinita de la carretera, ¿comprendes?, por eso, si tú no le hubieras dado...

No le dejé seguir porque me estaba dando fatiga. Me eché mano al bolsillo y tiré encima de una mesa el taco de billetes que tenía, más de cuatro mil, y más tendría juntadas de no haber hecho regalos al hijo del Pepe y a la Carmen. La cara que se le puso a mi hermano no fue de alegría sino de susto. Se echó encima de los cuartos, los hizo un montón y puso la mano encima. Me hizo jurarle que no los había robado.

—¿Dónde iba yo a robar eso, muchacho?

—Entonces, ¿estás al contrabando? A padre no le gustaba eso, ya lo sabes.

—Y ¿quién está al contrabando?

Yo hasta me cabreé contándole cómo me ganaba la vida y, a lo último, le dije:

—Lo que hacía padre es lo que hago yo, ya lo sabes. ¿Qué es lo que haces tú y para qué necesitas güichi, ni la madre que lo parió?

Me contó los padecimientos que pasó desde el punto y hora que acabó la guerra, que hasta limosna tuvo que pedir, pues encandilado con sus cuentos y sus negocios de fantasía, se fue a Madrid a que se burrearan de él. Lo único que sabía hacer era cazar, sin afición, y él quería buscarse una caponera para sacar cuartos sin patear. Terminó yendo a comer las sobras de los cuarteles y aunque sabía leer y escribir mejor que nadie, el único oficio que consiguió fue que lo emplearan en las tabernas a despachar vino, que de ahí le entró la afición a los güichis y a estarse fregando vasos.

Cuando me lo contó me dio pena y rabia, porque después de aquello, todavía tuvo el contradiós de pensar que mi dinero podía ser algo puerco.

—Tú no lo necesitas para nada, Juan —me dijo—. Tú puedes ganar lo que quieras sin trabajo ninguno.

Sin trabajo ninguno, dijo. Con las calamidades que él había pasado, si perdía la oportunidad de comprar la accesoria con mi dinero, ¿qué iba a ser de él?

Me volví al campo mareado del berrinche porque, a lo último, me salió preguntando por la Carmen y por el crío y me hizo la mercadería de que él, que se lo había hecho, se lo tenía que pagar. Sabía que estaba preñada de otro, pero no me dijo una palabra de eso, ni yo a él tampoco.

Tenía tanta ansia de meter la cabeza en algún lado, que tanto le daba que la Carmen estuviera como estaba como de que se hubiera muerto. Los días que pasó en el pueblo no hizo más que buscar cuartos a un fiador y estuvo como un turón de esos que se ponen morados del berrinche de verse en jaula y terminan reventando. El no reventó porque se topó conmigo. Estuve enfadado con él una temporada, no por los cuartos, sino porque me dijo que yo los ganaba sin trabajo ninguno. Eso era renegar de la casta, por eso me enfadé.

Luego se me pasó y aún tuve que arrimarle más cuartos en tres ocasiones seguidas y, después, tantas veces, que perdí la cuenta.

Cuando acabó la guerra, pasó que la gente se moría de hambre a chorros y no encontrabas cosa que comprar ni en el pueblo, ni en el campo. Hasta el dinero menudo escaseaba y daban vales o sellos de esos que se ponen en las cartas, en lugar de un real o una gorda.

El campo estaba que tiraba bocados, pues había gente brava tirada al monte y en todos los caseríos hicieron escarnios, llevándose lo que podían y hasta matando a las personas por gusto de hacer daño.

Al primero que mataron de aquí fue al hijo de don Celestino, el médico, y aquello dejó a todo dios planchado, pues si hay un santo en el mundo es don Celestino, que hay que ver lo buenísimo que es.

Era un muchacho, hijo único. Lo cogieron en el mismo pueblo, un día que vino de Cádiz donde estaba estudiando, y le mandaron razón a don Celestino que si no pagaba no sé cuántos miles de duros, le mataban al hijo.

Don Celestino nunca tuvo fincas, ni creo que una cantidad de cuartos tan disparatada como la que le pidieron. Por eso los tíos, se necesita huevazos, mataron a la criatura que iba a ser médico como su padre.

De los Ahumada mataron dos, y eso que por la vida del primero pagaron un capital, pero dijeron que el muchacho conoció a uno de aquellos tipos y por eso, después de cobrar, se lo cargaron. Al último, si me hacen caso pronto, no lo hubieran matado, pues yo mandé razón a la pareja de que los del monte iban a ir al Regalito.

Aquella gente había tomado la Zarza como cosa propia y paraban en los Barrancos, que es la finca más grande del vedado. Por lo que decían unos y otros, al que le querían meter la puñalada en grande era a don Gumersindo, pero como era soltero y paraba en Sevilla, no encontraban la forma de hacerle más daño que quemarle la ermita, romperle los muebles de la casa y molestar a la gente que vivía allí, quitándoles un borrego, unas gallinas y cosas así.

El Clemente se fue al pueblo y en cuanto el sol estaba puesto ni salía a la calle. Y lo mismo que hacía el Clemente, hacía don Cosme y los Aldavaca y todos los que tenían algo que perder.

Yo fui a ver al Clemente por encargo de Rico, pues, con estas cosas, ni el Clemente bajaba a la Zarza, ni los de la Zarza se determinaban a subir al pueblo, no fuera que el husmo a llevar cuartos les aparejara un cascamazo.

Yo subí a pedir el dinero de Rico, y entonces, el Clemente me preguntó si yo era conforme en llevar el de toda la gente que trabajaba y vivía allí. Dije que no me importaba y él me pidió de favor que subiera todas las semanas a lo mismo, considerando que los del monte no iban a echar cuenta de mí.

En la Zarza paraban Rico, su padre y su abuelo, porque sus tíos y primos se habían ido ya a Sevilla, a un olivar que tenía allí don Gumersindo. El abuelo estaba

ya postrado y duró poco. Después estaba Sara, la Médica, que vivía en la casa del encargado, lo del casero que le decían, porque su marido lo fue antes que el Clemente y allí se quedó de viuda. La Médica fue amiga de madre y de abuela y no quiso curarme cuando me lastimó el cochino, pues ella en lo seco lo cura todo, pero en lo húmedo no toca. La Sara tenía tres hijos allí en la Zarza, el Vitilo y el Paco con sus casas y el Manuel, que paraba donde su madre. Vitilo estaba de vaquero y no he visto hombre más callado, tenía mujer y tres criaturas casi de mi edad. Paco era el más listo de los tres, sabía de chófer, de tractores y de la electricidad, pero no era simpático. El pequeño tenía una pata más larga que otra y era el mozo de comedor de don Gumersindo, cuando paraba en la Zarza, y el que manejaba los cuartos de la casa. Tenía una bota con una suela de a palmo y allí iba siempre pegando cojetadas rin ron, rin ron. A la fábrica de sillas le metieron fuego los del monte y como allí todos trabajaban de temporeros, menos en la carpintería donde estaban fijos Nicolás, que luego murió porque la sierra le cortó una mano, Beltrán y Meleto, no hacían mucho gasto. Además estaba la gente del corcho, que trabajaban a cuenta. El párroco de la Zarza, que era un viejecito, había muerto en la guerra y se libró de ver que le quemaban la ermita.

Para aquella tropa llevaba yo, todas las semanas, cuatro mil trescientas diez pesetas, todavía me acuerdo, y quinientas más, metidas en un sobre, que le daba al cojitranco del Manuel, para él, la casa, el Felipe y el Amalio.

En las piedras de los Barrancos, de vez en cuando, había hasta ocho tíos que sólo salían de allí para irse al moro o para hacer daño.

El Faneca, que andaba al contrabando, también sacaba tajada de ellos, trayéndoles y llevándoles de la mar a la sierra con sus caballos y trajines. Pero terminaron matándolo, o se mató él solo, pues Manolo el de la Casa de Postas, lo encontró reventado a un tiro de su casa.

Nunca fue un juego cazar en el vedado y entonces menos, pues si no abrías bien los ojos te los cerraban para los restos.

Aquella gente del monte era medrosa de todo y de todos y, como uno tenía que andar de acá para allá, recelaban de que fueras a meter las narices en lo suyo y te acechaban para cortártelas. Por eso, al componer el campo, había que marcar a cada tío y buscarle el alivio para echarle fuera sin topár con otro.

Aun estando ellos en los Barrancos, las querencias de las reses seguían allí y en el Berrocal, pero como yo nunca busqué las querencias, sino los correderos y viajes que van y vienen a ellas, me apostaba en la Peña o en la barranquera junto al río, si no es que me subía a las Cabezas o a lo de Mastevale a buscar las cabras.

Los del contrabando estaban cagados con los del monte y los del monte con los del contrabando. Lo sé, porque después del Faneca, iba a la vista de los caballos, uno de Ubrique que se llamaba Camilo y era bizco como un demonio, pero no con los ojos para adentro, sino para afuera, y me dio razón de que no volviera al monte. Por lo que me dijo, ellos me habían visto con unos canutos de esos de mirar al lejos y que

se ve como si estuviera aquí mismo.

Yo seguí subiendo al monte porque el mismo trabajo tenía aquella gente conmigo que yo con ella, y si ellos no se iban de allí, ¿por qué me iba a ir yo?

De aquélla los civiles andaban por los caminos, soliviantados, blancos como la pared, preguntando a unos y a otros sin que nadie se determinara a darles norte de nada. Los del monte hacían la misma cosa y la gente andaba temerosa de comprometerse por cualquier lado.

En la Zarza, los civiles y los del monte, dejaban razones para mí:

—Decirle a ese muchacho que anda con la escopeta, que le vamos a dar un tiro.

—Decirle a Lobón, que en cuanto vea por donde anda esa gente nos mande razón.

Ni a los unos ni a los otros les hice caso. Me iban a hacer cachos si me veían por el monte. No me debieron ver nunca más porque yo estoy entero. Y a los civiles, cuando les mandé razón, ¿para qué sirvió?

Cuando mataron al pequeño de los Ahumada yo pasé lo mío: estaba en la serranía cazando cabras, cuando escuché los caballos por la vereda antigua del contrabando. Al rato, ocho de aquellos tipos pasaron a pie a mi vera, pues me había tapado en un matón y les sentí hablar de que ir al Regalito, tan encima de la carretera, iba a ser un compromiso.

Tenía yo la perra trincada por el morro para que no chistara y tan pronto traspusieron para abajo, tomé viaje tras ellos con la perra en brazos, llevándolos siempre por delante. Anduvieron toda la mañana y, cuando se cansaban, se sentaban a echar un cigarro, hasta que al mediodía llegaron a la parte de arriba del Berrocal.

Entonces yo pensé que, de seguir al paso de aquella tropa, no iba a darme lugar de tomarles la delantera para avisar. Por eso, me escurrí para los limpios, solté la perra y me encaramé pegando botes por aquellas piedras levantando un polverío de espanto. Más miedo que un perro capado pasé porque hasta estuvieron tirándome con un taca-taca-taca de esos, pero cuando empezaron con el tiroteo estaba yo en la china y nadie es capaz de hacer puntería a un tío corriendo desde tan largo.

Por el mismo miedo que llevaba, no me determiné a cortar para la Zarza por los visos, sino apretándome a la umbría, luego al mateado de lentisco para llegar a la bajura del río ya entrada la noche. Entonces me determiné a llegarme a la casa, no sin antes mirar aquí y allá para ver si había algo que no casara bien y me diera norte que los del monte se me habían adelantado. Como no vi nada raro tuve que despertar al Felipe, que era el de más peso, pues Rico, el viejo, no podía menearse.

—Esa gente va al Regalito. Yo no voy a la pareja porque me han visto y, a lo mejor, me están aguardando junto a la Casa de Postas, que es donde paran los civiles. Que vayan ya, pues esa gente habló de ir al cortijo.

Felipe gitaneó por vagancia y por miedo, pero como nunca fue malo y entendió que yo tenía razón en lo que decía, se echó la ropa mientras yo le ensillaba el caballo.

—No les diga usted que los mando yo, sino que usted se ha enterado que van para allá.

Felipe salió picando y, por lo que supe, fue a la Casa de Postas, donde paraba una pareja que no se determinó a hacer nada hasta que Felipe tuvo que zamparles lo que yo había escuchado. Entonces, en lugar de tomar para el Regalito, tomaron para el pueblo a decírselo al cabo y, entre unas cosas y otras, cuando llegaron al cortijo estaba saliendo el sol.

Los del monte estaban ya dentro, que si los guardias llegan un rato antes, ni entran.

Mataron a uno de aquellos allí mismo y a otro le metieron más de diez tiros y no murió allí, sino en el pueblo, donde lo subieron plomeado. Pero se llevaron al señorito joven de los Ahumada y, luego, lo encontraron muerto en unas lajas, con un tiro en los sesos.

Al otro día el juez me manda buscar para que subiera junto a él a hacer declaración. Fue una pareja a la Zarza y otra a lo de Pablo y dijeron:

—El chiquillo de Lobón tiene que firmar un papel, le decís que venga a buscamos o que suba donde el juez.

Claro que no fui. Encima que les hice un favor, no iban a obligarme a tener un compromiso. Es muy cómodo decirle a uno que suba y que baje porque a los civiles o al juez les venga en gana. Una cosa era ayudar y otra cosa que ellos se pensarán que yo andaba por el monte para hacer lo mío y lo de ellos. Me buscaron más de dos meses, pero yo no subí.

Los del monte, sin subir yo al pueblo ni nada, supieron que fui yo quien les fastidié lo del Regalito, pues bajaron a la Zarza y apretaron al Vitilo y al Amalio, aquel que padre le sacó los dientes. El Vitilo ni abrió la boca porque él, de suyo, no habla nunca, pero el Amalio se cagó y contó lo que sabía. Menos mal que sabía poco, que si llega a saber que fue el Felipe quien se alargó a avisar a la pareja, allí matan al viejo.

Cualquiera que suba ahora al vedado y vea lo que hay allí, pensará que miento al decir que, en aquellos días, rara era la semana que yo no mataba un par de reses, o una res y un cochino y dos o tres cientos de conejos y una docena de pájaros perdices.

Como los del monte no cazaban, ni los cazadores subían por miedo a los del monte, los corzos se esponjaron de una forma que daba gloria verlos. Hasta los venados, que siempre han escaseado, y las cabras, más metidas en los peñascales de la serranía, se veían sin necesidad de darse el mate buscándolos.

Cuando los del contrabando tuvieron miedo de tomarme la caza, porque los del monte les amenazaron, yo la bajaba a lo mío, rodándola monte arriba y monte abajo, hasta llegar al río, donde la dejaba tapada y volvía, a la noche, con la borrica de Pablo que me aliviaba el porte.

En casa de Pablo partíamos el bicho en cachos y allí venían a buscar carne unos y otros y, el que podía, la pagaba, y el que no, se la llevaba sin pagar.

La suegra y la mujer de Pablo tomaban unos berrinches horribles con esto y siempre tenían algo que decir, pues no eran conformes que se repartiera la carne en su

casa sin que ellas sacaran ventaja. Pablo hasta les dio alguna guantada a cuenta de la carne porque decía que, de lo mío, yo podía hacer lo que quisiera.

Pencho también tenía coraje por lo mismo y, aunque con su padre no se atrevía, a mí me ponía vestido de limpio.

Como el hambre que había era muy grandísima, hasta el cabo de los civiles venía, él en persona, a ver si entraba alguna res y siempre pagaba de su bolsillo lo que él creía que era justo, porque allí no había peso ni nada.

A la gente de la Zarza también les mandaba un arreglo siempre que podía. Iba al Felipe y le decía:

—En los tarajes del arroyo seco, os he dejado un cochino.

Esto lo supo don Gumersindo y desde Sevilla escribió al Clemente diciéndole que buscara una combinación para que yo le mandara la cacería. No me acuerdo ya lo que le mandó el Clemente, pero en tres ocasiones le subí jabatos, poco mayores que rayones, que los prepararon en el pueblo y los largaron a Sevilla listos para entrarlos al horno.

Pablo, ya lo he dicho, nunca subía solo al vedado y, entonces, ni acompañado. Lo que él hacía era apañar conejos y pájaros de todos esos cortijos que quedan a lado y lado de la cañada.

En aquella época, encelada por lo que le contaban de mí, se vino a lo nuestro Martina, la del ventorrillo del Humo, que ya contaré de ella cuando tenga lugar.

Yo no sabía que el Amalio se había ido de la lengua y tan ajeno que vivía de que los del monte me la tenían sentenciada.

Una mañana, antes de salir el sol, subía yo por el Regalito, dando el rodeo para disimular los Barrancos, cuando la Centella me hizo dos o tres extraños y se me quedó mirando.

Cuando el perro lo mira a uno, una de dos: o espera que uno le mande, o espera que uno le siga. La perra no tiraba de mí, no había cogido rastro y, sin pensarlo, supe que tenía que andar con cuidado.

Aquella parte de la linde, con tanta piedra, es buen sitio para esconderse, pero una perra dando botes y que no se le va a uno de los pies, era mala compañía. Yo no llevaba más que tres cartuchos con posta y unos pocos con perdigón y si aquella gente del monte hacía por mí, podía darme por muerto.

Llamé a la perra y la tomé en brazos para componer el campo, tratando de adivinar dónde podía estar el veneno. Tuve muchísima suerte porque a un tiro de piedra escuché un bullir de ramones y la Centella intentó ladrar, pero le tapé la boca.

Me tapé como pude y vi que era verdad, que tenía un tío delante, sentado de espaldas en la cresta de la motilla y cada vez que se movía, crujían los matones.

Después lo vi, al clarear, que cada vez me parecía tenerlo más cerca aunque no se movía. Luego, de vez en cuando hacía señas y por eso supe que no estaba solo. Entonces, no lo pensé más y lo que hice fue lo peor que he tenido que hacer en mi

vida, porque la Centella no pudo comprender por qué la ahogué apretándole el cuello. No hizo ni un ruido y se me entró un nudo en la garganta al verla muerta, ella que siempre venía conmigo y sólo me tenía a mí.

Si no mato a la perra, aquellos me matan a mí, porque hubieran terminado por verme.

Estaba el sol alto y el tío seguía allí, marcando todos los hondones con el invento ese de mirar al lejos, hasta que se cansó, se puso en pie y bajó de la motilla haciendo mucho ruido. No se escondía, ni disimulaba y, al rato, lo oí hablar dando voces con el otro, que no era otro, sino cuatro más.

Yo no lo sabía, pero se me figuraba que estaban aguardándome y bien que tenía razón, pues el Amalio, hasta les dijo que él se calculaba que yo debía entrar por la parte de arriba, rodeando los Barrancos.

Aquel día me volví a la lobera y fui donde el Goro a decirle lo que me había pasado y a pedirle una poca mecha.

—Tengo que meterles miedo, porque si ya se confían terminarán por matarme.

—¿Por qué no vas donde la pareja?

—¿Para qué? ¿Para que me digan como al Clemente que no salga del pueblo?

Al día siguiente volví con la mecha que me dio el Goro y me estuve cagadito de miedo buscándoles las vueltas sin conseguir verlos.

Yo quería ponerles tres o cuatro cartuchos con mecha para armarles un espolio en su misma casa, pero allí no había nadie.

Los tíos se metían, tan tranquilos, en una choza vieja, que todavía está allí, que la hicieron los piconeros para guardarse de la lluvia.

Se habían marchado y había latas vacías tiradas por el suelo, pedazos de pan con pringue y una garrafa grande con cuatro dedos de agua.

Después, aún intenté volver para lo mismo, pero los tíos no volvieron más, sino que tomaron para la parte de Grazalema, San José del Valle y Alcalá de los Gazules, donde también hicieron horrores.

Aquella vez bajé a la Zarza y le dije al Felipe lo que me había pasado. Por eso supe lo del Amalio, que todos se lo afearon, y él mismo dijo que le entró un susto tan grandísimo que habría puesto a su padre, de estar vivo, en evidencia.

El tiempo que duraron los del monte dando guerra en grande fue poco más de un año y para eso, daban un palo o dos, todo lo más, cada mes.

Lo malo era que, con el achaque de que todo lo malo lo hacían ellos, eran otros los que iban a su avío. Aquella gente del monte no se tapaba la cara como los que robaron en Carbonero, ni los que mataron al administrador del Coto del Francés cuando iba con los cuartos. Aunque no sea verdad, en el campo se habló que la gente de Aldavaca, con tantos cuartos y cortijos, tuvo que ver con lo de Carbonero para dar gusto al celo que tenían de arruinar a don Cosme. Lo que hubo o no hubo, nadie lo puede saber, pero yo me acuerdo muy bien de que, para la gente de nosotros, era cosa

sabida que el asunto de Carbonero, el robo, el medio matar a las criaturas y los cerillazos, fueron pagados por los Aldavaca. Después todo se olvida, pero entonces no nos parecía un decir, sino un saber.

Pero entre unos y otros, lo que duró el jaleo, sólo cazábamos en todo el campo de Dios cuatro escopetas calientes: Pablo, el Goro, Martina, la del ventorrillo del Humo, y yo. Los demás se echaban atrás y ni la gente de las casas se determinaba a salir de ellas con la escopeta.

Pablo salía asustado, pero salía, ¿qué remedio le quedaba?

Yo no he conocido persona alguna como Pablo, porque aunque no sabe de leer ni de escribir, tiene mucho en la cabeza y si abre la boca, te tienes que reír de las cosas que dice.

Pablo supo siempre del oficio lo que pocos y si trabajó más con artes de engaño que con la escopeta, a la cuenta fue de que lo trincaron con ella muchas veces buscándose la vida, y le pegaron fuerte. El decía:

—Buscarse la vida con esto, es buscarse la cárcel.

A Pablo le duraba la escopeta lo que la temporada, pues en cuanto echaban la veda, tenía a los civiles, noche y día, haciéndole la sombra y calentándole el campo. Terminaban por encontrarle el arma, lo subían al pueblo y su familia ayunaba mientras duraba el lío.

Era gracioso porque Daniel, el herrero, cuando sabía que en Cádiz o en Málaga había subasta de las escopetas que quitaba la guardia civil a gente como nosotros, compraba diez o doce trabucos de aquellos, algunos de cargar por la boca, y no había vez que no trajera alguna de las escopetas que le habían quitado a Pablo.

Daniel se quejaba diciendo que aquello era basura y a Pablo le devolvía la suya por tres o cuatro pesetas.

—Estas escopetas de la subasta no valen un duro —decía.

—Natural —decía Pablo—, porque al que se la quitan, no lo tiene.

Tenían que componerla, juntando los gatillos de una con los cañones de otra porque las tronchaban y hacían cachos para que sólo sirvieran como hierro.

Pablo era ya entonces agalgado, largo, chupado de cara y con una boca muy grandísima con dientes postizos, que se los regaló un teniente, decía él, de uno que se murió.

Siempre fue muy especial. Iba al ventorrillo, se sacaba la dentadura y la echaba en el vaso del vino.

—No sea que con la hambre me los trague —decía.

Desde que yo lo recuerdo tenía el pelo gris, los brazos largos, las patas largas, la cabeza larga. Tenía un comer exagerado, pero no engordaba, y la ropa le caía como a los espantapájaros, corta y ancha, como si cuerpo y brazos fueran dos cañas cruzadas, con un sombrero por montera y un relío de trapo para abultar el fantoche y que lo moviera el aire.

El se reía de sus hechuras y decía:

—Estoy ya feo de gordo.

Como lo habían castigado mucho, tenía callo en el miedo y daba pocas vueltas para disimular su oficio. El iba donde tenía que ir y si lo trincaban, mala suerte. Por eso no subía al vedado y cuando estaban en la Zarza los del monte, ni consintió acompañarme.

—Tengo criaturas y no tengo tu edad. Tú, das cuatro botes y te echas fuera de lo que sea. A mí me pesan los huesos.

En aquellos meses él se iba con Martina la del ventorrillo del Humo a los pájaros y los conejos. Con la zarampaña era una eminencia. Durante el día atendía los escarbaderos de las perdices para enseñarse dónde se recogían a dormir. Cuando se hacía oscuro, con un pelotón de estopa mojado en mineral y una lata brillante, hacía un farol para encandilar la dormida. La zarampaña, ya se sabe, es una red que se pone en la punta de una vara larga y él la echaba como nadie. Yo le he visto enredar un bando de catorce igualones con la madre, no una vez, sino cientos. También enredaba las toradas de machos y las colleras cuando las empieza a calentar el cielo.

De no ser por la Encarna yo nunca habría estado solo, pues Pablo para mí fue un padre y un hermano y un amigo. Pero llegarme a lo suyo de la Avispa no iba conmigo, primero por las viejas que nunca me miraron bien, y luego por la muchacha que me acharaba sólo de verla.

El, lo había notado y, cuando por las pascuas, me llevó allí a oírlos cantar y a comer tortas de miel, me dijo:

—Tú no pases apuro que a la Encarna la ataré con la cabra para que te deje tranquilo.

Pencho Macho, su hijo mayor, tampoco me quería mucho porque no pudo sacar cuartos a la carne cuando yo la llevaba a su casa y porque le daba coraje de que yo le dijera a su padre de tú, siendo un chiquillo, mientras él le decía de usted como a su padre que era.

Con Pablo era diferente, venía conmigo al ventorrillo de Miguel y siempre pedía vino tinto porque sabía que allí sólo lo había blanco.

—Sólo hay dos clases de tinto —decía—: El bueno y el muy bueno. Sólo que yo lo bebo blanco para no engordar. Se bebe blanco y se mea blanco. Se bebe tinto y se mea blanco también. Lo tinto, que se queda por dentro, es lo que engorda.

Así andaba siempre, alegre, y no le tenía miedo a la miseria sino a hacerse más viejo y no poder cazar. Tenía una casta, un aguante y una paciencia como nadie. El sólo veía méritos en los demás y me hablaba del Goro, del Faneca y de padre.

—Tu padre, además de ser lo más grande que ha pisado el monte, le daba respeto a todo dios, a nosotros y a los señores, que lo sepas —me decía.

Me refería muchas cosas de él y no se cansaba de distraerme olvidando las fatigas y berrinches de su casa, con tanta boca, tanta gente con la jeta torcida y la enfermedad de Pencho que le ponía a cavilar.

Cuando la cosa quedó tranquila y ya no mataban a nadie, daba gloria salir al campo. Nunca volverán a ser las cosas como eran, ni volverá el pobre a sentirse tan dueño de sus pasos como entonces.

Las alambradas eran para que el ganado no pateara las sementeras y, en los caseríos, cuando veían que eras un cazador, agradecían el agua que les pedías, no como luego, que las lindes ladraban desde las tablillas y arrimarte a una casa era buscar la denuncia.

Aquellas mañanitas con el relente, aquel verde del campo no volverán nunca más. Sonaba distinto que ahora hasta el latido del perro, porque entonces era gloria de uno y, luego, un trompetazo que a uno se le antojaba que lo estaban oyendo los guardas o los civiles.

No sé si a todo dios le pasará igual con lo suyo, pero a mí todo me parece diferente, como de lo visto a lo contado. Hasta el miedo a los civiles, era un miedo bueno, como cuidar los pasos para no caerte al pozo o pisar un cepo.

Recuerdo la primera vez que hablé con don Gumersindo. Acababa de empezar el año y el Clemente dejó razón a mi hermano de que subiera a la Zarza. Llegué al cortijo muy temprano y perdí toda la mañana porque el amo se levantó cerca de las once. Cuando yo entré a verlo estaba con un señor que yo no conocía, don José Manuel, que tan buena amistad hizo luego conmigo.

Don Gumersindo me habló de esa forma que él siempre habla y, como yo nunca lo había escuchado, me entró miedo. Yo no sé sus palabras, pero dijo algo así:

—Tú, Lobón, a ti quería yo verte. Vamos a dar una cacería y como el vedado ha sido para ti solo estos últimos años, aunque a mí me haya costado muchos miles de duros, vamos a ver si haces que nos olvidemos de tus fechorías. ¿Estamos? Te coges a quien te dé la gana, como hacía tu padre, hacéis los aguardos donde te diga el Felipe y a ver si echas el hígado por la boca batiendo, ¿estamos? Ahora me toca a mí divertirme.

Yo no me atrevía a levantar la vista y estaba como avergonzado oyéndole, porque no me esperaba aquello, ni tanto lujo como había allí me daba tranquilidad. Dos o tres veces me sacudió del pecho preguntándome:

—¿Te enteras?

Y para terminar, cuando ya me iba, me da un bocinazo y me zampa:

—¡Ah! Antes que se olvide. Aquí en la Zarza todo dios te debe muchos favores, pero no se te olvide que, si a la cuenta de eso, el Amalio y el Felipe no te ven en la sierra cuando subes a robar lo que es mío, a ellos los planto en la calle y a ti te meto preso. ¿Te enteras?

Así me agradeció don Gumersindo lo que hice por él y por lo suyo cuando andaban por aquí los del monte.

Entre unos y otros apalabraron ojeadores y trajeron una punta de jauría del Tomellar que más hubiera valido que la hubieran dejado allí, pues los perros no

estaban puestos, ni atendían a otra cosa que al juego y a corretear para donde hacían de estorbo.

La mano que dimos del torno del río para arriba, y que yo me pensé que iba a ser un fracaso, resultó la mejor, porque los animales ojeados en la anterior, traspusieron por las umbrías y se bajaron al aguardo de las barranqueras de tierra roja. Mataron ocho corzos, cerca de veinte jabalíes y dos venadas, que don Gumersindo se puso por eso que tiraba bocados.

Después que todo terminó, cuando volvimos todos para la casa y nos estaban pagando, don Gumersindo se me acerca con don José Manuel y me zampa:

—¿Es que tú también vienes a poner la mano? Yo me creía que te habías cobrado por adelantado todas las batidas que quedan de aquí a que revientes.

Pocos días después de aquello, don José Manuel se presentó en lo Romeral preguntando por mí. Allí le dieron razón de donde yo paraba y el Vicente lo trajo hasta la lobera.

Yo sólo lo había visto a él el día que subí para lo de la batida y, aunque no me habló de boca a boca, me cayó bien su forma de alternar, que es como uno piensa que deben hacerlo las personas del señorío, muy en su punto, sin alzar la voz, con la verdad por delante.

—He escuchado muchas cosas de ti —me dijo—. Y si a ti no te importa me gustaría que me acompañaras.

Desde el principio todo ligó bien. Le dije que yo no tenía papeles para cazar y me dijo que no me apurara por tan poca cosa.

—Quiero ir donde tú vayas —me dijo—. Pero si alguna vez subimos a la Peña, aunque le pida permiso a los Ahumada, prefiero que no lo sepa don Gumersindo.

Lo decía porque en la Zarza se pensaban que todo animal montuno de más tamaño que una liebre, pertenecía al vedado.

Así decía Pablo:

—¿Es que los cuernos que andan por Carbonero y la Dehesa de las Potras también son de don Gumersindo?

Lo decía porque los corzos, en el otoño, se alargaban hasta allí.

Pero la Peña, metida de cuña en el vedado, era la bragueta por donde se le iba la fuerza a la guardería. Y la abuela de don Gumersindo había querido comprársela a los Ahumada para abotonar esa bragueta.

Aquella primera vez no fuimos a la Peña sino a la laguna, a tirar los patos. Don José Manuel era un gran escopeta y descolgaba los patos de las nubes.

Me dejó una escopeta de él y, si al principio, cada vez que tiraba yo un pájaro alto, me jaleaba diciendo:

—¡Buena, buena buenaaa...!

A lo último estaba picado conmigo.

Aquel día yo tiré como los mismísimos ángeles, claro que con una escopeta de

verdad y con cartuchos de los de fábrica.

Lo que más le gustó fue ver cobrar al Peluso y allí mismo me dijo:

—Te lo compro.

—Se lo regalo para usted. Al Peluso no lo vendo.

Entonces se quedó acharado y yo también, porque le dije aquello con la boca chica, pero si se lo hubiera llevado estaba en su derecho.

Hicimos un montón de patos que daba susto verlo y allí estuvimos metiéndolos en el auto de él, ese viejo que tiene con las ruedas grandes. Tomamos por el Taramillo a la vereda que pasa por delante de la escuelita de Almafuerte y de allí, por la de las Tenadas, a salir al ventorrillo de Miguel y después a lo mío.

Menos una collera de patos reales, yo me llevé todo el montón que le saqué cien duros. Cuando después de eso don José Manuel me quiso pagar, yo le pedí por su madre de su alma que no lo hiciera, pues hasta vergüenza me daba. Entonces, me dijo:

—Yo pagaba al cazador, no al amigo.

Después, hasta que hice el servicio, rara era la semana que, con veda o sin veda, no viniera a echar un rato de caza conmigo.

A él le gustaba tirarle a todo: a las palomas, las tórtolas, las agachonas, las gallinetas, las codornices; lo que fuera, hasta le tiraba a los zorzales.

Si al principio, como hombre ya maduro, sólo se quedaba en el aguardo, a lo último, hasta se venía en mano conmigo andando las perdices.

Nunca fue como otros, que van a lo suyo, sino que tenía muchísimo sentido de cuando una cosa estaba bien hecha, aunque saliera mal. Las cosas que preguntaba, las preguntaba bien y no hacía caso de los libros como el papafrita de don Senén.

Cuando yo le decía algo que no se podía explicar por lo fino, ni se reía ni nada, sino que lo cavilaba, y si le contaba que todo lo que uno sabe son tonteras, que cualquiera puede aprender, en seguida me cortaba:

—Los cazadores lo sabéis, pero es que cazadores hay muy pocos. Los demás somos aficionados o escopeteros.

No voy a contar lo que me tengo pateado con él por aquí y por allá, ni los buenos ratos que echamos juntos.

Con él fui tres veces a una finca que tenía por donde Badajoz, con más perdices que piedras y unos bandos de torcaces como yo no he visto en el mundo de Dios.

Me sentaba donde él se sentaba y comía de lo mismo que él comía y si él se iba a la fonda, a la fonda iba yo, y si al hotel, al hotel.

En la finca de él había un apretado muy grandísimo, que ni entrar se podía y yo le dije:

—¿Por qué no le mete un cerillazo a esto para clarearlo?

Le metió el cerillazo y yo me asusté pensando que aquello iba a ser una ruina. Don José Manuel también se asustó, y nos estuvimos allí nueve días hasta que medio

se apagó el fuego. Yo no sabía qué decir porque se quemó todo lo de él, y parte de lo de otro señor, y allí estuvieron gentes de varios pueblos, haciendo gasto con palas y escobones.

Pues con todo, y aunque yo lo veía serio, no me dijo una palabra más alta que otra. Aquello fue una ruina, yo lo sé, aunque al correr el tiempo él siempre me dijera:

—¡Qué bien hicimos en meterle fuego a aquello! ¡Si lo vieras ahora!

Otra vez que fui, lo vi y no era una gloria como me decía don José Manuel.

Una vez me tuvo en su casa y me sentó en la mesa con la señora joven y los hijos que tenía de ella. Les estuvo refiriendo lo de mis humos.

Nunca se me olvidará que antes de hacer el servicio, como tres meses antes, hizo una apuesta, de no sé cuántos miles de duros, con unos amigos entre los que estaba don Gumersindo, que fue quien, a lo último, dijo que ni apuesta ni nada.

Don José Manuel dijo que él se ponía que las diez escopetas mejores del señorío por un lado y un fulano que él conocía por el otro, se pondrían a cazar en mano en una finca que ninguno de los once conociera. Los señores no podían hablar con guardas, ni llevar gente con ellos que pudiera darles nortes y ventajas. Con los diez señores estaría otro de testigo para que se cumpliera el trato.

La apuesta era que si entre los diez mataban más cacería, de cualquier clase, que el fulano que llevaba don José Manuel, ganaban los señores. Si el fulano mataba más que los diez, ganaba don José Manuel.

Don Gumersindo era conforme y hasta hicieron los preparativos, porque a todos les gustaba el juego, pero cuando don José Manuel dijo que el fulano que iba a llevar él era yo, a don Gumersindo le entró el berrinche.

Dijo que yo era una criatura, que aquella apuesta era lo que me faltaba a mí para llenarme la cabeza de grillos, que yo iba para criminal y no para cazador.

Don José Manuel, que me lo contó, dijo que hasta tuvo palabras con él porque se puso muy soberbio.

Como a Martina, la del ventorrillo del Humo, la conoce todo el mundo, no voy a contar cosa de ella que sea oculta.

Pablo dice que si los cazadores tuviéramos lo del Sindicato, ella sería la más ministra de todos por lo lagartona que nació.

Martina tiraba como un hombre, pero era mujer viciosa que le daba a todo: al vino, a la poca vergüenza, al chivateo y a quitarte lo que podía.

Aunque siempre le reconocí los méritos, nunca fue de mi agrado, porque con ella nunca sabías si te estaba ayudando o te estaba buscando un lío.

Pablo dice que de muchachita estaba muy buena, pero cuando yo la conocí si no tenía cincuenta años no tenía ninguno.

—Tenía algo calentón, como las potras —decía Pablo, siempre con sus cosas—. Y de resultas de eso todavía le queda algo caballuno.

Dicen que por estar tan buena, los señoritos la llevaban a las batidas, la metían en

el aguardo, y de allí salía ella como las gallinas, arreglándose las plumas, para correr con otro tirador.

No sé si sería así, pero, conociéndola, a uno no le extraña nada.

Su padre de ella estuvo de coterero donde lo de la duquesa y siempre estaba refiriendo que había atado corta a su hija y que no la dejaba cazar más que con gente principal y de confianza. Todavía, viejo como está y algo cambembo, cuando uno va allá y se llega al ventorrillo, con sus ochenta años a la puerta, tan pronto se queda uno solo con Martina, ya está al cuidado de ella por el virgo.

—Con las mozas nunca está uno tranquilo —dice.

¡Hay que ver la moza, que es casi tan vieja como él y que ha corrido más que un galgo!

El ventorrillo del Humo cae a una hora en coche y está en un sitio, que sin saber que corta por allí la vereda del contrabando, nadie se puede explicar qué negocio puede hacer.

Allí nunca hay de nada, a veces gaseosa y un agua gorda de mal color. Ella, que es gandula y sucia, siempre borracha o a medio vestir, se pasa la vida en la cama o pegando tiros a lo que sea.

Los aficionados van a preguntar a Martina dónde pueden divertirse y, si le dan cuartos, ella dice dónde hay comederos de tórtolas, dónde hay fincas baldiadas. Yo no he visto a nadie que sepa más cosas de traer y llevar, del que tiene cuernos, del que robó una bestia, del que tiene un apuro y se le puede sacar un terreno barato.

Allá se llegan los quincalleros, los castradores, los esquiladores, los recoveros, la gente del carbón y del contrabando, y cada uno le saca cuentos y saberes que le interesan a otro. A todos ayuda y a todos fastidia, pues tanto le da dar norte a los civiles como a los del contrabando.

Tiene esa habilidad y otras muchas. Va hasta la carretera, al apeadero del auto de línea, mira quién sube, quién baja, pregunta más que el juez y por eso lo sabe todo.

A mí nunca me ha caído bien porque habla muy seguido, como llevando aprendido lo que dice; un estilo así como don Senén, liante, que más busca su avío que decir las cosas como son.

A los del señorío sí les cae bien, porque se ríen de la lengua tan malísima que tiene y, como les sobran los cuartos que ella les saca, no echan cuenta de lo que les cuesta la risa.

Andando a su vera había que ir con tiento pues como pudiera darte un disgusto para sacar tres chicas, te lo daba.

Eso sí, con la escopeta no hay nada igual. Verla tirar da vergüenza, porque una hembra, vieja y sucia, sigue siendo hembra y es un papelón para los pantalones no poder zurrarle en eso.

No es que mate pájaros y conejos, es que los mata todos.

—Tiene un ombligo como un cenicero —decían.

Al saber le llaman suerte. Yo creo que hace mucho tiempo que nadie le mira el

ombligo para saber si lo tiene grande o chico y, que lo que pasa, es que tira como los mismísimos ángeles. Para ella nunca hubo escopeta quebrada, ni derecha, todas eran buenas; ni cartuchos de fábrica o cagalistrosos, todos mataban igual. Y tanto le daba el pájaro de pico, atravesado, rastrero, o por las nubes. Que decían que tenía el ombligo grande y que eso trae suerte, pero eran tonteras de la gente.

Yo he visto las mejores escopetas del mundo, pero al lado de Martina son basura. Tiene esa habilidad como otros tienen otra: sabe esperar a que se le crucen dos y tres pájaros, principal las tórtolas, y se las apaña para hacer con un cartucho lo que otros hacen con dos o con tres.

No es que tire bien, es que no se puede creer. Yo nunca le he visto fallar un tiro. No digo que no haya fallado, digo que yo nunca le vi hacerlo; y lo que yo digo, lo dice también Pablo y lo dice el Goro.

—Tiene el ombligo grande, grande, como un cenicero, y le huele entre sebo y bragueta —decía una vez Pablo a la cuenta de lo que contaré:

Una mañana subimos él y yo al ventorrillo del Humo porque yo tenía un cochino muerto, allá arriba en la caldera, y los caballos no habían pasado a retirarlo como me habían dicho.

Como ella trajinaba con los mochileros y la gente del contrabando, fuimos a que les metiera prisa, antes que el cochino se echara a perder.

Mientras le dábamos razón, por encima del ventorrillo estaban dando tumbos unos palomos buchones y Pablo, guiñándome un ojo, le dice a Martina:

—¿Serías tú capaz de matar un palomo de esos tuyos cogiendo la escopeta con una mano?

A todas estas, le había sacado el plomo a un cartucho y lo había metido en la escopeta de Martina, que con una canana estaba allí, detrás de la puerta.

Estuvieron un rato gitaneando, porque ella no quería matar un animal de su casa por aquella tontera, pero, a lo último, dice:

—Trae acá.

Tiré yo una piedra al tejado y salieron los palomos aciscados. Suena el tiro ¡pum!, y allá que se viene abajo un palomo.

Pablo sacudía la cara sin poderlo creer: el palomo tenía el taco clavado en el buche.

Estas son las cosas que hacen decir a la gente que Martina tiene el ombligo de esta forma y de la otra.

Las dos temporadas que Martina estuvo viniendo a lo nuestro yo no pensé que lo hacía por nada raro, hasta que Miguel, el del ventorrillo, me dijo:

—Esa se está bureando de ti y de Pablo, pues no se va a venir de lo suyo por gusto de haceros compañía.

Con aquel jai que me echó Miguel yo traté de buscar la querencia de Martina y no encontraba dónde tenía el interés. A mí no se me infundía que los cuernos de los

venados y los corzos, que ella tenía el capricho de quedarse, era la carnada que la encelaba. Pero eso era.

Por los del contrabando supo que yo mataba muchísima cacería y les había estado pagando por las cabezas lo que yo no sacaba por el bicho entero. Cuando los del monte dijeron a los mochileros que no volvieran a llevarse la caza y yo me la traía a lo de Pablo, ella se vino, sin dar importancia a nada y se quedaba con las cabezas, como si se quedara con las cagarrutas.

Vivía en lo de Miguel y le pagaba todos los días y como tenía interés en tenerme contento, con lo corto que siempre he sido, a punto estuvo de no volverme a ver más el pelo, pues me echaba mano y me decía bromas que me avergonzaban.

—Te buscas un burro padre y dejas al chiquillo —le dijo Pablo una vez, y no por guasa como hablaba él siempre, sino enfadado por los sofocos que ella me hacía pasar.

Cuando acabó lo del monte, ella iba y venía de lo suyo a lo nuestro, y como los del contrabando no querían llevarse la cacería sin cabeza, Martina no volvió con nosotros.

Hay cosas que se me han olvidado y, sin embargo, me acuerdo de otras tal como si acabaran de pasar hace un rato.

Me acuerdo que desde que el Pepe abrió el güichi a la entrada del pueblo, no paraba de contarme penas, de las trampas que tenía con el ditero, de las cuentas que no le pagaban, de que no tenía para comprar una cama para él y la Carmen.

Subir allí era volver revuelto, con los críos de uno y otro, la barriga, la teta y el Pepito chupando las colillas que tiraban por el güichi.

El, ya tenía aquello, que era lo que quería, y yo no lo veía repompearse, ni gloriarse en lo suyo.

Con la Encarna también pasaba unos tragos amargos pues aunque al crecer no se hacía mujer, porque era endablucha, a mí me trastornaba. Si iba allí, le echaba valor y me la quedaba mirando como para decirle:

—Me sé lo malísima que eres para mí.

Yo no me acuerdo bien de por qué era tan tonto, pero era talmente como lo estoy poniendo aquí.

A su vera, ni me salían las palabras del buche y por eso le hacía feos, volviéndole la cara o encogiéndome de hombros, que a la criatura le hacían tomar pesadumbre.

—Pero ¿qué te he hecho yo, hijo? —me decía mustia.

Lo que sí que hacía, cuando ella estaba lejos del chozo, era llegarme a su catre y dejarle cuartos debajo del cobertor, Como no decía nada y tragaba, para mí, aquello, era como si fuéramos novios; por eso, en cuanto tenía un apaño iba allí a meterle unos durillos. Si me miraba, luego, y se reía un poco, hasta me sudaban las manos del sofoco pensando que los dos guardábamos un secreto.

Ya de hombre hablé con ella del particular y me dijo que eso lo habría soñado yo

porque nunca pasó, que buenos berrinches le di con no quererle hablar nunca, que hasta lloraba por eso. Entonces, se me infundió a mí que Pencho se había burreado bien de los dos, porque él sería quien se guardaba los cuartos como si fuera mi novia él y no su hermana.

Para mí, Pencho siempre fue igual, y ni cuando fuimos hombres los dos hubiera sido yo capaz de preguntarle sobre el particular. El siempre se pagó de avergonzarme con la Encarna, diciendo que me entendía con ella desde que era un chiquillo, abusando del cariño que me tenía su padre. A mí me daba tanto apuro escucharle aquellas cosas que, en lugar de teparle la boca, le buscaba la gracia como si de verdad le debiera algo.

Me había liado de una forma que, todavía me acuerdo, un día me llamó y me dijo:

—Si yo le digo a padre lo que ayer estuviste haciendo con la Encarna, te da un tiro.

A mí se me encogía el corazón, porque ni me determinaba a hablarle ni yo era capaz, entonces, ni de estarle a solas con ella. Cuando ya me tenía descompuesto, que hasta ganas de llorar me entraban, me pedía dinero.

Yo se lo daba y por eso, se me infunde a mí, que él se creía que algo de verdad habría detrás de mi sofoquina.

También me acuerdo de la primera paliza que me dieron donde los civiles.

El día que subí aquí al pueblo a arreglar los papeles para ir a la mili, entro por la puerta y dice el cabo:

—¡Hombre, aquí esta!

Dice eso y me meten para dentro.

—¿Con que tú has matado la muflona? —me pregunta don Fermín.

Yo no sabía lo que era la muflona y me asusté pensando que era una mujer que le decían así. Dije que yo no había matado a nadie y que antes verme muerto que criminal.

¡Para qué dije aquello! Me arrimaron una soba de hostias que hasta me dejaron mareado.

—Tú has matado la muflona y don Gumersindo te ha denunciado, para que lo sepas.

Me meten en el cuarto y al rato entra un guardia y vuelta con los mismos pleitos:

—Tú has matado la muflona y nos lo vas a contar ahora.

Cuando tenía la cara achichonada, me enteré de lo que era la muflona.

Don Gumersindo, que estaba muy metido en negocios de muchísimos miles de duros, quería poner el vedado de dulce, para invitar a unos y a otros, para, luego, tener empeños acá y allá para sacar lo que necesitaba. Si nadie tenía camiones, él los tenía, si nadie podía comprar un tractor, él lo compraba, si nadie podía llevar cochinos a Madrid, él los llevaba.

Todos sus negocios y empeños salían de aquellas invitonas, que por eso tenía tanto celo con el vedado.

A la cuenta de eso, se trajo cinco venadas y un macho, para aumentar la simiente, y tenía los bichos en un jaulón, junto a lo de la Médica, para que se acostumbraran a lo nuestro. Esto lo sabía yo, pero lo que no sabía era que, también, se había traído unos borregos montunos que les decían muflones. Yo nunca había visto esa clase de bicho, ni lo había escuchado mentar.

Don Gumersindo se trajo cuatro colleras, con las hembras preñadas, y después ocho más. Las tuvo donde mismo los venados y después las echó al monte.

La cosa fue que los guardas dijeron que a lo primero, veían los animales y luego dejaron de verlos. Andaban por la montera y junto al quejigal, de donde sacaban la madera para la fábrica de sillas y de pronto, se quitaron de en medio.

El amo no paraba de preguntar:

—¿Y los muflones? ¿Y los muflones?

Y los guardas, negros, porque no los veían, ni ellos estaban ya para trotes de entrar a los apretados y a los riscos para dar norte de nada.

Pero una vez encontraron una hembra medio muerta, que le habían tirado con posta, cerca de la linde del Regalito. La encontraron las mujeres de las sillas y, en seguida, don Gumersindo me denunció.

Yo que subí al pueblo por asunto de los papeles, me dieron leña. Ni yo sabía nada, ni motivo había de pegarme. Encima que subí por mi pie, asunto de la mili, me dieron una mano de tortas que ni por matar toda la muflonería se le debe dar a un hombre.

Pero aquello fue una lección y una vergüenza muy grande para don Gumersindo y para los civiles, porque estando yo en el cuarto, aparece en el cuartelillo el hijo de los caseros de los Ahumada y dice:

—¡Hombre!, que me he enterado que han metido preso al chiquillo de Lobón por tirar un borrego de esos de la Zarza. A ese borrego le tiré yo, y si me valgo no dejo uno del rebaño, que hay que ver el destrozo que nos hicieron en el maíz.

Como los Ahumada no reclamaron nada a don Gumersindo por el daño que habían hecho los muflones, don Gumersindo no pudo decir nada porque le hubieran plomeado la muflona.

Yo me quedé con las cachetadas y me volví a lo mío pensando que, por el ridículo tan horroroso que hicieron los civiles y don Gumersindo, valía la pena llevarse los morros hechos una lástima.

Yo no sé si a mí me pasaron las cosas de forma distinta que a todo el mundo, pero uno escucha hablar de la mili como un mal trago que hay que pasar y para mí, la mili, fue lo mejor de mi vida.

Si yo no hubiera sido cazador, no sé cómo me las habría apañado, pero como lo era, me las apañé divinamente. Cada cual lleva su estrella en la frente y ve la luz que tiene que ver.

Yo salí a los cañones de la costa con otros dieciséis chavales de mi quinta y nos pasamos una temporada en Facinas, marcando el caqui, y de allí fuimos a la Batería,

que cae por la parte de Tarifa donde corre muchísimo viento.

Los primeros días lo pasé mal, pues los otros chavales, cincuenta nos juntamos allí entre quintos y veteranos, no paraban de tomarlo a uno de cachondeo y de darle quintadas. Me quitaron todo: ropa, dinero y hasta las botas, y no quise ir donde el sargento porque, si lo cogía uno cabreado, te daba una guantada por dejarte robar. Y tenía toda la razón.

En cuanto tocaban francos, salían los muchachos como un rebaño de cabras y unos se iban a Algeciras y otros a Tarifa y sólo los de guardia y yo nos quedábamos sin salir. A mí me daba tristeza pasear por esos pueblos tan grandísimos para arriba y para abajo.

Mientras los otros chavales se aburrían yo me iba por aquellos pelados a poner lazos a los conejos y, al cuarto día de estarme allí, el sargento me quitó de todo y me dijo:

—Tú te vas a estar con las bestias, pues el carrero solo no da abasto. Y como te sobrará tiempo, puedes coger conejos todo el tiempo que quieras.

Conejos había muchos pero, como el terreno estaba muy pateado por unos y por otros, con los lazos no se hacía buen negocio.

Entonces, el sargento, que se repartía con un teniente chusquero, muy buena persona, lo que yo cazaba, fue donde el capitán con un conejo para que me diera permiso para llegarme al güichi de mi hermano Pepe a recoger la escopeta. El capitán, que tenía castañas, tiró el conejo por la puerta y me mandó llamar.

—Llevas aquí menos de un mes ¿y ya vas a pedir permiso? ¿Tú qué te has creído?

Yo le dije, con mucha educación, que yo no había pedido permiso.

Llamó al sargento y yo estaba viendo que nos iba a pegar al sargento y a mí, pues le habían dicho que yo quería permiso y yo le dije que no lo quería.

El sargento salió de allí por pies, con las orejas coloradas y a mí me entró un apuro grandísimo. Ni siquiera sé lo que me dijo de tieso que estaba yo y cuando salgo diciendo: ¡a la orden mi capitán!, vuelve a darme un bocinazo y me riñe porque si la media vuelta, porque si sin el gorro no se saluda así ni de la otra manera. Luego dice:

—Y tú ¿qué?

Y me sacó de mi padre y de mi madre, de lo que yo hacía y no hacía. Yo pensaba que me iba a arrestar, pero me dijo que allí había ido a hacer el servicio y que tal y cual; que allí, a servir a la patria, esto y lo otro. Que a engordar al sargento con conejos, ni hablar, que se acabaron los conejos.

Después, se quedó cavilando y yo allí sin saber qué decir. Sacó un papel, me miraba y miraba el papel y, a lo último, me dice:

—Con una escopeta ¿cuántos conejos serías tú capaz de meterle al rancho?

Yo le dije que unas veces más y otras menos. Que si yo tuviera allí la Rabona, hija de la Centella que yo maté, Dios me lo perdona, días habría que saldría a conejo por tío, y días que menos.

Me dice:

—A por la perra y a por la escopeta, vas a ir a lo tuyo. Yo te mandaré en el camión, ¿se puede ir y volver en el día?

Dos días después me mandó en el camión a lo mío y, aunque íbamos para un día, tres estuvimos, pues en aquellos caminos tan malísimos se le partió no sé qué de las ruedas de delante. Vinieron con otro camión y estuvieron arreglando aquello y cuando ya estuvo arreglado, a la vuelta, volvió a cascar.

Decía el chófer:

—Aquí no se puede venir en auto sino montado en pájaro o en aeroplano.

Como no había cartuchos llenos, ni vacíos, ni vendían pólvora, el capitán dijo:

—¿Y para qué habremos ido por la perra y la escopeta rompiendo el camión, si ahora no hay qué tirar?

Entonces yo me fui donde el armero, que tenía unas manos de dulce, y con un papel de brillo empezamos a hacer canutos y con una chapa, muy finísima, de metal, les apañó los culotes, tal como los que venden en la tienda.

Lo más malo fue que no había mixtos y hacer el yunque y la cazoleta de un mixto, aun teniendo manos de dulce, es muy castañoso.

Menos mal que un muchacho que era de donde el moro, fue unos días a su casa porque a una hermana suya le entró un parálisis, y se trajo cinco o seis cajas de mixtos de los que usan los moros o los franceses y con eso nos apañamos, recargándolos una vez y otra vez, con triquitranque disuelto en espíritu.

Por la noche, después del regreso de francos, nos liábamos a cargar cartuchos y mientras uno rascaba la pólvora de barra para hacerla viruta, otro recargaba mixtos, otro cortaba las tapillas y otro cernía serrín para hacer el taco prensándolo dentro del canuto.

La munición nunca la hicimos bien porque no había zarandas y porque eso, al que le sale, le sale, y al que no, no.

Aquello era un caso. Echábamos los conejos por los ojos y, como no había nada más que muchísima hambre y poca pringue, cambiábamos conejos por aceite, por azúcar, por café, por tabaco y por todo lo bueno del mundo.

Con estos cambalaches también hubo sus más y sus menos a cuenta del capitán y me volvió a llamar.

—Desde mañana, los conejos que mates me los apuntas en un papel y todos los días me das parte.

El se ponía descompuesto cuando le daba el husmo que alguien sacaba ventaja. No es que fuera envidioso, porque él tampoco, ni una sola vez, se llevó un conejo, pero tenía esa rareza como otros tienen otra.

Yo que, en algunas cosas, daba razón al capitán, en esto no se la daba porque no la tenía.

Si el armero hacía los cartuchos, y el otro la munición, ¿qué había de malo que yo

les diera conejos, que era lo que allí sobraba? Con el sargento también tenía todo lo que quería y había que corresponder.

Decir cómo me miraban allí y lo bien que lo pasé, da hasta vergüenza, porque uno escucha de otros y parece que quiere echárselas de algo.

El capitán era de Burgos y tenía un hermano cura que también era de allí. Burgos es un pueblo que queda de Madrid para arriba, más cerca del monte que de la mar y por eso cae nieve blanca todos los años y los podencos de pelo fino toman unas tiritonas que ni cazar pueden. Por eso allí cazan con pachones, aunque querría yo ver las cacerías que hacen con esos perros tan tontísimos.

El cura no era como su hermano y daba regalo hablar con él. A la cuenta, el cura, también estaba haciendo el servicio en Facinas, pero no lo hacía de quinto, sino de cura. Se llamaba Juan, como yo, y por eso me decía tocayo.

Este don Juan era un aficionado como yo no he visto otro y lo que más le gustaban eran los perros. No he visto hombre que tuviera más libros de perros de todas las clases, pero le gustaban los pachones y a mí no me entraba en la cabeza.

Tenía una collera: la Ja y el Jo que eran color hígado, con las orejas como las hojas de una col y así mosqueados por el lomo y él decía que eran perdigueros de su tierra y no se cansaba de referir los méritos de aquellos pachonazos.

Se embobaba cuando le paraban un pájaro o un conejo y me llamaba para que lo viera:

—Mira, mira.

Estaba muy bonito, esa es la verdad, el perro quieto como si fuera de palo, pero el tiempo que perdía en aquella tontera no lo contaba el cura. Le decía yo:

—La Centella que yo tenía, me ojeaba los conejos, me ojeaba los pájaros, y en el rato que la Ja se está haciendo el tonto, ella tenía lugar de meterme dos conejos debajo de la escopeta y de cobrarme un pájaro de ala.

Cuando la Rabona se llevó una temporada cazando conmigo, el cura me daba la razón, pero decía:

—Con un perro de muestra tú no haces negocio, pero ¿qué iba a hacer yo con un podenco?

El cura, cuando venía a cuento, me hablaba de Dios y de la Virgen, que eso era lo suyo, y me enseñó bien lo de Padre Nuestro y lo de Salve María, cosa que no me pesó, porque después, cuando iba a un velatorio y se rezaba, no hacía mal papel.

Cuando se puso malo el escribiente me llevaron una semana a la oficina, porque aunque don Fermín, el alguacil, se piense que soy un mulo, de los que estábamos allí era el que mejor letra tenía.

Si me quitaron fue porque había que escribir en una máquina de esas, tiqui taca, tiqui taca, y yo eso no lo sabía hacer. Por lo de la máquina y porque yo no ponía las palabras por lo fino, sino a mi aire, por eso me quitaron, no porque yo no supiera

escribir.

Estando en la oficina me llamó el capitán, pues habían metido cuña donde los jefes para que me dejaran ir a batir a la Zarza. Yo no quería ir, ni me habían preguntado mi parecer, pero como la cuña era muy grandísima me despachó muy enfadado.

En el camión de allí me fui a Algeciras, y como no llevaba cuartos, no sabía si tomar por la carretera de Jerez hasta Alcalá, para cortar por la sierra, o si seguir por la de Málaga para tomar luego por la de Grazalema.

Si tenía suerte de que me dejaran subir en un camión hasta Alcalá, aunque tuviera que cortar por el monte, en un par de días podía estar en lo mío.

Pero encontré combinación para subir hasta Jimena, que quedaba menos retirado que Alcalá y desde allí corté por la serranía.

Llegué con vejigas en los pies, tirando cojetadas, y al día siguiente me entró tiritona de calenturas, pues me salió maldad y pus de las sobaduras.

Menos mal que el Pepe, que todos los males conoce, me untó con loción y agua de manzanilla y al día siguiente me cortó la maldad con una tijera hasta sacar la sangre nueva.

Así subí a la batida, y al verme don Gumersindo, dijo que buen negocio había hecho trayéndome, pero me puso de secretario y él iba de un puesto a otro en su caballo y yo arrastrando la pata.

Mataron poca cosa, pero fue entonces cuando vi por primera vez un muflón, aunque nadie lo tiró porque querían guardarlos para simiente.

Al día siguiente, todavía me hizo ir con él y tres señores más a tirar las cabras. En cinco mulas nos pusimos en camino muy de madrugada, y si alguna vez he sentido coraje de la gente, fue entonces. Venía el Felipe y Rico, echando cuenta de las bestias, y allí tenía yo que decir que por dónde tomo, que por dónde salgo. Pasadas las últimas tierras negras del Berrocal de arriba, querían seguir los señores subidos en las mulas, allí repompeados, y tuvimos que salimos para la linde que va a lo de Pozo Amargo y la Porquera y subir para lo de Mastevale. Allí les dije:

—Ahora tenéis ustedes que echarse abajo, porque las bestias no pueden subir por las piedras.

Los tíos se resistían y decían que a donde yo les quería llevar estaba muy lejos y que no nos íbamos a cargar con la merienda y el agua y unas mantas que llevaban y los cartuchos hasta allí.

En eso tenían toda la razón, pero allí, para lo que iban a hacer, pegarle un tiro a un cabrón si había suerte, todo lo que hacía falta era llevar dos cartuchos y ganas de andar.

Al Felipe me lo cargaron como si fuera la burra del vecino, a Rico otro tanto y a mí no me dieron carga porque tiraba cojetadas. Pero a mí se me hacía un contradiós dejar a Felipe cargado y me eché a las espaldas todo lo que le pusieron al viejo. Entonces don Gumersindo, al verlo de vacío, dice:

—Hombre, Felipe, tú que vas libre, llévate lo que falta.

Poco faltó para que yo no tirara todo por el suelo y con aquel berrinche tragado, tomé para los riscos de las Cabezas.

Después de todo aquel pleito, los señores se cansaban y nos teníamos que sentar, hasta que al llegar cerca de la vereda nueva del contrabando, yo dije que me iba a ver si veía algo.

Lino de aquellos señores dijo que se venía conmigo y me dio su escopeta para que se la llevara, porque él llevaba un rifle con un canuto, de esos de mirar, encima.

Yo que iba cojo, tenía que irme aguantando para no dejarlo atrás y él respiraba como si se estuviera muriendo. Y menos mal que con la paliza de subir y bajar por las piedras se entregó y seguí solo, que si no, aquel día ni vemos las cabras. Por la tarde vi yo un rebaño y volví por el hombre aquel, que no era viejo, pero que estaba ya molido antes de empezar.

Yo empecé a tomarle las vueltas al rebaño, pero aquel hombre, no sé qué tenía, que en cuanto se movía, las cabras se quitaban de en medio. Así estuvimos haciendo el tonto, hasta que en un cortado lo subí a borricate y pude llevarlo arriba, ponerle la manta por el suelo, cargarle el rifle, decirle dónde se veía un cabrón, que estaba largo, esa es la verdad; y él, estuvo mirando por los canutos de mirar al lejos, luego por el canuto del rifle y yo no sé si no veía el bicho o qué le pasaba. Cuando lo mató, muy bien matado, descansé.

Tuve que ir por el cabrón que pesaba como una mujer y cuando llegamos a donde los otros, don Gumersindo se puso que tiraba bocados. El que había tirado, también se despachó a su gusto con don Gumersindo y allí se dijeron todo lo que se puede oír.

Don Gumersindo le decía, y tenía cierta razón, que allí habían ido cuatro a tirar las cabras y que no era derecho que sólo uno se hubiera divertido. El otro le zampa:

—Lo que tienes que aprender es a ser cazador y darle a las piernas, que tú todo lo que haces es que te lleven a los sitios y apretar el gatillo. La caza hay que sudarla.

Nunca vi un tío con menos vergüenza que aquel, diciendo aquello delante de mi boca.

Cuando volvía subido en la mula pensaba yo lo mal hecho que estaba el mundo de nosotros y que Dios daba piñones al que no tenía dientes.

De aquella cacería lo único que me traje fue un pie hecho viruta, que tardó más de doce días en ponérseme bueno.

Al otro año volvieron a llamarme y volví yo a ir, pero como me enteré que iban otra vez a tirar las cabras, yo dije que se buscaran a otro.

El Clemente trató de arreglar la cosa, porque no se atrevía a decirle a don Gumersindo que yo no quería ir, que bástantes bilis tuve que tragar la primera vez y no quería tragar las de la segunda.

—¿Y para eso te vienes desde allá?

—Yo no he venido por mi gusto, que me han traído a empujones metiendo cuñas

a unos y a otros. Pero no tengo ganas de ir donde las cabras con cencerros. Si quieren cabras, que las busquen ellos.

Yo no sé lo que harían ni lo que no harían porque yo me fui en el auto de don Celestino hasta Jerez, porque iba él allí, y me estuve dos horas con él acarreándole rollos de cable para la electricidad, pues iba a ponerla en su casa. Cuando le llené el auto me llevó donde el coche de Algeciras y me volví a la Batería tan ricamente.

Quitando las dos ocasiones que he contado, yo no tuve más pena, ni berrinche, en todo lo que duró la mili.

Allí todos me miraban porque yo era cazador. En otras partes la gente sólo respeta al perro cuando muerde, allí lo respetaban porque llenaba la olla.

Conocí muchos chavales, unos que cumplieron antes que yo, otros conmigo y otros después, y con ninguno tuve un sí o un no.

En las fiestas les gustaba que yo levantara sacos con arena y ninguno me tomó miedo por eso, ni nadie dijo que yo abusara de nadie. Todos me querían, unos de suyo, y otros porque estaban agradecidos de que yo les diera conejillos que ellos vendían para tener cuartos para irse con las de la vida.

Todos andaban a vuelta con las mujeres y no pensaban en otra cosa. Cuando no iban con ellas se traían unas novelas de fulanas, con dibujos y todo, que estaban muy bien.

Aquello era un caso, pues se traían cada ladillazo y cada purgaciones de garabaillo, que luego tenían que curarlos con el fuego o con lavados que vaya gritos que pegaban.

Entonces el cura viejo que había allí, no mi tocayo, se enteró y dijo:

—Las purgaciones os las pegan esas novelas que leéis, marranos.

Armaron un registro para quitar todas las novelas. Las de tiros y tonteras sí las dejaban, pero las de fulanas las quitaron todas y les metieron fuego.

A mí no me registraron porque yo dormía en la cuadra y no fueron allí, que hasta en esto tuve suerte.

Yo con el capitán nunca tuve un sí ni un no, pero le decía a su hermano:

—Usted debía ser capitán y su hermano cura.

—¿Y eso?

—Que su hermano de usted es tan serio que ni necesita traje negro.

—También tú eres serio y no eres cura —me decía él.

Mi tocayo, el cura, me enseñó de la vida más que yo había aprendido hasta allí. Le hablaba de la Encarna, de Pablo, de Pencho, de mi hermano y de que yo nunca había estado con una mujer por la vergüenza tan grandísima que me daba. El no se reía de mí por eso, ni se pensaba que yo no era tan hombre como el que más.

Por todas estas cosas, la mili se me hizo muy corta y no contaba los días que faltaban para cumplir, como hacían los otros, ni maldito el gusto que le saqué a venirme a lo mío con permiso, para hacer el boyero con el abogado de don Gumersindo.

Cuando pienso en mi vida, me parece que todo lo de antes de la mili es distinto que lo de después.

A las personas humanas nos pasa lo que al hierro que meten en la fragua del herrador. Somos talmente un cacho hierro del que sacan la herradura de una bestia. A lo primero, nos calientan para darnos hechura; después, nos clavan en la bestia y, a lo último, cuando no servimos, hay que tirarnos. Lo mismo somos: aprendemos lo nuestro, vivimos con lo nuestro y, si no servimos, hay que tirarnos.

Es por esto por lo que pienso que desde el punto y hora que nací, hasta que volví de la mili, fui como hierro metido en la fragua: padre, que me puso al fuego; el campo, Miguel, Pablo, el Goro, don Gumersindo y la mili, que me dieron con el martillo para que tomara hechuras de cazador. De allí para delante, tenía que aguantarme en lo mío y no dejarme gastar, para que nadie me tirara a la cuneta.

Segunda parte

EN EL CAMPO CON LOS DEMAS

Cuando los cumplidos dejamos la Batería, los otros no, yo lo pasé amargo. Las cosas que me pasan a mí, a nadie le pasan: iban todos venga de cantar y tocar las palmas, como si les hubiera tocado la lotería, y yo, como plomeado, pensando que todo lo que iba a encontrar iba a ser diferente y peor que lo que dejé.

Hasta la Rabona tomó contagio de mí y venía el animalito acobardado y con los ojillos tristes.

Tristeza me daba pensar en mi hermano, no por lo que tuviera que arrimarle, sino por no saber dónde tenía el fondo del saco. Ya tenía su güichi, una hembra a su lado, pero no se determinaba nunca a decir:

—Mira, aquí quería yo llegar, ya me igualé con lo que siempre he buscado.

El era bastante mayor que yo, y aunque en la cara no paraba de darme consejos, como todo el mundo, en lo hondo, sabía que la verdad estaba de mi parte: yo me había quedado en lo que nací, y él se había ido con los cuentos y los caprichos a vender vino. Mi hermano, que no había visto en vida de padre más que cosas de hombre, tomó el fato a untoso de todos los que ponen reclamo a tu bolsillo, o hacen oficio hembra.

Esto me daba apuro porque me daba soledad, porque sabía que si él triunfaba en lo suyo alguna vez, renegaría de lo que era yo y de lo que fue padre.

Al Pepe lo llevaba yo en lo hondo, porque cuanto peor nos llevábamos, más lo quería, y yo no podía ser conforme ni con su oficio, ni con que se tragara vivir con la Carmen con un hijo de otro hombre. Ni por cuánto le habría yo hablado de nada tocante a este asunto, pero esto es lo que me hacía cavilar al dejar el servicio.

También me desanimaba pensar en la Encarna, pues con ella nunca sería capaz de hablar como se hablan las personas. En la mili, muchas veces, me hacía de palique con ella, como en las novelas de amoríos y de fulanas: «señorita por aquí, señorita por allá, hay que ver lo guapísima que es usted, porque esto y lo otro». Pero de sobra sabía yo que nunca me saldría decirle tonteras de esas en su cara.

Tenía mucho engreimiento de verla y al tiempo me acharaba pensando que no iba a atinar a sacar conversación. Cómo estaría yo de apurado que, en el coche de línea que me trajo de vuelta, quise aprenderme un cacho de una novela que le decían *La Chica Rubia*. Era una novela de amoríos divina que yo la leí enterita y resulta que ella era enfermera de clase pobre y él marino con su uniforme, y había que ver las cosas tan bien dichas que se decían, de la amo, usted es mi vida, y venga con que sus ojos son de esta manera y de la otra.

Yo hubiera tenido cabeza para aprenderme aquello, pero como la Encarna ni siquiera lo había leído, cuando le tocara hablar a ella, iba a ser un ridículo muy grandísimo. Por eso no perdí el tiempo en tonteras, pero pensarlo, sí que lo pensé.

Estas cosas me desanimaban tanto que ni a ir a lo de Pablo me atrevía, tratando de componer el encuentro con ella, lo que iba a decirle y lo que no.

Menos mal que el campo me encendía lo que la Encarna y mi hermano me apagaban. Al pisar lo mío y tentar las paredes de la lobera, sentía que por la misma

piedra que tenía en las yemas, corría un seguido que llegaba del Vergacho a la Palma, de Pozo Amargo a las Mulas y a la sierra, al vedado y a lo libre. Aquella mismísima piedra llegaba a lo hondo y la estaban pisando los venados y los cochinos, los corzos y los muflones, los conejos y los pájaros.

Es tontera que yo lo ponga aquí, pero más dueño de todo aquello me sentía yo que todo lo que puede sentirse don Gumersindo.

Entonces yo no sabía que, en mi ausencia, don Gumersindo había conseguido lo que no consiguió su padre, ni su abuela: meter la Peña en el vedado.

Esto sí que resultaba un contradiós y diré por qué: los animales montunos, como muchos de nosotros, son caprichosos de comer aquí, echarse la siesta allá, dormir en el otro lado. La yerba y la luna, la gente que quita el corcho, corta los quejigos o hace picón, gobiernan mucho las querencias porque es sabido que la costumbre a lo bueno toma cuerpo en un momento y dura lo que dure todo igual. Si cambia la luna, la yerba o la tranquilidad, la querencia se deshace.

En el vedado, las querencias grandes están en los Barrancos, el Berrocal y la Laguneta. Las reses más se tiran de arriba abajo en el día y de abajo arriba en la noche, al revés de los cochinos, que de noche se arriman a la montanera y el quejigal y de día se suben al Berrocal alto, a las tierras negras donde hay patatones, que a ellos les gusta sacar con la jeta.

Cuando uno escucha en la mañana que el hacha está cortando quejigos, no vale la pena buscar cochinos en la linde de abajo del vedado, porque no hay ni uno.

Si el cazador no tiene sentido, como los animales lo tienen, acaba pronto con el campo. Digo que en la querencia no se debe ir a matar nunca un animal: ni donde duerme, ni donde come. Debe matarse en el corredero, en el viaje de un sitio a otro, tomándole muy por largo, para que el miedo no se arrime a la querencia.

Todo lo que antes era el vedado, menos los arroyos y torrenteras que cuando llueve arrastran la tierra roja dejando tanto costurón, es una umbría muy grandísima, salpicado de limpios, apretados y matones. Pero la Peña tiene el arbolado más claro y las reses toman viaje por allí, pero nunca se quedan. Por eso la Peña, para el que caza un día y otro como uno, es el sitio bueno.

En el otoño, cuando los corzos se juntan, se va uno allí a ver los ires y venires. Ve uno las hembras que tira el macho por delante a la hora de salir a los limpios, y el macho por delante a la hora de taparse. En esto, toda clase de animales, cuidan más al macho que a la hembra, lo contrario que las personas.

Cuando el cazador conoce la querencia de arriba y la de abajo, tiene que aprenderse el viaje, y cuando lo sabe, mata un animal aquí, otro allá, mañana en la otra parte, hasta clarear el rebaño. Si se va a la querencia, mata uno, si es que lo mata, y tiene que volver a componer el campo.

La abuela de don Gumersindo quiso comerse la Peña, porque los que no saben del monte piensan que la Peña se puede batir igual que los Barrancos, pero la gente de

Ahumada nunca consintió en ceder sus derechos.

Lo que don Gumersindo hizo o no hizo, yo no lo sé; lo que sí que sé, es que él se pensaba que la Peña era querenciosa y por eso compró la cacería, que era la suya, cuando pasaba por allí de viaje.

La primera vez que salí al campo con la escopeta me lo encontré todo hecho una lástima. Antes, cuando escuchabas un tiro, decías:

—El Goro.

Después, no era un tiro, era la guerra lo que se armaba.

Los domingos empezaban a verse tíos que venían de acá y de allá en lo que podían. Se juntaban quince o veinte, se subían en un camión y allí se aventaban por el lado de allá de la laguna, en la cañada del Coto del Francés, Charco Verde, el Vergacho y la Dehesa del Pimiento.

Todas las tierras labrantías se llenaban de escopetas y, en los entrepanes, pateaban los sembrados y no olían los barbechos, porque más les descansaba pisar trigo que los tormos que levanta el arado.

Yo no sé de dónde vino esa calentura tan malísima, que puso contagio en grandes y chicos, del señorío, de media clase y de clase pobre.

Los lunes parecía el campo un ferial después de la feria, con las alambradas rotas, cachos de monte ardiendo porque tiraban colillas donde les caía, zahinales tronchados, vacas huidas por los portillos que dejaban abiertos y todo así.

A lo primero, la laguna, los fangales y los paredones del Taramillo, los aguantaron de la laguna para allá. Se corrió la voz de que las Mulas se llamaba así, como es verdad, porque el fango se había chupado unas bestias, y los tíos dijeron que a ellos no se los iba a chupar ni el fango ni el agua.

Entonces, a las Mulas sólo iba la gente de la Zarza a por anea, para la fábrica de sillas y, aunque había patos, nadie subía allí a buscarlos, porque tenían mejor matadero en la laguna. Después, pusieron aquello como coto, no sé para qué, para fastidiar, porque allí nadie dio un tiro, ni había guarda, que la casa más cerca era la choza de Juan Pérez, el Quemado, que le decían así porque le cayó un balde de cal y lo dejó feísimo para los restos. Lo del Quemado caía ya dentro de la Dehesa del Pimiento.

Con la querencia de los aficionados, vino lo que tenía que venir, que los que tenían cuartos lo querían todo para ellos y acotaron todo lo que se les ponía por delante.

Los guardados y cotos empujaban a los aficionados pobres para arriba, buscando lo libre, y barajaron las vueltas para llegarse a lo nuestro.

Quitando los Ahumada, que eran señores de cuna y tenían conciencia, los demás terratenientes se pusieron salidos a esperar quién les iba a meter cuartos por comprarles la cacería. Lo de vivir en la caponera, cobrando de lo que no es de uno, ni trabajo cuesta tener, siempre enceló a la gente sin fundamento.

Los Ahumada eran cinco hermanos, todos con tierras, y la gente más principal de aquí; pues don Gumersindo, por parte de su abuela, que también era de cuna y parienta de los Ahumada, por parte de su abuelo era de la gente de Aldavaca, muy contrabandistona y sinvergüenza.

Doña Petra estaba ya madura cuando don Javier, que era uno del pueblo muy burrísimo, pero un figurín de bonito que era, se casó con ella para heredarla. Por lo pronto le hizo a don Javier, que también se llamaba así el padre de don Gumersindo, y por lo tarde empezó a tirar los cuartos y a jugarse las tierras con sus parientes, los Aldavaca, que la vieja tuvo que poner pie en pared.

Si sería bestia aquel don Javier que arrimaba lo de su mujer a sus hermanos y sus primos, pensando que con eso se beneficiaba. Por eso desde el Galeón a las Tenadas, todas esas fincas tan grandísimas, son ahora de los Sánchez Aldavaca, de los Aldavaca Sánchez, de los Romero Aldavaca y Sánchez Romero Aldavaca. Todas fueron de doña Petra, y menos mal que a aquel don Javier se le escapó un tiro de la escopeta y le vació los sesos, que si no, a estas horas hasta el vedado sería aldavacón.

Con los Ahumada todo el mundo podía vivir y por eso nunca quisieron coto. La sangre mala, sin fundamento, tomó gusto a hacer del campo una caponera para sacar cuartos y todo terminó en coto, porque la gente pagaba por la cacería lo que no valía el trigo. Por eso, si sembraban, ni siquiera lo segaban para que las perdices tuvieran qué comer.

Llevaba ya dos semanas en lo mío y no me determinaba a ir donde Pablo como, si con retardarlo, se me fuera a apagar la cortedad que me encendía la Encarna.

Me llegué una tarde con el lubricán, cuando todos estaban allí.

—Ya era hora, muchacho —dijo Pablo—. Sabía que estabas aquí, pero como no venías, me dije: ¡él sabrá!

A mí no me salían las palabras del cuerpo y me senté allí, junto a la puerta.

—Como viene de ver tanto, ya no quiere nada con los pobres —dijo la Encarna.

Al rato encendieron el farol de mineral y aquello se llenó de mosquitos y palomas de la luz.

—Estás más hombre —dijo Pablo.

—También tú estás muy bien.

La Encarna se me da una vuelta allí delante y me zampa:

—A mí ¿no me dices nada?

Fue su padre el que contestó por mí:

—Sí, que te has puesto tetona. Las terneras se hacen vacas con tres yerbas.

A mí me entró la risa y apuro porque era verdad que estaba muy tetona, no como antes, que tenía como dos botones.

Me hablaron de que sabían que había estado allí dos veces y no había sido para llegarme a verlos.

La madre y la abuela estaban allí, con las bocas cerradas, mirándome las botas y

lo único que me preguntaron fue si era verdad que yo me había traído una maquinilla de afeitar de esas de hojilla y una brocha.

—En la mili las daban —les dije.

—Es que a Pencho no le vendría mal un invento de esos, pues se ahorraría de subir al pueblo los sábados.

Pencho se hurgaba los dientes con la navaja y ni caso me hacía.

Pablo habló de que la Manuela se había casado con Rico, el de la montanera de la Zarza. Como ella era hija de Miguel y hermana de mi cuñada Carmen, yo ya lo sabía. También me contó que la Peña la habían metido en el vedado, y a cambio, habían baldiado toda la vega del Molino porque hubo sus más y sus menos entre don Gumersindo y Daniel, el ferretero, que era el dueño de todo aquello.

Como él lo hablaba todo, yo me fui quedando tranquilo y le preguntaba por esto y por lo otro, de los muflones, de la gente de los cotos, pero la Encarna no nos dejaba hablar.

—¿Eso es lo que has venido tú a contar? —me decía.

Pablo le callaba la boca, pero en seguida estaba ella al quite, preguntándome:

—En la mili, ¿conociste alguna muchacha?

—Alguna había allí.

—¿Y te la echaste de novia?

—¡Disparate!

—Entonces ¿qué? Algún trapicheo te traerías tú con ellas.

—¿Yo? Una que iba allí a coser donde el sargento que no sé cómo se llamaba. Le decía, buenos días, y ella a mí igual.

Pablo la largaba de allí y entonces ella daba la rabotada:

—¡No, si aquí sólo se puede hablar de la mierda de la cacería!

Pablo me contaba de Martina, del Goro, de cuando él hizo el servicio, pero la Encarna, en cuanto podía mojaba sopas:

—Y además de la que iba a coser, ¿no había más muchachas?

—Las hijas del sargento, que eran una mayor y otra pequeña.

—¿Eran guapas?

—Ni feas. La mayor tenía novio y la otra lo andaba buscando, pero torcía las patas. Me decían de usted porque ellas eran sargentas.

Como a Pablo le parecía que aquella conversación no tenía sentido, nos dejó allí charlando y él se fue a trastear. Entonces, ella se me sentó en un cajón donde ponían la plancha y como estaba caliente, medio se quemó el culo y se fue para dentro dándose azotes y volvió con la almohada para sentarse. Entonces Pencho, al verla allí a mi lado, se nos pone delante como haciendo alarde de no sé qué, y dice:

—¿Es que te vas a repompear ahí mucho tiempo con éste? Lo digo porque va siendo hora de dormir.

La Encarna ni caso le hizo y me preguntó:

—Tú, ¿qué vas a hacer ahora?

—¿Ahora? Pues no sé, lo de siempre.

—¿La escopeta?

—Claro.

—Yo me pensé que en el servicio te habrían enseñado algo. ¿Qué hacías allí?

—Lo mismo que aquí, cazar.

—¿Que eso es lo que hacías tú? ¡Para creerte!

—Eso es lo que hacía.

—Pues padre, cuando menos, se enseñó a tocar el tambor y, cuando era mozo, lo tocaba en el pueblo por carnaval. Cuando menos eso le enseñaron.

—Pues a mí no, yo sólo hice lo mío y echar mano a limpiar las bestias.

—¡Buena cosa hicieron contigo! Yo me decía: ¡anda, por lo menos se habrá pasado estos años sin tocar la escopeta! Pero ¡mira por donde!

Allí saqué unas fotos que nos echaron poco antes de venirnos, con el capitán, mi tocayo el cura y todos los chavales.

A la luz del farol, la Encarna las estuvo mirando y preguntaba que quién era éste y el otro, y decía que si uno era feo el otro era peor, pero Pencho ni quiso mirarlas.

Con el rebujo de papeles se me cayó una foto mía, de la cara, como las que me pusieron en la documentación, que no estaba muy malota y cuando me iba, la Francisca se me viene y me dice:

—La Encarna quiere que me des tu retrato para ella.

Aquello sí que me dio alegría, no sé por qué, y le di la foto a la Francisca para que se la diera a su hermana.

Después, mi foto la puso junto a una estampa muy bonita de San José y allí la tuvo mucho tiempo, hasta que una vez de las que tomó pesadumbre conmigo, fue y la quitó.

Una noche vinieron Pablo y el Goro a decirme:

—Juan, nos pasa que estamos los dos alcanzados y tenemos precisión de buscar unos cuartos para igualarnos. Como tú tienes mano con la gente del contrabando, lo que te pedimos es que subas con nosotros a la Zarza a ver qué podemos hacer.

Yo no quise decirles que no, aunque ellos sabían de sobra que dos cazadores cazan más que uno, pero tres cazan menos que dos, porque el reparto mengua más que lo que una escopeta aumenta.

Como tenían urgencia y ya era tarde, yo pensé que al paso de ellos, de no salir ya mismo, no íbamos a llegar allá arriba antes de que el sol asomara.

—Pues si vamos a ir, vámonos ya —les dije.

—No hace falta —dijo el Goro—. Saldremos de aquí a las dos o las tres de la noche, con la luna.

—¿Y a qué hora vamos a llegar allá arriba?

—Yo te lo diré. Daniel ha echado en la yeguada dos bestias que compró a los militares y no están cerreras. Hay que buscarse otro hierro, porque yo tengo uno. Con

el hierro y un cacho de tomiza hacemos una cabezada, que yo tengo otra.

Pablo dijo que con la cabezada de la borrica podíamos apañarnos, que no tenía hierro, sino serreta, pero que era igual.

Así lo hicimos y a las cuatro de la mañana estábamos en lo de Daniel, el Molino que le dicen, porque de antiguo hubo allí un molino de agua, donde ahora cae el puente.

El Goro refirió que desde que Daniel se trajo las yeguas de los militares se había aliviado mucho patear, porque se iba al Molino antes de clarear, se subía a la yegua y en ella se iba al Taramillo o a la Dehesa del Pimiento y todos aquellos cotos que sólo él cazaba.

—Te lo digo yo, que nadie echa cuenta de un tío a caballo, ni se les infunde cavilar que andas en cacerías —me dijo.

Una de las yeguas era muy pastueña y se dejó manosear sin hacer extraños. El Goro la aparejó y, montado en ella, le echó mano a la otra que era más bronca.

A Pablo lo dejamos solo en una de las caballerías y en la otra nos montamos el Goro y yo. Tomamos por el mismo río hasta sobrepasar todo lo que es el torno, que es un buen cacho con los dos tornillazos que da en la Valera y en la Zarza. Serían las cinco más o menos, cuando al trasponer los tarajales grandes que montan por las arenas, nos salimos del río y, al galope tonto, en menos de una hora nos quitamos de en medio, poniéndonos en las piedras del Berrocal.

Yo estaba loco de contento de ver lo pronto que se llega a los sitios cuando se inventa algo bueno.

Dejamos las bestias arrendadas en lo hondo de una breña y tomamos para el vado ancho que junta el Berrocal de abajo con el de arriba, y allí mismo, puse al Goro y a Pablo, a la salida de la barranquera, donde yo aguardaba los cochinos de antiguo. Ellos iban a tener ventaja porque yo iba a batirles el Berrocal de arriba y los cochinos que hubiera tendrían que pasarles por la vera.

Yo dije que yendo tres no quería perro y por eso no los llevamos, ni falta que hicieron para nada.

Crucé el río siendo todavía oscuro, andando hacia la Peña, para rodear luego por los bajos hacia la linde de la Valera, donde llegaría a media mañana.

Vi pateaduras de cochino frescas y tardé mucho en barajar el chaparral y las tierras negras, sin ver una jeta. Entonces me subí a lo alto, hacia la parte que se ve encajonado el Galeón, allá a lo lejos.

Yo no iba tranquilo, porque no sabía bien cómo andaban las cosas de la guardería, ni si era verdad que en los últimos apretones, toda la gente de la Zarza hacía de guarda aunque no llevaran escarapela. Pero al bajar de lo alto vi un gandano lindo, de los que dicen que tienen mal fario, que al verme se encampanó y cambió de viaje, trotando y volviendo la cara para tenerme marcado. Como antes venía tranquilo, era señal que no se había topado con personal alguno y por eso tomé confiado por el seguido que él traía, pero cambiando las huellas.

Al rato vi dos jabatos grandes en un hozadero, pero como llevaba el viento a la espalda me tomaron ventaja. Entonces recorté el monte al sesgo y, cuanto más bajaba yo hacia la linde, más subían los cochinos arrimándose a las piedras.

Cuando me desengañé de que no tenía proporción de tirarlos, me fui tras ellos empujándolos a la barranquera.

A la hora de comer fue cuando oí tirar, y yo estaba muy lejos, porque los jabatos me llevaban muy por detrás. No fue un tiro, sino dos, porque dobló, y yo pensé:

—Malo, se le fue.

Pero pensando esto, tiraron otras dos veces y, al momento, volvieron a tirar una sola vez.

Cinco tiros a la hora que era, no podían traer nada bueno y entonces eché a correr, para meterles bulla, no fuera que la guardería empezara a hacer tonterías. Pero al llegar a lo alto, en el hondón que baja al río, me veo las dos yeguas cortando para la Zarza con un tío montado en una de ellas. ¡Para qué, lo que me entró!

Aquel invento de las yeguas nunca se me había ocurrido a mí y como aquel tío no era un guarda, porque ni llevaba sombrero ni nada, si daba el escándalo, adiós invento de las yeguas y adiós la que se nos venía encima con la cabezada de la borrica de Pablo, llena de perifollos, que la conocían en toda la sierra.

Tardo más en contarlo de lo que tardé en tirarme dando botes por aquellos riscos. Primero para abajo, después encharcándome en el río hasta la bragueta y terminando, piedras arriba, en los limpios que cortan hacia la Zarza.

Como las bestias caminaban despacio barajando el mateado, yo corté para ellas tapándome hasta tenerlas a tiro. Entonces, cargué la escopeta con cartucho de perdigón y, a la rebalusa, le largué un trabucazo al culo de la yegua montada, que pegó un respingo y estuvo cayendo tío por el aire media tarde.

Pegó un porrazo de muerte, que no fue nada al lado dél susto que llevó. Como lo digo: tocar el suelo, levantarse, y tomar el seguido para abajo, moviendo un polverío de espanto, todo fue lo mismo. Aquello no era un hombre, sino una liebre.

Resultó ser un esparraguero que se pensaría que las yeguas andaban robadas o que serían del contrabando, y que por entregarlas donde los civiles, le iban a dar propina. Propina es lo que le dieron por tunante, pues donde mismo cayó encontré yo un cesto con seis o siete cientos de espárragos, que ni lugar tuvo de recogerlos de la prisa que le entró.

Recoger las yeguas me puso a cavilar y todo porque los animales tomaron cada uno para un sitio y con el solivianto tan grandísimo que tenían me tomaban las vueltas. A la del tiro no se le había clavado ni un plomo porque la tiré larga y el plomo le llegaría frío.

Cuando llegué donde Pablo y el Goro con un cesto de espárragos, me dicen:

—¿Pero es posible que te haya dado lugar a coger eso?

Les conté lo que había pasado y me dice el Goro:

—Ese tenía que ser el Quemado.

—Era más joven que el Quemado —dije yo—. Pero seguro que se pensó que las yeguas eran de la gente del contrabando.

Entonces me dijeron lo que habían hecho con el tiroteo que me armaron. Mataron al alimón un verraco alunado, con dos cuchillos tan abiertos que daban miedo.

—Lo que yo vi fueron dos jabatos, no ese verraco.

Los cinco tiros los llevaba en el cuerpo porque el Goro lo volteó, se le enmendó y lo volvió a tirar partiéndole una mano. Entonces el animal tomó para Pablo, que le metió los dos tiros en el lomo y se lo volvió otra vez al Goro para que lo aliñara, como debía haberlo hecho de primeras dadas, de un tiro arriba del codo.

Y los dos jabatos que les entraron al tiempo del verraco, se les pasearon por delante de las escopetas y no los tiraron por el celo de rematar al herido. Cuando lo supe hasta me puse de mal humor.

Como había pasado lo de las yeguas les empujé para que aprovecharan el salto y se quitaran de en medio antes que tuviéramos guasa con los guardas. Quedamos en que yo llevaría el cochino allá arriba a la Caldera, aprovechando que teníamos montura, pero subirlo tuvo su miga, que tuvimos que coger broza y hacerle un colchón a las lunas para que no lastimaran a la bestia, pues menuda espuela era aquello si la cabeza del verraco empezaba de acá para allá.

Ellos tomaron para abajo, los dos subidos en la yegua, y yo tomé para la Caldera llevando a la otra de la boca y echando cuenta que el cochino no se fuera al suelo.

A la Caldera no se puede ir a caballo, pero tomando la vuelta, no por lo de Mastevale, sino por lo de Benimeli, hay como una vereda de conejo muy estrecha, que allá te deslomas si pierdes el pie, que termina en la del contrabando.

Pensaba yo que desde la fecha y hora que me fui a la mili no había vuelto a trajar con los mochileros y que lo mismo se me echaba a perder el cochino sin haber topado con ellos. Pero tuve muchísima suerte porque al otro día vi pasar dos caballos, allá arriba, por la Quintanilla, y como yo tenía la yegua, pude irme por uno de ellos y detrás me traje los mochileros que, yo sabía, iban a la vista de las bestias.

Estuvieron media mañana endiquelando sin determinarse a dar la cara y eso que yo les hacía señas con el pañuelo. Cuando me conocieron se vinieron para mí que no sé por qué no me pegaron, pues ganas no les faltaban.

—¡Esto no lo vuelvas a hacer! ¡Tú no sabes con quién tela juegas!

Cuando se hartaron de hablar y se desahogaron a su gusto, los llevé donde estaba el cochino y se quedaron con la boca abierta.

—¡Coño! —dijeron todos al tiempo, y por eso se lo llevaron en seguida, a la ida, no a la vuelta como hacían siempre.

Me dieron, no me acuerdo si cuatrocientas o mil ochocientas, y no me acuerdo porque uno pierde el sentido de lo que daban antes con el sentido de lo que daban después.

Yo no quise quedarme con mi parte para que Pablo y el Goro se igualaran.

Con estas cosas y otras, pasó la vida sin nada de particular hasta que llegó el verano, en que don José Manuel trajo un pariente de él, con una señora muy guapísima, a sacar películas.

Ellos traían un invento que se le daba cuerda y, apuntando por un cristal, echaba fotos tal que el cine.

Don José Manuel vino, me los dejó y se fue, porque ellos tenían permiso de don Gumersindo para entrar al vedado y sacar toda la película que quisieran.

Lo que querían era retratar las reses y los cochinos sin que echaran cuenta de ellos y habían intentado con el Amalio, pero fracasaron. Por eso, don José Manuel, se llegó a buscarme.

Tenían dos máquinas, una que hacía más ruido y otra que hacía menos. Con la máquina del ruido ellos decían que todo era mejor, pero el ruido aciscaba la caza y no había manera. La calladita, sonaba una miajita de nada, pero tenía menos mérito y por eso me la enseñaron a apuntar para que tirara yo lo que pudiera.

Me acuerdo que como era la berrea una vez saqué un venado de recría saltando la hembra y, otra vez, estando yo tapado en un matón de carrasca y lentisco con dos corzas comiendo por delante; al ruidito de la máquina, una de ellas vino a meterme los morros casi en las manos, que si no estoy con el celo del retrato, la trinco viva.

Esto lo vi yo, luego, echar en donde don José Manuel, tal como pasó, y decían que era lo mejor de todo lo que allí retrataron. También salía yo junto a la señora y me gustó verme porque no estaba muy malote ni hacía mal papel.

Estando con aquella gente, a los seis o siete días, aparece el Felipe, que nos andaba buscando, y tan pronto nos marcó desde el caballo, se dio la vuelta y por la tarde apareció acompañando a don Gumersindo, también montado.

Ni saludó. Se viene para mí y dice:

—¿Qué haces tú aquí?

Fue la señora la que explicó lo que yo hacía, pero ni caso le hizo sino que, muy encorajado, me soltó:

—Te vas corriendo, ¡pero ya!, a la linde que te quede más cerca. ¡Pero sin parar de correr! —Y le dice al Felipe—: Te vas detrás de él, y donde pare de correr, le echas el caballo encima, ¡pero se lo echas! ¿Te enteras?

Nos cayó tan de sorpresa a todos que ninguno sabíamos qué hacer y allí nos quedamos mirándonos.

—¿No me has oído? ¡Corriendo!

Yo empecé a marcharme a mi paso, porque no iba a apretar a correr hasta la linde por muy soberbio que se pusiera don Gumersindo. Pero cuando vio que no corría, apretó el caballo contra mí que, si no lo recorto, me pateaba. Al verse toreado, me tiró un fustazo a la espalda que hasta me lastimó y me zampó:

—¡Ya te daré yo a ti chulerías! ¡Estúpido!

La señora guapa tomó un disgusto tan grandísimo que casi lloraba y se vino a mí

y me tomó, así, como abrazándome, y decía:

—¡Ay, qué disgusto, ay qué disgusto! ¡Pobrecito Juan, que todo ha sido culpa de nosotros!

Allí se acabaron las fotos y aquella gente se portó conmigo como de familia. Me regalaron unas botas de cuero cuarteronas, nuevas del paquete, una chaqueta de piel divina con golpes y botones entrelargos de madera, seis pañuelos y unos calcetines de abrigo. Con aquello me quedé avergonzado, pero después de vaciar el coche, cuando yo ya no sabía ni qué decir, me regalaron lo más grande que se le puede regalar a un hombre: una escopeta de dos cañones.

Cómo me pondría yo de contento que me eché a llorar y la señora guapa, delante de su marido, para que yo viera que lo hacía de corazón, me besó en la cara.

Cuando se fueron, corrí como loco donde Pablo para contarle lo de la escopeta y Pablo me dijo:

—Una prenda así no es para uno de nosotros. Te la quitarán, ya verás.

—Esta no, porque me subo ahora mismito al pueblo a arreglarle los papeles que hagan falta.

—Y ¿te los van a dar?

Eso dijo Pablo y sabía lo que se decía.

Subí al pueblo y, después de dar muchas vueltas cavilando, me llegué donde la guardia civil. Los civiles están en la misma plaza, en la enfrentada del bar, junto a la herrería de Daniel. Se entra al patio y en un lado queda lo del juez de paz, al otro lo de los civiles y, en el piso alto, lo del Alcalde.

Entré donde los civiles y dije:

—Quiero arreglar los papeles para que nadie tenga nada que decir.

No me dijeron que no. Me dijeron que le pusiera una carta al gobernador pidiéndole de favor que me dieran mi licencia y tal y cual.

Entonces fui donde don Fermín, el alguacil del juzgado, pues de pluma es una eminencia, y él me dijo lo que había que poner. El dirá si miento.

Yo me creí que ir donde los civiles y traérmelo todo arreglado era una misma cosa, pero ¡qué va! Pasó un día y otro más, una semana y dos, hasta que un sábado, subo allí y el cabo me zampa:

—¿Pero cómo se te ha ocurrido pedir tu licencia?

—Y ¿por qué no?

—Porque a nosotros nos preguntan ahora si tú tienes buena conducta. ¿Y qué vamos a decir? ¿Que eres una prenda?

—¿Y qué he hecho yo de malo?

—Pero, hombre, ¿hay alguien en el campo o en el pueblo que no sepa que tú eres un furtivo?

—Pero a mí nadie me ha trincado en lo de nadie, que es lo que vale.

—¡Ya te trincarán, no te apures!

—¿Y por qué no me dijeron eso cuando subí aquí a preguntar? Ahora he hecho

gasto.

—A ti, lo que te sobra es el dinero, Juan. Tú, oficio no tendrás, pero cuartos no te faltan. ¿O es mentira? Por eso no se te puede dar tu licencia: tendrás que seguir cazando sin ella, ¡qué se le va a hacer!

Yo no quería darlo todo por perdido, sino que quería sacarle al cabo la verdad de por qué no me daban los papeles. Pero tenía apuro de ponerme untoso o ponerme faltón, que de nada iba a servir ni una cosa ni la otra.

Yo tenía vientos de que el juez había escuchado algo de mi licencia y que lo habían charlado. Pero el cabo no soltó prenda. Por eso me di la vuelta para marcharme, pero antes de alcanzar la puerta me dice el cabo con mucha pasta:

—Juan, esa escopeta que te han regalado más vale que la traigas aquí, para devolvérsela a su antiguo dueño.

Me dejó planchado porque yo ni había mentado la escopeta, que buen cuidado tuve de no hacerlo.

—Pero ¿usted sabe...?

—Yo tengo obligación de saberlo todo. Tú te traes la escopeta y quedamos tan amigos.

Como yo cavilaba y cavilaba, sin determinarme a preguntarle, fue él quien me lo dijo:

—No te calientes más la cabeza. La pareja fue a donde Pablo y la hija de él, la mayor, les contó lo de tu escopeta nueva. La muchacha lo dijo inocentemente.

La Encarna no podía haber dicho aquello inocentemente porque a ella nada se le escapaba nunca. Me volví a lo mío casi llorando, con un desconsuelo seco que me subía a la garganta.

Ni necesidad tuve de subir al pueblo, pues la pareja se llegó a lo mío a recoger la escopeta.

Puedo decir que nunca tuve apego a nada, ni me dolió dar los trastos, el dinero o la ropa, a quien me lo pidiera, pero aquella escopeta bien me castigó el apego que le tomé. Era mocha, de dos cañones y pletinas largas. Una escopeta quebrada, con encare conejero, y aunque era de las antiguas estaba flamante.

La Encarna ni se tapó, ni trató de disimular, que me zampó en mi boca:

—Yo se lo dije a los civiles y mil veces que pasara, mil veces que iría con el cuento.

—Pero ¿qué te he hecho yo? ¿Por qué me haces a mí eso? ¿Te das cuenta, chiquilla?

—¡No voy a darme cuenta! Ya va siendo hora que hagas algo y te dejes de ese aperreo de la cacería y la madre que la parió.

Encima, se me puso soberbia, como si me hubiera hecho un favor. Como yo no la iba a pegar, me fui de allí que me crujían los huesos de coraje y, al llegar a la lobera, me dio cólico en la tripa. Era el revoltillo de las bilis que había tragado y hasta que no

las vomité, no se me pasó el dolor.

Menos mal que al poco tiempo, con la vida que hacía, siempre corriendo, tapándome de los guardas y de los civiles, tirando la escopeta donde caía, se me fue pasando la pena de la que perdí. Pensándolo bien, yo tenía el arma que me hacía falta. No podía estar peor, pero sucia, sin dormir al calor de su amo sino en el boquetón de un chaparro, o en medio de unas lajas, siempre cumplía.

La escopeta, lo mismo que uno, estaba hecha a esta vida y no se quejaba. Otra cualquiera hubiera dicho: «Se acabó, ya no tiro más». La mía, no.

Al poco tiempo trincaron al Goro dentro del vedado y le dieron una soba de palos que estuvo a la muerte. Cómo sería, que lo llevaron en auto al pueblo y estuvo muchos días diciendo bobadas y, después, le quedó como sordera y todavía está teniendo del lado izquierdo, que le largaron una patada justo donde cae la oreja.

Cuando me enteré, subí a verlo y todavía estaba sonado y con un cerote de espanto porque se pensaba que lo iban a fusilar cuando se pusiera bueno.

Le pasó que había matado una corza y, al subir a cobrarla, lo vieron las mujeres de la fábrica de sillas, que venían por la linde del Regalito y fueron con el cuento a la pareja.

Como no la tumbó del tiro, sino que se le fue renqueando, tuvo que ir tras ella con el perro y dio lugar a que los civiles tuvieran tiempo de marcarlo y llegarse por él.

El, siempre fue muy valiente y con muy poca cabeza. Por eso, al ver que perdía la corza, después de todo lo que padeció por ella, les metió mano a los civiles para que no se la quitaran. Por eso le zurraron, y como él también dio lo suyo, se vieron en precisión de defenderse y no lo mataron de milagro.

Estando el Goro tan malo, van los civiles y trincan a Pablo, pero no le hicieron nada apenas, le dieron seis o siete hostias y lo metieron tres días en el cuarto. Cuando volvió traía un ojo que parecía una vomitadura de vino tinto y me entró tanta risa de verlo que me revolcaba por el suelo. Pero la Encarna tomó un berrinche a cuenta del ojo y los chichones que traía su padre, que hasta tuvo que guardar cama.

—¡Es mi padre! —decía metiéndome las manos por la cara—. ¿Te vas a reír? ¡Es mi padre! ¡Que a un hombre le pongan la mano en la cara! ¡Es mi padre!

Y de ahí no salía, pero las lágrimas no le caían por la cara como a todo el mundo, sino que le salpicaban para afuera de la pesadumbre tan grandísima que tomó. Yo nunca había visto un llorar como aquel y me impresionó mucho.

Los tres días que Pablo estuvo fuera, yo arrimaba lo mío a su casa, pero tenía que esconderme de la Encarna y darle los cuartos a la abuela, que a ésa no le importaba que yo le diera y hasta le parecía poco.

—A ver si te traes vacuno, o borrego, del pueblo, que es lo que le gusta a Pencho —me decía.

La Encarna no, la Encarna me miraba como si yo tuviera la culpa que su padre estuviera preso y no quería nada mío.

Daniel el herrero era primo de Daniel el ferretero, pero tenía muchos humos y pocos cuartos, aunque se las daba de ser del señorío por ser primo de su primo y llamarse como él.

A mí me traía loco con los perros, pues cachorro que yo sacaba, cachorro que se le antojaba. Yo, por su primo, no por él, le vendía el perro que ya estaba empezando a cazar, y allí me tenía que pasar un par de meses bregando con otro cachorro para ponerlo. Pero en cuanto lo tenía puesto, ya tenía a Daniel en la lobera:

—Mire usted, Lobón, yo le doy el perro que me llevé y usted me da a mí ése. Es que el que me llevé, se me va muy largo.

Por no discutir, le decía que sí y, a la semana, vuelta con lo mismo.

—Mire usted, Lobón, he pensado que el otro iba mejor que éste, de manera que si a usted no le importa, le traigo éste y me llevo el que tiene usted.

Y yo volvía a darle gusto.

Con estas cosas, los perros de Daniel el herrero no paraban en la herrería más de una semana, y, en cuanto podían, se escapaban y se venían a lo mío.

Esto ha sido así toda la vida de Dios, y eso que a lo último, perro que se venía conmigo, perro que yo me quedaba con él para vendérselo a otro o al mismo Daniel.

Daniel, el herrero, era el hombre más grande de por aquí. Tenía unos brazos como jamones y el mismo cuello que un toro moñudo. Verlo golpear el hierro daba gloria, pues de cada machucazo aluciaba una reja de arado que no sé cómo no rompía el yunque.

Por eso siempre estaba haciendo apuestas de tener más fuerza que nadie.

Su primo, que también era Daniel, el ferretero, era un chaval de mi edad, hombre de libros y de los más ricos de por aquí. La madre de él tuvo sus perritas y sus fincas, pero el dinero en gordo lo ganó él con la electricidad. En la tienda tenía gente trabajando, porque él era de corbata y nunca despachaba ni un clavo.

El ferretero me decía de tú y yo a él igual, y como le gustaba cachondearse con su primo, vez que pasaba por la herrería, vez que le soltaba los perros para que se vinieran a lo mío. Por eso me decía:

—Cuando el primo Daniel venga a comprarte otra vez el chuchó, no te olvides que yo llevo mi comisión.

Pero lo que más risa le daba era recordar un día que había mucha gente en la plaza viendo cómo su primo calzaba una mula roma que tenía las ideas de un caimán. Tenía el acial apretado que le estripía el morro como si fuera una cotufa y no se estaba quieta. De casualidad yo me había arrimado allí, porque me gustaba mucho el hierro colorado y todo lo de la fragua. Como no había forma de tranquilizar a la bestia me arrimé a ella, le enganché una mano y con la otra trinqué el acial.

Total que la mula, mal que bien, se estuvo quieta. Entonces, Daniel el ferretero le dice a su primo:

—Lobón tiene más fuerza que tú.

—A ése lo aprieto yo y echa las tripas fuera.

Empiezan con esto y lo otro y dice el herrero:

—A la mula la levanto yo en peso.

La bestia recién calzada y achichonada de gorda, tenía que pesar lo suyo, pero lo más malo era meterse debajo, que capaz era de sacudirte un bocado.

Por eso dice:

—Que lo intente Lobón primero.

Yo me fui a la mula, le trinqué la mano y aprovechando que se levantaba sobre las patas, la enganché la cola al tiempo que le metía el cuello por la tripa. Sólo la tuve un instante porque pataleó y se fue al suelo de lomo, que yo me pensé que no se iba a levantar, del porrazo que pegó.

Entonces, allí delante de todo el mundo, el herrero se entra para la fragua, coge las dos puertas y las cierra muy enfadado. Luego abre una rendija y, desde dentro, nos tiró a todos un corte de mangas. Nadie supo lo que le entraría, ni qué se le infundiría a él con que yo levantara la mula.

Después se le pasó y siempre que iba yo al pueblo y estaba herrando una bestia tenía que venir a decirme:

—¿Sería usted capaz de levantar a ésta?

Cuando los animales estaban tranquilos no había cuidado. Pero un día se sacó la espina. Me dice:

—Yo levanto las cuatro patas de ese mulo del suelo, con una mano.

—Ni con una mano ni con las dos —le digo yo.

El tío se va para la bestia, le engancha una mano y se la levanta, luego la otra y así las cuatro.

—Así no vale —le digo.

—Y ¿quién dijo que no?

Yo nunca he sido caviloso sino alegre, aunque de poco hablar, porque de no usar la lengua estando solo, se me aguanta estando acompañado.

Pero alegre sí que lo fui, que hasta las cachetadas y malos pagos que me daban terminaban por darme risa.

Hablo del tiempo que Pablo y yo nos empicamos con los pájaros de agua en la laguna. Un tal Segundo fue el que nos metió en esto porque él compraba todo lo que le llevábamos y decían, no sé si será verdad, que él quería esos pájaros porque se los pagaban muy bien para que les quitaran el plumón fino que valía un disparate. Como hay tantos inventos, puede que fuera verdad. Yo no lo sé.

Habíamos comprado un cacho grande de tela basta, para cortarlo a tiras y hacernos vendas. En esa laguna hubo siempre tantísima sanguijuela que, como no te liaras hasta el pecho como un lisiado, te sangraban.

Ponerse las vendas era hartarse de reír, pues allá que nos quedábamos en pelota y el que se vendaba, se quedaba quieto, mientras el otro lo liaba de trapo, haciendo a su alrededor como burro de noria.

Cuando le tocaba a Pablo, me meaba de risa, de verlo tan largo, en pelota y con el sombrero puesto para no resfriarse. Me entraba un ataque y venga a ¡ja ja y a jajá!, que me dolía la tripa y no atinaba a apañarlo.

—¿Es que no has visto nunca una bicicleta en pelota? —me decía.

A la laguna llevábamos un hijo de la Rabona, que traía cruce del barbucho que tenía el Goro, más valiente para el agua que un pescado. Le puse Peluso como padre les ponía a los barbuchos.

La laguna entonces, se me infunde a mí, que tenía más agua que ahora. En el canalizo que mira para el juncal del Taramillo tapaba a un hombre a caballo. Nosotros tomábamos por la mediación, donde sube el fango, y allí poníamos dos aguardos, uno mirando al lubricán y el otro al levante.

A Pablo le dolían los huesos de tantísima humedad y por la noche le untaba yo con ajo y se quejaba:

—Al que tiene carne, le duele la carne. A mí sólo me pueden doler los huesos.

Aguardando los patos trincamos un buen lote de nutrias, que nos las compró Daniel el ferretero y se las regaló a una buscona de Algeciras que, entonces, lo tenía trincado por la bragueta. Manolo, el de la Casa de Postas, que las mandó a curtir, se enfadó con Pablo por habérselas vendido a Daniel tan baratas.

—Vosotros no tenéis arreglo porque lo queréis todo para vosotros, y así os luce el pelo.

El quería darnos a nosotros lo mismo que Daniel, para sacar tajada.

Allí había patos, gallaretas, zaramagullones, culones, garzas, zapapitos y, en la primavera garzas pinaleras y flamencos.

La primera avutarda que yo maté fue allí y eso que en aquella parte nunca hubo avutardas, nada más que aquélla. Cuando la tiré y se vino para abajo, no sabía yo qué clase de aeroplano era aquel, tan disparatado de grande.

Aquélla fue la primera y la tiré al vuelo estando en la laguna, igual que si hubiera sido un pato. La tuvieron disecada en la escuelita de Almafuelle, pues la maestra nos la pidió para ponerla allí. Después, creo que se apulgaró y la tiraron.

Cuando entre dos luces yo escuchaba a Pablo tirando palabrotas, ya sabía que había tomado por patos a las gallaretas.

Un pájaro tan feo, tan negro y con tanto fato, no vale el cartucho que se le tira, aunque tenga más molleja que un pavo.

Yo nunca le metí el diente a una gallareta. Claro que tampoco como ninguna clase de cacería. Particular, pájaros. Me pasa que de sacar en el monte las tripas a la perdiz y al conejo, para que no se estropeen, tengo dentro de la nariz el fato del chero montuno de la mierda y, luego, cuando viene el guiso, yo venteo el husmo de ese fato en los vapores y me entra repugnancia. No habiendo otra cosa, como lo que sea, pero más prefiero un tomate o pan con manteca colorada.

La gallina sí que me gusta porque es lo mejor que hay, que si la perdiz fuera igual de buena, la gente tendría en sus casas pájaros y no gallinas.

El Peluso, animalito, cada vez que le cobraba una gallareta a Pablo me miraba como diciéndome:

—¡Valientes porquerías le mandáis traer a uno!

Las gallaretas las sacaba del agua y las dejaba en la misma orilla, donde le cayera. Nunca las traía a la mano.

Estando nosotros en la laguna, una mañana, serían las diez o las once, apareció el coche de don José Manuel por la cañada del Coto del Francés. Había estado en lo nuestro la noche anterior y la madre de la Encarna le dio razón de dónde estábamos. Por eso se vino con nosotros.

Traía una collera de patos ingleses de reclamo, un macho y una hembra, los dos azulones.

Fui yo quien vio el auto allá arriba y, tan pronto lo marqué, supe a lo que venía.

Mientras volvimos a la laguna, llevando una barca que pesaba menos que si fuera de cartón, inglesa también, como los patos, estuvimos hablando de la escopeta que me quitaron los civiles. El decía que aquello era un escarnio que hacían conmigo y que iba a hablar para arreglármelo todo. Después no arregló nada, pero yo sé que lo intentó.

Por la mañana estuvimos tonteando, tirándole a las gallaretas por el gusto de hacer ruido, porque a él no le dolían los cartuchos que traía y cuando acabábamos una caja, nos daba otra. Pablo decía:

—Tú tira de los cagalistrosos y por cada uno que tires tríncale dos al señorito.

Lo decía porque a él no le caía bien don José Manuel. No sé por qué sería, pero lo que le pasaba a Pablo, le pasaba a los de arriba y a los de abajo. Pero, para mí no podía ser más bueno.

El pobre tenía apuros porque vivía con una hembra que no era la suya, una chavala joven que tampoco tenía otro mérito. Su mujer era mayor, pero debía de tener más genio que gracia, y, aunque no era malota, se la veía que nunca tuvo gana de macho.

El tenía hijos de las dos y no se pagaba de ello, como don Gumersindo, que además de serlo, a gala tuvo siempre ser un gallo.

A mí me chocaba que un señor me contara sus cosas, esa es la verdad, pero con alguien tenía él que desahogarse. Yo le decía:

—¿Qué le va hacer usted ya? Si eso lo hizo mal, haga bien lo que venga. Y no cavile más, que lo importante es tener salud.

Don José Manuel decía cosas que, luego, le sacaba uno el asunto. Una vez, me dijo:

—La mujer y la escopeta son dos cosas que se llevan fatal.

Yo me pensé que lo decía porque a todas les pasaba, un poner, como a la Encarna. Pero no era eso. Era, que si uno necesitaba tener el pulso bien, no debía acostarse con una mujer.

Cuando se lo escuché, me dije que aquello no sería un saber, sino un decir, pero una vez, yendo con los madrileños, que ya contaré de ellos, terminamos en lo de Martina con unas gitanas, que no sé de dónde salieron. Una de aquellas con muy poquísima vergüenza, del puterío eran todas como hay sol, se arrancó con esa copla que dice:

*Si es que entra en tus pretensiones
tirar bien con la escopeta
no des paz a los cañones
ni des guerra a los botones
que abotonan la bragueta.*

Entonces me acordé de lo que me había dicho don José Manuel y por eso supe que no era un decir, sino un saber.

Al lubricán estuvimos tirando los patos, al reclamo. Aquello tuvo que ver: ató la punta de una guita a una piedra, la otra a la pata de la pata y la echó en medio del agua. El pato lo metió en la barca, allá en el juncal, y cuando se vieron solos, empezó la hembra a cantar que hasta risa daba. Empezar a cantar la pata y empezar a venir novios, todo fue lo mismo. Venían de allá, de la parte de las Mulas, con el pijote fuera y el dedo puesto, ciegos, sin hacer caso al tiroteo. Animalitos, qué celo tan grandísimo traían.

Don José Manuel se fue ya oscurecido y como yo no le tomaba dinero, me regaló dos cajas de cartuchos nuevecitas y todo lo que mató, menos unos patos.

Entre Pablo y yo nos repartimos todo: caza y cartuchos, y nos quedamos tan contentos.

Tres días después vino Pencho en la borrica a dar una razón de parte del Clemente para que Pablo subiera a la Zarza, que don Gumersindo quería hablar con él.

Pablo le dijo:

—Te vas para allá, y si vuelven a dar razón, les dices que estamos aquí a lo nuestro. Que cuando acabemos haré un hueco para subir a la Zarza.

Yo siempre me he embobado con Pablo, porque a mí estas cosas nunca se me ocurren en el momento, sino después, cuando uno ya ha metido la pata y no hay remedio.

Le oí decir aquello y me pensé que era charlar por charlar, que al rato tomaríamos los trastos para volver, pero ¡qué va! Allí nos quedamos tres días más y al que hacía cuatro, se presentó el Clemente por la cañada del Coto del Francés, con la camioneta verde de la Zarza.

—¿No te ha dado razón tu hijo?

—Sí que me la dio, y con él te mandé un recado.

—¡Pues bueno está el amo porque la otra vez no subiste!

—Si quería verme, ¿por qué no vino él aquí?

—Pero tú ¿qué? ¿Cuántos cortijos tienes para que haya que venir a buscarte?

Pablo y el Clemente se pusieron como los trapos en un momento, que yo estaba viendo que se metían mano. Pero Pablo, a lo último, no sé qué le dijo que el otro tomó un reír muy grandísimo y allí se acabó la pelea.

Ya en la camioneta dice el Clemente:

—El amo quiere hablar contigo referente a un huqueo que van a dar uno de estos días. Quiere que vayas con él y que te lleves la perra de Lobón por si es caso de hacer un cobro.

Pablo me miraba.

—¿Para eso me llama? ¿No se habrá equivocado de tío?

—Dijo eso, que subieras tú para ponerse de acuerdo contigo.

La camioneta verde atravesó lo de Taramillo y la linde de poniente de Chotacabras, para salir a la carretera mucho más abajo de Carbonero. Desde allí tomamos para arriba, hasta el cruce, y a mí me dejó en el emboque de la cañada y Pablo siguió con el Clemente hasta la Zarza.

Por la tarde vino Pablo a verme.

—Al que quiere allí don Gumersindo es a ti, pero como tuvo contigo lo que tuvo, cuando vinieron la señora guapa y su marido a echar película, me olió a mí que no se determinó a llamarte. Yo le di un jai, diciéndole que la perra tuya no se iba a venir conmigo. Entonces él me cortó el viaje en seguida: pues dile a Lobón que, si quiere, que se venga el jueves, dijo.

El jueves estaba yo allí como un clavo, con la Rabona, que le llegaban las tetas al suelo.

Allí estaba don José Manuel y el hombre que se vino conmigo a tirar las cabras cuando me llamaron de la mili. También era abogado, como don Senén, y también debía ser una eminencia, asunto de la cacería, porque allí estuvo refiriendo, para que todos lo escucháramos, los venados tan disparatados de grandes que él mataba dándole a las piernas. Yo me pensaba: «Si es verdad que mataste algo, algún Juan Lobón te llevó de la brida y te echó la manta al suelo, para que no te pincharas la tripa, gandul».

Don Gumersindo, de primeras dadas, estuvo conmigo como si tal cosa; no cariñoso porque él no lo es con nadie, pero para los señores y para mí estuvo refiriendo que quería empezar a cazar una docena de podencos, que se trajo de Madrid, de donde un militar que los criaba. Eran unos perros grandes, con las orejas levantadas, blancos como la nieve.

Por cierto que a ese señor militar lo conocí yo después, de casualidad, porque quería llevarse unos perros de pastor, de esos que les dicen turcos, y yo le llevé a Carbonero, donde había una perra de esas y él apalabró una cría.

Total, que lo de aquel día, no era una batida de verdad, sino un buqueo grande para tantear el vedado y los perros.

No iban a tirar los muflones, ni los venados y para colmo, me entero a lo último que lo que iban a batir era la Peña.

Como era un disparate, se lo dije a don José Manuel.

—La ballesta mirando al Pegujal no puede ponerse. Las reses nunca cruzarán el río, ni por lo Román, ni por Nochesclaras, porque nunca salen al limpio teniendo la umbría cerca. Además, que en la Peña, si hay una res, será de paso, y cochinos, ni siquiera de paso.

Don José Manuel se lo dijo a don Gumersindo y, entonces, se viene para mí:

—¿Por qué dices tú que en la Peña no va a haber nada?

—Porque nunca lo hubo.

—Pues tu padre y tu abuelo bien que se hincharon de robarnos reses en la Peña.

Yo me quedé callado.

—Vamos a no decir más tonteras y a marcharnos para arriba —dijo.

Llegamos a los puestos con las primeras claras y allí estuvimos hasta las once de la mañana. No tiraron ni un solo tiro.

Don Gumersindo llevaba dos escopetas y un rifle del veintidós, con canuto para mirar en la solista, que parecía una escopetita de feria. Llegaron los batidores y dijeron que habían visto muflones y dos venadas, pero que tomaron para el Berrocal.

Yo no me atrevía a levantar la vista, no fuera que don Gumersindo se pensara que quería refrotarle por las narices lo que le había dicho de mañana.

Allí entró el aburrimiento y a todos se les quitaron las ganas de seguir haciendo el tonto.

Estaba yo con los otros escopeteros y batidores, que comentaban el caso, cuando don José Manuel me dice:

—¿Tú crees que se podría batir esto de los Barrancos? —Claro que se podría. Ahí en la umbría tiene que haber reses y cochinos.

Don Gumersindo tragó, pero no quiso que yo me quedara con los batidores. Me dijo:

—Tú te vienes para abajo conmigo. Ahora moja sopas y di lo que quieres que haga esta gente, que batan a tu gusto, pero luego te vienes conmigo.

El podenquero pitaba con la boca, llamando los perros, de una forma que yo nunca había oído nada igual. Parecía el tren.

Total, que después de mojar sopas y decirle a éste que fuera para acá, al otro que registrara allá y al Felipe que se quedara en los contrafuertes con un caballo, por si los perros daban la vuelta a las reses, tomé por la vereda que tomaban los del monte cuando estaban allá, que aunque hay que culear por los tajos para bajar y gatear para subir, ahorra más de media legua de pateo. Cuando llegué abajo, todavía estaban llegando los caballos.

Los puse en ballesta, bastante cerca unos de otros, mirando para el Regalito y, entonces, el abogado de don Gumersindo, el que vino conmigo a tirar las cabras, dice muy soberbio:

—Pero si baten de allá para acá, ¿cómo nos ponemos de espalda al viaje de los bichos?

Don Gumersindo fue el que le contestó por mí y muy bien contestado. Le dijo:

—Mira, tú te callas la boca, que ahora el que aquí toca pito es Lobón.

Estaba enfadado con todos y conmigo y no dijo aquello por echarme un capote, sino por no perder ocasión de tirarle un par de coces al abogado, que no paraba de decir esto y lo otro, de lo que había que hacer, como si él supiera algo de aquello.

Con el calabozo corté cuatro ramas y le hice el aguardo a don Gumersindo, que le tocó en la parte más baja de los hondones.

Cuando empezamos a oír alborotar los perros, le dije yo a don Gumersindo:

—Usted mirando a los escobones, que lo primero que va a entrar aquí son unos jabatos que estaban ahí en la linde.

Y como no pasó un rato cuando ya había tumbado el jabato donde yo le dije, en lugar de alegrarse, empezó a ventear con las narices muy abiertas, como buscando pelea. Los otros también tiraron más abajo, y se escuchaba el eco de los silbidos del podenquero aquel, que eran una cosa mala, ¡qué forma de pitar!

Un corzo, que venía derecho, al oír los tiros, se tiró para el cortado que yo no sé cómo atinaba a subir.

—Mire, allá arriba, mire.

Don Gumersindo no lo marcaba, ni con la vista, ni con los canutos de mirar, y yo estaba viendo que se salía de tiro y por eso me salí del aguardo.

—Venga, venga usted, que este no se va...

Tardó todavía un rato en verlo, porque la tierra roja no recortaba el bicho. Entonces cogió el rifle pequeño que él llevaba y sin querer ir más delante, lo tiró muy larguísimo. El corzo, a pique estuvo de caer rodando por el cortado y, cuando se rehizo, tomó para arriba a tres patas.

—Va cojeando de una mano.

—¿Vas a decir que va cojeando de una mano?

—Una mano lastimada lleva, pero así puede irse a la China.

No dijo nada, pero se puso como a rezar y me daba achuchones para que me apartara, o me decía, para chingarme, que me pusiera lejos porque echaba peste. El sí que echaba peste, que le olía el aliento siempre como huelen los calamones negros en el verano.

Tiró una corza luego y no le dio porque yo creo que lo hizo a propósito para encararse conmigo:

—¿No viste que era una hembra? ¿Por qué no me avisaste?

Yo estaba viendo que de seguir allí juntos iba a terminar queriéndome tirar una patada o algo así, pues estaba como borracho y faltón.

Por eso le dije:

—Me voy a cobrarle el corzo maniquebrado, que aquí sólo le sirvo de solivianto.

—Tú te quedas aquí.

Como vio que me iba por encima de todo, escupió y dijo:

—Vamos a ir por el corzo cuando yo lo diga.

Pero diciéndolo, se va para el caballo y me hace señas de que siga andando.

Tomamos para arriba, él a caballo y yo a pie y al alcanzar los apretados me daba voces y tiraba palabrotas porque no se podía manejar en la montura. A cada paso estaba preguntando que por dónde tomo, que por dónde salgo.

Yo echaba cuenta de él, pero también iba a lo mío, abriéndome camino, hasta que al llegar a un cacho limpio, se me viene encima picando al caballo y me agarró del pelo que hasta daño me hizo y me tiró la gorra al suelo.

—No eres tú el que va cazando, sino yo, ¿te enteras? —me dijo.

Me quedé tan fastidiado que le dije:

—Vamos a dejar ahora lo de tirar del pelo que yo también sé hacerlo. Ahora hay que buscar el rastro antes de que se enfríe; después, si usted tiene gusto, nos sacamos dos o tres mechones.

Aquello le cayó bien, porque él es así, y me pregunta tan tranquilo:

—Y ¿dónde va a estar ese rastro?

—El corzo tomó para arriba y con el viaje que llevaba tiene que cruzar los hondones que dan al Berrocal. Allí vamos, a andarlos de arriba abajo, que la perra corte el rastro y ella dirá donde está.

Aquella vez, ya me dio apuro acertar y no podía ser de otra manera aunque a don Gumersindo se le pusiera la cara verde.

—¡Eso es! —decía como remedando a una vieja—. Como Lobón dijo que el rastro estaba aquí, el rastro está aquí. ¡Eso es!

Y hacía morisquetas que a mí me daban más risa que molestia.

La perra se nos adelantó latiendo, con un jai muy corto, no hacia el Berrocal, sino a los paredones de la linde, donde montan los cortados que hace el río. Yo pensé que el corzo habría falseado las huellas y seguí a la perra con poca fe, deseando que el corzo estuviera ya en la China para que don Gumersindo se quedara tranquilo. Allí subido en el caballo no paraba de hacerme burla, como si yo estuviera dándomelas de algo por ir a cobrar un bicho que iba a ser para él. Estaba muy impertinente don Gumersindo.

Así llegamos hasta las piedras grandes y, como el caballo no podía echarse por allá arriba, le dije:

—Usted se espera aquí que yo voy a ver.

—¡No, hombre, no! Yo voy donde tú me lleves. Un día es un día.

Me dio la escopeta para que se la llevara y para subir, acá y allá, tenía que darle la mano, hasta que al entrar en el tajo se me agarró a los hombros con las dos manos. Yo estaba viendo que, como se le fuera un pie, íbamos a rodar los dos por las piedras abajo.

Con la fatiga dejó de burlarse porque no le llegaba el resuello más que para resoplar y eso, que allí trincado a mí, andábamos menos que una vieja buscando una

aguja.

A la Rabona se la veía abajo, detallando los riscos, y yo dudaba que el corzo, con una mano colgando, hubiera tomado por allá. Pero iba la perra tan firme en el rastro, adelante y atrás, cubriendo las faltas, que me pensé: «el corzo no puede estar lejos».

Seguimos todo el filo adelante, con un andar muy trabajoso, hasta que al llegar al carrascón que queda en lo más alto y que sale como un flequillo sobre el cortado, me entró en el pecho un humo tan fuerte que, hasta don Gumersindo que me tenía trincado, me lo notó en los pulsos.

Se soltó de mí y se me quedó mirando de una forma que no he visto nunca. Hasta miedo me entró porque le daba la escopeta y le señalaba el matón, para decirle que el corzo estaba allí dentro, y él estaba embobado, como el que va a llorar. Pasó un rato grande mirándome así, como si él hubiera matado a alguien y no encontrara qué decir.

En esto, la Rabona subió por el cortado latiendo en caliente, se entró en la carrasca y salió con el corzo de ella.

No había más salida que por donde nosotros estábamos o por donde subió la perra, porque la pared del tajo quedaba detrás. Por eso el corzo, achuchado por la perra, se rehiló queriendo recortarme en el mismo filo, y allí mismo lo mató don Gumersindo dándome un susto de muerte. Lo mismo que remató el corzo, pudo rematarme a mí o a la Rabona, porque tiró cuando los tres estábamos juntos.

No me atreví a decirle nada, pero hasta el pelo se me puso en pie al ver que el corzo no rodó piedras abajo porque yo lo trinqué en el mismo filo. El, siempre tiró muy bien, pero la bala tuvo que pasarme a una cuarta de la barriga y eso no debió hacerlo.

Yo he visto a don Gumersindo enfadado de todas formas: con el pronto de la soberbia, con el patoseo de la borrachera, con el berrinche que le echa a uno el caballo encima. Pero nunca como aquella tarde que se le cerró la boca y parecía un fantasma. Cómo sería que yo no me determiné a seguir con él sin descargarle antes la escopeta, porque me decía: «éste, capaz es de meterme un trabucazo».

Lo bajé hasta donde tenía el caballo, subí por el corzo, se lo eché en la grupa y tomamos cortando para la Zarza. No abrió la boca, ni para bien ni para mal, pero yo notaba todo el veneno de su calladera clavado en la nuca mientras iba llevándole la bestia de la boca.

Llegamos muy de noche y él se me adelantó al galope después de trasponer la montanera.

Cuando yo entré en la Zarza tenían encendidos los faroles del porche y había allí en el patio un par de autos.

El Manuel estaba en la misma puerta y al verme, se me viene tirando cojetadas y me dice:

—Tú, Juan, que el amo te está esperando ¿dónde te has metido?

—Que vengo ahora.

Entro en la casa y estaba con don José Manuel y con el abogado, los tres con sus bocas muy cerradas. Don Gumersindo me mira, dándole con los dedos a una copa de vino y dice:

—Comprenderás que tengo razón.

Yo no sabía a lo que se refería, ni me atreví a preguntarle porque detrás de la tranquilidad le asomaba como un mal chero. Tenía cogida la copa con una mano y con los dedos de la otra tamborileaba en el cristal. Volvió a repetir lo que me había dicho:

—Comprenderás que tengo toda la razón. Con tu padre y con tu abuelo, se podía vivir, pero ¿cómo vive uno contigo? ¿Me lo puedes explicar?

Don José Manuel ni me miraba y el abogado hacía papeles y gestos, como diciéndome que no me apurara.

—Yo no puedo matarte porque, aunque no lo parezca, tú eres una persona humana. Tú dirás ¿qué hago yo contigo?

—Pero ¿qué le he hecho yo, don Gumersindo? Usted es quien me ha tirado del pelo y no ha parado de burrearse de mí toda la tarde. ¿Qué le he hecho yo?

—¿Que qué me has hecho? ¡Habrás mamón! Nacer, ¿te parece poco? ¿Por qué tengo que aguantar yo que tú vivas aquí? Donde viven los hombres, no viven los bichos que muerden. A esos se les mete en la jaula para que vayan las criaturas a verlos los domingos. Y eso es lo que va a haber que hacer contigo.

—A mí me han llamado aquí y por eso he venido.

—¡No, si eso es verdad! —ya empezó a cachondearse—. Te hemos llamado para cazar con tu permiso. Natural. Como el vedado es tuyo, tienes obligación de conocerlo.

Entonces se pone de pie y le dice al abogado:

—Le entran calambres y adivina —me señalaba con una mano muy descarada, metiéndome todo el dedo al lado de la nariz—. Anda más que un caballo y levanta una mula del suelo ¿no lo sabías? Las reses no se asustan de él y lo creo capaz de arrimarse a cogerlas por los cuernos. Dime: ¿qué hago con semejante bicho? Con guardería o sin guardería a él, que no hace otra cosa y sabe hacerlo, ¿quién le va a parar cuando entre aquí a robarme lo que quiera?

—Yo nunca robé y que me vea muerto antes de quitarle una chica a nadie.

—¡Eso, eso es lo que tiene que pasar, que revientes antes de volver a trasponer la linde!

—Y ¿quién ha dicho que yo la trasponga? Usted dirá lo que quiera, pero ¿quién me ha visto?

Don José Manuel se tapaba los ojos, haciéndose el cansado, porque estaba pasando un mal rato, pero el abogado no paraba de guiñarme el ojo y encogerse de hombros. Dice don Gumersindo, ya caliente:

—Nadie te ha visto, ni nadie te va a ver nunca. ¿Es que crees tú que yo no sé que

cuando estaban los del monte en el Berrocal, y te andaban buscando, seguías tú cazando en las narices de ellos?

—¿Y hacía mal, entonces?

—El mismo que haces ahora.

—Yo a usted nunca le hice ningún daño, lo puede usted decir.

Entonces el abogado mojó sopas, se pone allí en medio y dice, muy perdonándonos la vida a don Gumersindo y a mí:

—El amo quiere decirte, que...

—Yo sé lo que él quiere decirme.

—Pues eso, que, vamos a ver: ¿saldrías tú ahí afuera sabiendo que andaba un león suelto?

—Yo no soy un león de esos que usted dice, yo soy un cristiano, como otro cualquiera.

Me corta don Gumersindo:

—No, tú no eres un león, eres un gandano al que no se le puede meter un tiro entre las orejas y volverse tranquilo a dormir.

El abogado quiso decir algo más, pero don Gumersindo dio un bocinazo y me dijo:

—¡Se acabó la conversación y el decir más tonterías! Escucha esto: yo nunca he perdido, ni con los machos, ni con las hembras. Yo me revuelco al que se me pone por delante: recuerda esto. Mientras me quede pólvora en el cartucho, cachondeos conmigo no, porque no se los consiento ni a mi padre. Si me entero que pisas en lo mío, te desgracio. Ya lo sabes.

Don José Manuel estaba delante y puede decir si pongo o quito algo a lo que allí pasó. Eso fue lo que me dijeron.

A lo último, don Gumersindo tiró de cartera y me dio un billete entero de quinientas pesetas.

Ya conté que abuela y madre vivieron en la Zarza con doña Petra, la abuela de don Gumersindo, y que la Zarza es lo más principal de aquí. Con los antiguos no, pero desde hace muchos años, sí.

De la familia de don Gumersindo, por parte de su abuela, de la rama de ella, es de donde venían las tierras y los cuartos.

Todas las tierras de por aquí, antes de ser de nadie, fueron de los frailes.

Por lo que yo he escuchado referir a don Cosme, que es el único que lo sabe bien, a lo primero, aquí vino el moro y se puso a pelear con los franceses, que por eso hicieron el cacho castillo que aún queda, hecho un pajar, en la Avispa. Qué clase de peleas tan grandísimas no armarían aquellos moros y aquellos franceses, de esconder tesoros por aquí y darse con las garrochas por allá, que no quedó ni uno para simiente.

Una vez que estuve yo en el cine, cuando la mili, vi una pelea de estas y ¡qué forma tan disparatada de pelearse tenía aquella gente antigua!

Muchos años después pasaron por aquí unos frailes y vieron que no había nadie en el castillo y se me metieron allí a pasar la noche. Pero a la mañana dicen:

—¿Y por qué no nos quedamos aquí a vivir? Aquí podemos rezar tan ricamente y decir todas las misas que queramos.

Como los techos del castillo estaban fatal, que terminaron por caerse abajo, se llevaron las piedras a otro lado y levantaron lo que ahora le dicen La Casa del Fraile.

Los frailes iban por ahí, se topaban un pobre y le decían:

—Vente a lo nuestro. Te ponemos una tierra para que la trabajes. Te damos una vaca y cuando para, dos terneros: uno para ti y otro para nosotros.

Así fueron llenando esto de gente y los frailes lo gobernaban todo, hacían bautizos, echaban la misa y no había abusos de nadie, ni esto es tuyo, aquello mío, aquí no entras, de allí no sales.

Pero cuando ya estaba el campo lleno, llegó la abuela de don Gumersindo y le cayó malamente que los frailes tuvieran más que ella. Como las hembras de esa familia siempre fueron muy liantas, se fue donde la gente principal y les dijo:

—¿Es que va a ser todo de los frailes? Pues ¿y nosotros? ¿No somos lo más principal?

Como no tenían forma de hincarles el diente a los frailes, se trajeron un abogado, y le dijeron:

—Lo que nosotros queremos es quedarnos con lo del Fraile y con todo, pero ¿cómo vamos a hacerlo sin matar a los dueños?

El abogado les dijo que él sabía mucho de infamias y pleitos y que si le untaban bien, no sólo les quitaba las tierras a los frailes, sino también las sotanas.

Por eso les pusieron pleito y la justicia hizo lo que le dio la gana a la abuela de don Gumersindo.

La gente que vivía en lo que antes era frailuno, que se lo comían y se lo guisaban todo ellos mismos, se vieron, de la noche a la mañana, con una mano detrás y otra delante. Todas las bestias, las vacas, las casas y las tierras se las llevaron unos y otros, y los nuevos dueños se frotaban la mano diciendo:

—¡Esto sí que ha sido un buen negocio! —pues sólo gastaron en tapar bocas.

Entonces la gente principal se juntó otra vez y dijo:

—Vamos a hacer un pueblo para juntar toda la gente del campo en él, no sea que, si siguen en la campiña y en el monte, nos quiten lo que sea y no podamos ni enterarnos. Además, que si hay que echar mano de uno o de otro, conviene que estén todos juntos.

Por eso pusieron el pueblo donde los frailes tenían una iglesia con su caserío ya hecho, en el ombligo del campo. Pero, como al tiempo que les convenía juntar la gente, tenían miedo que a alguno se le ocurriera algo para vengarse, dijeron:

—Hay que traerse la Guardia Civil, no sea que nos maten por haberles dejado sin tierras.

Por eso es por lo que el cuartelillo está en la misma plaza del pueblo. Lo pusieron

allí para que nadie matara a los terratenientes.

Después, todo vino rodado porque la ley a nadie le decía por aquí no entras, de allí no sales, y los que se habían engordado con la infamia de robar a los frailes, dijeron:

—Todo dios puede entrar a lo nuestro con el achaque de la cacería. ¿Cómo podríamos hacer para que nadie se salga de las veredas y las cañadas? Ya no se pueden armar más pleitos porque una tunantería que se repite, se encona. Hay que buscar algún achaque y que la abuela de don Gumersindo invente algo, que lo que ella no invente, no lo inventa nadie.

Entonces fue cuando ella hinchó de comer a unos y a otros, y les daba vino y les decía:

—Hay que hacer la ley sólo para nosotros, los de los cuartos; a los cazadores y a los pobres, que les vayan dando.

Así pasó lo que pasó, que todo se echó a rodar, y lo que era de los frailes pasó a ser de unos pocos, y lo que era de todos, porque lo puso Dios en el monte, también lo quisieron para ellos.

Pero la culpa no fue toda de la gente principal, que la gente de nosotros tragó con todo y hasta les ayudó a engordarse y divertirse con el pan que les quitaban de la boca.

Como pasó de antiguo, pasó de moderno. Ahí está la Zarza con tantísimo personal, todos encelados por la propina que le van a dar por ir con el cuento de haber visto a un fulano saltar la linde.

La abuela de don Gumersindo, el padre y él mismo, siempre soltaron cuartos a los chivatos. La propina siempre alargó los ojos y ensució el corazón de la gente de la Zarza. Lo decía madre, que por contentar al amo y hacer méritos, todos fueron chivatos, alcahuetes y de poco fiar. Hasta decían que la Médica, de muchacha, se había metido en la cama con don Javier, no el padre, sino el abuelo de don Gumersindo, el marido de doña Petra.

Digo esto para referir que la ley nueva tuvo fuerza porque nosotros la dejamos engordar, que Lobones siempre hubo pocos y sobones muchos.

Si doña Petra, como se topó con padre o con abuelo, se llega a topar al mismo tiempo, con dos como padre o como abuelo, la ley se hubiera secado. Si don Gumersindo hubiera tenido otro Juan Lobón para tapar los huecos que yo dejaba, con Dios vedados, cotos y tablillas para los restos. Donde no andan cobardes, no hay ley que pueda más que la vida.

Todo lo que he liado, de propósito lo he hecho para dar explicación de cómo con tres o cuatro escarapelas pudo guardarse siempre el vedado. Nunca fueron tres, sino treinta, ni cuatro, sino cuarenta, pues para uno de oficio y pago, correspondieron siempre diez soplones dispuestos a aliviarle la carga.

Al que quería cortar leña le decían:

—Corta leña, pero si ves a alguien dentro de la linde, nos lo dices.

Al que buscaba espárragos:

—Busca espárragos, pero si ves a alguien dentro de la linde, nos lo cuentas.

Así guardaban el aperador y el cabrero, la gente del corcho, la de las vacas y hasta la de la fábrica de sillas.

En la fábrica estaban fijos Beltrán, Meleto y el Nicolás, pero la gente que hacía esteras, esterones, cestos y trabajos de pleita, venían por temporadas. Cuando trabajaban comían, cuando no, pasaban hambre. Pero como casi todas eran mujeres y antes o después, por jóvenes o por viejas, por guapas o por feas, pasaban por las armas de don Gumersindo, se pensaban ellas que debían guardar también el vedado como cosa de familia.

Esto no es baba que yo tenga, ni mucha mojarra que suelte por soltar, que desde el párroco a los civiles lo han escuchado mentar como yo lo digo, y a la cuenta de eso, Pablo, nunca consintió que la Encarna fuera allí a trabajar.

Por eso había que tener tiento al arrimarse al vedado porque en las casas del Pegujal, en el esparraguero que llenaba el capacho y en todo tío, quitando los piconeros, que el negro y el humo van mal con la chivatería, tenías un soplón de quien taparte.

A la cuenta de estas cosas, yo tuve dos veces gusto y una disgusto. La primera del gusto fue que salía yo una mañana del vedado cuando me veo a la Pepurra con su niña, que bajaban para la Zarza. Ellas vivían en el Pegujal, que tiene muchos cachitos de unos y otros, que se los repartieron los Ahumada para que hicieran sus casas.

La niña de la Pepurra tendría ya mi edad, si es que no era más vieja, y la madre estaba muy creída con ella, presumiendo de que don Gumersindo, poco menos, que la iba a meter con él en la Zarza. A la madre, todos los meses, se le llenaba la boca de decir que su niña estaba preñada del amo, y ni el amo ni nadie la preñó, porque era como machorra.

Pues como digo, aquella mañana que hacía muchísimo frío, ellas me vieron de casualidad cuando yo saltaba la linde de los Barrancos para el Regalito y ellas bajaban por la vereda que va a la Zarza. Como no estaban muy cerca, me tapé en las piedras para dejarlas pasar de largo, pero ¡qué va!, se vienen para arriba y empiezan, una por acá y otra por allá, a tomarme las vueltas.

—¡Buena está la cosa! —me digo.

Me salgo de las piedras, escurriéndome y barajando el mateado; me voy a los escobones. Y la Pepurra madre, como un podenco, se me viene detrás con muchísimo sentido.

—¡Vaya, hombre! —me digo.

Me buscaba con más ansia que busca un guarda. La niña estaba subida en lo alto y le dice la madre:

—Baja aquí, que el que sea no ha salido y ése se va a enterar.

La madre se clavó en un repechito, mientras la niña bajaba y yo hartándome de

papar relente, allí metido en el lentiscón.

Baja la niña y dice la madre:

—Tú aquí quieta, que ése está entrematado y yo lo voy a sacar de la nariz.

Al rato me veo a la mujer registrando los lentiscos uno por uno y ya me aburrí. La niña me caía más cerca que la madre, que, al agacharse, sólo se le veían las dos patas y un culo redondo. Entonces, como me aburrieron del todo, les tomé las vueltas, y, estaba la madre doblada como el que siega, cuando le largué un trabucazo a las ancas que empezó a gritar como un cochino que lo están capando. Pero antes que se les pasase el susto a la madre y a la niña, en cuanto se juntaron las dos, muy asustadas, hice carambolas con el culo de la niña y el de la madre.

Ni la Pepurra ni su niña volvieron a buscar propina a costa mía. Muchas veces, después, de lejos, yo me dejaba ver a caso hecho y ellas seguían su caminito como si en lugar de trabajar en la Zarza trabajaran a la puerta de la iglesia.

Pero lo de las Pepurras trajo cola. Varios días después, Beltrán y Meleto se vinieron a lo mío y allí se estaban sentados sin decirme nada. Si yo salía para la Casa del Fraile, se venían ellos detrás. Si tomaba para el pueblo, para el pueblo tomaban ellos.

—A vosotros qué os pasa. ¿Es que os han echado de la fábrica? ¿Ya no hay quejigo que cortar, ni anea que barnizar?

—Ahora estamos de descanso, muchacho.

—Mucho que me alegro.

Perdía mucho tiempo en llevarlos con dos dedos de lengua, para acá y para allá, para librarme de ellos y buscar la escopeta, que yo la metía en un chaparro quemado por el rayo que había en la Avispa.

Me di cuenta que aquella temporada no tenían más oficio que calentarme el campo, porque cuando me perdían, estaban atentos a si sonaba un tiro y si yo estaba a los conejos, al cuarto o quinto que tiraba, tenía que ponerme a atender por dónde me iban a aparecer.

Yo me quitaba de en medio y, desde temprano, tomaba para el Galeón o la Valera, allí abajo, por el lado de allá del río, pero hasta allí terminaron por alargarse ellos, porque el Quemado o algún otro les diría algo.

Total, que un día, lo que hice con las Pepurras, hice con Beltrán. El, había subido a Monte Castro marcando el jai del Peluso o de la Rabona, y por los perros supo que estaba en el rastro bueno. Meleto se quedó abajo para cortarme el viaje si quería escurrirme.

Cuando yo lo vi, caldeando, en lo alto de Monte Castro, me dije:

—De esta no te escapas.

Y no se escapó, claro.

Pero casualidad, que estando él revolcándose, de lo que picaba aquello, me veo el auto de don Celestino que bajaba por la vereda de Almafuente. Ni lo pensé más. Sin

taparme, me tiré para abajo con un seguido, que, si se me va un pie, me hago cachos. Tuve lugar de meterme en el auto con los dos perros y a la hora estaba yo en el pueblo, tan contento. Allí me paseé por la plaza, fui a la herrería, fui a donde don Cosme, me dejé ver en el bar y en lo de mi hermano y hasta estuve de conversación con el guardia Cuenca.

Ya con el sol puesto, me fui a llegar a donde don Celestino, a por la escopeta, cuando aparecen en la plaza el Meleto y el Beltrán. Allí se juntó gente, porque el Beltrán traía una cara malísima, y yo también me junté para ver qué pasaba.

—Criminal —me dice Meleto—. Preso vas a ir por querer matar un hombre.

—¿Tú estás bueno? ¿De qué hablas tú?

Al Beltrán lo llevaron a donde don Celestino y le estuvo pinchando con una aguja en el culo, para sacarle los plomos.

Viene el cabo y me dice:

—No te muevas del pueblo ¿te enteras?

A la mañana siguiente, voy donde los civiles y pregunto:

—¿Qué es lo que pasa? ¿Es que tengo yo culpa que esa gente se vaya de caza y el uno plomee al otro?

La cosa tuvo sus más y sus menos y, si no me hicieron nada, fue por culpa de Meleto que dijo:

—Eran más de las doce cuando yo oí el tiro. Beltrán se puso a gritar y yo me asusté pensando que lo había matado Lobón.

Dice el guardia Cuenca:

—Pero si no eran las once cuando Lobón estaba aquí en el pueblo conmigo, ¿qué clase de tontera es esa de decir que fue él?

El cabo dijo:

—¿No serían las nueve o las diez de la mañana? Lobón pudo venirse en un tractor.

—Eran más de las doce, que mi reloj es muy bueno y nunca se equivoca.

Cuando acabó todo, me dice don Celestino.

—Juan, hijo, ¿por qué hiciste esa barbaridad? Si le das en el vientre, lo matas.

—Si no lo hago, me matan de hambre ellos a mí. Yo sabía que sólo le iba a picar un poco, que lo tiré bien largo.

Me dice:

—Les daban mil pesetas a cada uno si te trincan cazando.

—¡Para que usted vea!

Unos días más tarde, venía sólo Meleto, pero se tentaba la ropa y, aunque iba hasta la lobera, en cuanto yo me alargaba a la Avispa a por la escopeta, no ponía mucho celo en seguirme. Pero era una pejiquera tenerlo allí. Por eso tuve disgusto, porque al Meleto le puse las espaldas como si hubiera tenido las viruelas.

Aquella vez, aunque no me denunciaron, vinieron por mí los civiles y me dieron una buena paliza. Decían:

—Nadie te ha visto, pero ¿qué otro pudo ser?

Yo a un guarda, por hacer lo suyo, nunca le haría una cosa así. A los chivatos y a los propineros, sí. A los chivatos les viene bien hacer gasto de médico para que, con los perdigones, les saquen algo de lo untoso que les sobra.

La guardería de la Zarza no atendía los bichos sino que las personas no saltaran la linde.

Un guarda, que sea un guarda, tiene más oficio que hacer que asustar a los cazadores y, desde aquí, puedo decir que yo cuidé el vedado más que su dueño y más que todos los guardas juntos.

El que más sabía era el Felipe, pero estaba tan viejo y tan gastado, que bastante hacía con aguantarse sobre el caballo sin perder los pantalones. Con todo, medio tenía contados los machos y se aprendía las querencias para estarse al cuidado de ellas. Pero de las hembras, nada sabía, ni se le ocurrió decirle a don Gumersindo que, en el verano, por cada macho capaz de padrear había un rebaño de hembras. Y el macho, si es que lo era, no pasaba de ser un varetón que todavía apretaba los labios para mamar.

En el otoño, cuando se juntaban los rebaños, era todo tan parejo, tan chico, tan hembruno, que nada valía nada. Los machos con puntas los mataban todos, o estaban plomeados de las batidas, y el que podía dar el salto, no le quedaba nata.

Esto lo quería arreglar don Gumersindo buscando machos de venado de por ahí, para que hicieran cría. Yo mismo le subí a buscar uno al Tomellar, que ya lo contaré, y por eso sé lo que estoy diciendo.

Pero la sangre nueva era floja, pastueña, sin genio ni brío y con casta de corral, que se te arrimaban como esperando que les dieran una zanahoria. Matar un bicho de aquellos, daba asco.

No se puede llevar al monte lo que se crió entre la reja y el mimo, porque los hierros, los encalijos, la yerba cortada y el cajón de pienso, meten sebo al lado del corazón y ese sebo da cuajo a la sangre y la enfría.

Eso les pasaba a aquellos venados, y eso les pasa a don Senén y a todos los que van con la botella de agua al monte y no saben apartar un cagajón para beber de un charco.

Ni los corzos ni las cabras eran así, sino que daba regalo verlos tan valientes, tan broncos, botando como pelotas montunas a nada que sentían. A la cabra engloria tomarle las vueltas de poder a poder: son bichos del monte, no bueyes.

Como la guardería no echaba cuenta de las hembras, yo las buscaba, igualando el campo, para que los pocos machos no se desnataran.

El daño que yo hacía, si es que hacía alguno, en bien del vedado era y nadie echaba cuenta de él. Yo nunca tiré las cabras más acá de la Caldera, para no hundir las querencias en lo hondo de la serranía. Y si hay cabras en las Cabezas, aunque nadie las tire porque hay que andar, a mí me lo debe don Gumersindo, porque buenas palizas les he dado yo por la parte de arriba, a más de dos leguas por el lado de allá de

la vereda del contrabando.

Muchos berrinches sordos he tomado yo a cuenta de estas cosas, porque el amo quiere los bichos para divertirse y para divertir a unos y otros y hacer su apaño, pero yo los quise siempre para vivir. Cuando daban una batida y veía luego el venado de siete puntas muerto, que yo había tenido muchas veces en los puntos de la escopeta, sin querer tirarlo, me entraba mal humor.

Acababan con todo lo que tenía cuernos, como Pablo decía que, en el vedado y fuera del vedado, el que los lleva siempre fue reclamo para el que anda buscando carne fresca.

Gente gandula, gente que se pincha en el monte, que valían menos que todo bicho, pues ni para arrimarse a ellos servían, los mataban repompeados en sus asientos, con rifles con canuto de mirar, o echados encima de una manta; con un tío que les cargaba el arma y otro que les daba agua en botella.

Los venados valían poco, pero mucho más, sin comparación, que los que les daban el tiro.

En el tiempo que estoy contando, nadie me dijo nada, ni nadie me denunció por hacer lo mío. Y aunque hubiera descastado el monte, que sabía y podía hacerlo, nadie se hubiera enterado. La guardería estaba en las lindes y en las propinas, para que el fondo del vedado lo guardaran las águilas y el miedo a ir preso.

Una noche que había un tormentón descompasado y estaba yo para acostarme, me veo todos los perros salir para afuera armando alboroto. Allí salieron la Rabona, el Peluso y los tres cachorros de la Rabona que yo estaba campeando, con un jai que daba miedo. Se me infundió que debía ser un gandano que habría metido la nariz allí.

Estuve mucho rato dudando, sin determinarme a salir de la lobera, hasta que me eché la chaqueta de piel y tomé con la lluvia tras los perros.

Como alborotaban, siempre, en el mismo lado, se me infundió que debían tener el gandano aculado en algún boquete.

No lo tenían en un boquete, sino contra una laja y medio muerto porque la Rabona, con lo chica que era, tenía una boca que cortaba un hueso de vaca como si fuera de gallina.

Estaba el gandano empapado como una aljofifa y todavía daba la cara, cuando le tiré un viaje al lomo que crujieron todas las costillas, pero no moría. Tuve que engancharlo del rabo, que a poco me tira un bocado, y desnucarlo contra el suelo. No he visto nada más duro para morir.

Cuando compuse lo que había pasado, me entró una pena que me partía, porque al cachorro más vivo de los tres que estaba yo poniendo, el gandano le tiró un derrote a la paletilla, que yo me creí que le había arrancado la mano entera. Estaba el animalito llorando, desangrándose vivo y yo no me determinaba a matarlo.

Colgué el gandano en los fresnos y me traje al cachorro a la lobera con muchísimo cuidado. No sé qué hora sería, pero a la luz del candil, con una aguja y un

poco de hilo negro que yo tenía, le estuve cosiendo carne con carne, pellejo con pellejo, lavándole la sangre y echándole hollín a la herida. La Rabona me miraba agradecida y el pobre cachorro, aunque lo lastimaba y chillaba al coserlo, me lamía las manos.

Estando en esto, salen otra vez los perros para afuera ladrando, y al poco oigo la voz de la Encarna quitándoselos de encima.

Me asusté porque la Encarna, a aquellas horas y con aquella lluvia, no iba a venir sola a lo mío sin un motivo muy grandísimo.

—¿Pasa algo?

No me contestó sino que fue ella la que me preguntó a mí:

—¿No está aquí Pencho?

—¿Aquí?

—Yo sabía que no estaba —dice.

La Encarna estaba pipando, con las faldas y la bajera chorreandito. Yo me preguntaba que si ella sabía que Pencho no estaba conmigo por qué había subido allí a buscarlo. Dice:

—Calla hombre, que como siempre está peleando con padre, hoy le dio padre una guantada y estas son las horas que no ha vuelto.

—¿No estará donde el Goro?

—Padre tiene miedo que haya subido donde los civiles a decirles si él caza o no caza. No es la primera vez que lo ha hecho y padre dice que, esta vez, como vaya, le da un tiro.

—Ni Pencho va a ir, ni tu padre va a darle el tiro.

—¡Tú no sabes de la misa la media! ¡Tendrías que ver a padre cómo está!

—Es que Pencho tiene unas ocurrencias...

—Pues ¿y padre? A un padre no se le puede faltar, pero también se necesita tener poca para tenernos como nos tiene.

—Poca ¿qué?

—Poca vergüenza, que lo sepas. Siempre con la escopeta, sin buscarse un trabajo y cinco bocas en casa pasando fatigas. Yo no puedo ir a la Zarza porque me van a comer, Pencho con la endebles, y él ¿qué hace? El, la escopeta sin buscarse otra cosa.

Yo miraba a la Encarna y no sabía si me hablaba de su padre o de mí. Pero era de su padre. Por eso le dije:

—No debes decir cosa que no es verdad. ¿Qué os falta a vosotros que tenga otro cualquiera? Tu padre hace lo suyo, o ¿va a hacer de médico? Cada cual tiene que hacer lo que le corresponde.

—¡Qué mala suerte, hijo, que a unos les toque lo bueno y a otros lo malo! Ahora ya está viejo para empezar, pero si está viejo y nunca hizo nada, no tiene que decirle nada a Pencho. Si él se buscara algo, todavía, pero ¿qué es lo que se busca él? ¿Trae a casa un jornal?

—¿Es que tu padre va a cazar para divertirse, como los señoritos?

—¡Otro que tal! ¿Cómo no os hartáis de cacería, de vivir con sobresalto, mal mirados por todo dios? ¿Quién ha dicho que las personas tengamos que vivir como los gandanos?

Lo dijo así y tenía yo el cachorro lastimado en brazos, lastimado por el gandano. Ella siguió soltando lo que traía tragado:

—Que llegan los civiles a la cañada y ya estamos todos temblando, que subes al pueblo a comprar y ya están mareando conque de dónde sacas los cuartos. Siempre diciendo mentiras, con apuro de no saber si lo que dices está bien dicho o estás comprometiendo a unos y a otros. No, padre tendrá razón en lo que la tiene pero, en lo que no la tiene, no.

—Y ¿qué va a hacer él? ¿Tocar la música? ¿Es más de hombre tirarse soplando por un canuto que cazar? Tú eres una mujer y no sabes cosas de hombre. ¿No hay hombres que viven de tocar la música y nadie les dice nada?

—No, yo no entiendo de eso, pero quiero vivir como todo el mundo, no como las fieras. ¡Ojalá que padre soplara por un canuto o hiciera títeres, mejor que la mierda de la cacería!

Como estaba casi llorando yo no le dije nada más. Nunca había hablado tan seguido con ella, claro que eran cosas de unos y otros y no de ella y de mí, pero me daba consuelo.

—Yo quería —dijo a lo último— que tú vinieras a lo nuestro porque hace falta un hombre allí para cuando vuelva Pencho. El ha ido donde los civiles, yo lo sé, y cuando vuelva va a ser una ruina.

Después de aquello nos quedamos los dos callados, sin saber qué decirnos, y se me ínfundía a mí que a ella también le pasaba como a mí, que tenía ganas de escucharme decir lo que no se me venía a la boca. Allí, a la puerta de la lobera, sólo la veía cuando caía un rayo y se alumbraba toda la cañada.

Pensaba yo en las novelas: «Señorita por aquí, señorita por allá, que usted tiene los ojos de esta forma y de la otra», pensaba que el gandano estaba colgado a un chaparro y el cachorro en mis brazos todavía sangrando, pensaba en Pencho y en que la Encarna había venido a buscarme porque necesitaba un hombre.

Pencho volvió al otro día en el auto de don Celestino, más blanco que el papel, y lo metieron en la cama. No supimos si fue donde los civiles o no, sino que, con la caminata y la mojadura, le entró una endebles tan grandísima que en el bar le dieron coñac y avisaron a don Celestino para que le echara una inyección de darle fortaleza. Lo tuvo toda la noche en su casa y por la mañana se lo trajo en el auto. Decían que había ido al cuartelillo y también decían que la gente del mercado fue la que lo cogió en la cuesta y lo subieron al bar.

Cuando yo llegué, todavía oscuro, Pablo tenía cargazón y una botella de aguardiente en la mano.

—Este niño me va a buscar la ruina porque yo soy muchísimo más hijo de la gran

puta de lo que él se figura, y antes de que me lleve por delante, me lo llevo yo a él.

Como estaba con la botella y no paraba de tirarle viajes, se le puso la boca sucia y cada vez que la abría era para soltar un disparate. También se sacaba la dentadura y tiraba pedos, como los tira don Gumersindo cuando se pone nervioso, en alta voz, sin importarle su respeto ni el de los demás.

Estaba patoso y triste, pero más borracho que triste y patoso.

Cuando vino don Celestino y dijo lo que había pasado, todo lo que Pablo iba a hacerle a Pencho se quedó en una llantina que le entró, y tomó el seguido para la cañada y allí se abrazó a su hijo y estuvieron los dos con un besuqueo llorado que tenían las caras como si se acabaran de lavar.

Entre Pablo y yo llevamos a Pencho a la casa, cogiéndonos las manos a la sillita caca para sentarlo y que no se cansara.

Todo acabó igual que si nunca hubiera empezado y allí me estuve con ellos toda la mañana, viendo a la Encarna trajinar, mientras Pencho y su padre se reían allí dentro. Las otras dos Encarnas, la madre y la abuela, no hacían ruido ni bulto, pero uno estaba hecho a verlas siempre igual. La única que no estaba era la pequeña, la Francisca, porque andaba con los pavos de la gente de la Avispa, pues ya que vivían allí, tenían que pagar de alguna manera y por eso la criatura guardaba los pavos.

Por la mañanita volví por Pablo, para irnos a las perdices, y la Encarna me dijo:

—Hombre, haz el favor. Te estaba esperando para que me trajeras unos cántaros de agua del pozo.

—Dile a tu padre que ya estoy aquí y que en seguida vuelvo, cuando te traiga el agua —le dije mientras aparejaba la borrica y le cargaba los cántaros.

Iba yo para abajo y vi a la Encarna dar golpes con una tranca y que Pablo salía pegando unos bocinazos horrorosos.

—¡Anda, todavía tiene resaca de ayer! —dije en voz alta.

Llego al pozo, lleno los cántaros y me vuelvo a lo de Pablo. La madre y la abuela estaban allí, con la mano en la boca, como dos lechuzas con los ojos redondos. Pablo tenía mi escopeta en las manos, dándole vueltas a la caja con un alambre. Señala a la Encarna y me dice:

—¿Qué creerás que ha hecho esta tunanta?

Con lo que la Encarna había dado golpes no fue con una tranca, sino con mi escopeta y le rajó la caja. Su padre le pegó dos guantadas, pero ella se quedó tan fresca. A mí me dijo:

—Es que había un cortapichas muy grandísimo y me asusté.

—¿Un cortapichas?

—Y si no salgo a tiempo, te quedas sin la escopeta, ¡valiente tía! —decía Pablo.

Yo miraba el arma y recordaba lo que la Encarna había hablado conmigo a la noche. No por el arma me sentí desgraciado, sino por que se me infundía que la Encarna también estaba por mí, como yo por ella, y sin embargo, tenía

aborrecimiento por lo que era toda mi vida: aquel trasto de escopeta.

Después de aquello, Pablo y yo no tuvimos más remedio que tomar viaje a San Fernando, para que Vargas me arreglara la escopeta.

Llegamos allí un sábado y paramos en el Mesón del Duque, que queda junto a donde para el coche de línea. Hasta el lunes por la tarde no pudimos ver a Vargas, que era un tío de verdad y vaya unas manos que tenía.

Pablo lo conocía y Vargas había escuchado hablar de mí a don Vidal, el ingeniero de la electricidad.

A los cuatro días volvimos donde Vargas y, si me lo hubieran contado, no me lo hubiera podido creer. Le echó una caja de una escopeta rota que él tenía allí, me ajustó todo lo que tiene hierro y me cobró tan poco que hasta apuro me dio.

A Vargas iban todos los del señorío a que les arreglara las escopetas.

Aprovechando el salto nos trajimos un saco de cartuchos y avíos, para cargarlos, que daba miedo. Así volvimos de San Fernando, con pólvora, mixtos, plomo y la escopeta como nueva.

Así era todo entonces, que hasta lo malo que le hacían a uno se le volvía bueno.

Antes que me líe con otra cosa, quiero contar cómo nos las apañamos con los cartuchos, porque una cosa es la industria de cargarlos y otra, muy diferente, el huroneo de buscar los avíos, de este y del otro, para que alcancen los cuartos.

Si lo voy a contar es porque sé que a nadie se le infunde cómo uno de nosotros puede pegar tantísimo tiro, cuando no hay de donde comprarlos. Por eso lo cuento, porque la verdad hay que decirla para que lo parezca, no sea que salga un bocazas preguntando:

—Y ¿cómo pone Lobón que mató tantas, más cuántas, colleras de codornices, si una caja de cartuchos vale esto y lo otro? ¿Es que le tocó la lotería y se le olvidó apuntarlo aquí?

Por eso lo pondré todo, aunque ni vaya ni venga, porque a mí no me gustan las mentiras, ni el hablar seguido para que los otros hagan como que se lo tragan todo, como le pasa a don Senén.

Lo que otros pagan con dineros, nosotros lo pagamos con sudores y con inventos. Bien mirado más caro lo pagamos que ellos, pues el sudor de uno es la sangre que se hace agua de tanta fatiga.

Además, que si es bonito ir a la tienda con los cuartos por delante y pedir dos cajas de cartuchos de fábrica, también es bonito ir apañando los avíos, de aquí y de allá, de este y del otro, y hacerlos luego, tentando cosa por cosa. No es lo mismo ponerse en la canana el cartucho que cualquiera puede comprar, que el que sólo uno ha manoseado por dentro.

Con eso pasa, una comparación, lo que con las mujeres.

Ya referí lo que hacíamos cuando fui a la mili, pero allí todo era más fácil, pues sólo yo tiraba lo que entre muchos apañaban. Además que, de suyo, en la Batería se

pegaban cañonazos y no era mérito hacer un tirito chico en sitio donde los tiraban grandes.

También he referido que para buscar avíos hay que ir a San Fernando, la Isla que le dicen, que queda a la vera de Cádiz.

Ahora, en auto, sale uno del pueblo y está allí a la hora de la siesta si coge combinación. Antes, sólo ir llevaba dos fechas.

Cada pueblo sirve para una cosa: en éste venden sillas y trabajos de pleita, en el otro cosas de piel; a San Fernando, por lo que lo conoce todo el mundo, es porque hay toda clase de avíos para la escopeta. Allí hay de todo, si es que conoces dónde está el que lo vende: cartuchos usados, pólvora, mixtos recargados, munición y tapillas. Como todo es de parche y no de fábrica, sacado del ratoneo y la trampa que inventa el hambre, sale maluquillo, pero barato, que es lo más principal para el pobre.

Pablo, que conoce bien aquello, el pueblo y el personal, se pone a contarte y se te salen los jugos de reír, pues no hay uno metido en el negocio que no le haya costado su calamidad.

A nosotros, los cartuchos ya tirados, nos los vendía la mujer de uno que le decían Capón, no de apodo, sino que se llamaba así, aunque tenía cinco o seis chiquillos. Además de ese apellido tenía otra dificultad porque era cojo, con una cojera disparatada, con pata de palo y todo.

Me dijo Pablo que este Capón, antes de poner negocio de cartuchos usados, cazaba, allí en el mismo pueblo, pero no lo montuno, sino gallinas, pavos y conejos de jaula. A la cuenta, en una granja que tenían huerta, andaba suelto un perro muy grandísimo que no le dejaba a Capón el campo libre. Entonces hizo un cepo de zorrero, disparatado de grande, para cargárselo. El tío afiló las zarpas diente a diente, le dio con aceite al muelle, puso su cepo con su carnada junto a unas tunas, y se fue tan contento. A la mañana, pensado quitar de en medio perro y cepo, se fue allí, y decía Pablo:

—De haber entrado el perro al cepo, no habría quedado perro, como no quedó pata de Capón que sí que entró.

Por eso, cuenta Pablo, tuvo que buscarle otro aire a la vida y al andar, y se metió en lo de los cartuchos montado en su pata de palo.

Se iba, tirando cojetadas, al tiro de pichón, a las tiradas de platos, a los puestos de las batidas y de los tortoleros, y con lo que fue juntando, empezó el cambalache de, dos viejos te doy por uno nuevo, estos te pago y estos te vendo, hasta llenar dos baúles de toda clase de cartuchos.

Cuando se iba a su casa, la mujer que sabía mucho decía:

—Estos son de los que ha tirado Franco y cuestan más caros.

Los tenía de a gorda, de a tres chicas dos, de a cuatro un real, según estuvieran tirados una sola vez, dos o un ciento. Cuando las bocas estaban muy quemadas, las cortaba con una hojilla y les untaba cera para darles viso.

Los más caros eran los de Franco, de esos de culote alto, pero la tía aquella, en cuanto te veía cara de tonto, te llevaras lo que te llevaras, ya estaba diciendo que aquellos, y no otros, eran los de Franco. Y había que ver lo requemados que te los daba, de haberlos tirado seis veces a la basura.

Lo malo del cartucho disparado es que se queda con el mixto huero y si no hay cuartos para comprar una caja, hay que volverlo a recargar.

Se saca la cazoleta del yunque, con un clavito, se recuece para que no esté agria; se va a la botica por espíritu y a la ferretería de Daniel por triquitraque, y con triquitraque disuelto en espíritu, se llena la cazoleta hasta arriba porque el espíritu se va y el triquitraque se queda pegado al culote.

Es muy trabajoso y a veces, la fortaleza del triquitraque, de suyo, o por un golpe, da unos crujidos que parece el trueno.

Yo los he cargado de por mí, pero hace ya tiempo que se los compraba recargados a Raspaqueso.

Si Raspaqueso es mote o apellido, no lo sé, lo que sí que sé es que es tuerto y que no nació así de por él, sino que un día, disolviendo triquitraque en espíritu, ¡pum!, aquello crujó y adiós ojo.

Ahora que miento esto, me acuerdo de un día que don Senén estaba refiriendo los méritos que necesita tener el cazador, venga con el deporte y esas cosas tan dificultosas que él inventa. Pablo y yo estábamos escuchándole y no podíamos aguantar la risa de los disparates que decía aquel hombre. Para don Senén, hacían falta más méritos para cazador que para obispo. Entonces, va Pablo y le zampa:

—Usted no ha mentado que el mérito más principal del cazador es no ser tuerto del ojo de la puntería, que serlo del otro puede traer ventaja.

Me he acordado ahora a la cuenta, que a Raspaqueso le trajo ventaja cambiar de ojo, pues, dice él, que antes de entuertar no le daba a un cerro y después, tirando como los zocatos, se enmendó.

Eso dice él, pero yo, que lo conocí ya tuerto, puedo decir que para bajar una tórtola armaba unos tiroteos que parecían feria. Que antes fuera aún más malo, no lo dudo, pero, a cambio, echó una fama que ¡vaya por Dios!

Es sabido que a los tuertos les achacan tener negro el bajío, o mal fario, y que esa fama empeora la de tener cuernos, porque al cabrón se le disimula en su cara y, al del mal fario, no hay quien le perdone la broma o el tomarle resguardo.

Yo no creo en el bajío, pero pasa que, de tanto mentarlo, se aburre la suerte y todo se desgracia. Por eso, el que lo tiene, no lo tiene de suyo, sino que las bocazas le aburren la suerte.

Raspaqueso, al calor de esa fama, echó muy malísima leche, pero, si alguien tiene disculpa en este mundo, es él. La tiene tan mala que, cuando ve a alguien que disfruta o se regala, ya está imaginando algo dañino. Yo lo he visto mear en una garrafa de vino de la gente que lleva la cacería del Charco Verde. Pasábamos por allí cuando

estaban comiendo después de un ojeo, y como con nosotros no iba nada, yo le afeé lo que había hecho. Entonces, me suelta:

—¿No están ellos divirtiéndose toda la mañana y tú y yo escuchando los tiros? ¡Anda y que se jodan!

Ahora hablaré de Juan el de Felipa, que es el que nos vende la pólvora, y no porque tenga nada de particular, sino porque contando de unos y otros, también quiero contar de él.

La pólvora que nosotros usamos es como la que metían en los cañones de donde yo hice la mili. Le dicen macarrón o pólvora de barra, porque es talmente como las varas que tienen florón en la anea y del mismo color.

La de escopeta no es así, sino menudita, como ceniza de cigarro.

Padre se traía esas varitas de San Fernando, las rascaba con un cristal para sacarles viruta, luego mojaba la viruta entre las manos hasta hacerla polvo. Si no se hace así, no se puede tirar en la escopeta.

La pólvora que venden allí es la que se pone vieja y le entran sudores. Entonces viene el capitán y dice:

—Esta pólvora no vale, hay que quemarla, no sea que si la tiramos, nos la vuelvan a vender como si fuera nueva.

Por eso la queman y lo hacen delante de uno que pone su nombre en un papel donde dice: la pólvora se quemó, que yo lo vi. Cuando yo hice la mili pasaba lo mismo, que por eso lo sé.

Pero el de Felipa, que se las sabía todas, estaba al quite y cuando llegaban los paquetones de pólvora a quemar, los ordeñaba por el camino.

El, siempre que se iba allí a comprar, no paraba de referir que todo el mundo lo miraba muy bien y Pablo, que tiene esas cosas, me decía:

—Ya lo creo que lo miraron bien. Tan bien lo miraron, que un día, saliendo del cuartel, lo vieron pasar muy tieso, como si tuviera lumbago. Total, que para mirarlo aún mejor le quitaron la chaqueta y vieron que iba entablillado de macarrones de esos. Por lo mismo tuvo pleito y perdió el empleo.

El no rascaba la pólvora con un cristal, sino con un invento de la electricidad que daba vueltas y yo lo vi cómo sacaba viruta. Después, esa viruta la metía en el molinillo del café y la dejaba como flor de harina.

El mismo me contó que un día se le puso el molinillo holgón y le pidió a su cuñada el suyo y, que si aquel molinillo apretaba mucho y tomó calor, o que si alguien dejó una colilla, aquello pegó un zambombazo que se hundió el techo.

Al de Felipa lo desescombraron de allí con el dedo de en medio de una mano perdido y el molinillo, aunque lo buscaron, no dejó ni rastro.

Pablo le decía:

—Y menos mal que tú eres tranquilo y no te ves a menudo en la precisión de tirarle a nadie un corte de mangas, ¡que si no!...

Con el mixto puesto en el cartucho, se echa la pólvora molida que cabe en el culote de un cartucho reforzado, encima se le pone una tapilla de cartón, luego un taco y encima la munición que sea, o plomo conejero, o bala o posta.

El taco que viene de la fábrica es de fieltro o de corcho, pero el corcho es malo porque se le va la fuerza al tiro. Nosotros lo hacemos con serrín, atacándolo dentro del cartucho hasta que se hace duro.

Nunca se me olvidará que mi tocayo, el cura hermano de mi capitán, tiró una vez una codorniz que le salió pico al viento, con un cartucho de los que cargábamos allí en la mili. Hacía un levantazo horroroso y el serrín al salir por la escopeta, se le rehiló con el aire y se le entró en todos los ojos. Allí estuvimos media hora sacándole broza, venga de echar lágrimas y mocos, como si tuviera catarro. A lo último va y me dice:

—Estos cartuchos que tú cargas son muy cristianos, pues cuando los tiras, ves el serrín en tu ojo y nada en el del prójimo.

Me hizo gracia escucharle decir eso, porque lo decía refiriéndose a un cuento que nos dijo haciendo la misa, de uno que tenía una cosa muy grande, como un legañón, en su ojo y el tío se cachondeaba de otro que tenía en el suyo una miajita de nada. El, por broma, quería decir que con mis tacos pasaba lo contrario que al del cuento.

De todas las cosas que hay de cacería en el mundo de Dios, para una soy negado: para hacer perdigón. Balas he hecho, con un molde que me dejó el Goro y que lo hizo padre, pero perdigón nunca me salió, sino que me salían fideos y melones.

Se echa plomo en una sartén puesta en el anafe con carbón del que lleva el tren. Cuando el plomo se hace gachas, se echa piedra de amoníaco y, si azulea, es que está bien caliente. Entonces se vierte el caldo en un cajillo que lleva un mango labradito como una tabla de lavar ropa. El cajillo lleva una baraja ensebada y llena de alfilerazos por donde chorrea el plomo. Si le arriman viaje al mango con un palitroque, los chorros de plomo derretido se cortan, y si caen de lo alto en un barreño con agua, salen perdigones redonditos.

En San Fernando, al Falele, le sale divino. El tiene una accesoria con un patio dentro, del tamaño de un urinario monoplaza. Esto de monoplaza lo dice mucho don Fermín, el alguacil, que cuando quiero ir a la necesidad y está ocupado, siempre dice:

—Haz un poder, mientras no sale el guardia, porque el retrete es monoplaza y sólo cabe uno.

Lo mismo le pasaba al patio del Falele, que era monoplaza y sólo cabía uno. Por eso le salía tan bien la munición, porque allí dentro no corría el aire y, como él se subía a la azotea con el anafe, iba el plomo bien caliente y se enfriaba al caer a lo hondo del patio. Así tomaba forma al caer y no al dar el chocón con el suelo, como me pasaba a mí, que con el anafe en el suelo, me tenía que subir con el cajillo a un árbol, el plomo se enfriaba y me salían fideos y melones.

El Falele después lo secaba, lo rodaba para separar el desperdicio, para cribarlo, darle color y venderlo.

Si uno llevaba un cacho de tubería, él la pesaba y te daba munición, un kilo por cada dos.

Allí le llevaban de todo: cajones con precintos de botellas y chorizos, tuberías nuevas y viejas, bajantes.

Me decía un día don Vidal que un año, cuando estaba al llegar la temporada de tórtolas, fue a abrir el grifo para afeitarse y no salió ni viento, porque la tubería se la llevaron los aficionados de madrugada a casa del Falele.

Y estos que he contado son los avíos que hay que juntar y los tíos que los venden. Lo demás es buscar el tranquillo de poner más de esto, menos de lo otro, hasta sacar el tiro que uno quiere: o un trabucazo, o un pedo cagalistroso de vaca soplada.

Con la calentura de aficionados que entraban los domingos, a la par que se secaban los campos, empezaron a salirle tablillas a las lindes.

Nosotros decíamos aquí que la sociedad de don Vidal tenía acotado lo de Cabrahigo, aunque en las tablillas no ponía: «Coto», sino: «Prohibido el paso». Pero resultaba que el que se trajo a don Vidal, fue don Senén, pues la gente de Aldavaca, ya de antiguo, le había cedido a éste la cacería.

La verdad es que don Senén se trajo la sociedad para que pagaran la guardería y todo lo que era gasto, pues nunca pagó nada en ningún sitio.

Toda esa parte del Galeón, la Valera, Monte Castro, Sarcochal, Almafuente y las Tenadas y dos cachos buenos del Taramillo y el Vergacho, pertenece a los Aldavaca Sánchez, a los Sánchez Aldavaca, a los Aldavaca Aldavaca, todos de la misma familia, de la misma sangre, de la misma leche, de la misma forma de cabeza todos.

Los Aldavaca son gente disparatada que, cuando no se matan con los demás, se matan entre ellos, siempre con pleitos, siempre prestando a ganancia y comiendo, como los cuervos, de todas las desgracias.

De esa afición les venía la amistad con don Senén, no de otra cosa.

En esta familia, como se han casado siempre unos con otros y todos son primos y reprimos por parte de los cuatro abuelos, salen unas cabezas como calabazas grandes, pero llenas de espíritu, sin triquitraque, que en cuanto abren la boca y se les va el viento no les queda nada.

Nunca fueron del señorío, ni aun cuando don Javier se casó con doña Petra, que todavía hay un Aldavaca, primo hermano del alcalde, que anda al trajín con los mochileros. A este Aldavaca lo conozco yo y no tiene un duro, pero será casualidad, tiene la cabeza pequeña y más apretada que todos sus parientes.

Decía que don Senén trajo a don Vidal y cuando vio que el gasto gordo estaba hecho dijo:

—Ahora que han hecho el gasto es cuando voy yo.

Aquí, a don Senén le decían el abogado, pero nadie lo conocía por su nombre. Lo querían poco porque era muy déspota y muy soberbio, con muchas amistades y empeños y fama de ser buena escopeta.

Yo había oído el reclamo de él, pero nunca había visto el pájaro.

A don Vidal sí que lo conocía y le tenía aprecio y todos los años que llevaba en lo de Cabrahigo, yo le había marcado las ballestas y los ojeos.

Un día me dijo:

—Ahora se va a poner esto de dulce, porque don Senén va a hacerse cargo, él en persona, del coto.

Me puso por los cielos de Dios a don Senén y me refirió que iban a juntar todo lo de la gente de Aldavaca en un solo coto.

—Y ¿cómo van a guardar todo eso?

—Mira la Zarza que se guarda sola.

—Pero esto está lleno de veredas y de gente de todos los pelos, del pueblo y del campo.

—Eso lo arreglará don Senén, que de estas cosas sabe más que don Gumersindo, sin comparación.

Nada, don Senén era una eminencia y sabía de guarderías lo no imaginado. También sabía, lo que no hay en el mundo, de toda clase de cacerías y de la pesca; de esto también. Hasta había escrito libros de su cabeza de todos estos trajines y, no digamos de perros y de escopetas.

Yo lo había imaginado como don José Manuel en joven, muy tostado, hombre alto, de buenas piernas y con un genio como el de don Gumersindo.

Recuerdo que cuando lo topé por primera vez, creí que estaban de broma conmigo.

—Pero ¿éste es el señor que usted me decía? —le pregunté a don Vidal.

—Ese es.

Aquel pelusito, con bigote, que abría los pies y se le juntaban las rodillas, no se me imaginaba a mí que pudiera ser don Senén.

—Pero ¿está usted seguro?

—Claro que sí.

—Pero ¡si a ese lo aprieto yo por el sobaco y, de blando que está, echa las tripas fuera como un cagarrope!

Don Vidal se reía, pero me dijo:

—Tú espera y ya verás.

Pero lo primero que le escuché sin esperar fue una mentira.

Todo el mundo sabe que cuando se quiere espulgar un perro chico, se le coge del cuello y se le frota donde hay un bicho muerto, ya seco. Así toma el fato de la muerte que echa las pulgas fuera.

Esto lo saben, no ya los chiquillos que tienen cabeza y piensan, sino hasta los animales: los perros, las bestias, los gatos y hasta los pájaros perdices.

Pues don Senén vino con una pachona divina, que decía que era suya y no lo era porque yo la había visto con su dueño cazando codornices.

Al rato de estar allí, la pachona se empieza a revolcar encima de una primilla

seca. Entonces, don Senén se para y, como el que da lección, dice:

—Eso que hace la perra es prepararse para la cacería. Se frota ahí para tomar el chero del pájaro y que las perdices no la huelan a ella. Para eso se revuelca.

Lo dice así y don Vidal me mira, como diciendo:

—¿No te lo decía yo que este don Senén es una eminencia? Entonces, yo que estaba muy callado, le digo a él muy bajito:

—Lo que hace la perra es quitarse las pulgas.

Don Senén la cogió al vuelo y, no había yo terminado de hablar, cuando me zampa:

—¿Te las quitas tú así y por eso lo sabes?

—Yo no me las quito así, no señor. Pero lo muerto no huele igual que lo vivo, ni la primilla como la perdiz.

Al escuchar aquello, en lugar de decirme que yo no tenía razón por esto o por lo otro, me vuelve la espalda y les dice a los señores sin importarle que yo le escuchara:

—Esta gentuza vive en el campo y ni el campo les entra en la cabeza.

Me dejó chingado.

Después fue a ver Cabrahigo, donde él nunca había pegado un tiro, y cuando escuchó decir a don Vidal que yo había marcado las ballestas aquí y allá, dijo que todo lo que habían hecho siempre era un disparate:

—Pero ¿cómo se fía de esta gente que no sabe dónde tiene la mano derecha?

Nada, las ballestas estaban mal donde yo las ponía y había que ojear al contrario, empezando por los terrenos comunales y empujando hacia lo de Almafuentes.

Entonces don Senén dice que conocía aquello como sus pies y sus manos porque lo había cazado muchas veces. Ni una sola vez lo había hecho. Por eso yo pensé:

—Este don Senén es un papafrita y si miente en lo tonto es porque no tiene verdad en lo listo.

Después no lo volví a ver más hasta el día que batieron, pues me vino don Vidal y me dijo:

—Hombre, Lobón, tengo interés en que don Senén se divierta en esta cacería ¿tú sabes?, y he pensado que tú vayas de cobrador con él.

Total que fui, y las cosas como son, con la escopeta lo hacía tan bien o mejor que don José Manuel. Doblaba por delante y por detrás, pero a la hora de cobrar me armó un escándalo. Me decía bajito:

—Rebaña todas para acá: dos pesetas por cada una que arrimes.

Nada, que quería apuntarse todo lo que allí se mataba y como yo sólo le cobraba lo que él tiraba, se me puso de mal humor.

Con estas cosas, se me sentó don Senén en el estómago y como él se encargaba de pagar al chiquillo del casero de Almafuentes, que además de vaquero hacía de guarda, le salió otro sueldo conmigo. Lo digo porque la sociedad pagaba al guarda las águilas, los gandanos y los lagartos que mataba, para que así no hicieran daño a los pájaros ni a los nidos, y yo, águila que veía, águila que se llevaba un trabucazo,

estuviera donde estuviera, le cortaba las patas y se las llevaba al guarda. También me iba a las pacas de paja de la Avispa a coger lagartos para lo mismo. Yo no le tomaba nada al chiquillo, que bastante pago tenía divirtiéndose con don Senén donde más le dolía.

Don Gumersindo, además del Felipe y el Amalio, metió a Rico de guarda, y a los pocos días entraron dos nuevos que no eran de por aquí: el Rafael y el Molino.

Rafael era un hombre mayor, muy serio en sus cosas, que había sido guardia civil, hasta hacía poco. El Molino, por lo que supe luego, ni siquiera era del campo y había querido ser torero.

Yo sabía que estaban hablando de hacer una casa por la parte de la Quintanilla y que hasta llevaron al Pascual para ver si podían encontrar un pozo, pero la casa no se hizo y los cinco guardas siguieron al cuidado de lo que antes cuidaban los dos viejos.

Todo siguió igual, porque los viejos no estaban para trotes, ni los nuevos tenían sentido de nada, esa es la verdad.

Lo que hicieron la gente que lleva la cacería del Tarajal, sí que me pareció bien traído: se fueron a los civiles y les preguntaron que quién era el furtivo con la historia más negra.

—El Goro —contestaron ellos.

Fueron donde el Goro.

—Te damos los conejos, te damos una casa y un retiro para cuando estés para el arrastre.

Como estaba sonado y ya no podía valerse, pensó lo que le decían y vino a verme.

—¿Qué hago, Juan? Yo no soy un chiquillo y estoy muy gastado. Si me entra la enfermedad ¿quién va a mirar por mí? Bien sabe Dios que de no ser por lo que es, nunca me determinaría a dar un paso así.

Yo nada le dije, ni para bien, ni para mal, pero me dio mucha pena verlo luego con la banderola y el sombrero, un poco avergonzado. Pero el Goro sí que fue un guarda de verdad, que sabía sacar los lazos que metían y acechar a la gente que se arrojaba a los igualones con la zarampaña. El sabía dónde había que ir a buscarlos y cuándo estaba el tiempo para eso.

El Goro, sordo y sonado, no se aturullaba al oír un tiro en lo suyo, ni tenía agonía de que alguien le llevara un pájaro o dos: eso se lo llevaba lo mismo el águila. Pero que nadie le ensuciara el campo porque se arrepentía, aunque fuera subido en auto por la carretera.

Pocas veces se subía al caballo y pocas horas de sueño tomaba al calentar el verano las noches de luna. Dormía donde los bandos de perdices tenían la dormida y nunca se le veía en la linde queriendo asustar a la gente como un espantapájaros.

Siempre que pasaba por allí lo veía y me veía y siempre nos decíamos las mismas cosas:

—Hoy te he quitado tres pájaros, Goro.

—¡Hombre, Juan, no me hagas eso a mí, que tienes todo el campo! Esta gente se porta conmigo como familia y tengo que presentarles cacería.

Cuando se daba cuenta que era broma, se iba tranquilo, pero si lo volvía a ver a los tres o cuatro días, otra vez estábamos en las mismas:

—¡Hombre, Goro, hoy...!

Pablo empezaba a tener berrinches con la gente de la Avispa. El tenía su casa allí desde antes de casarse, dos chozos muy buenos, que le dejó hacer el padre de Romero, donde había criado a sus hijos. Nunca le habían dicho nada, aunque los colonos se aprovecharan de aquello teniendo a la Francisca, la pequeña de Pablo, cuidándoles los pavos por nada.

Romero, el viejo, se había muerto sin tiempo y su hijo estaba casado con una Aldavaca, que por eso hubo piques entre él y don Cosme, el dueño de lo colindante, la Casa del Fraile. Los Aldavaca y don Cosme eran dos cosas que no ligaban y por eso, Romero, por dar gusto a su mujer, también se puso a chingarle al pobre don Cosme, que estaba muy malo.

Total que en la linde de la Avispa con la Casa del Fraile pusieron hincos y alambres de espino, y, en seguida, los colonos le soltaron una puntada a Pablo. Pero todo quedó en puntada.

Lo malo fue cuando don Senén empezó a poner tablillas en la linde y los colonos empezaron a cargarle la parte del amo.

Como entonces estaba uno sencido y sin malicia, pensábamos que eran cosas del colono y que Romero tendría consideración a los años que Pablo llevaba allí. Pero se pusieron de una forma que Pablo dijo:

—El que quiera echarme, que venga, verá el trabucazo que le meto en la barriga.

El siguió allí mucho tiempo y rara era la semana que no venía alguien a molestarle. Los civiles le dijeron:

—Ve donde el juez que tú llevas aquí muchos años y nadie te puede echar.

Pablo lo comentó y vino a verlo don Senén.

—Ni muchos años, ni pocos años, que los civiles no digan tonteras. Tú te tienes que ir de aquí.

Pablo le dijo que no le hablara de tú y que él iba donde el juez.

Fueron donde el juez y lo liaron con que si no vivía allí tantos años, sino menos, que si aquellas chozas eran de la finca y él pagaba con el trabajo de la Francisca.

Pablo decía:

—Mi hijo Pencho nació allí, allí vivo desde que me casé.

Como se había casado muchos años después de nacer Pencho, resultó que en el chozo vivía desde que nació la Encarna.

—Yo es que me casé después, pero en el chozo vivo desde que Pencho...

Nada, que tenía que irse.

Por eso, cuando me enteré, subí a ver a don Cosme y se lo dije.

—Le dices a Pablo que coja los trastos y los lleve a lo mío. Que coja el cacho que quiera, que yo se lo regalo para él y, cuando yo me muera, dejaré apuntado que su cacho es suyo ¿te enteras?

Me volví donde Pablo y se lo dije y estuvimos abrazados y dando botes, como en un baile agarrado, hasta que nos duró el resuello.

Yo le ayudé a tumbar los chozos y a llevar los palos al otro lado de la alambrada. Era un contradiós echar abajo aquello para volverlo a levantar a medio tiro más allá.

Estaban los palos como pintados de brillo por la calor y los humos de tantos años, y daba gusto tentarlos, con tanto saber como tenían que habían gastado todo lo que rompe y engancha.

Hicimos un solo chozo mejor que los dos que tiramos, con un cacho de pared de piedra, hueco para la Encarna y la Francisca, hueco para la abuela y Pencho y hueco para Pablo y la madre.

Con tanta verdad lo hicimos todo como si hubiera de durar la vida, sin pensar que a la vuelta de poco tiempo, lo que hicieron con la Avispa lo harían con la Casa del Fraile.

Tanto me gustó aquel chozo que me entró envidia y estuve unos días buscando palos y yendo con la borrica de Pablo a las Mulas, a por anea, y me hice mi chozo en la misma cañada, dentro del carrascón grande que cae a la vera del pozo.

Estando terminando el mío, viene don Senén y dice:

—¡Esto sí que no! De forma que saca uno un cazador del coto y se nos ponen dos en la linde. ¡Ni pensarlo!

—Aquí estábamos nosotros cuando usted llegó —le dijo Pablo.

—Ya arreglaremos eso —dijo él muy seguro.

Mientras don Senén lo arreglaba y no lo arreglaba, nosotros seguimos viviendo a nuestro aire como si nada hubiera sucedido.

Pablo, no ya por buscarse la vida sino para sacarse la espina, andaba de noche por la Avispa con la luz y durante el día, bucheábamos los visos para remeter los pájaros a la casa del Fraile donde los machacábamos.

Era gracioso, porque si estábamos en la casa y de pronto se escuchaba el piñoneo de un pájaro, ya estaba Pablo diciendo:

—A ése lo vamos a meter mañana en manteca.

Con estas cosas llegamos a tomarles verdadera manía a los pájaros perdices porque por culpa de ellos, llovían las tablillas, y el *cara-cacha-cara-cachá* nos sonaba como un revoltijo de tripas.

Con estas cosas, para darle en las narices a don Senén, yo me traje, a hacernos compañía, a dos aficionados que les decían los Madrileños. Era una gente muy llana con la que daba gusto estar, pero, la verdad sea dicha, sí yo llego a saber el poco negocio que eran capaces de hacer, no los hubiera llamado.

Uno se llamaba don Fermín, igual que el alguacil, y otro Bocacrol, que no se

llamaba así más que de apodo pues su nombre era Rufino.

Don Fermín era ya mayor, unos cincuenta, con un hablar trabajoso como si hiciera gárgaras con la lengua. Bocacrol no tenía un hablar tan dificultoso, aunque tampoco demasiado fácil, porque la boca no le caía donde a todo dios sino, así, entrándole de cara, echada a la izquierda.

Don Fermín estaba siempre refiriendo que él tuvo un Dión Boutón y yo no sabía lo que podía ser un Dión Boutón hasta que me enteré, de casualidad, que eso era un taxi de color amarillo que le decían así.

Don Fermín no era conforme con Franco, porque los de la república le regalaron el Dión Boutón, una gorra de visera y qué sé yo cuántas cosas más. Tenía un retrato con aquel auto y, tan pronto hablaba con alguien, tenía que sacar el retrato.

Yo no alcanzaba a ver el mérito que él veía a aquello, pero bien que se pagaba de esa tontera.

También tenía un perro negro, disparatado, con el rabo hecho una rosca, y se creía que con un poco de campeo iba a hacer maravillas.

—Ese perro no es de caza, desengañese usted, si acaso de bombardeo —decía Bocacrol, porque el animal era una cosa mala tragando comida blanda de persona que le daba flatulencias.

—¡Si tuviera tan buenos vientos por delante, como malos los tiene por detrás, se hacía usted de oro, don Fermín! —le decía.

Y es que Bocacrol subía a don Fermín y a su perro en un pipileches de tres ruedas, como una moto con garita, y el perro se les derretía allí dentro trayéndoles mártires con las flatulencias.

—¡A ver si pone usted el perro a cagar antes de salir! —le decía, pero sin enfadarse porque se llevaban bien.

De cazadores tenían muy poco, pero no se las daban de nada. Yo creo que se juntaron para que a ninguno le diera achare cazar delante del otro.

Como con los Madrileños no hacíamos más que perder el tiempo, los domingos y días de fiesta, se venían a lo nuestro Barrena y Pepillo Marcos, que más que aficionados eran cazadores alicortados porque tenían otro oficio. Se venían en una moto que era como una bicicleta o poco más, desde San Fernando, dándole un mate que para qué las prisas. Marcos tiraba con una escopetita del veinte y era de lo más fino que yo he visto.

No llevaba yo dos meses en el chozo cuando a mi hermano Pepe se le hundió el techo del güichi y, mientras se lo arreglaban, me mandó a la Carmen con los chiquillos y yo tuve que volverme a la lobera.

Mi vuelta a la lobera coincidió con todo el lío que armó don Senén de sacarme en el diario a cuenta de mis humos.

Aquello, que a mí me fastidió bien, para los restos, para Pablo fue un respiro, porque don Senén se olvidó no sólo de que tenía el chozo a la vera de la Avispa sino

también de meterle mano por el mate que le dimos a los pájaros.

Una noche, hacía ya mucho rato que había oscurecido y subía yo del chozo a la lobera, cuando me veo al Rico y a la Manuela que venían por la cañada subidos en el caballo. Hola, hola, nos decimos y Rico me suelta:

—He venido a verte con el achaque de que la Manuela tenía que ver a su padre.

—¿Y eso?

—Que el Rafael va a venir de mañanita a verte la cara. Como él no te ha visto nunca, el amo le dijo que viniera.

—¿Y qué es lo que le pasa a mi cara?

—Yo he escuchado que el Molino y él, sólo han venido a seguirte los pasos. El Molino dice que te vio en lo del Daniel, que ya sabe cómo eres. Por eso el amo dijo que ahora le tocaba al Rafael. Dijo que yo lo trajera.

Como yo estaba muy apurado por el asunto de don Senén, se me juntó todo y tuve miedo.

—Pues a mí no me vais a coger mañana aquí.

—Es tontera, porque antes o después terminarán por verte.

—Más vale que sea después.

Entonces, por agradar, le pregunté a la Manuela si es que ya venía con cría.

—Ya ves que no: mala suerte. Unos tienen muchos y otros ninguno.

—Es que éste —le dije yo— tira con pólvora de barra y cartucho rajado.

Nos dijimos cuatro bromas y se fueron.

Lo que me había dicho Rico me hizo cavilar y ya me estaba viendo otra temporada con el Molino y el Rafael en las huellas, como el Beltrán y el Meleto. Me decía yo que podían ir preparando el culo, pues a mí me iba a importar poco que me dieran un par de palizas. Pero como también le tenía prometido un cartucho a don Senén, estaba yo componiendo las consecuencias que iban a traerme tantos trabucazos. Yo no había contado ni con el Rafael, ni con el Molino.

Por eso, para quitarme de en medio, y aprovechar el tiempo antes de que todo fuera más malo, fui por la escopeta, cargué unos cartuchos con bala y me subí para la Zarza.

A la mañana siguiente, muy temprano, maté un cochino que a punto estuvo de costarme un disgusto. Entre rodarlo, arrastrarlo y echármelo a la espalda, dio lugar a que se pusiera el sol en lo alto.

Yo llevaba siempre las reses y los cochinos que cogía, a una grieta que queda en la Caldera, un corte que parte el monte en dos cachos de arriba abajo. El suelo es como un pasillo que tiene en medio un boquerón redondo que tapa a un hombre. Como aquello es muy fresco en el verano, las piezas se aguantaban más que en otro lado, porque si se les echaba encima unos matones no les picaba la mosca, ni criaban gusanos.

Acabado el porte me bajé a la vereda del contrabando para poner tres montones

de piedras y avisar con ellas a los mochileros que tenía género para ellos. Acababa de largar la perra para casa y tumbarme allí para dormir un rato, cuando escucho un ruido de hierros picando las piedras.

Un tío con espuelas en aquel roquero era como cosa del otro mundo, porque los caballos no podían salirse de lo que es la vereda del contrabando, y no quitarse los hierros para culear y gatear por aquellos precipicios, a nadie se le ocurre. Pero no hago más que escuchar las espuelas por un lado, cuando por el otro suena la voz de Rico, diciendo:

—Aquí no puede haber nadie, Rafael.

No tenía escape porque el pasillo no es más ancho de lo que abarcan los brazos, ni más largo de treinta pasos, todo derecho. Guardé las manos y la cara, apuntando con la gorra al Rafael y tragándome el resuello.

—Un perro no anda solo —dijo Rafael y yo sentía su sombra y el retumbo de su voz en las paredes. Rico, lo tenía por la espalda, encendió un cigarro.

Después se pusieron a registrar, cada uno por su lado, y yo me eché fuera amonándome en las piedras. Y menos mal que lo hice, porque al rato, Rico acertó con el cochino y empezó a dar voces llamando al Rafael, que pasó por mi vera y se entró en la grieta.

—Seguro que la perra era la del Lobón ése, que andaba tras el rastro del jabalí que vino a morir a ese boquete —dijo Rafael.

Rico dijo que no le parecía mi perra, que lo que pasaba es que con las tetas y el pelo retinto todas las perras parecían las mismas.

—Yo me voy a quedar aquí que el Lobón vendrá a buscar el cochino antes o después. Tú debías llegarte a lo de él y ver si lo han echado en falta hoy. Vete a saber, si no lo tenía ya marcado y se pensó que estaba ya seguro.

Se les escuchaba todo lo que hablaban porque los paredones retumbaban. Lo que decía el Rafael estaba bien traído, por eso me escurrí hacia la Laguneta, por los fangales, no fuera cosa que la perra se me volviera y tuviéramos disgusto.

Yo nunca me había determinado a cruzar desde las Mulas o el Vergacho a la parte del vedado, y como lo hice aquella vez, bien escarmentado quedé, pues en la vida de Dios he tenido más mosquitos encima. Venían en canutazos, y yo dándome guantadas que se me ponía el pescuezo caliente, y casi me dejo las botas atolladas en el fango. Cortar camino, sí que corté camino, pero, del pelo al dedo gordo del pie, iba como el cochino que sale del revolcadero.

Cuando salí de lo blando, me di un mate de correr y de andar ligero, que hasta el barro se me despegaba de la cara con los sudores, porque yo tenía celo de llegar al pueblo antes que la gente se recogiera.

Llegue, serían las diez de la noche, me fui donde Pepe y le dije:

—Déjame un pantalón y una blusa.

Me lavé allí afuera, me peiné muy requetepeinado, y así me llegué al bar de la plaza, repompeándome, como el que viene de ver a la novia.

Me siento en el bar y pedí un poco anís, más contento que Dios. Pensaba que el Rafael pasaría muy mala noche, allá arriba, y lo sentí por él porque yo ya había perdonado el cochino y el ir a acompañarle. Pero, pensando esto, Dios me castigó y me quedé frío que hasta el anís se me atragantó: me vino a la memoria que había dejado las piedras en la vereda del contrabando y que si pasaba alguien, al amanecer, se iban a dar de boca con el Rafael y ¡adiós negocio para los restos! Qué desconuelo tan grandísimo me entró y qué angustia de no tener alas y tirarme para allá como una tórtola con el viento de culo.

Por eso, sin más pensar, pagué y salí del bar, dejando un polverío que subía por encima de las casas, tomé hacia el Molino, sin dejar de correr, rezándole a la Virgen Santísima y a todos los santos del cielo. Corría yo diciendo: un, dos, tres, cuatro; un, dos, tres, cuatro, y con el fresco de la noche y con la angustia que llevaba, se me pasaron todos los cansancios, los picores de los mosquitos y el sabor del anís que me reseca la boca. Yo no tenía más que patas para correr y correr, y cuando me entraba el dolor en el costado, seguía corriendo de lado, como cuando el gallo aprieta tras la gallina.

No sé lo que tardaría en llegar al Molino, pero se me infunde a mí, y no lo digo por exagerar, que cosa de una hora. Llegué a la yeguada, busqué la yegua bronca, porque la pastueña estaba a pique de parir, y con la correa de los pantalones metida como un lazo en la quijada, tomé por la vereda de Almafuerte para el Taramillo. De noche no se podía ir por otro sitio que rodeando toda la laguna, a coger la cañada del Coto del Francés, allá hasta la fin del mundo, para coger la vereda del contrabando desde muy atrás. El rodeo era criminal, pero era la única forma de llegar allí por la noche.

La yegua, animalito, llegó entregada, con ahogos y un poco de hipo.

Antes del amanecer quité las piedras y Rafael estaba allí, en lo alto, porque le vi la lumbre del cigarro. Entonces respiré tranquilo.

Cuando a la vuelta dejé la yegua, me quedé disgustado porque el animalito no quiso beber agua y tenía como pujos de mear y no meaba aunque se descagarruciaba viva. Pensé que se le podían haber reventado las bilis de tantísimo correr.

Con esta pesadumbre me llegué a las Hazas de Suerte y estuve comprando todos los espárragos que pude encontrar por las casas. Reuní doce cientos y me subí al pueblo a pintar la mona.

Iba yo pensando que Rico me la había jugado buena, porque decirme que iban a ir a lo mío y tomar para la sierra, me parecía cosa traída.

—El es ahora guarda y tiene que trincarme —me pensé y me dio pena saber que su obligación era esa porque yo lo quería a él y a la Manuela y ellos a mí también.

Pero, después, me dije:

—¿Cómo podía saber él que yo iba a ir allí si yo mismo no lo sabía?

Yo estaba seguro que Rafael solo nunca habría llegado a la Caldera, y no entendía tampoco cómo fue Rico capaz de dar con aquello, porque en tiempo de su abuelo, el

Vedado acababa en las Cabezas, y si él lo acompañó, de allí no pasaría. Rico nunca fue cazador y cuando vinieron, él y el Felipe, con los señores, asunto de las cabras, ni lo de Mastevale conocían ni el uno ni el otro.

Pero lo que pasó, luego lo supe, fue que atinaron con aquello de casualidad y de casualidad que no me trincaron, ni me vieron, donde habrían visto moverse hasta una lagartija.

Al entrar en el pueblo fui a lo de mi hermano y le dije:

—Toma cuatro cientos de espárragos y si te preguntan, dices que te los traje anoche. Yo voy a ver quién me compra éstos.

Me salí a la carretera con los otros ocho cientos y anduve de casa en casa preguntando:

—¿Quieres espárragos?

Fui donde la mujer del cabo.

—¿A cómo me los pones?

—A lo que usted quiera dar, no sé qué pasa que hoy nadie quiere espárragos.

Me dio menos de la mitad de lo que me habían costado a mí, pero me fui más contento que si me hubiera sacado de pobre.

Con los otros que me quedaban me llegué al bar y dije:

—Aquí os traigo esto a ustedes, comérselos que nadie me los quiso comprar.

—Déjalos ahí y tómate lo que quieras —dijo el del bar.

Entonces me fui para lo de mi hermano y justo al llegar, serían las cinco o las seis de la tarde, veo subir la camioneta verde de la Zarza que se para justo delante mía. Guiaba Paco el de la Médica y Rafael que venía a su lado, se baja y se viene para mí:

—Tú, sinvergüenza, ya te estás viniendo conmigo donde el cuartelillo.

—¿Por qué me falta usted y de qué me conoce para entrarme de esa forma?

Entonces va y me quiere pegar. Levanta la mano, pero yo se la engancho para que no me pegue y se la retorció un poco sin querer, que se cayó al suelo tan largo como era.

Se armó el alboroto. Paco el de la Médica se baja, mi hermano Pepe sale del güichi y con él tres parroquianos.

—¿Le vas a pegar a un hombre mayor? ¿Es que tú no tienes respeto? —dice Paco.

—Ese señor quiso pegar a mi hermano que venía muy derecho sin meterse con nadie —dice mi hermano.

—Es un guarda de la Zarza, que te enteres —decía Paco.

Y este señor es guardia civil y se os va a caer el pelo.

La pagaba con Pepe mi hermano, como si tuviera miedo que yo me fuera para él.

El municipal fue el que nos llevó a todos donde los civiles y, allí, otro alboroto.

Rafael le dice a un guardia:

—Yo soy tan autoridad como tú, que también he sido guardia y ahora soy jurado.

No sé por qué se enzarzaron porque el Rafael entró derecho al cuarto del cabo y

el guardia le decía:

—Usted es un particular y se espera fuera.

El cabo aparece allí y le decía de tú al Rafael:

—Tú olvídате que has sido guardia, aquí no eres nadie, ya lo sabes. Si tienes algo que decir, lo dices y se acabó.

Entonces Rafael se puso más manso.

—Es que el chófer me dijo que este era Lobón y, después de la noche que me ha dado, no me pude contener.

—¿Que yo le he dado mala noche? ¿Soy un mosquito?

—Lo que tú eres te lo van a decir pronto.

El cabo cortó por el camino de en medio y se entró en lo suyo con el Rafael y allí se estuvieron charlando y escribiendo lo que había pasado y lo que no había pasado.

Al rato me llaman. Dice el cabo:

—Ya lo sabes, aquí hay otra denuncia contra ti. Igual que la de la otra vez, sólo que ahora han visto tus perros dentro del vedado.

—¿Mis perros? Pero ¿cómo va a ser eso si no se han separado de mí?

—Pues dos han visto: ese cachorro rabón que tienes y la perra.

—No serían mis perros.

Yo pensé que de aquella me había librado porque el cabo todavía se acordaba de cuando me pegó sin razón por el asunto de los muflones, pero me soltó una hostia que se me quitaron todos los pensamientos.

—¡Eran tus perros, que lo sepas!

—Si usted lo dice, es porque lo sabrá. Pero el cachorro rabón está siempre atado en lo mío y no se mueve de allí para nada, y la Rabona no se ha separado de mí en todo el día, que estuve cogiendo espárragos.

—¡Qué sinvergüenza más grandísimo, vaya tunante! —dijo el Rafael.

El cabo le cortó:

—Tú, te callas.

Yo me estaba limpiando la cara con el faldón de la camisa, porque se me hizo la mosqueta, y el cabo me dice:

—Ya sé que estuviste en mi casa a llevar espárragos, por eso no me fío de ti.

Dice el Rafael:

—Donde estuvo este pinta es cazando dentro del vedado, tiró un cochino que fue a morir allá arriba en un boquete.

—¡Eso no es verdad! —dije yo con mucho coraje, no porque me culpara, sino porque era mentira que el cochino subiera solo allí a morir con un tiro en el corazón—. ¿Por qué dice usted inventos? ¿Le he hecho yo algo? ¿Qué sabe usted de mí, ni de nada?

El cabo ponía cara de guasa, casi se reía.

—Este hombre es ahora guarda en la Zarza. ¿Sabías eso, Juan?

—Es la primera vez que lo veo.

—Dice la verdad. ¿No, Rafael?

—Me tiró al suelo y debía ir a la cárcel.

—Usted perdone que fue usted que se cayó al quererme pegar una cachetada.

El cabo, se me arrima, y dice:

—Bueno, ¿tú entraste o no entraste a la Zarza?

—No señor.

Sin dejar de sonreír, me tiró otra guantada que me cogió la boca:

—¡Claro que no entraste! ¿Por qué ibas a ser tú? Lo malo es que tú has salido ya hasta en los papeles y que, cuando te dejas ver en el pueblo, es porque vienes de hacer daño: acuérdate del Meleto y del Beltrán. Yo sé que ese cochino lo has tirado tú y nadie más que tú y lo raro es que no lo dejaras en el sitio.

—¡Claro que fue él!, yo vi su perra y el muchacho que venía conmigo fue el que dijo que el perro rabón que vimos de mañanita era de Lobón.

—Yo estuve todo el día cogiendo espárragos, cogí doce cientos y pueden ustedes ir a preguntar si es verdad o mentira.

—No, si eso que dices también será verdad —dice el cabo—. A ti te da lugar a todo, a cazar, a subirte al pueblo y al salto vas esparragando a bocados. ¡Si eso lo sé yo!

Me tiró otra guantada, que tampoco me la esperaba, y fue la última. Coge el papel de la denuncia y lo rompe para encararse con el Rafael:

—Lobón ha estado cogiendo espárragos: mi mujer se los ha comprado y sé lo que digo. Lobón ha entrado en la Zarza. ¿Pero qué le vamos a decir al Juez? ¿Lo has visto tú con tus ojos? ¿Lo ha visto alguien? La perra de él estaba allí, pero al rato estaría aquí y habrá diez que la han visto comistrajear en el mercado. Por eso, ustedes dos se van de aquí, y es la última vez que los veo. Cuando lo denuncies la próxima vez, procura verlo y traérmelo de una oreja.

Salí de allí con dolor de cabeza. El cabo era un tío de verdad y no se le podía engañar. Yo sé que hizo lo que tenía que hacer conmigo, sólo que si a mí me largó tres guantadas, al Rafael debía haberle soltado, por lo menos, cuatro: una por no verme allá arriba en la Caldera, otra por estarse a la espera de un cazador, en la noche, con el cigarro encendido, otra por decir que un cochino va a morirse solito allá arriba con un tiro en el corazón, y otra por ser un guarda y dejarse matar un jabalí en lo suyo. No cumplió con lo suyo, no hizo lo suyo, no sabía lo suyo. Sobraba motivo para darle de bastonazos.

Rico vino a verme.

—Me he enterado lo que te han hecho y vengo a decirte que no fue culpa mía. Yo vi tu perro, el rabón, y se me escapó decirle a Rafael que era tuyo.

—Eso es lo más raro de todo: el rabón está atado en lo mío y no se mueve de allí.

—Pues era el rabón. Veníamos a verte y se cruzó con nosotros y yo digo: ese cachorro es de Lobón. Dice Rafael: ¿dónde irá? Lo dice y se queda encampanado.

Detrás de su amo irá: nosotros vamos para lo de él y se viene para lo nuestro. Le digo: no hombre, el cachorro se ha soltado y andará ansioso de corretear por ahí. Dice: donde vaya el cachorro, vamos nosotros. Tomamos para la Peña y el perro sigue adelante. Allí se nos pierde. ¿Por dónde podemos tomar sin bajar del caballo? —dice—. Para la linde de Pozo Amargo, pero es muy lejísimos. Quiero conocer esta parte —dice—. Al medio día llegamos a lo de Mastevale y la verdad es que me perdí, sube del caballo, baja del caballo. Yo loco sin saber por dónde tomar, ni por dónde volver atrás. Nos subimos a lo alto para ver de regresar y en un bosquetón nos sale una perra cortando para los apretados.

—Y ¿era la Rabona?

—La verdad es que la vimos muy larga y sólo un momento. Se le veían las tetas y fue Rafael el que dijo: esa sí que es la perra de Lobón.

—¿Y por qué dijo eso si él no la conocía?

—Porque iba encelado contigo, por eso lo dijo. Pero el colmo fue cuando en un hoyo me encuentro un cochino muerto.

—Eso ya lo dijeron en el cuartelillo.

—Pero esta tarde llega Rafael y me dice: ¿Sabes lo que pienso? Que a lo mejor ese muchacho ni siquiera tuvo culpa de nada. Vete a saber si el cochino no se pelearía con otro y subió allí a morir.

—¿Dijo eso?

—Dijo que estaba chingado con haber subido a denunciarte, que te habían pegado y todo y que eso no era razón. Rafael, puedes creerlo, es muy buena cosa.

A mí me dejó apenado lo último que dijo y por eso me dejé de ir:

—Mira Rico, como ya no hay compromiso para ti, te diré que no pases pena por lo de las cachetadas. El cochino lo maté yo y te vi en las piedras cuando estabas hablando con el Rafael.

—¿De qué hablas tú?

—De lo que oyes. Tú estabas a un lado del costurón y Rafael al otro. Yo estaba en medio.

—¿Para comerte! ¿Estás de broma?

—No, es la verdad. Rafael llevaba las espuelas puestas y hacían ruido.

—¿Vaya un invento, también llevaba los pantalones! ¿Te vas a quedar conmigo?

—Yo te lo digo para que tú no te apures por esto.

Rico no se lo creyó, como si yo estuviera tonteando con él para divertirme. Cuando se fue yo me quedé asombrado de que no se creyera la verdad y, sin embargo, fuera capaz de creerse que un tiro se puede confundir con la puñalada que un cochino puede darle a otro.

Pensé que don Gumersindo estaba apañado con semejante guardería.

El cochino lo dejaron allí, en la Caldera, para las ratas y los cuervos.

Cuando mi hermano Pepe tuvo el güichi con su techo nuevo, vino por la Carmen

y los chiquillos y me dijo:

—Hombre, Juan, si me pudieras prestar algo, lo que fuera, te lo agradecería, que con esto de los albañiles estoy hasta el cuello.

Como tenía ochenta duros se los di y él me los agradeció, pero dijo:

—Veremos a ver, que con esto no hay ni para empezar.

Al irse la Carmen y sus hijos, volví al chozo de la cañada y me daba gloria dormir allí en un colchón muy bueno que yo tenía, de paja de maíz. En el chozo no entraba el agua ni el viento, ni se apagaba nunca el candil como en la lobera.

En aquel tiempo, casi no cazaba por gusto o por necesidad, sino que lo hacía para poner mis perros y los de los demás, que me los traían y me daban cuartos para eso.

Si yo digo que los pachones son perros tontos, que en cuatro años no aprenden lo que un podenco en una semana, es porque siempre lo he sabido, pero en el tiempo de que hablo bien que me convencí. Tenía un pachón de esos de pelo largo que tenía el mérito de ser de los ingleses, un cromo de bonito, pero ¡qué animal más negado! Se me iba muy largo y yo le hacía un tanganillo para aguantarlo.

—No le pegues —me dijo don José Manuel.

No le pegué aunque me traía desesperado. Daniel el herrero me trajo una collera:

—Juan, como si fueran tus hijos. Tocino te traerá todos los días candinga para ellos. Mira que se la coman ellos y no los otros perros que tienes en casa.

La collera estaba reluciente, comía candinga. Como a mis hijos los trataba.

Ir a cazar con el perro de don José Manuel era como ir a cazar con una mula que se quedara de muestra. En una mañana, echándole mucho valor, se le mataban tres o cuatro pájaros, y eso ya a lo último, cuando lo dejaba entregado de corretear por el monte.

A Daniel le dije:

—Mire usted, no tire más dinero. Se guarda usted los perros en casa y cuando estén achichonados de gordos y de viejos, me los trae usted. Estos pachones, o pointeres, como usted les llama, sólo sirven para aforar los pájaros que hay en un terrero, porque los levantan todos antes de que llegue la escopeta.

¡Qué perros más tontísimos, sin sentido y sin poderse pasar sin agua!

Listo, el Juanito. Eso sí era una prenda y valía más que todos los pachones peludos o secos del mundo. Siempre me acordaré de la primera vez que lo saqué al campo.

Yo le puse Juanito al cachorro de la Rabona que una noche me lo lastimó el gandano. Le puse mi nombre porque si era hijo de su madre, que lo parió, también era hijo mío que lo cosí, como las chavalas hacen con sus muñecos de trapo.

Anduvo más de un año con la mano seca, pero era tan retinto, tan vivo, que le seguí dando de comer y lo tenía siempre atado para que no se desgraciara. Allí estuvo siempre, aunque a veces conseguía escaparse a dar un paseo, hasta que un día me lo llevé a echar el rato.

Miguel y Pablo y el Goro me afeaban que yo le hubiera puesto a un perro mi

nombre, pero el Juanito, era tan especial, que no podía llamarse de otra manera.

Si todos mis perros aprendieron a cazar a mi mano, el Juanito no. El lo aprendió solo, de cavilarlo a la puerta del chozo o de la lobera, mientras su madre, sus hermanos y los pachones, cazaban para mí. Allí atadito, nos escuchaba de lejos y se miraría la mano seca con muchísima pena. Por eso me lo llevé a echar el rato, para que se divirtiera y no cavilara más.

A tres patas me registró todo el monte de la casa del Fraile y le pegaba a los conejos, como ni su madre hizo nunca. Tenía el genio de la Centella, pero más pronto y no se entregaba por nada de este mundo. Si me lo hubieran contado no lo hubiera creído: no me acuerdo de los conejos que le maté, pero me dejó sin cartuchos. ¿Y cobrar? Como si no hubiera hecho otra cosa en su vida.

Eso es lo que hizo el primer día que cazó y no diré cosa del Juanito que todos no sepan, porque han venido a comprármelo por el oro y el moro, cuando se le esponjó la mano.

El Juanito, con los pájaros, es el mejor del mundo. Los para mejor que los pachones, los ojea echándotelos a la escopeta, al que se va de ala, aunque haga una hora que se fue, te lo trae a la mano.

Don Vidal me lo había querido comprar en dos mil pesetas de las de entonces. Yo dije que no. Entonces mi hermano Pepe me dice:

—¿Pero tú estás loco? ¿Cómo no le vendiste el perro?

—¿Para qué?

—Ningún perro del mundo vale ese dinero.

—El Juanito sí. ¿Cuánto dinero no me habrá metido en el buche?

Entonces no se enfadó, pero me dijo que con el Juanito él podía pagar la mitad de lo que debía a los albañiles.

—¿Con qué crees tú que saco yo los cuartos que te he dado? Con la escopeta y el Juanito.

Me dijo que tenía muchísimo apuro, que estaba en las últimas y yo nunca acabé de entender qué apuro era el suyo pues, mientras me lo contaba, se estaba comiendo un pan de dos palmos lleno de sardinas de lata.

Pero a los pocos días me aparece en la cañada en un auto muy feo con el tío ése sudoroso que anda en los negocios de la carnicería. Se me planta en la puerta y dice:

—Tráete acá el Juanito que este señor te lo va a comprar.

—De sobra sabes que no lo vendo.

—Vamos, tráete el perro.

Silbé y apareció el Juanito.

El tipo sudoroso lo miró como el que mira un gusano y dijo que tenía un costurón en la paletilla. El Pepe dijo que aquello se lo había hecho un cochino porque el perro era muy valiente. Yo dije que eso no era así, que se lo había hecho el gandano, porque esa era la verdad.

El Pepe soplabá y me hacía morisquetas. Entonces el tío ése dice:

—Te doy mil pesetas con condición de probarlo para ver si es verdad que es como dicen.

—Yo no vendo el perro.

—Mil quinientas.

—Que no vendo el perro, ya lo saben ustedes.

El Pepe moja sopas:

—Hace unos días, don Vidal, ese señor ingeniero, le ofreció dos mil.

—Eso me ofreció pero yo no vendo el perro, ni por dos mil ni por nada.

Entonces el Pepe y el otro, se apartan a contarse secretos. Decían que no, que no y que no. Luego el Pepe se venía para mí y me ponía dos billetes y medio.

—¿De acuerdo?

A mí me estaban ya caldeando con tanta pejiquera y tanto trato, pero, entonces, aunque nadie se lo crea, el tío tira de cartera y me da cinco billetes.

Dice el Pepe:

—¡No seas burro! El señor te paga lo que vale el perro y, encima, cuando él se lo venda a don Gumersindo, te dará una comisión.

Aquello sí que me cayó malamente: que el Pepe quisiera que los otros hicieran negocio a costa mía. Era verdad que don Gumersindo me había tirado un jai para que le vendiera el Juanito, pero yo no sabía que era capaz de soltar tantísimos cuartos por un perro. El tratante aquél debía saberlo, que por eso vino con el Pepe.

Dije que no y entonces, el tío sudoroso empieza a rajar que si yo era un muerto de hambre y no tenía formalidad, que si no vendía el perro podía haberse ahorrado bajar a lo mío y que esto y lo otro. El Pepe, que lo había armado todo, también se puso en contra mía y ya me cansé.

Dice el tío:

—Ya me habían dicho que usted no tiene cabeza, ni formalidad.

Como estaba ofendido, me fui para él y lo trinqué del cuello, que si el Pepe no se mete por medio lo desgracio. Fue gracioso, porque el tío resoplaba y el Juanito, al verme caliente, se fue para el Pepe y le tiró un viaje a la culera que le dejó el pantalón hecho cachos.

Por eso se enfadó porque, encima de que no hubo trato, hubo mordisco y se llevó el pantalón con ventanas asomándole los calzones blancos.

Estuvo más de dos meses sin hablarme y sin quererme dar la munición mía que tenía en el güichi.

Pablo, para las cosas de los cuartos, era muy distinto que mi hermano. Hasta vergüenza le daba contar penas y eso que él las pasaba de verdad, sin pan con sardinas. Lo más que hacía era decirte:

—Hombre, si vas al ventorrillo, le dices a Miguel que te fíe un pan para mí, que ya pasaré a pagárselo.

Yo iba y pagaba de por mí porque, en la Casa de Postas, donde dejábamos la

cacería, nos pagaban los sábados, y si se dejaban de ir, mientras no juntaban cuartos, Pablo pasaba los apretones.

En cuanto cobraba ya estaba en lo mío con los cuartos.

—Toma, si vas donde Miguel, le das esto que se lo debo.

Había que trabajar más para taparle un favor que para hacérselo.

Esto también se le enconaba a Pencho que, lo mismo que mi hermano, se pensaba que yo tenía obligación de arrimarle a su casa. Le daba coraje con su padre y conmigo, porque siempre fue castañoso y difícil de conformar. Si venía don Celestino a verlo, le decía:

—Que Juan o mi padre le paguen a usted. Yo soy de pago, no de los que les echan las medicinas como a los perros.

Si las inyecciones que había que ponerle, no se las traía ya el médico, le soltaba:

—Ponga usted receta y que Juan suba a la botica y que compre lo que sea, ¡estaría bueno!

Porque quería que todo fuera de lo más caro. Yo siempre me pensé que estas cosas que decía Pencho, por boca de su abuela las decía, que ella no podía ver a Pablo aunque comía de su puchero.

Contaré cuando Pencho se puso la primera vez tan malísimo, porque la enfermedad de Pencho tuvo culpa de muchas cosas.

Empezó por unas calenturas y unas toses que le entraban tan hondas que le arrancaban la sangre de lo hondo. Cuando le entraba el ataque, coj, coj, y coj, coj, parecía que iba a vaciarse por la boca.

Total que me traje a don Celestino, le miró la lengua y le escuchó el pecho para oírle la maldad que la tenía allí, en lo húmedo, como yo me figuraba. Dijo don Celestino:

—Tiene ahí dentro la maldad y hay que llevarlo donde el Sanatorio sin más remedio. Eso tiene su contagio y la Encarna y la Francisca, con el Pencho aquí, se van a estropear también.

Dice Pencho:

—¿Dónde queda el Sanatorio?

—Hay muchos —dice don Celestino.

—Pues yo quiero cuartos para el viaje.

—No te apures que yo te subiré hasta allí.

—¿Y si allí me hace falta algo?

—Allí no hay que pagar nada, ya te digo que no te apures.

—¿Que voy a ir de balde? Yo no, señor, donde no se dan propinas a unos y otros, uno pasa como un perro. ¡Si sabré yo la vida!

Nada de lo que decía tenía sentido, pero Pablo dice:

—Pencho tiene toda la razón, toda la razón.

En lo que Pencho tenía razón yo no lo sé, ni creo que Pablo lo supiera.

—Bueno, eso allá ustedes, pero tiene que ir donde el sanatorio y yo lo llevaré.

Allí hubo un gitaneo entre todos porque talmente parecía que don Celestino era un miserable y todos los demás muy rumbosos. Decían que había que untar a éste y al otro, que si la propina, que si había que alternar.

Don Celestino salió, medio riéndose medio enfadado, sacudiendo la cabeza. Como me salí con él para afuera, se tocaba la sien con el dedo, señalando para adentro. Lo acompañé hasta el auto, que estaba en la cañada, y al volver me topo con la Encarna que me suelta:

—Yo nunca he querido que tú andes de cacería. Lo sabes. Ahora quiero que vayas a la Zarza y no vuelvas sin juntar para lo de Pencho.

Dio la rabotada y se metió para dentro. No dijo más y me dio muchísimo coraje quedar para lo que el perro: haz esto, no hagas lo otro.

Me entro en el chozo y la madre estaba diciendo:

—Y ¿qué vamos a hacer?

—Juan traerá los cuartos —dijo la Encarna.

—¿Juan? ¿Por qué Juan? —dijo Pablo.

La abuela, en seguida mojó sopas:

—Como tú no juntas más que miseria ¿quién va a traerlo sino Juan? ¿O es que Pencho no se va a curar?

Pablo juró un par de veces y se arrugó como rezando:

—Pero ¿por qué Juan?

Eso decía Pablo cuando yo salí de allí a donde corriera el aire, con la cabeza loqueando y un berrinche que tiraba bocados. Yo no le veía punta a buscar cuartos para Pencho, porque no le hacían falta. Tenía yo que buscarlos porque me lo pidió la Encarna pero, de suyo, tenía razón Pablo ¿por qué tenía que buscarlos yo?

Me voy a lo mío y al rato me llega la abuela, muy mandando. Dice:

—Te tienes que traer un buen taco, porque Pencho no se va de aquí vestido de la forma que está. Ya lo sabes, te vas y no vuelvas sin juntar un dinero aparente. Cuando tú vuelvas, él se irá, o sea que date prisa.

Y al final me dijo:

—Es lo menos que puedes hacer por la Encarna, que ya está bien de lo que le estás haciendo pasar a la criatura.

Me dejó embobado, medio con el berrinche, medio contento.

Se fue la vieja, encendí el candil y me puse a sacarle el perdigón a unos cartuchos para meterles posta, pues sólo tenía allí cuatro con bala. Como Pepe mi hermano estaba todavía enfadado, no me determiné a subir al güichi a pedirle los que tenía allí.

Aquella fue la única vez que me pasé diecisiete días sin salir del vedado ni de noche ni de día.

La vereda del contrabando la habían apretado contra la sierra, por la parte de la Quintanilla, a cuenta de que los civiles la habían medio marcado. La cosa fue gorda, pues el Quemado dio un soplo y los del contrabando le quemaron la choza dos veces

seguidas, metiéndole un cerillazo. Con estas cosas perdí mucho tiempo en componer el campo y dar con los mochileros, y menos mal que me topé con el Camilo, que cada día estaba más bizco y más cascado del pecho.

—La cosa está fatal —me dijo—. Cogieron los caballos y menos mal que los volvieron a comprar en la subasta. Ahora tenemos que ir pegados a las bestias porque van tres nuevas.

Me habló mal de Martina:

—Habla demasiado y ensucia el plato donde come. Tú ten cuidado con ella, que ya le han metido cuartos para que hable de ti. Nos estuvo metiendo los dedos de si te comprábamos género o no y le dijimos, la verdad, que hacía tiempo que no te veíamos.

Dijo que tenían interés en que yo les llevara un venado con puntas, porque tenían encargo de una cabeza para disecar.

—Que valga la pena sólo hay uno —le dije yo—. Uno que robó el podenquero del Tomellar va para dos años. Lo tenían allí como un perro, comiendo en la mano, y un día lo echó a la camioneta de la Zarza y ahí lo tienen para que lo vean los amigos de don Gumersindo.

—¿Es grande?

—Está bueno, seis o siete puntas lleva. Pero no se separa de la casa, como las gallinas. Si vas a la Zarza, lo ves por la vereda.

—Bueno, nosotros bajaremos a final de semana, mira a ver lo que puedes hacer.

El viernes maté una cochina y los caballos no volvieron. El lunes se había hinchado talmente como si se hubiera ahogado en el río. El mismo lunes maté una cabra y me disgusté porque estaba preñada.

Los mochileros bajaron el miércoles y me dijeron otra vez que la cosa estaba fatal porque los civiles andaban por la sierra. Yo no los veía y se lo dije.

—Nos aguardan por el lado de allá del ventorrillo del Humo y alguien se está yendo de la lengua.

Pensé que sería Martina y no me extrañó porque ella es así. Se llevaron la cabra y no quisieron decirme cuándo volverían.

—Tú pones tus piedras y si venimos, venimos.

Nada, que tampoco se fiaban de mí.

Al día siguiente bajó Aldavaca con una mula y yo no tenía nada que darle.

Aldavaca no cogía por lo de Martina, sino que cruzaba la sierra hacia el Búho y toda esa parte de Alcalá de los Gazules. Estaba enfadado con el Camilo que era de otro grupo y me dijo:

—No te fíes de ese bizco que a mí me ha robado tres mil pesetas.

Así me estuvieron loqueando y se me acabó la sal. No me determinaba a volverme a lo mío por el amor propio de hacerlo sin los cuartos.

Estaba ya cansado, con frío y con hambre. Comía setas y conejo asado a la llama, que sin sal estaba malísimo.

Todavía maté un cabrón que se llevó Camilo y volvió a darme el toque con que le llevara el venado. Pero fue Aldavaca, al día siguiente, el que me dijo:

—El Camilo quiere el venado que nos pidieron los pescaderos y se lo ha pedido también a Martina. Si ella se lo da, a ti te lo dejan colgado.

—¿Martina? ¿Y cómo va a dárselo Martina?

—Yo sé que ella se ofreció, no sé más.

Aquello me dejó cavilando y, entonces, me determiné a ir por el venado, pasara lo que pasara. Si don Gumersindo le había pagado al podenquero del Tomellar para que lo robara de allí, el bicho no era suyo, sino del Estado que era el que lo llevó al monte.

Desde la vereda tomé viaje al Molino, a coger una de las yeguas de Daniel y, yéndome para abajo, al cruzar el río, pasado el Berrocal de arriba, me veo dos corzas, una de pie y la otra echada. La que estaba de pie, se quitó de en medio pronto y ligero, pero la otra se puso en pie y se volvió a echar. Como eso yo no lo había visto en mi vida, se me infundió que me estaban poniendo una trampa y que aquella corza estaba atada o algo así. Pero no era eso, sino que estaba en las últimas.

Al arrimarme trató de levantarse otra vez, pero la rematé con la navaja. Tenía la tripa hinchada como un globo, como si la hubieran cosido con una aguja saquera. Pensé que la habría herido don Gumersindo con el rifle, pero también pensé que, con aquella herida, no podía seguir vivo el animal desde la última batida.

La herida tenía muchísimo pus y, al cortarle aquello, tuve que sacarle las tripas y las entrañas, porque todo olía como a muerto y la maldad se le iba subiendo para arriba.

Dejé la corza tapada en un zarzal, para recogerla cuando volviera con la yegua.

Cuando llegué al Molino era media tarde y empezó a llover a cántaros. Cogí la yegua y por el arroyo seco adelante tomé para la Zarza al galope tonto. Si me tardo un poco más no mato al venado, allí junto a la era, porque estaba oscuro del todo.

Cuando conseguí ponerlo en la yegua, que no fue ninguna tontera, oigo voces diciendo:

—El tiro ha sido ahí fuera.

Como todavía lloviznaba, enfilé para la montanera, y hasta no verme dentro del quejigal no estuve tranquilo.

El venado se me caía de la yegua y tuve que echarme abajo, arrancar dos hincos del cercado que tenían para los cochinos, y con el mismo alambre hice allí un invento para echar el bicho encima y que la yegua lo llevara arrastrando como si fuera un arado.

Así rodeé por el Pegujal, donde llegué al amanecer. Allí tomé para embocar la vereda del contrabando desde arriba y por la tarde, todavía llovía, dejé el venado cerca de la Caldera.

Con la mojadura no podía dormir y de madrugada volví al Berrocal a por la corza que dejé allí tapada. Olía tan mal, que no me determiné a subirla a la Caldera, sino

que me alargué al Molino y dejé la yegua para volverme andando.

Aldavaca llegó con la mula dos días después, venía a por el venado a caso hecho y se puso muy contento de ver que no habíamos fracasado.

Cuando eché cuentas, tenía tres billetes y un buen pico, me dije que Pencho tenía ya de sobra para propinas, y yo un calenturón que me cerraba los ojos. Cómo sería, que volviendo me entró una tiritona tan grandísima que pensé que me iba a morir.

Al acercarme por la cañada oí alborotar a mis perros, que estaban atados en lo de Pablo y, al rato, los debieron soltar porque se me presentaron allí dando botes y lametones.

Reventado del trajín y el catarro, había empezado a quitarme los botos cuando la Encarna se me entró por la puerta, la cerró, y apoyó la espalda contra ella sin decirme nada.

Me daba achare verla allí y yo con un boto fuera y el pie con zumo de mal olor. Ella no decía nada y respiraba deprisa porque se vendría corriendo.

—Ya he vuelto —dije, y ella con su boca cerrada.

Me pensé que si me levantaba para ella, saldría corriendo. Pero ni se movía, ni decía nada.

—Pencho ya tiene para tirarlo en propinas —le dije sin mirarla.

Se me arrimó muy tranquila y como yo estaba refiriendo que su hermano no precisaba los cuartos para nada, me tapó la boca con la mano.

Como hay Dios que no lo digo por pagarme de nada, porque ni entonces, ni ahora que lo estoy contando, se me podía infundir a mí que aquello pudiera pasar.

Yo me quedé como avergonzado, con el catarro, el mal olor del pie y aquel relío de faldas y piernas que armamos. Cuando ella salió del chozo, tuve que pellizcarme para saber que estaba despierto. Ella fue la que lo quiso, ella; pero todo salió mal porque estaba mocita y le hice daño que, por eso, dio la rabotada, se me escurrió, y no llegó a pasar nada.

No fue como en las novelas de fulanas, sino que los dos estábamos avergonzados y se nos salía el corazón por la boca del sofoco y del coraje de no saber.

Antes de salir, se pasó la mano por el pelo y por las faldas y se fue como entró, sin decir una palabra.

A la mañana siguiente, ni me pude levantar del colchón porque el catarro se me agarró a la garganta y ni tragar podía. Como me volvió la tiritona y un calenturón tan grandísimo, Pablo se asustó y corrió a por don Celestino, que me echó unos supositorios para que me pusiera bueno.

Me mandaron la Encarna allí y me hizo patatas a la puercachona, aplastándolas después, para que pudiera pasarlas por las tragaderas sin que me lastimara, porque tenía la garganta fatal. Me metía ella la comida en la boca, igual que si fuera yo una criatura.

Estando en esto, al otro día, me entran los tricornios por la puerta.

—Tú, andando para el cuartelillo.

—¿Qué es lo que pasa con él? —preguntó la Encarna con una cara muy durísima.

—Arriba se lo dirán.

—¿Y cómo lo van a subir arriba? ¿En aeroplano? ¿No ven que lleva una semana sin poderse menear?

—¿Una semana? ¿Y tú, qué haces aquí?

—¿No lo están viendo?

Los guardias se miraban y yo estaba que una se me iba y otra se me venía con los papeles que me hacía la Encarna. Dicen los civiles con cachondeo:

—¿Duermes tú aquí con él?

La Encarna les sacó la lengua:

—¡Hum! —les hizo.

—Bueno, le diremos al cabo lo que hay. ¿Lo vio el médico?

—Todos los días de Dios, por la mañana y por la tarde. Pregúntenle a él.

—Bueno, entonces no te muevas de aquí, que ya te diremos lo que hacemos contigo.

Los civiles salieron para lo de Pablo y la Encarna se fue con ellos. Lo que hubo o no hubo, yo no lo sé, pero por la tarde, la Encarna se trajo ropa y se pasó seis meses durmiendo conmigo. Pencho subió al pueblo en la borrica a avisar a don Celestino, que tomó pesadumbre porque la Encarna lo comprometió.

Cuando se me pasaron los males, me daba muchísimo apuro toparme con Pablo porque la Encarna estaba conmigo, pero la abuela y la madre me decían:

—Ya iba siendo hora, hijo, ya iba siendo hora, que cada cual se busque su apaño y llene su boca por su lado.

Los civiles vinieron dos veces a meter las narices en lo mío, una estando la Encarna y yo en el chozo, otra estando ella sola.

Cuando se hizo embarazada, dijo:

—Ahora te buscas un trabajo como Dios manda y dejas la escopeta.

Decía que nos iríamos al pueblo y que si yo ganaba poco, ella se pondría a servir.

—Ya ves que están todos locos diciendo que han matado al venado de la Zarza, en la mismísima era, que allí vieron sangre. A ti no te han llevado a la cárcel de esta, pero te llevarán de la próxima. Así no se puede vivir.

También dijo que se veían en el vedado reses plomeadas, que Rico se lo contó y a mí no me quiso decir nada. Entonces, me acordé de la corza que yo rematé con la navaja.

Decir cómo fueron aquellos meses que pasó la Encarna conmigo, ni yo mismo sabría. Todas las tonteras que tuve con ella de chico, seguía teniéndolas de grande, porque yo nunca supe cogerme al compás con las mujeres. Dormía con ella, y por la mañana, me daba vergüenza mirarla. De lo único que no me daba vergüenza era de pelear con ella a la cuenta de la cacería. Pasaba apuros de ponerme en calzones blancos delante de ella, de que me preguntara: ¿Y cómo es lo que te entra al verme?

¿Y tú nunca habías estado con otra mujer? Yo, ¿qué iba a decirle? Le decía que sí con la cabeza y ya estaba cortándome el viaje para que le hablara seguido de esto y de lo otro.

Ella era así y no le daba vergüenza de nada, como si toda la vida de Dios hubiera dormido conmigo. Si entraba yo en el chozo y ella estaba medio en pelota o como la parió su madre, se quedaba como si tal cosa.

Todo su celo era que yo le contara dónde guardaba la escopeta. Cuando estábamos así, de jugueteo, daba la rabotada y me decía:

—¡O me lo dices, o te vas a dormir con la escopeta!

—La meto en un boquetón de un pajar, allá arriba en Almafunte.

—¡Mentira!

—Allí la dejo, mujer.

—Pues te vas a acostar con ella ahora mismito.

Siempre me hacía igual, pero yo no se lo decía porque capaz era de dejarme sin arma.

Fue entonces cuando me llamaron a la Zarza.

En el vedado estaban pasando las cosas que no pasaron nunca. Por lo que yo escuchaba, lo del venado que yo maté, no fue ni el primero ni el último de los disgustos que tuvo la guardería. No es que mataran los animales, es que los dejaban lisiados, como la corza que yo rematé.

Para decir verdad, a lo primero ni tenía curiosidad por saber quién me estaba ensuciando el campo, y me calculaba yo que sería algún aficionado probando fortuna.

De gente como nosotros, sólo Nicolás, el de la Zarza, tenía escopeta, pero una vez que tiró un cochino, lo pusieron en lo ancho de la calle, que por eso tenía su casa en el Pegujal.

Lo volvieron a admitir porque sólo él entendía las máquinas del taller y enseñaba a dar barniz.

Fue Rico el que vino y me dijo:

—El amo vino anoche de Sevilla y quiere hablar contigo.

—Le dices que no me has visto.

—Es tontera decirle eso, porque me volverá a mandar.

Total, que me fui con él de muy malísima gana. Si hubiera sido Pablo, le hubiera dicho a Rico que si don Gumersindo quería verme, no tenía más que venirse a lo mío y no mandarme razones. Pero a mí, eso se me ocurrió después, cuando ya estaba en la Zarza.

Don Gumersindo me esperaba en el cuarto grande que queda a la izquierda, según se entra, y al verlo allí, con tanta luz, tantísimo lujo y una cara tan seria, me entró la muerte chiquita. Fue entonces cuando pensé que mejor habría estado charlar con él en lo mío, entre los érganes y los lentiscos, no entre los muebles y las cosas de él.

Antes de hablarme, me estuvo mirando como él mira siempre, se frotó las manos

y me sirvió vino de una botella. Me la bebí de un trago y le di las gracias, pero me la volvió a llenar.

—Yo no quiero más, don Gumersindo. No bebo nunca.

—Hoy sí: bebe.

Me la bebí, y a la fuerza, me la volvió a llenar.

—De verdad que no, que yo no tengo costumbre y se lo agradezco como si me la tomara...

—¡Bebe, coño! —dice.

—Es que se me sube en seguida y me dan vomiteras.

Nada, bebe y bebe, y el Manuel me miraba desde la puerta, apoyado en la pata buena. Yo estaba ya que me sentía los vapores en la cara, cuando don Gumersindo dice:

—Tú y yo tenemos que hablar. ¿Eh? ¿Te has enterado? Que tenemos que hablar tú y yo.

Me sirve otra copa y yo estaba ya algo gilochó, pero él debía estar bueno también, porque se habría bebido ya un par de botellas. No es que él estuviera borracho, porque ni con un barril entero bastaba para tumbarlo, pero se le repuntaba una miajita la lengua y tenía cargazón en los ojos. Dice:

—Aquí hay dos cosas que no pueden vivir cada una por su lado: La Zarza y Juan Lobón. ¿Eh? ¿Te enteras de lo que te digo? ¿Eh?

Me volvió a echar vino y como tenía la copa llena se fue al suelo todo.

Se limpia y quiere también limpiarme a mí, pero sigue:

—Como tú eres un hijo de tu madre muy grandísimo, a mí ya me estás dando por aquí —se señala el cuello con el dedo muy estirado—. ¿Tú te enteras? ¿Eh? Por aquí. Por eso no tengo otro remedio que, una de dos: o machacarte como una cucaracha, o ponerte sueldo, ¿eh? ¡Sueldo! Te gusta, ¿eh?

Se bebe dos copas seguidas y, con los ojos un poco atontolinados, me preguntó:

—¿Qué es lo que tienes que decir?

Yo nada dije, ¿para qué? Me sentía como soñando, como si todo aquello fuera verdad y fuera mentira. Allí estaba don Gumersindo, con la nariz como un trompo. Se volvía, alzaba un poco el anca y soltaba un pedo sin hacer caso de mí. Por educación no me reía yo, pero morado de aguantar la risa estaba.

Me suelta:

—Me lastimas el vedado y no puedo colgarte un guarda de la nariz para que me los plomees como al Beltrán y al Meleto. En la era, con cinco guardas, te me llevas un venado que era un perro. ¿Para qué lastimas las reses?

—Usted está confundido, por mi padre.

—Pero, pedazo de mamón. ¿Quién va a entrar a cazar de noche y lloviendo en mi misma puerta sin llamarse Juan Lobón?

—Yo nunca plomeé una res, ¿para qué iba a hacer eso?

Creí que me iba a pegar, pero me hizo beberme la copa que tenía en las manos y

me la volvió a llenar. Luego dijo:

—Borrón y cuenta nueva. Te quedas de guarda conmigo, te doy una casa, te doy todos los pájaros y los conejos que hay en el vedado: todos para ti. ¡Ah!, y me dices lo que quieres de sueldo.

Yo lo escuchaba y le veía con los vapores del vino y de la soberbia. Pensaba en mi padre, en mis perros, en las cosas que quería la Encarna. Pero ¡cómo dolía escuchar aquello! No era decir sí o no, era que uno no podía decir nada. Entonces entendí al Goro y entendí lo fácil que se entra uno en la caponera. ¡Hala, con cuartos todo se arregla! No pensaba en lo que me decía don Gumersindo, pensaba en esto y por eso le dije:

—Usted está cabreado conmigo. Usted no me quiere. ¿Y me va a pagar por tenerme a su vera? Otros sirven para guarda, yo no.

—¡Tú, no! —dijo dando un bocinazo muy grandísimo—. ¡Tú, no!

Cómo gritaría que el Manuel dijo:

—¡Mande!

Don Gumersindo lo despachó con una palabrota y se viene para mí, metiéndome las manos por la cara. Me echaba el aliento, pero yo me estaba allí quieto, medio asustado, medio con ganas de reír.

—¿También me vas a pedir explicaciones de lo que hago y de lo que no hago? No, yo no te quiero para nada. Si te traigo aquí y te pago es para tenerte a la vista.

Y me llamó mamón, sacando mucho la quijada para fuera:

—¡Mamón! —decía—. Mamón, eso es lo que eres tú.

Como lo decía así, a mí me entró la risa, y entonces dice:

—Ya lo sabes: ahí está la guardería y ahora te vas con viento fresco. ¡Largo, largo de aquí donde yo ni te vea!

Lo dijo así, tan de hombre a hombre, que yo le di las buenas noches para salirme, pero, al tiempo que me volvía, me tiró una patada que no me dio porque le enganché el pie.

Yo estaba medio gilocho por las copas y, en lugar de cabrearme, me entró la risa y le tiraba del pie para arriba, mientras Manuel, el de la Médica, se estaba allí mirando cómo su amo pegaba cojetadas, como él, para no caerse.

—¡Eh, suelta, sueltaaa!

Yo ¡qué iba a soltar!, hasta la puerta lo llevé, y cuanto más burreaba él, más risa me entraba a mí. Cuando lo solté aquello no era boca de los disparates que me dijo.

El Manuel se hacía cruces y ni se atrevía a arrimarse al bulto, pues a lo último, a cada cosa que don Gumersindo me decía, yo le soltaba otra:

—¡Yo soy el guarda Juan Lobón! ¡Díselo a tu madre, Manuel, a ver si me cura! ¡Juan Lobón el guarda! —Y le tiraba cortes de manga al Manuel y a don Gumersindo.

Me salí para afuera sin parar de dar voces:

—¡Busca muertos de hambre, don Gumersindo! ¡Busca castrones que es lo que siempre da buena cosecha! ¡Toma guardería, toma conejos y pájaros, toma casa en la

Zarza!

Revoleaba yo el brazo de acá para allá y escuchaba al Manuel decirle a su amo que me había caído malamente el vino.

Anduve como un trompo, dando voces y botes, sin importarme que Vitilo, la Sara, el Rafael y toda la Zarza, asomaran las carotas a las puertas para ver qué pasaba.

—¡Toma, Vitilo! ¡Tiene uno el forro tan duro que no hay navaja de castrador que me haga hembra!

Se me juntaron los chiquillos porque había alegría y allí íbamos en procesión, yo tirando cortes de manga, para todo y para todos, y ellos haciendo lo propio mientras los perros ladraban.

—¡Buena la llevas, Juan! —me dijo Rico.

—¡Toma, Rico, para tus mulas, que os vayan dando a todos!

Así dejé la Zarza, con muchísimo calor en la cara y frío por el cuerpo. Cuando llegué a lo mío me entró como pesadumbre y no sé si del vino o de qué, al verme junto a la Encarna me eché a llorar.

Al día siguiente vino Tocino, el recovero, y me dijo:

—Anda, sube al pueblo que a tu hermano lo van a poner preso.

—¿Qué dices tú?

—Que el maestro de obras ha ido donde el juez y, como no va a pagar, le quitan el güichi y encima lo meten preso. Entonces le dije a la Encarna:

—Dame todos los cuartos que te queden.

—¡Vaya! Y nosotros, ¿qué? ¿Nos quedamos sin nada?

—Sin nada no, yo todavía no estoy manco.

—Pero el Pepe puede arreglarse con la mitad y si no le llega, ¡qué se le va a hacer! No vamos a quedarnos sin un cuarto porque a él se le encapriche.

—Se lo damos todo y si es poco, poco será, pero no la mitad.

La Encarna se puso de muy mal humor.

—Tuyo es y haces con ello lo que quieras, pero al Pepe lo que le daba yo era un sartenazo, que hay que ver la Carmen, sus zapatos de brillo y su armario de luna, refrotándote el lujo por las narices.

—Eso, allá ella.

Subí al pueblo y le di a la Carmen dos billetes de a mil, tres de a cien y cuarenta y dos pesetas.

—Esto se lo das al Pepe en su mano, ¿te enteras?

Sale de allí para el cartelillo y yo me quedo en el güichi muy enfadado, porque, encima, quería que yo despachara si venía alguien. Estuvo más de una hora fuera y no volvió sola, sino con el guardia Cuenca y el Molino.

Dice el guardia:

—¿De dónde has sacado esos cuartos?

—Del bolsillo.

—A mí eso no me importa, pero allí está apuntado en el cuartelillo que tú eres el que pagó un cacho de lo que debe tu hermano.

—Y eso ¿qué? ¿Es que eso es malo?

El Molino dice:

—¿A ti no te han dado razón que vayas a la Zarza?

—A mí no, ya fui ayer.

—Eso ya lo sé, que menuda la armaste. Si yo fuera el amo, a ti te iba a dar yo fuerte.

El Molino era una miajita de nada, quiso ser torero, y si galleaba era porque estaba delante el guardia.

—Si tú fueras el amo, te iba a dar sólo media cachetada para que te vinieras con humos.

Se le cambió el color y yo entendí por qué no había sido torero, porque de boca tenía mucho, pero de valor poco.

Pero estando allí peleando, viene la camioneta de la Zarza y Paco, el otro hijo de la Médica, me dice:

—Hombre, que me llegué a lo tuyo y me dijo la Encarna que habías subido al pueblo. El amo quiere verte.

—¿Otra vez?

—Tienes que venir sin más remedio.

Me subí a la camioneta y el Molino se subió también, pero yo me fui delante y a él lo mandé detrás, donde echaban los cochinos y los sacos.

En el camino le dije al Paco lo que me había pasado con el Molino y el Paco me dijo:

—Ese es un angelito y le debías haber roto la cabeza. Vino aquí porque su hermana salió con una barriga del amo, no por otra cosa. El se cree que es esto y lo otro, aunque su hermana ya está casada y le han puesto un puesto de verduras en el mercado, allá en Sevilla. ¡Un muerto de hambre es lo que es!

Cuando llegamos a la Zarza me entraron con don Gumersindo, a mí y al Molino.

Todos los guardas estaban allí, muy callados, y fue el amo el que me preguntó:

—¿Se te pasó la borrachera? Bueno, pues firma aquí.

—¿Qué es esto?

—Tú firma, es tu contrato.

—Usted está equivocado, don Gumersindo, yo no sirvo para ser guarda.

—Y ¿quién ha dicho que vayas a ser guarda? ¿Guarda tú? Lo que vas a hacer es irte hoy mismo con don José Manuel, que es tan amigo tuyo. Te vas a lo de Badajoz con él y tu jornal corre de mi cuenta. ¿Te enteras? Firma aquí.

—Yo no firmo eso, no señor.

—¡Trae acá la pezuña si es que no sabes firmar! —dijo tomándome la mano.

—Yo sí que sé firmar, pero como no soy conforme con marcharme, no firmo.

Entonces, se me encara, y en lugar de decirme nada, me pegó en toda la boca.

Yo no sé lo que hice, porque se me echaron todos encima y el pobre Felipe rodó por el suelo, porque trinqué al Molino del sobaco y empezó a gritar como un cochino.

Don Gumersindo también se puso nervioso y gritaba:

—¡Los cartuchos, los cartuchos! ¡Trae acá los cartuchos! —y tenía una escopeta entre las manos.

De no ser por el Rafael, yo no sé lo que habría pasado allí. Se fue para el amo y le quitó la escopeta por la fuerza, al Molino le dio un viaje y ayudó a levantarse al pobre Felipe.

—Pero ¿qué es esto, señores? —decía—. Esto no es así, no señor, esto no es así.

Rico y el Manuel estaban asustados, con la mismísima cara que se le pone a una gallina echada en huevos. Don Gumersindo medio se mareó y tuvo que sentarse y a mí me sacó el Rafael de allí. Estaba tan soliviantado como yo, por eso me dijo:

—No se llama a un hombre a la casa de uno para esto, las cosas como son.

También me dijo que yo me había portado muy bien, que había sabido aguantarme, aunque a todos se le infundió que si le tiraba un viaje al amo, lo desgraciaba.

—Yo no debía decirte esto, pero el amo lleva una temporada que se apipa de vino y no está en lo que tiene que estar. Por eso, ve donde el cuartelillo y le dices al cabo lo que ha pasado aquí. ¿Te enteras? Mejor es que lo sepan por ti, no sea que luego se te ocurra tomarte la justicia por tu mano, o se le ocurra al amo inventar algo. Yo no debía decírtelo, pero puedo ser tu padre y nunca me pensé que pudieras tener razón. Ahora la tienes.

Lo dijo con tanto sentimiento que me dio pena del Rafael y hasta tentado estuve de decirle que me perdonara por la noche tan malísima que le di cuando estuvo velando al lado del cochino, allá en la Caldera. Aquel día, para el Rafael, yo era un hombre, no una fiera.

Le hice caso y subí donde el cabo.

—Ha pasado esto y esto —le dije.

—Todo lo malo que te pasa lo tienes ganado a pulso —me dijo—. Pero lo que me has dicho se lo contaré al Jefe de Línea que está en el pueblo, por si quiere hablar contigo.

El teniente estaba en el bar y como estuvo mucho rato hablando con el cabo, y me miraban, terminé por arrimarme a ellos. Escuché cómo el teniente decía:

—Estoy hasta el pelo de caciques.

Y eso no lo decía por mí, sino por don Gumersindo. Luego me llamó.

—¿Es verdad que cuando estaban los del monte tú llevabas los cuartos a la Zarza y cazabas para la gente de allí?

—Es verdad, pregúntele al Clemente, que es el que me mandaba.

—Entonces estabas como trabajando allí, ¿no?

—No, señor, les hacía el favor y nada más.

—¿No te pagaban?

—¿Pagar? Yo cazaba allí y eso era todo.

—¿Y por qué no quieres entrar de guarda?

—¿Cree usted que me quieren allí de guarda ni de nada? El achaque era lo de la guardería, pero para mandarme a Badajoz. Si me quiere con él ¿por qué me pega? Si usted quiere que alguien le haga un favor, ¿le pega usted?

El cabo y el teniente se estuvieron riendo con lo que yo les decía, pero de sobra entendía yo que eran los dos conformes conmigo.

Aquella misma noche subí al vedado y estuve allí tres días.

Al Volver no le dije a la Encarna ni una palabra de lo que me había pasado y tuve como un pesar de no decírselo, pero yo sabía que a ella sólo le iba a servir de berrinche.

Como yo de amoríos nunca supe hablar, sólo le contaba del monte, de las cabras, del cambio de pelo de los corzos y del mérito que tenía el desmogue. Ella se ponía mustia:

—De eso es de lo único que sabes hablar seguido, porque es lo único que tú quieres.

Estaba sentida conmigo y estaba sentida con Pencho, pues en el sanatorio, donde lo llevaron, no paraban de darle las quejas a don Celestino a la cuenta que echaba mano a las mozas que lo curaban y las monjas estaban soliviantadas. No lo pusieron en lo ancho de la calle, porque estaba muy malo.

—Mejor que Pencho no lo hay —decía Encarna—, pero el que no lo conoce, no sabe llevarle su genio.

Pero Pencho se tapaba en sus males, como don Gumersindo en los cuartos y don Senén en las leyes. Así iban los tres a su avío, debajo de la capa, sin dar la cara. Nada de esto le decía yo a la Encarna, ¿para qué?

La madre y la abuela venían a lo mío, se sentaban junto a la puerta y allí se estaban como dos cuervos. Alguna vez la abuela me soltaba:

—Y tú y la Encarna ¿qué es lo que pensáis?

—¿Qué vamos a pensar?

—No, si él lo tiene ya todo pensado. ¿No lo veis? —les decía la Encarna.

Las viejas llevaban cuenta del dinero que la Encarna llevaba o no llevaba en la pechuga, tocaban la chaqueta de piel que me regalaron los parientes de don José Manuel y decían:

—Esta sí que le vendría bien a Pencho, que la criatura está desnuda.

Cuando se iban, corría el aire dentro del chozo.

Con estas cosas, la Encarna, tan pronto estaba como unas castañuelas como se me ponía mustia, con la miradita brocha y mandándome a dormir con la escopeta. Vez que venían las viejas, vez que tenía yo disgusto, porque la calentaban y la ponían de mal humor pidiéndole cuartos y revolviéndola contra mí.

—Con las carnes tan bonitas que tú tienes. ¿Te vas a enterrar aquí con éste,

habiendo tantísimo hombre por el mundo? Anda y vete a la Zarza que mejor cuenta te saldrá —le decía la abuela.

—De ir a la iglesia sin dejar la escopeta, ni hablar —decía la madre.

Así me la pusieron que casi loqueaba porque en su casa había hambre y me decía que la abuela capaz era de meterla de fulana con tal de sacarle los cuartos. Yo no me determinaba a decirle estas cosas a Pablo, porque capaz era también de matar a su suegra. Lo que arrimaba la Encarna, no se quedaba en el puchero, sino que la abuela se lo mandaba a Pencho y la madre decía que de aquella forma no se zurcían los rotos. Yo nunca le dije a la Encarna que no les diera, como yo daba a mi hermano, pero vez que les daba algo, vez que me lo contaba llorando como si me lo hubiera robado y me daba muchos besos.

Con estas cosas tomó endeblez porque estaba preñada y todo se le juntó. Empezó vomitando y luego le salieron habones en la boca y, una noche, le entró una fatiga tan grandísima que yo pensé que se me moría. Lloraba como una criatura y no paraba de repetirme:

—Deja la escopeta, Juan, que esos son todos los males que yo tengo. Mejor que nunca juntes dinero y estén todos echando cuenta de cómo te los van a sacar.

A mí no me salía decirle que no era la escopeta, sino la abuela quien ponía veneno en todo. La achuchaban contra mí para que les diera más cuartos, no para que dejara la escopeta, pues aunque mentaban eso, era un achaque.

La Encarna era una criatura y sólo entendía las palabras liantas que ellas le decían:

—Que deje la escopeta, que deje la escopeta.

Decían eso para que ella les tapara la boca dándoles cuartos y más cuartos, para que supieran que yo me sabía ganar la vida.

Así vino a pasar que una noche se me quedó fría, traspuesta y chorreandito un sudor que parecía nieve. Le calenté un poco de café, pero cada vez estaba más fría y más blanca. Había un ventarrón con lluvia tan grandísimo que yo no atinaba con lo que podía hacer, hasta que la Virgen Santísima me puso a don Celestino en la cabeza. Pensar en don Celestino y salir corriendo por la cañada, todo fue lo mismo. Corrí, cortando para la Casa de Postas, venga de rezar para que la Encarna no se muriera allí solita, con una angustia, unos chorros de humo en las narices y una prisa, que me subí toda la cuesta de un tirón. Al ir para arriba me empujaba el viento, pero como llovía tantísimo, se me entró el agua por el cogote y me chorreaba por la espalda hasta los calcetines.

Los manotazos que di en la puerta despertaron a don Celestino y a todos los vecinos que se asomaban detrás de los cristales a ver qué pasaba.

Hay gente buena, pero nadie como don Celestino. Abrió, me vio, se echó una ropa de agua encima de las espaldas y me dio la llave de la cochera.

—Abre ahí, que voy por el maletín y a ponerme los botos.

Bajamos por la carretera y no se atrevió a entrar por la cañada para que las ruedas

no cogieran pergaña y termináramos atollados.

—Yo le llevo a borricate de aquí a lo mío —le dije.

—No digas tonteras, vamos.

—Yo me echo la mula y un venado a las espaldas. ¿Por qué no lo voy a llevar yo?

—Mala comparación, Juan.

Así tomamos al paso de él, y yo, para ir más de prisa, me adelantaba y me volvía para atrás. Más de hora y media echamos en la cañada sin abrir la boca y el pobre viejo, con su ropa de agua, escurriéndose y sin dejarme que lo llevara.

Al entrar en el chozo y ver a la Encarna se quedó como asustado, pero nada dijo.

Si tendrá mérito don Celestino, que sin saber lo que se iba a encontrar, se trajo en la cartera la inyección que tenía que echarle a la Encarna y se la echó. Dijo que podía abortar porque tenía sangre y se estuvo con nosotros hasta que escampó y a ella le entró el calor.

Nunca he querido más a un hombre, ni nunca lo volveré a querer más. La Encarna tenía sus ahorritos de lo que me dieron los del contrabando, después que el Pepe y la abuela y la madre nos secaron. Los cogí todos y quise dárselos a don Celestino, pero me dijo:

—¡Quita, tonto, quita!

—Aquí hay cuartos, más que voy a tener, y todos son para usted.

Me cogió el cuello y me dio dos cachetadas, bromeando, porque decía que me vio nacer y yo era como un lagarto.

Entonces, como comprendí que no podía pagarle ni con dinero ni con nada del mundo, me entró congoja. Por eso hice como las hembras y me abracé a su cuello y empecé a darle besos que hasta la barba se la notaba en la boca. Se le pusieron a él también los ojillos aguanosos y sólo decía:

—Hijo mío, hijo mío.

Y yo sé que se acordaba del que le mataron los del monte.

Por allí pasaron Miguel, Rico y la Manuela, la Carmen y Pepe mi hermano, el Goro, don Cosme y todo dios. Hasta de la Zarza mandaron a preguntar de parte del amo y se presentó allí la Sara, que nunca salía de casa, porque se corrió que la Encarna estuvo a la muerte y que vivía conmigo.

El cabo de los civiles también fue y tuvo gracia porque se trajo seis latas de leche condensada de contrabando y me dijo:

—Como a ti ya te di las tortas, que ahora ella se tome la leche.

Esto fue así porque a Pablo lo quería todo el mundo, aunque fuera cazador y aunque lo metieran preso y le dieran cachetadas a cada paso. El mérito de Pablo siempre fue la gracia que tuvo para todo el mundo, menos para su suegra.

Cuando la Encarna salió de cuidado, yo no la dejaba levantar del colchón porque seguía con los habones en la boca, y don Celestino le echaba inyecciones para bajárselos. Era una maldad de la vitamina, que queda en lo seco, así junto a la boca

que por eso se le hinchaba.

Como yo le daba de comer, como ella hizo conmigo cuando yo me puse los supositorios, le entraba el mimo y me hablaba a la media lengua. Pero el día que se levantó, me dice:

—Yo me voy donde padre.

—¿Y eso? ¿Qué te falta aquí?

—Aquí nada, pero me voy con padre. A él no puedo quitarlo de la cacería, pero su casa es la suya. En la mía no quiero sobresalto.

Lo decía sin enfado, como hablando con una amiga.

—No digas más tonteras. Lo que tenemos que hacer es lo que dijo el párroco: subir a la iglesia antes de que estés más abultada.

—Tiempo habrá de subir cuando tú te desengañes. Aunque ya sé que trabajo tengo con esperar que la dejes. Me contaron lo que pasó en la Zarza, por eso me voy.

—¿Por eso?

—Bien que te lo callaste.

—Por no darte disgusto.

—¡Tampoco eres tú tonto! ¿A quién le han ofrecido lo que a ti? ¡Se necesita poca cabeza, madre mía!

—¿Qué me daban a mí que fuera del otro mundo? ¿Qué?

—Tu casa, tu jornal y hasta tu cacería si es que no sabes pasarte sin eso.

—Todo eso lo tengo yo ya, sin que me lo dé don Gumersindo, y desde que nací lo tenía.

—¡No digo yo! ¿Tenías una casa, tenías un jornal, tenías los pájaros y los conejos de la Zarza? Lo que tú tenías eran muchísimas fatigas que pasar.

—Esto es mi casa. Jornal el que me gano: si quiero más, más; si menos, menos. Y los pájaros y los conejos de la Zarza ahí están, me los den o no, que para ser míos tengo que trincarlos primero: igual que ahora.

—No, si tú, tocante a la cacería, para todo tienes respuesta. Para ti que don Gumersindo no te daba nada. ¿Cuántos dirían que no? ¿Cuántos?

—Yo también me encandilé, no te creas que no, pero ¿para qué me quería él allí? Cuando te ojean para un lado es porque las escopetas están allí.

—Sí, eso, a ti te iban a comer en la Zarza.

—Mira si no lo que pasó el otro día: a Badajoz me querían mandar. ¿O no te contaron eso?

—De sobra sé lo que pasó y lo que no pasó, pero que tú no tienes arreglo. El pobre tiene que tragar, eso es lo que a ti no te entra. Hay que tener un jornal y no vivir como las fieras.

—Sí, y con el jornal ya tienes el hierro metido entre los dientes. En cuanto te pagan, te tienen de la boca y manda la ley del que paga. Mientras ande a mi aire, la que manda es la ley antigua, la de antes.

—Y eso, ¿qué es? A mí eso nada me importa, que bien que lo fastidiaste todo para

los restos. Ya podíamos estar tan ricamente allí en la Zarza.

Estaba medio llorando, medio enfadada, medio tranquila, como si ya no le importara la conversación. Le dije:

—En la Zarza hay muchísimo personal y todos le comen en la mano a don Gumersindo. A ninguno le han ofrecido que pida por esa boca. Si a mí me lo ofrecen, digo yo, que algo tendré que lo vale.

—El miedo que te tienen, eso.

—Pues metido allí se acaba el miedo. Al gandano se le ponen sardinas en el cepo, pero como muerda, ya sabes lo que le espera.

—Pues por eso me voy con padre.

Así se marchó.

Yo no me casé con la Encarna porque estaba ya casado con la cacería, no porque yo no quisiera ir a la iglesia, que sí que quise. Ella no era conforme con mi vida y, como no era conforme con mi vida, no era conforme conmigo.

Si alguna vez me dolió no ser como los otros fue entonces, pues llega uno a necesitar tener la mujer al lado, y pasar por sus caprichos, para tenerla y hacerse viejo junto a ella.

Yo nunca tuve gracia para las mujeres, ni les supe bailar el son, y, cuando ya lo tenía todo hecho, no me acompañó la suerte.

Por eso ella se fue, porque me dijo que nada de lo mío le importaba y que se iba donde su padre.

Al irse la Encarna me entró muchísima pesadumbre y ni ganas tenía de salir al campo, como si los malos tragos se me hubieran entrado por el cañón de la escopeta.

Mucho tiempo estuve sin cazar para mí, sino que me iba por ahí con los madrileños, con don Vidal y don José Manuel y muchísimos señores que me buscaban, unos por otros.

Pinté muchísimo la mona por todos lados y hasta estuve en la laguna dos semanas enteras con un señor de otro país que no el nuestro, a las nutrias.

Me faltaba algo y me acordaba de cuando era chico y padre me veía en lo alto de las piedras, asustado:

—Si has subido ahí solo, baja.

No me tenía que dejar gastar, y muchas veces notaba el callo en el corazón. Yo nunca me divertí cazando, ni jugué a echar el rato. Si me gustaba ir tras los bichos, era porque ahí estaba mi vida, porque, de suyo, en eso nací y todos los días me encendía el celo, cavilando, aprendiendo el monte y los animales. Si hubiera nacido para guarda, mi celo pondría en la guardería para estar encendido en ella. Trincar una cabra era un dinero y un gusto de hacerlo bien.

Fue entonces cuando por primera vez escribí a mi tocayo, el cura hermano de mi capitán, y le conté lo que me pasó con la Encarna.

A los pocos días me contestó diciéndome que me casara antes de que naciera el

crío y que me mandaba un regalo que él sabía que me iba a alegrar.

Claro que me alegró, porque a los diez o doce días me llegaron diez saquitos iguales con diez kilos de munición en cada uno. Me lo vino a decir el párroco del pueblo.

—Me han mandado que te dé un encargo, pero yo no sé, no sé... Esto yo no sé si yo debo dártelo.

—Eso habrá sido mi tocayo. ¿Es que es malo?

Me dijo que eran perdigones de todas clases y que él tenía apuro de darme aquello porque yo había plomeado al Beltrán y al Meleto.

—No se apure usted, padre, que esos ya cataron el gusto y nadie repite de ese plato.

No se quedó tranquilo, no, y me dio los diez sacos a regañadientes, diciendo:

—Esto es un compromiso, un compromiso muy grande. ¡Bendito sea Dios!

El plomo lo dejé donde mi hermano Pepe, porque era demasiado goloso para llevarlo a lo mío donde cualquier chivato podía meter las narices.

Tercera parte

EN EL CAMPO CONTRA LOS DEMAS

1

En la última batida de la Zarza no me llamaron y por lo que supe fue un fracaso muy grandísimo, pues lo poco que entró a las escopetas fueron hembras y dos o tres lastimadas. Las montearon con los perros y pudieron matar una para ver qué era lo que tenía. ¿Qué iba a tener? Un tiro horroroso en la barriga y un cuartillo con la pezuña colgando.

Cuando lo escuché me quedé planchado, pensando cómo podían pasar aquellas cosas: primero, porque el que tira una res y la hiere no vuelve al vedado en varios días; segundo, porque me estaba viendo otra vez donde los civiles por algo que no había hecho yo. Yo llevaba cuenta de una corza que yo rematé, un cochino que encontraron podrido en un pocetón del río, un vareto de venado que le faltaba una mano por la rodilla, otro cochino más, que lo encontró el Molino yendo con el Rafael, y se lo comieron en la Zarza, y las tres corzas que dijeron que vieron tocadas en la batida. Para hacer ese escarnio hacían falta muchísimas horas de Zarza y de Barrancos y de Berrocal.

Yo no estaba tranquilo, pues en cuanto se pusieron a ojear cazadores, el cabo me sacó fuera:

—Lobón no tiene un rifle y la corza estaba herida con rifle —dijo.

Entonces el Amalio se dejó caer:

—Lobón no tendrá rifle, pero el Goro tiene uno de los señores del Tarajal, y vete a saber si no se lo ha prestado.

Dijo el cabo:

—Lobón no deja hechío por donde pasa. Si él mata una res, se la come o la vende o la regala, eso no lo sé, pero plomearla no la plomea.

Unos días después, pinchado por el amo, subió el Clemente al cuartelillo.

—Las mujeres de las sillas dicen que han visto al Goro en la linde del Regalito y que a lo mejor llevaba el rifle.

Fueron donde el Goro y estaba en cama aguardando a don Celestino.

—Tú has tirado las corzas desde la linde, no digas que no, que te han visto. Tú tienes un rifle de los señoritos aquí.

Como estaba tan sordo, tuvieron que darle gritos para que se enterara. Dijo:

—El rifle está ahí, pero balas es lo que no tengo.

—¡Que tú has tirado las corzas!

—Aquí no hay corzas, sólo hay pájaros y para eso no demasiados.

No se enteraba. Le dicen:

—Te llevamos preso por entrar en la Zarza.

Entonces entendió y se puso que tiraba bocados porque llevaba tres semanas liado con cosa de estómago.

—Las mujeres te vieron en la linde.

—A mí me han visto ellas en la carretera, cuando voy a esperar a Miguel cuando reparte el pan. La que diga que me ha visto que venga aquí.

Fueron allí las mujeres y una dijo:

—Ahora que lo pienso, a lo mejor no fue él.

Otra dijo:

—La culpa fue del Amalio que dijo que el Goro le dejó el rifle al chiquillo de Lobón, y que había que apretar al Goro para que dijera la verdad.

El comandante del puesto, entonces, se fue a ver al teniente:

—Esta gente es toda basura: hablan por hablar. En las batidas tiran las hembras y después vienen a quejarse de unos y de otros.

El teniente dijo:

—La Zarza tiene su guardería. Allá ellos. ¿No tenemos otra cosa que hacer que estar pendientes de tonteras?

Todo esto lo supe de la forma que lo he dicho, porque Cuenca, el guardia, lo charló en lo de mi hermano que es el que me lo contó a mí.

Estando liado con estas cosas, viene Tocino, el recovero, y me da razón de que Manolo, el de la Casa de Postas, tenía un recado para mí. Voy allá y me dice:

—Martina quiere que subas hoy sin falta a verla. Me lo dijo el cobrador del coche de línea.

Esperé la hora de la siesta y en el mismo coche de línea me llegué al ventorrillo del Humo. Me dice Martina:

—¿Quieres ganarte cuatro billetes?

—¿Cuatro mil? ¿Estás de broma?

—Como lo oyes. Tengo un marchante que quiere un vareto, un macho, pero vivo.

—¿Vivo? ¿Estás tú buena?

—¿No quieres ganártelas?

—Yo sí, pero ¿cómo se trinca eso, arrimándote a él con una zanahoria?

—Igual que si fuera un conejo: con un lazo.

—¡Ya! ¿Y cómo sabe uno que va a trincar un macho? ¿O es que se enlazan en una misma noche diez o doce?

—Yo te digo lo que hay, y si no me lo traes tú, otro lo traerá y no será el primero.

—En la Zarza no queda un venado ni para reclamo —le digo.

—Yo sé que el último que quedaba, el que llevó a la Zarza el podenquero del Tomellar, se lo prometiste tú a Camilo y se lo diste al Aldavaca. ¡Bueno está contigo Camilo!

Lo que decía Martina era la pura verdad. ¡Qué mujer! ¡Lo sabía todo!

—¿Entonces —le digo—, si tú sabes que no queda simiente, no es tontera que yo vaya a buscarte un venado?

—Es que yo no he dicho que sea en la Zarza. Yo sólo he dicho que si quieres ganarte cuatro mil. Si quieres, en el Tomellar andan los venados como liebres.

—Son de esos de recría que no valen un duro: unas monas que no les falta más que llevar agua en botella.

—De esos mismos, para que veas. Así será todo más sencillo. Verás, en el Tomellar está el cortijo, que tú lo conoces, pero hay otra casa pegada en la sierra donde viven dos guardas. Cuando traen venados, los tienen allí en una córrala y les dan pulpa de remolacha, pienso y alfalfa, para que los animales tomen la querencia y no terminen por irse a otro lado.

Lió muchísimas cosas que tenían sentido con otras que no tenían ninguno, que si los machos iban allí y las hembras allá, que un amigo de ella los trincaba con lazos del mismo cable que usan las bicicletas en los frenos. Muchísimas tonteras dijo, como las que dice don Senén, de hay que ponerse aquí mirando para allá, sin cerrar los ojos para no hacer ruido. Que si el lazo trincaba los cuernos, que si por aquí, que si por

allá.

Yo estaba harto de tanta mercadería, pero había escuchado que era verdad que había venados a barullo en el Tomellar.

—Bueno —le digo—, y si trinco el venado, ¿cómo lo traigo?

—¡Aquí no se te ocurra! Lo llevas a lo tuyo, que ya irán a buscarlo.

—Y ¿crees tú que yo puedo llevar un venado como un borrico desde el Tomellar a lo mío? ¿Soy yo Pulmones?

—¿No puedes tú con la mula? ¿Pesa más el venado que la mula? —dijo riendo—. Yo me pensé que tú podías más que Pulmones, pero verás, ¿y si te llevas una caballería?

Total, que ella tenía allí una mula y me dijo que me la llevara. Yo no me determinaba a hacerlo, no fuera que me tomaran por ladrón si me veían en la bestia.

—Por ese lado no te apures, que da casualidad que el dueño de la mula es el marchante que me pidió el venado.

Era una mula murciana, linda, con dos dedos, rabona y sus cuatro añitos en la boca.

Cuando Martina me dijo que ella tenía un lazo preparado y que me tenía el costo para dos días y una botella de vino, pensé:

«¡Huy, huy! ¡Veremos a ver qué clase de lío me estás buscando!».

Yo nunca pensé en serio lo del lazo, lo que sí pensé fue en hacer una trampa en el suelo, si era verdad que había una querencia donde decía Martina. Pero abrir un boquete en el monte, si el terreno era blando, me iba a llevar un día. Le dije:

—¿Tienes ahí una zoleta, o un pico y una pala?

Se encampanó porque ella no sabía para lo que yo la quería.

—Yo te la devolveré —le dije, y ella se encogió de hombros pensando que yo andaba falto.

Lo cargué todo en la mula, con su albarda nueva, y una cuartilla de sogas y tomé para la sierra.

Al día siguiente por la noche supe, por las tablillas, que estaba dentro del Tomellar. Me acosté a dormir debajo de un chaparro y alivié a la bestia, que había llevado una buena paliza andando sin parar una noche y un día. Teníamos sed los dos: la mula y yo, pero no me determiné a buscar agua, pensando que no la iba a encontrar.

Con las claras del día me puse a componer el campo, buscando los altos para ver de marcar dónde estaba la casa de los guardas. Lo que vi en seguida fue el cortijo, allá abajo, en una vega donde hay muchísimos sisonos, o por lo menos, los había cuando yo estuve allí una vez y en la vega quedaba un rastrojo de garbanzo.

Tuve que dejar la mula, tapada y arrendada a un chaparro, y allí no veía yo casa alguna, ni otra cosa que umbrías y umbrías, monte y piedras. Estaba yo pensando que aquello más parecía monte de jabalí que otra cosa. En los apretados grandes, de salto en salto, se veían marcas de haber tronchado ramas para hacer calle, matones frescos con mucho seco. También tenía que haber muchísimo conejo, pues al paso trinqué uno encamado pisándolo, y se veían por todos lados hechíos, cagarruteros y unos pataleos horrorosos. Más entrada la umbría, me dejé ir por los aliviaderos del monte siguiendo las torrenteras donde yo veía medio marcada alguna vereda. Así salí a un limpio, desde el que se veía, encima de un repecho, la casa de que me habló Martina. Acercarme allí me llevó la mañana.

Yo no tenía fe en nada de lo que contó Martina, pero me tentaba aquello de poner la trampa en una querencia. En la Zarza nunca se me ocurriría hacer una cosa así, ni para coger vivo un cochino de veinte arrobas, pero allí, en el Tomellar, era diferente.

Como no había conseguido agua, ni para mí ni para la mula, estaba séquito. Más por el agua que por otra cosa, me arrimé, tapándome, a la casa y, al tenerla como a tres o cuatro tiros, me encuentro un cercado, no de hincos, sino de tela metálica alta, con más de cuarenta venados, machos y hembras, grandes y chicos y de todos los tamaños. Se me pasó la sed.

«¡Ah, puta! —me dije, pensando en Martina—. ¡Estos son los venados que un amigo tuyo coge con lazo!».

Allí dentro, no con lazo, a bocados se podían coger. Aquellos animales los traían de por ahí y los soltaban por el monte para que se criaran, pero como eran muy tontos, criaban poco y se dejaban matar mucho, y por eso, volvían a llenar el cesto.

Estas son las cosas de los señoritos: meten un palomo en la jaula y lo sueltan para pegarle un tiro. Meten un venado en la jaula y lo sueltan para lo mismo. Si ya lo tienen, ¿para qué lo sueltan? Y si lo sueltan, ¿para qué le tiran?

El Tomellar no era de un dueño, sino de Franco, como las carreteras y los soldados. Para cazar allí había que pagar y, con los cuartos que sacaban, compraban más bichos. Una tontera muy grandísima, porque, lo mismo que en la Zarza, las hembras que ya estaban algo montunas sólo encontraban machos de los que se pinchan en las carrascas, y si algo criaban era basura para la caponera.

Ver yo aquello y ver lo que Martina se traía, todo fue lo mismo. Lo que ella quería era ponerme en rastro para que el cobro corriera de mi cuenta. Pero pensé que tanto daba trincar el venado en la jaula como trincarlo en un boquete cuando lo soltaran, por eso

no lo pensé más.

Subí escurriéndome y me arrimé a la cerca. La casa quedaba detrás, a dos tiros, pero los venados me tapaban. Había una cancela con un candado más gordo que dos manos juntas y yo me puse a escarbar con las uñas y con la navaja para descarnar el suelo donde se clavaba la tela metálica. Miné allí más que un conejo, hasta que conseguí echar mano al alambre gordo que corría enterrado por el suelo, y halé, para arriba. Era tan recia la tela metálica que dejé levantada como una ola y por allí me entré. Los venados, a lo primero, se quedaron mirándome, pero en cuanto di dos pasos, tomaron un seguido por aquel embudo que acababa yo de abrir que me asusté. Se armó un pataleo, un empujoneo y un apretarse todos para salir por allí al mismo tiempo, que lugar me dio a este deajo, aquel trinco; me enganché al cuello de un macho terciado que me arrastró por la motilla abajo hasta que conseguí tumbarlo en el suelo.

Aquello fue un escándalo, pues yo no sabía quién estaba o no estaba en la casa y el alboroto de la reata y los berridos de aquel bicho que pesaría más de noventa kilos, me dejaron temblando. Estaba yo viendo que en cualquier momento se me montaba un tío con espuelas en lo alto de las espaldas. El rato que yo pasé fue amargo, pues el venado empujaba como un toro y, aunque se levantó, yo le tenía trincada una mano y la cabeza y no podía hacer otra cosa que pensar en su mala suerte; pero la mía no era mejor que la de él, porque no encontraba forma de llevármelo a la umbría.

Allí no podía quedarme, ni taparme, ni era cosa de soltar el bicho cuando lo más difícil había pasado. Una mula pesa tres veces lo que un venado como aquel, pero puedo decir que hubiera sido más fácil cargar con la mula que cargar con aquel bicho. Tres veces me tiró al suelo y, la última, a pique estuvo de escaparse porque me lastimó una mano.

Cuando llegamos a la umbría, le até las cuatro patas con la correa de los pantalones y le dije:

—Te esperas aquí que vendré a buscarte con la mula.

Cuando bajé era de noche y no encontraba forma de montar un bicho encima de otro, porque el venado se asustaba de la mula y la mula del venado.

Total, que tuve que quitarme la camisa y tapar los ojos a la bestia, como hacen con los caballos de los toros, pero le entraba el husmo y la cosa no mejoraba. A lo último, con la cuartilla de sogá, inventé pasarla por la rama de un chaparro como cuerda de pozo y levanté el venado por los cuernos. ¡Y había que oírlo berrear! Así conseguí echárselo a la mula y trincarlo a la cincha por las cuartillas.

Pero si malo fue todo este berrinche, la vuelta fue peor. El tirón de la noche fue muy bueno, pero tan pronto se hizo de día, tuve que bajar el venado y taparlo y todos los sitios me parecían malos. Cuando ya lo dejé a mí gusto, me estuve marcando las

veredas y las gentes que se veían a lo lejos, no fuera que después de lo malo viniera lo peor.

A todas éstas ni la mula ni yo habíamos bebido y teníamos los dos las lenguas como trapo. En toda mi vida pasé un día más largo que aquél. Al lubricán, todavía aguardé que se hiciera oscuro y, cuando se hizo, vuelta a subir el venado a la mula, para llegar al ventorrillo del Humo al amanecer. Hacía cuatro noches y tres días que había salido de allí, tiempo justo de ir, volver y perder un día entero escondido.

Martina estaba durmiendo, yo descargué el venado y lo tumbé detrás de la casa. Saqué un cubo de agua y me hinché. La mula también se puso buena de agua, animalito, qué sed tenía.

Sale Martina con los ojos como trompos, oliendo a un dormir hombruno, y me zampa:

—¿Qué haces tú por aquí? ¡Vamos, ahora caigo en cuenta!

—¿De qué?

—¡Qué has sido tú! ¿Qué otro podía ser? ¡Seré tonta!

—¿De qué estás hablando?

—Yo, inocente, ni cuenta había echado de ti, vamos que no me acordaba —dice—. ¿Pero a qué vienes aquí? ¿A comprometerme?

Yo le estaba viendo mal cartel a la corrida y quería dejarla hablar. Dice:

—Fuiste tú, ¿verdad? Pues te andan buscando, ándate con cuidado. ¡Sólo a ti se te podía ocurrir abrir una cancela con candado puesto! ¡Sólo a ti!

—¡Cancela! Pero ¿tú estás soñando todavía?

—¿No trincaste el venado?

—Sí que lo trinqué.

—Y abriste la cancela de un corralón; eso es lo que dijeron los civiles.

—Yo no sé nada de cancelas ni de corralones. Yo puse el lazo donde tú me lo dijiste.

—¡Ya! ¿Y trincaste el venado?

—Como te lo digo.

—¡Para comerte!

—¡Vaya, hombre! ¿No los coge igual tu amigo, el que me dijiste?

Se quedó chingada mirándome y se le veía pensar y pensar, buscando norte por donde salir. Se va a arrancar a hablar y se queda callada, lo vuelve a cavilar y dice muy seguido:

—Tú lo trincarías con el lazo, no digo que no, pero andan buscando a uno que abrió la córrala. Y si tú tienes un venado del Tomellar, a por ti vendrán los civiles. ¡Figúrate tú! ¡Abrir una córrala con toda la simiente de reses que manda Franco! ¡Con los dineros que vale eso! A la cárcel vas para los restos.

Como yo no había abierto cancela alguna, sabía que Martina estaba mintiendo, pero el venado, todavía, lo tenía yo y no ella. Le digo:

—Bueno, Martina, yo te doy el venado y tú me das los cuartos. Lo demás no me importa.

—¿Dónde está el venado?

—Yo lo tengo. ¿Y los cuartos?

—Esos los tiene el señor que me pidió el bicho.

—Pues se los pides, y cuando los tenga yo en la mano, le daré el venado.

—Tú no tienes que verlo a él. Para eso estoy yo.

Le digo:

—Martina, tú eres mala y alcahueta y yo te voy a romper una pierna. Escúchame: tengo el venado detrás de tu casa, monta en la mula y ve por los cuartos.

Dice ella:

—Ese venado te lo cobraste ya por adelantado. Y no me vengas a mí con las quejas. Si tienes que darlas a alguien, salte fuera y mira el hierro de la mula que llevaste.

Salgo fuera, miro el hierro y yo no lo había visto nunca. Se lo dije.

—¡Qué poco te fijas, hijo! El hierro es de la Zarza. Don Gumersindo es el que lió todo esto.

Me fui para ella y la agarré del pelo.

—Yo te desgracio, Martina, don Gumersindo no tiene cabeza para inventar todo esto. O me das los cuartos o te rompo una pierna.

Empezó a llorar, no porque le hiciera daño, sino porque sabía que yo nunca decía las cosas por decir. Lloraba tanto y hacía tantos papeles que hasta su padre salió en camisón, como un fantasma. Allí, sin dientes, medio cegato y con la barba de quince días toda blanca, parecía el miedo.

Le digo a Martina:

—Llévate al viejo.

Ella sale corriendo y se abraza a él.

Con Martina no se podía y entonces me fui para dentro, le abrí el cajón del dinero donde había tres duros y calderilla.

Me quedé con todo, rompí todas las botellas que tenía allí, las de vino y las de gaseosa, le rompí la mesa grande y tres sillas de anea, le hice cachos los cristales y cuando terminé, le dije:

—El venado lo tienes detrás de la casa, ya lo sabes.

Me fui de allí que tiraba bocados.

Mucho tiempo después supe toda la verdad, que no fue como la contó Martina. Don Gumersindo le pidió el venado y ella dijo:

—El podenquero no puede trincar otro porque todo dios sospechaba que el que usted tenía en la Zarza se lo llevó él. Pero yo haré que Lobón se lo lleve.

Entonces don Gumersindo dijo:

—¡Hombre, eso está bien! El se ha llevado el que tenía yo, pues que traiga uno a cambio.

No le pagó nada a Martina porque la tenía trincada por siete sitios y los siete malos: le debía dinero, le había cobrado comisión de unos cochinos que no había vendido, lo había sacado de fiador con una tarjeta de él que le escribieron encima lo que quisieron. Por eso tuvo Martina interés en servirle.

Ese venado llegó a granarse en la Zarza y muchas veces lo tuve luego en los puntos de la escopeta, no lo quise tirar, porque era el único que don Gumersindo tuvo que hacer algo para tenerlo allí.

Me acuerdo cuando a Pencho lo echaron del sanatorio y no lo metieron preso por lo malo que estaba y por influencias que metió don Gumersindo.

Pablo tuvo que ir por él, gastando lo que no tenía, y traérselo a lo suyo a pasar calamidades.

Ellos no dijeron nada, pero todo el mundo se enteró. Miguel, el del ventorrillo, me dijo por qué lo echaron del Sanatorio. Dijo:

—Es mucha bragueta la de Pencho. Por la bragueta lo echaron, porque las inyecciones le ponían la salud por abajo y no por el pecho, que es donde él tiene maldad.

Y lo que dijo Miguel era verdad, pues la abuela me dijo un día hablando de lo mismo:

—Un hombre es un hombre y hay que ver aquellas tías, con tan poca vergüenza, metiéndole al pobre hijo las pechugas por la boca con el achaque de hacerle la cama, ¿qué querían que hiciera?

Por eso lo echaron, porque no se podía aguantar en cuanto veía a una de aquellas que lo cuidaban. Hasta que las monjas dijeron que o ellas o Pencho.

También decía la abuela:

—Y las monjas, valientes monjas, ¿era con ellas con quien se metía Pencho? Con las mozas que había allí era y ellas no tenían que meterse en lo que no les importaba.

A la cuenta de este disgusto, Pablo se echó a perder, bebiendo, poniéndose patoso y perdiendo hasta la gracia que siempre tuvo. Se apipaba de vino y dormía las borracheras en mitad de la cañada.

Con estas cosas, tapándome de la Encarna, un día sin otro subía yo a llevarles algo de comer, porque darle dinero a la abuela era lo mismo que echarlo a un pozo. Ella ahorraba para poder refrotarle a Pablo que tenía cuartos, y los que tenía, de sisarle a Pablo eran.

Esto fue largo y muy tristísimo, pues ya, hasta la Encarna, un par de veces vino a decirme que le diera dinero. Lloraba y me decía cosas que no quiero repetir, ella lo sabe, que una vez no le pegué porque yo sabía que no venía de por ella.

Cuando se fue la Encarna de lo mío, sí se fue de por ella, cuando vino por dinero, no. Yo me fui a Pablo y le dije:

—Mira que esto no puede ser, que tú no haces más que el vino y el vino y tu casa se la lleva el viento. Tu suegra quiere mandar a la Encarna a la fábrica de sillas y si tú no dejas el vino, tendrá que hacerlo la criatura.

Pablo se arrugó, se arrugó muchísimo y estuvo llorando como un chiquillo, pero por la noche estaba otra vez borracho.

Con estas cosas yo me levantaba y me iba a despertar a Pablo, y me lo llevaba de la boca, le cargaba los cartuchos y hasta le llevaba a vender la cacería. Así un día y otro

día, una semana y otra semana, un mes y otro mes.

La mala racha de Pablo le costó a don Senén cerca de ocho cientos de pájaros. Cuando ya se esponjó siguió viniendo conmigo a todos lados: venía a tirar las cabras y me ayudaba muchísimo a sacarlas de los miradores sin que me ventearan a mí. Me hacía el ojeo que se le puede hacer a una cabra.

Cabritos llevaba a su casa y cuartos para poner parches donde hacía falta. A lo último, cuando perdió la perra, no se hallaba sin mí porque para los conejos no tenía perro y para los pájaros no tenía ganas de andar.

Cuando don Senén batió Cabrahigo y batió el Sarcochal, la sociedad comprendió que la eminencia no sabía demasiado del asunto, ni de la guardería. Eso se le atragantó como un hueso de damasco en la garganta.

—Esto lo arreglo yo, pronto y ligero.

Se subió al pueblo a ver a los civiles y les dijo:

—En mis cotos han hecho escarnios.

El cabo le dijo que él no tenía ningún coto, que lo que tenía era unas tablillas prohibiendo el paso y que a él nadie le había subido a denunciar cosa alguna.

—Pero usted puede enterarse de quiénes son los que entran allí.

—Y ¿qué daño hacen entrando si los dueños no los denuncian?

—Cazan allí en tiempo de veda.

—Yo eso no lo sé.

—Usted sabe que Lobón y ese tal Pablo viven de la caza.

—De la caza y de lo que ustedes les dan.

—Yo no le doy nada a esa gente, guardia.

—Don Gumersindo les da, don José Manuel les da, don Vidal les da y a veces cantidades de dinero, no se vaya usted a creer.

A don Cosme le contó esto el cabo de los civiles, que por eso lo sé yo.

Viendo que con los civiles la cosa no iba bien y que a Pablo lo miraba muy bien todo el mundo, cuando se volvió borracho y cuando no lo era, llevaba esa espina en el estómago. Lo primero que hizo fue cambiar las tablillas y donde ponía «Prohibido el paso», puso «Coto», pero era mentira porque allí nadie pagaba lo que hay que pagar

para poner una tablilla de esas. Eso fue lo primero, que lo segundo fue peor.

Una noche, la abuela y la madre de la Encarna se me entran por la puerta. La abuela me dice:

—Pasa, que tenemos que irnos de la choza.

La madre le hizo el coro:

—¡Figúrate qué ruina!

—¿Y eso? Don Cosme les dio el terreno.

—Sí, el terreno nos lo dio, pero resulta que el Balbino entró de colono sin nosotros aquí y ahora no quiere que sigamos.

—¿Y quién es Balbino si el dueño es el dueño?

—Nosotras no sabemos de esas cosas, pero ese don Senén le dijo a Pablo que nos teníamos que ir y cuando él lo dice es porque es verdad.

—Yo iré a ver a don Cosme, ¿quién es don Senén aquí, ni qué pito toca?

—Le lleva el pleito al Balbino contra don Cosme y por eso están poniendo tablillas en la linde.

—¿En la Casa del Fraile?

—Y el Aguilera y el Monjo han llegado hoy ahí para la guardería. Como don Senén hace pleitos abusa de quien quiere. Total, que nosotras venimos a pedirte dinero: lo que tengas.

Sólo tenía dos pesetas y se lo dije, pero la abuela puso cara de porro y me dijo:

—Tú, el dinero grande lo llevas siempre en el bolsillo del pantalón. Mira a ver si tienes ahí algo más.

—Ni un gordo: dos pesetas es lo que me queda.

—Mira, mírate ahí, que tú siempre llevas.

Nada, que tuve que darle la vuelta al forro y enseñárselo. Entonces dice:

—En la Casa de Postas te podrían fiar. Tú le llevas al Manolo la cacería.

—Mañana me llegaré a ver.

—¿Por qué no te vas ahora en un salto? ¿Qué tienes que hacer? Si mañana hay que irse al pueblo, no esperes tú que Pablo nos saque del apuro.

—Para pasar el apretón, si eso es así, pueden venirse aquí y yo me voy a la lobera.

La abuela miró a la madre como si no le pareciera mal, pero dijo:

—Eso ya lo pensaremos, pero ahora vete a buscar los cuartos.

La abuela ya me estaba descomponiendo con tanto avasallar, como si ella tuviera trapío para eso, y la madre, que me notó el viaje, quiso arreglarlo y dijo:

—Al fin y al cabo tú eres de la familia, porque la Encarna y tú...

—Eso —dijo la vieja cagándolo todo— y tienes que arrimar algo, que tampoco es derecho que porque la Encarna y tú tengáis lo que tengáis entre vosotros, tengamos que tener una boca más en casa.

—Yo no le dije que se fuera —dije yo y me salí del chozo porque no quise oír más.

No fui a la Casa de Postas, sino al pueblo a ver a don Cosme. El pobre estaba en la cama, con muchísimo frasco de boticas de todas clases y olía a espíritu, del mismo que se usa para disolver el triquitraque. Ese espíritu se mete en la nariz y se da un sorbetón y dicen que disuelve muchas maldades de los mareos y cosas que entran por la nariz.

Cuando le conté lo que pasaba le dio un faratute y todo del berrinche que tomó.

La mujer que lo cuidaba empezó a tirarme de la manga y me sacó fuera del cuarto de don Cosme.

—Pero es que me tiene que dar un papel para que no echen a Pablo de allí —le decía yo.

Don Cosme decía con mucha fatiga:

—A la cárcel van a ir todos, ¡tunantes, aldavacones de poca vergüenza!

Le decía yo a aquella mujer que el disgusto de don Cosme se le pasaría, pero que si no había papel, Pablo se encontraba en la calle.

—Dígaselo usted, que le dé un papel.

Aquella mujer no tenía labios y hablaba muy por lo fino y con mucha pasta, pero gatos debía tener en la tripa porque dijo no, y no.

—No se le puede hablar de la finca que la tiene ya perdida y no quiere enterarse.

—Es suya.

—Pero debe mucho de tanto lío como ha tenido y ya la ha perdido.

Me fui de allí con el barrunto de que a aquella tía la habían untado para envenenar a don Cosme con espíritu y boticas. Por eso me fui donde don Celestino y se lo dije:

—A esa la paga don Senén, como se lo digo. ¡Ya nos enteraremos!

—¡Pero si esa pobre señora es una monja de paisana!

—¿Una monja? ¡Pues anda!

—Y lo que te ha dicho es verdad. Don Cosme está en la calle, sin un gordo. No es Balbino el que pelea con él, son los Aldavaca que son los que pagan el pleito para quedarse con lo del Fraile.

—¿Los Aldavaca?

—El Balbino figura ahí, pero el Balbino es un borrico muerto de hambre que les está haciendo el caldo a los Aldavaca. Por eso tienen tanta prisa en que venda, para que no se presente nadie a estropearles el negocio.

Cuando volví a lo mío estuve cavilando en todas estas cosas: en don Cosme, en la monja aquella, en lo que me contó don Celestino que querían hacer con la Casa del Fraile. En tonces, muy despacito, me dejé ir por la cañada, salté la linde, que era verdad que ya tenía tablillas, me llegué al cortijo y le metí un cerillazo al pajar. Me aguanté allí achantado hasta que las llamas subieron por encima de la veleta y hasta que vi salir al Balbino, al Monjo y al Aguilera dando voces.

Ardió el pajar, los tres almacenes y no ardió la cuadra porque soplaba levante. De haberme dado cuenta, hubiera prendido la cuadra, pero ya era tarde.

Los Aldavaca tapados por el Balbino, el Balbino tapado por don Senén y don Senén tapado por la justicia, habían arruinado a don Cosme para quedarse con la Casa del Fraile. Por eso yo le metí un cerillazo.

Estaba todavía humeando aquello cuando el Monjo, estando sólo las mujeres en casa, se fue a lo de Pablo y le metió fuego. Ni lugar tuvieron de sacar los colchones ni los trastos.

—A mí no me digan nada, las quejas se las dan al Balbino.

Cuando Pablo volvió, se fue para allá con la escopeta cargada y no le abrieron la puerta.

Aquella noche se vinieron a lo mío y todos lo pasamos fatal, porque yo me fui a la

lobera sin colchón y ellos se aviaron con el mío, allí dándose calor unos a otros.

Al día siguiente fui con Pablo a la Casa del Fraile y el Balbino no estaba.

Le dije al Monjo:

—Le dices al Balbino que Pablo tiene que hablar con él y que como no le abra la puerta, vengo yo y la echo abajo: por mi padre.

El Monjo terminó por llamar a Pablo y subieron a ver al Balbino, que estaba allí con don Senén.

—Yo no mandé que os quemaran las cosas vuestras —dijo Balbino.

Don Senén, sin mirarlo, le soltó:

—¿Cuánto valía lo que tenías allí?

Pablo le dijo que no le hablara de tú, que ya estaba harto de decírselo, y que lo que allí tenía no sabía cuánto podía valer.

—Entonces, ¿quiere usted que nosotros lo sepamos?

Lo que a Pablo le dieron o no le dieron, yo no lo sé. Pero don Cosme o la monja aquella, mandó unos colchones de paja y alguna ropa de cama y agrandamos el chozo mío, poniéndole otro tanto por delante.

Estando en esto llega el Monjo y dice:

—Yo lo siento mucho, pero es mejor que no sigáis trabajando porque me han mandado quemaros también ese chozo. Yo me fui para él muy tranquilo, lo cogí de una oreja y le puse la cabeza pegada al suelo.

—Monjo, escucha lo que te digo: si un día te arrimas demasiado al chozo, te cuelgo a un chaparro por una pata.

Le di dos o tres coscorrones contra el suelo y lo solté. Dice:

—Pues a mí me han mandado y tú verás. No vamos a tener cazadores junto a la linde.

—Los vas a tener dentro de la linde. Díselo de mi parte a don Senén. Yo tengo un papel de don Cosme dándome permiso.

—Yo sé que tú tienes permiso, pero tú no tienes tu licencia.

—Pues con ella o sin ella, ya lo has escuchado: si te arrimas aquí, te cuelgo por una pata y, si se te ocurre algo peor, te quemamos las orejas.

El Monjo galleó un poco aquella vez, pero como sabía lo del Beltrán y el Meleto no volvió a trasponer la linde, ni al pozo se arrimaba. Si quería beber pedía agua a Pencho o a las mujeres.

Pero estando en estos líos, Pablo se puso a hacer red para pescar barbos en el torno del río y como el Monjo lo vio, fue con el cuento a don Senén, que lo denunció diciendo que tenía red para zarampafia en el chozo.

Vinieron los civiles y vieron la red:

—¿Esto para qué es?

—Para que no me piquen los mosquitos —dijo Pablo.

—Vente para arriba que te han denunciado.

—¿Es que yo no puedo hacer con un hilo lo que quiera?

—Esto es para una zarampaña.

—No señor, que eso es para pescar en el torno del río.

Lo soltaron, pero don Senén dijo que Pablo no tenía licencia para pescar.

Total, que le quitaron la red y lo estuvieron haciendo subir y bajar de la cañada al pueblo y del pueblo a la cañada.

Con estos líos tuve que subir al vedado y me fui a las cabras, que era donde no había cuidado, pero aunque fui a las cabras, maté una cochina que estaba herida y preñada.

Aquello me dio mala espina porque yo sabía que, antes o después, terminarían por echarme la culpa a mí de las reses lastimadas y de todo lo feo que se viera en el vedado. Me estaban ensuciando el campo y me llegué al Pegujal de noche a casa de Nicolás y le dije:

—Nicolás, tú eres de la Zarza y tu mujer se portó muy bien conmigo cuando yo era chico. Por lo que yo he escuchado, están tirando las reses dentro del vedado. Yo no soy, el Goro tampoco. ¿Quién piensas tú que pueda ser?

—Yo te puedo decir lo que se escucha en la Zarza: dicen que la gente de Aldavaca está matada por formar sociedad con don Gumersindo, para llevar el vedado. Dicen que ellos pagan a éste y a aquél, cada vez a uno, para que hagan daño que se vea.

—Pero ¿a quién van a pagar?

—Dicen que a ti y al Goro.

—Y tú, ¿qué piensas? La verdad.

—Si tú no eres, ¿qué te voy a decir? De aquí no conozco a nadie que sea capaz de meterse ahí dentro un día y otro día.

—¿De aquí del Pegujal?

—Yo entré una vez y no quiero ni acordarme. De aquí no hay quien entre, te lo digo yo.

—¿El Quemado?

—El Quemado nunca tiró con la escopeta. El tiene bastante con los espárragos, las setas y lo que le dan por los chivateos.

Me volví al vedado y después a lo mío, pensando que todo tenía estropeo: La familia de Pablo apretada en el chozo, don Cosme alelado, el Goro en el hospital con la barriga abierta, la Encarna y la Carmen a punto de parir, todo el campo lleno de tablillas, los Aldavaca comiéndose unos a otros.

Sólo los Ahumada vivían tranquilos porque no estaban aquí, que unos paraban en Málaga y otros en Sevilla, y si venían, era a descansar, no a pelear.

Todos los líos, si no empezaron, se enconaron con la electricidad.

Mucho antes de la guerra quiso don Gumersindo traérsela de su bolsillo y empezó a poner los postes grandes que aún están en la Peña. En la guerra todo se dejó correr y cuando estaban por aquí los del monte, resultó que Franco puso electricidad por la parte de arriba de Carbonero. Entonces, don Gumersindo juntó a la gente principal y les dijo:

—¿Por qué no nos juntamos todos y traemos la electricidad?

—Nosotros nos alumbramos con mineral o con carburo —dijeron los Aldavaca—. Usted que tiene cuartos, gásteselos en postes y ponga la electricidad que quiera.

Don Cosme dijo que él quería electricidad, porque los postes grandes pasaban por Carbonero, que era suyo entonces.

Daniel se trajo los postes y todos los inventos que están dentro de esas casetitas de la muerte, pero no habían hecho más que poner la mitad de los postes cuando Franco dijo:

—Yo pago lo que falta.

Y entonces se armó el lío, porque los aldavacones dijeron:

—Si Franco paga, podían haber avisado, que ahora la luz sube al pueblo, sube a la Zarza, pero no pasa por lo nuestro.

Don Gumersindo y don Cosme dijeron que si querían luz, que se repartieran el gasto que ellos habían hecho ya, y entonces es cuando vino don Senén, porque los Aldavaca dijeron:

—Hay que traerse a don Senén, que él, con tal de tener cacería y no pagar, hará todo lo que le digamos.

De los postes grandes de Carbonero, salían los postes chicos de la Casa del Fraile, porque los de la Zarza salían más arriba. Los Aldavaca querían poner los postes de ellos hasta la caseta de la muerte de don Cosme. Don Cosme dijo que sí, dijo:

—Soy conforme, pero me pagáis vuestra parte porque lo que yo gasté va a ser de todos.

—Eso es, todos los gastos a medias. ¿No es eso?

—Eso es.

—Pues firme usted aquí.

Si don Cosme no hubiera firmado, todavía tendría Carbonero. No sólo no le dieron un gordo, sino que, encima, tuvo que pagar la mitad de lo que los Aldavaca gastaron en llevar la luz hasta el Galeón.

Aquello fue un escarnio, porque cuando le dieron la razón a don Cosme, había gastado en pleitos más de lo que le hubiera costado pagar lo que le querían robar los Aldavaca.

Pero no acabó ahí la cosa, porque como vieron que don Cosme estaba medio paralítico ya, le pusieron otro pleito con la linde de Carbonero y otro con la Avispa, pinchando a Romero, y otro con el Balbino, que tenía que dejar la Casa del Fraile desde dos años antes. Así arruinaron a don Cosme los Aldavaca, don Senén y la justicia.

Cuando el que manda, manda mal, el que tiene que obedecer se choca y, si del carril se saca el carro, todo el barbecho es camino. Así los cotos, que no eran cotos, eran la carnada que los Aldavaca ponían a don Senén, que cuanto más acotaba, más quería.

Por eso yo le dije a Pablo:

—O nos defendemos, o de aquí a un par de años, nos arrastran.

—Y ¿qué podemos hacer?

—Que ¿qué vamos a hacer? Yo te lo diré: aburrir la cacería de los cotos. Todo lo malo que pasa en el campo, viene de la perdiz: leña a los pájaros.

Me traje los madrileños, Pepillo Marcos y Barrena, Raspaqueso y ocho chiquillos de la escuelita de Almafuente. A Pablo se le calentó la boca y dijo:

—Yo voy por Martina, que ella es alcahueta y algo inventará para ganarse o llevarse los guardas y caseros. Tú verás.

Así planchamos Almafuente, Monte Castro y el Galeón, de noche con la zarampaña, de madrugada con los lazos, perchas, lanchas y toda clase de engaños, y de día batiendo como los señoritos. Cuando yo escuchaba aquellos tiroteos y veía que nadie asomaba la jeta, me hacía de cruces.

Martina les mandaba papeles como si fueran del juez, porque se iba a don Fermín y le sacaba esos tacos que pone: Usted vendrá mañana a tal hora y a cual hora.

Estuvimos así hasta que cundió que allí se armaban tiroteos y vino la guardia civil a vemos a Pablo y a mí.

—Nosotros no hemos escuchado nada. Eso será don Senén.

—¡Pero si estamos en veda!

—Dígaselo usted a él.

Las batidas se acabaron, pero seguimos apretando los pájaros a donde el viento se llevara los tiros para la laguna y, después, los andábamos de sol a sol. Allí no importaba que sonaran los tiros.

En cuanto el Goro volvió del hospital le conté lo que había y como todavía no estaba bueno del todo, no hacía guardería y vino a echarnos una mano.

¡Qué montones de pájaros hacíamos! Plasta vergüenza daba llevarlos a vender porque eran por demás.

El primero que se cansó fue Pablo, pues quitando los domingos, sólo él, el Goro, Martina, Raspaqueso y yo seguíamos dando el mate.

—Si vamos a otro lado yo voy —decía—, pero tirarse el día pateando para apurar los pájaros de aquí, es perdidura de tiempo.

—Hay que llevarse la simiente —le decía yo.

El Goro me seguía la corriente porque fue amigo de padre, pero pensaba que yo estaba chalado derrotándome por matar el último pollo.

—Meterse en la cabeza que donde haya dos pájaros perdices, ninguno de nosotros podrá tirar un conejo.

—En otra parte los habrá —decían ellos, porque no les entraba en la cabeza.

Raspaqueso me traía aburrido porque, si salíamos de noche y él se había quedado con nosotros, se venía con la escopeta.

—¿A dónde vas con eso?

—Es que a lo que yo le tengo afición es a tirar.

Me arrepentí toda la vida de Dios de haberlo llamado, pues sólo hacía estorbar. Iba yo con la luz, Pablo con la zarampaña y él con la escopeta. Tan pronto encandilábamos un pájaro, ya estaba él empalmado.

—¿Quieres que con el ruido nos trinquen aquí fritos?

A los cuatro pasos estábamos en las mismas.

—¿Y si se le va a Pablo? —decía.

Entonces se fue con Martina y el Goro, y Martina le dijo:

—Mire usted, Raspaqueso, vaya usted con Dios que aquí maldita falta que nos hace.

Primero blandeó Pablo y después Martina.

—Yo tengo mi negocio —dijo— y no lo puedo dejar solo con el viejo.

En cuanto vio que no había bucheos, como cuando se ponía ella en una punta y yo en la otra, dijo que el mate se podía ir a hacer unas pocas. Los bucheos sí le gustaban, porque escondía la mitad de lo que echaba abajo para no repartirlo, y yo le llevaba la cuenta porque tiraba con mis cartuchos.

Yo no lo hacía para sacar ganancia de los pájaros y me daba igual que se llevara lo que quisiera, pero ella decía que no era derecho que nosotros entráramos en el reparto con los demás.

—Una es buena, pero no tonta —decía.

Raspaqueso tuvo mala suerte porque lo trincó la guardia civil en el auto de línea con un saco llenito de pájaros. Cantó que los había matado en el Galeón, pero no nos comprometió.

—Menos mal —le dije yo a Pablo y él me dijo a mí:

—No se lo agradezcas, que no lo ha hecho por nosotros. El, lo ha pasado en grande con que se crea la gente que él solito llenó el saco. Por eso ni nos mentó.

—Capaz es, no te vayas tú a figurar —le dije yo porque estaba harto de Raspaqueso.

La pequeña de Pablo, la Francisca, tenía el encargo de quedarse en el motillón alto de lo Romeral que da a la cañada y, cuando había cuidado, nos avisaba poniendo un espejo al sol. Pero cuando Pablo se desengañó de dar el mate, a mí me dio fatiga tener allí a la criatura.

Después, ya lo he dicho, Martina se rajó, a Raspaqueso lo trincaron y los días de semana sólo el Goro y yo seguimos pateando aquello.

Don Fermín tuvo un lío con el asunto de los papeles que le quitó Martina, porque decían:

—¿Pero quién se puede creer que el juez tiene tan mala letra para mandar una citación tan mamarrachera? A usted le han quitado los papeles y se tienen que enterar de quién se los quitó o veremos a ver.

La gente subía allí y decía:

—A mí me ha llamado el juez de paz.

—Pues no está aquí, que ha ido a Málaga, asunto de familia.

—¡La culpa la tengo yo por subir aquí a tonteras!

Cuando ya subieron tres veces, don Fermín dijo:

—Y yo ¿cómo es que no sé que el juez lo ha llamado?

Le enseñaron los papeles y allí fue el lío, pero nadie lo achacó a cosa de cacería, sino a una broma de un guasón.

Como el Goro se aburría y se cansaba, le dije que no voviera más, que yo iba a dejar aquello también. Pero no lo dejé, sino que me quedé solo con la carga de todos a cuestas, esa es la verdad.

Estuve planchando el terreno, siempre con prisa, siempre a la que salta, buscando la ocasión que el casero del Sarcochal estaba con la suegra de cuerpo presente y todos andaban allí de velatorio, o cuando el de las Tenadas iba a que le arreglaran las muelas, siempre escondido, soliviantado, como si estuviera haciendo un crimen.

Fue entonces cuando comprendí que ya no quedaban escopetas calientes, que cada vez los tíos se iban haciendo más como las hembras. Lo mismo que yo quería descastar los pájaros, la ley y las tablillas habían descastado los cazadores. No tenías

donde volver la cara, sólo quedaba gente blanda, aficionaduchos que venían al campo como el que va a la pelota, o todo lo más, gente como Pepillo Marcos, que podría haber sido puntero, pero tenía otro oficio y vivía de él.

Cavilando yo en estas cosas, la Encarna tuvo un niño y yo me dije:

—Todavía no se ha acabado la casta de los cazadores, no lo ha querido Dios.

La criatura era linda, no porque fuera mi hijo, y yo comprendía que nadie me había dado nunca una cosa tan grande como la que me dio la Encarna. Pensaba yo que aquel chiquillo, aunque ni la Encarna ni yo nos cogiéramos al compás, era el son de su casta y de mi casta, era todo lo que yo la había querido desde niño y, también era, aquel venado de recría que yo maté en la Zarza para darle cuartos a Pencho.

Pensé ponerle Juan, Juan Lobón, y pensé llevarlo al monte, como padre me llevaba, para hacerlo un hombre y que le pincharan las carrascas y supiera pasarse sin agua.

Cuando la Encarna parió, su padre estaba preso porque don Senén lo denunció por andar con la zarampaña. Aquella vez le cogieron con los pájaros y, como el cabo estaba maluquillo, fue el guardia ése dentón el que corrió con el asunto y le arrimó dos buenas cachetadas.

El crío nació tal que hoy, de madrugada, y Pablo no volvió al chozo hasta pasado mañana al mediodía, porque yo me fui a ver al cabo y le dije:

—La Encarna tuvo una criatura.

Me dijo el cabo que iba a soltar a Pablo, pero que entre él y yo pagaríamos la multa que le habían echado, que no me acuerdo si fueron cuarenta duros.

Bajé con Pablo para la cañada y justo delante de lo de mi hermano, nos cruzamos con el auto de don Senén que se paró allí y se nos quedó mirando. Pablo le dijo:

—Muy buenas tardes, don Senén, muy buenas tardes —con un recachondeo que a mí me entró la risa.

El disgusto de lo de su padre le cortó a la Encarna los calostros y la criatura empezó a ponerse de mal color. Como estaban preparando el bautizo, yo tenía que ir donde el párroco y de paso me alargué a ver a don Celestino que se puso muy contento y se vino conmigo a ver el chiquillo. Lo ve y dice:

—Hay que bautizarlo ya, ahora mismo.

La abuela dijo que no podía ser, que ella quería hacerse una bata nueva porque con la que tenía no estaba para ir a ningún lado.

—Déme agua, que el niño se muere.

Nos quedamos todos fríos porque no esperábamos aquello. Don Celestino, por su mano, bautizó al crío echándole el agua y venga de rezar. No había hecho más que bautizarlo, cuando se quedó lacio y se fue derecho al cielo, porque los médicos, tocante al bautizo, tienen el mismo mérito que los curas y, al que bautizan, bautizado se queda para los restos.

Dijo don Celestino que se fue el agua de la sangre, porque el agua de la leche moja la vena arteria, que está en lo húmedo, y como a la Encarna se le cortó el calostro con el berrinche que tomó por tener preso a su padre, en lugar de agua, el calostro tenía sólo pringue y se le secó, a la pobre criaturita, la vena arteria.

De eso se murió que, de suyo, no es enfermedad pues tanto la Encarna como yo más sanos no podíamos estar.

La Encarna tomó un llorar tan trabajoso que uno se retorció de verla.

Yo subí al niño al cementerio en brazos, en el auto de don Celestino y, si no es por él, ni me lo entierran y, encima, me meten preso. Decían que tenía que ir donde el juez.

—Pero si era mi hijo, un cristiano, ¿también le van a echar a uno el juez por esto?

Así es la gente de este pueblo, que como no haya papeles por medio y tíos que chupen de los papeles, hasta le echan el juez a un padre que va a enterrar un hijo.

Con el luto por el crío yo me quedaba en la cañada, junto al pozo, por estar a la vera de la Encarna.

Iba allí mucho, pero nunca hablaba con ella, si acaso me traía un cacho de pan mojado en guiso para oírme decir que estaba muy bueno.

El Monjo venía allí a linde, pero se estaba por dentro de los alambres, y siempre me decía igual:

—¿Crees tú que es culpa nuestra? Yo ya le dije a don Senén que si quería quemarte el chozo, que viniera él a hacerlo. Pero, es tontera, el chozo os lo queman. ¡Bueno está don Senén conque los civiles soltaran a Pablo!

Una vez, vino allí Aguilera, que cantaba muy bien y a las viejas les gustaba escucharlo. Empezó con la broma y terminó caliente, echándole valor al asunto. Dijo:

—Yo no soy el Monjo y, si no os quemo el chozo, es porque yo no quiero. No te creas tú que te tengo miedo. Pero si un día me da por quemarlo, contigo y sin ti quemo yo eso.

—Tú, inténtalo siquiera y verás lo bien que lo pasas.

—Pues mira, cerillos tengo yo.

—Yo sé que tú tienes cerillos.

Saca un fósforo, lo enciende y dice:

—Si ahora lo echo encima del techo, ¿qué ibas a hacer tú?

—Echarte al pozo.

—Tú no tienes lo que hay que tener para echarme a mí al pozo —dice.

—Bueno, a lo mejor no te echo, pero deja la caja de cerillos o se te va a mojar.

Se soliviantó un poco y se puso a hacer como el que iba a meter un cerillazo a las aneas. Entonces lo enganché por el fondillo y por el pescuezo y lo eché en mitad del pozo. Claro que se le mojaron los cerillos.

Aquel pozo es como un albercón redondo y el agua queda del suelo como el techo de una casa de obra. Allí abajo se quedó el Aguilera que parecía un rano, lleno de limo verde.

Le ayudé a salir y se fue chingado porque las viejas y la Encarna empezaron con la broma y a mi me entró la risa. Me dijo:

—Ya te contará un cuento don Senén, no te creas tú que vas a abusar de todo dios porque tú seas un mulo.

—Sí, díselo a don Senén, y, si quiere bañarse, no tiene más que venir.

Eso fue todo lo que pasó, pero al otro día se me viene el Balbino a caballo y, sin arrimarse mucho, me dice:

—Tú has dicho que vas a tirar al pozo a don Senén y vas a ir preso, que te vayas enterando.

Aquella misma tarde, pasa la pareja por la cañada y el Cuenca, el guardia, sube a la lobera y me dice:

—¿Qué es lo que te ha pasado con don Senén que dicen que tú lo has amenazado? Te la estás buscando con tanta tontera.

Le dije lo que había pasado, y suelta el trapo:

—Ja ja —dice—. ¿Y bañaste al Aguilera? Ja ja. ¿Y no le dijiste que cantiñeara allá

dentro del pozo?

No pasó más y a mí se me había olvidado aquello, cuando una vez que estaba yo recargando cartuchos, empiezan los perros a ladrar y yo guardo todos los avíos debajo del colchón pronto y ligero. Me salgo fuera y me veo subir a don Senén con las botas altas y esos pantalones de culeras de cuero, el Balbino detrás y el Monjo y el Aguilera de escopeteros. Me siento allí en las piedras a esperar que suban y me veo que el Aguilera se pone a un lado, al otro el Monjo, los dos con las escopetas empalmadas.

—¿Venís a matar a alguien? —les digo.

Sube don Senén y yo sigo sentado. Dice el Balbino:

—Ponte de pie.

—¿Es que traen ustedes el santolio? —le digo yo.

—Tú no tienes educación —dice él—. ¿No ves que hay aquí un señor?

—Un señor y dos escopetas, y tú Balbino, no alces la voz o te echo los perros.

Dice don Senén, muy a la allá va:

—Andando, ahora mismo bajas a quemar la choza de la cañada.

—¿Yo?

—Pero ahora mismo.

—¿Paga usted para venir a mandarme? ¿O es que si no voy me van a meter un tiro?

No le salió la cosa como él creía y dice:

—Se te paga lo que sea, pero la quemas.

—Dígale usted al Monjo que lo haga. Vamos, dígaselo, ahora están ustedes cuatro aquí y tienen dos escopetas. Si usted se lo manda, puede que se atreva.

Dice don Senén, como si me fuera a comer:

—¡A ti te voy a dar un escarmiento! ¡Pero cuánta chulería y qué falta de respeto! ¡Tú vas a ver si se quema o no se quema!

Se da la vuelta, como un quinto, y yo dije:

—Al que se arrime a la choza, sea quien sea, le quemo las orejas.

Don Senén se para, con las narices muy abiertas, se queda encampanado, y yo me puse de pie pensando: «aquí me dan un tiro». El Balbino se echó a un lado y el Monjo y el Aguilera se miraban sin saber qué hacer. Entonces, don Senén, con muy poquísima vergüenza se pone a reírse.

—¡Este Lobón es mucho Lobón! —dice—. Ja ja. ¡Es mucho lobonazo! ¿No lo decía yo? Por las buenas le come a uno en la mano, pero por las malas... Eso son los hombres.

Se viene a manotearme la espalda y le quité la mano. Al Balbino le dijo otra babosería y el Balbino, como el Monjo y como el Aguilera, avergonzado estaba de escucharlo. Dice:

—La comedia se acabó, Lobón y yo tenemos que hablar.

El Balbino dijo que tenía que ir a ver al tractorista, pero se iba por el bochorno que le entró. Aguilera se encogió de hombros y se fue soltando refranes que todos lo escuchamos:

—Basura, basura, aunque presumas de buena, sigues por la calle oscura.

Don Senén no se determinó a decirles al Monjo y al Aguilera que no le dejaran solo conmigo, pero los miraba como con ansia, y, cuando llegaron a los chaparros, dijo que hacía un tiempo muy bueno y le bailaba la voz.

Yo me quedé callado, aguardando a ver por donde salía. Dice:

—Vamos a hablar para entendernos como se entiende la gente. Aquí ni amenazas, ni tonteras.

—Yo no he amenazado a nadie. Aquí me llega usted con dos escopetas apuntándome a la barriga.

—¡Hombre, no es para menos! Tú dijiste que me ibas a tirar al pozo.

—Yo le dije una broma al Aguilera.

—Pues esto de las escopetas también ha sido una broma. ¿O crees tú que te íbamos a matar? Bueno, el asunto que me trae, es que no es derecho que estemos gastando cuartos en guardar los pájaros y tener que aguantar en la linde una gente que vive de la caza.

—Yo era hombre ya cuando usted llegó aquí. Pablo llevaba treinta años en la Avispa cuando usted lo echó. Antes de venir usted, nadie pensó en poner tablillas en parte alguna.

—Tienes razón, pero nosotros hemos pagado para cazar nosotros.

—Ustedes no cazan, ni hacen más que destrozar. Ni pagan tampoco. Que los Aldavaca podrán poner las tablillas que quieran en lo suyo, para darle gusto a usted. Pero en la Casa del Fraile no es derecho poner tablillas. Yo tengo permiso de don Cosme.

—Pero tú no tienes licencia. O sea, que a ti te da lo mismo: tú no tienes derecho a cazar.

—Yo no tendré licencia ni derecho, pero permiso del dueño, ¡vaya si lo tengo!

—Ese permiso no vale.

—¿Que no vale? Y las tablillas que usted pone ¿sí?

—Mira, Lobón, tú sabes mucho de cobrar perdices. Lo haces y tienes facultades. Si tú quieres eres un cazador muy apañado. Pero de cosas de la justicia no entiendes.

—Yo sé que la justicia es mala.

—¿Que es mala la justicia?

—Lo más malo que hay en el mundo.

Quiso liarme y dijo que yo querría decir que los tíos eran malos, no que la justicia fuera mala.

—Si la justicia fuera buena no les darían cachetadas siempre a los mismos, no le darían más al que más tiene, ni menos al que menos.

Dice:

—Un suponer: si a ti viene un tío y te quita la camisa y tú vas donde los civiles y todos vais donde el juez, ¿qué manda la justicia que se haga?

—Mandaré eso, digo yo, que me devuelvan la camisa.

—Entonces la justicia es buena —dice quedándose conmigo. Pero le suelto:

—No señor, la justicia es mala. Si un tío tiene precisión de robar este trapajo ¡figúrese usted qué calamidades no estará pasando! Si yo no le doy algo mejor que esta camisa, poco hace con quitármela. ¡Qué va a ser buena la justicia!

—Bueno, no digamos más tonteras.

Dijo que la cañada era de Franco y que para hacer un chozo allí había que pedirle

permiso a él o al alcalde y nosotros lo habíamos hecho sin permiso. Dijo que él tenía influencias y empeños y que, por las malas, nos echaba de allí, pero que como tenía conciencia, quería arreglar el asunto por las buenas. Dijo que nos ponía un pleito y, entonces, nos íbamos a ver pidiendo limosna en el pueblo y que la Encarna y la Francisca, Pencho y las viejas, iban a pagar las culpas de Pablo y mías. Yo le dije:

—Si usted quiere poner pleito, póngalo. Si hay que ir preso, se va preso, pero alguna vez lo soltarán a uno de allí, no se olvide de eso.

—¿Me vas a amenazar otra vez?

—Usted es el que amenaza. Si la Encarna y la Francisca pagan culpas, no serán las de su padre ni las mías, sino las de usted. Pablo tenía su casa y su cachito de tierra, que se lo regaló don Cosme.

—Don Cosme no puede regalar nada. ¡Pero tú qué entiendes de estas cosas!

—No, si yo sé que unos lo pueden todo y otros nada, que las leyes las ponen a gusto de ustedes.

—No vamos a decir más tonteras. Convéncete que Pablo se tiene que ir de ahí.

—Y ¿adonde va a ir?

—Eso ya lo tengo yo pensado.

—¿Usted? Y él ¿no lo puede pensar también?

—Le buscaré algo para que esté mucho mejor que ahora, se lo puedes decir de mi parte: que le doy mi palabra de esto.

La palabra de don Senén a mí nunca me gustó, pero cuando se marchó y Pablo vino a preguntarme lo que había pasado, le dije:

—Nada, que ese hombre dice que aquí estáis muy malamente y quería de buscaros una casa.

Me he aguantado mucho contando lo que pasó y no pasó, todo lo que fue el embarazo de la Encarna, porque, de suyo, de no haber sido por ese embarazo y por las cosas que pasaron entonces, todo sería distinto a como es ahora.

Por mi culpa llevaron a Pablo de guarda a una finca cerca de Jerez, donde nada había que guardar, y a la Encarna la pusieron a servir en el mismo cortijo donde Pablo pintaba la mona. Hubo mucho gitaneo, pues don Senén empujó mucho y, cuando ya estaba Pablo comprometido, don Gumersindo se enceló de que un abogado de fuera se metiera a gobernar a la gente de aquí, y en la camioneta verde de la Zarza, los

metió a hinchonazos, y se los llevó una tarde para lo de Jerez, para que el favor se lo debieran a él y no a don Senén.

Cuando ya se iban, la Encarna vino a preguntarme:

—Juan, ¿qué hago yo?

—Yo ¿qué te voy a decir? Si tú eres conforme en irte...

—Aquello está muy lejísimos.

—Sí que lo está.

—¿Por qué no te vienes tú también?

—Yo no.

Estuvo llorando y hasta me besó porque la consolaba, pero a mí me entró una calladera muy grandísima y no me salían las palabras del cuerpo. Me ha pasado siempre así, que me entra la calladera y ya ni soy capaz de pensar, ni escucho lo que me dicen, ni saco punta a las cosas, y luego, cuando ya no hay remedio, me entra la pesadumbre de no haber podido decir esto o lo otro.

Cuando yo escucho a Martina y a don Senén, hablar tan seguido como ellos hablan, que se les nota que las palabras se les van sin pensar, porque no las cavilan en el corazón sino en los dientes, me embobo escuchándoles el polverío que arman con la conversación. Yo hablo más despacio que nadie, porque tengo el hablar más pastueño y, en cuanto tomo el seguido, me da como vergüenza, no lo puedo remediar. Aquella vez, si yo llego a tener un buen momento, muchas cosas habría podido decirle a la Encarna.

Ahora que lo estoy apuntando aquí me parece muy fácil lo que entonces no me salía. Podía haberle dicho que ella era toda mi vida, que la quería allí aunque fuera para pelear con ella, que no se me fuera entonces ni nunca, ni siquiera también ponerse en contra mía como don Senén, don Gumersindo, los Aldavaca, los civiles, el juez y toda la gente floja.

Estando allí los dos, vino Pencho y se apoyó en el paredón de la lobera.

—¡Vaya! Ahora la despedida —dice.

La Encarna se trasconejó y dijo que ya se iba.

—Aguarda un poco, mujer, ¿no has venido a decir adiós? Yo también vengo a lo mismo y, a lo mejor, padre también tiene cara para venir, no te vayas tú a figurar.

La Encarna se puso muy colorada, queriendo comerse a Pencho con los ojos.

—¿No te lo ha contado la Encarna? —me dijo.

—¿Lo qué?

—Lo que pasó anoche ¿no te lo contó?

La Encarna, da la rabotada y toma para abajo aguantándose las faldas y como lloriqueando, mientras Pencho se queda allí.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué se va así? —le pregunté yo.

—Ya te enterarás.

—¿Cosa mía?

—¡Y tan tuya, ya lo verás! Como padre quedó mal con don Senén porque le convenía arrimarse a don Gumersindo, anoche lo vio en el pueblo y ya te enterarás de lo que dijo.

—¿Qué le dijo?

—Yo no lo sé, que te lo diga él. Entre él y don Senén van a hacer una buena cosa contigo.

Entonces me fui donde Pablo que al verme se quedó soliviantado.

—¿Qué es lo que pasó contigo y con don Senén?

Antes de que Pablo pudiera decir algo, apareció Pencho, por detrás del pozo y dijo:

—Eso, que te lo cuente.

Pablo se fue para él y le dio una, que si no lo trinco de los brazos lo desgracia.

Salieron la madre y la abuela y se echaron sobre Pencho que hacía como el que se está muriendo. Pablo daba voces y me miraba con los ojos muy brillantes y la boca más grande que nunca:

—¡Vaya mierda de despedida que te vamos a hacer! ¡Valiente tunantería hay en esta casa! ¡Yo te lo diré, Juan, yo te lo diré para que nadie te lo diga, porque lo más malo de todo es que tienen razón, toda la razón, hijos de la gran...!

—Ahora échale la culpa al vino —le cortó Pencho, olvidándose de que estaba como muerto—. Echale la culpa al vino, échale la culpa a lo bueno que tú eres y lo bien que te liarón, anda.

Pablo se puso como si le hubieran echado un toro de casta dentro del cuarto. Me dice:

—Por la Encarna y la Francisca te juro que...

—¡Todo mentira! —le corta Pencho.

Entonces, la Encarna se vino para mí y, medio abrazándome, medio dándome empujones, me dijo:

—Vete, Juan, vete, hazlo por mí.

Pablo gritaba, las viejas también y yo me fui de allí sin saber qué era lo que pasaba y lo que no pasaba. Así fue la despedida.

Cuando se fueron en la camioneta verde de la Zarza, bajó el Aguilera a quemar el chozo y yo le dije:

—Ni se te ocurra. Pablo se fue que es lo que quería don Senén: las aneas a nadie hacen daño.

Aquella misma noche tuve una sorpresa porque Pencho volvió y me dijo:

—Yo no voy con padre ni a la esquina.

—Pero ¿te has echado abajo de la camioneta?

—Estoy harto y además ¿qué iba a hacer yo allí?

—Lo mismo que aquí.

—¿También tú te vas a poner contra mía? No te apures que ya me buscaré algo, aunque sea de chivato, que eso da mucho: ya has visto lo que ha pasado con padre.

—Y ¿qué es lo que ha pasado?

—¡Y lo preguntas tú! ¡No eres tú tranquilo ni nada! Como te quedas quieto, te ordeñan, aunque te echas la mula a la espalda.

—¿Por qué dices eso?

—Porque padre, por darle gusto a don Senén, le contó que tú y él planchasteis todos sus cotos y encima, dice que te quiere más que a todos los de casa juntos. ¡Si no te llega a querer!

—¿Eso le dijo?

—Eso y también que fuiste tú quien le metió fuego a la Casa del Fraile, sólo que como el Balbino cobró el seguro y sólo perjudicaste a don Cosme, por ese lado nada te van a hacer.

—¿Y por qué le dijo eso?

—Por la babosería del vino y porque él se pensaba que el otro se iba a reír mucho, como si fuera una gracia. Se pensó: yo me voy ya, ahí queda eso. Usted me saca de la cañada y ahí le queda a usted ese hueso.

Me dejó sin habla porque no me lo podía creer.

—Por la noche llega a casa, se abraza a la Encarna y dice: pasó esto y esto, yo soy un hijo de tal y de cual y a Juan me lo he cargado. Lloro, se pelea con la abuela y con madre culpándolas de que por ellas él se tenía que ir de guarda y la Encarna a servir. Le digo yo: si estás borracho no quieras pagarlo con la abuela y con nosotros. A Juan lo fastidian, dice. Juan sabe defenderse solo, dice la Encarna, Juan es muy bueno, dice. La abuela, por tirarle a padre se mete contigo, la Encarna le mete las manos por la cara a la abuela y madre le pegó. Entonces padre le pega a madre. Todo por el vino. A lo último todos estaban llorando y yo me fui a dormir a lo de Miguel.

—¿Por qué me cuentas eso a mí?

—Porque tú eres el único que ha tenido detalles conmigo.

—Tu padre, ¿no?

—¿El? Si no fuera por la abuela, estaba yo más que muerto. Pero como te digo, dormí en lo de Miguel y cuando vuelvo por la mañana, me dice: ¿Fuiste a charlar con Juan, no? Le digo: dormí en lo de Miguel. Dice él: ¿Lo charlaste con Miguel? Mucho miedo tienes, le digo. Me vuelve a pegar y me tiró dos patadas a la espalda que todavía tengo la señal. Cuando se me pasó el dolor me vine a buscar la Encarna.

Pablo con el vino se ponía de una forma que daba miedo y me dio pena no haber dicho que no se apurara por aquello, que don Senén era un cucarachón y a mí no me daba miedo de nada que viniera de él.

A los pocos días de irse Pablo, vino el jefe de línea, el teniente, y le dijo al cabo de los civiles:

—Que Lobón se presente en el cuartelillo tres veces al día, por la mañanita, al medio día y al lubricán. Que se esté haciendo eso hasta que yo lo diga.

El cabo me mandó llamar y me dio esa razón.

—Pero ¿tengo que venir yo tres veces a firmar en el papel? ¿Y si vengo por la mañana y echo las tres firmas al tiempo?

—No, si la cosa es fastidiarte.

—¡Pues vaya unas ideas que tiene la gente!

El guardia Cuenca le dijo a Pepe, mi hermano, que el que metió la pata fue el juez, pinchado por don Senén, y aquello sí que tenía sentido.

Cuando ya había subido siete veces, y estaba más que harto, le dije al cabo:

—Bueno, yo subo porque usted me lo manda, pero yo no soy conforme con que no me digan por qué tengo que subir.

—Anda, vete, vete, donde yo ni te vea, que sólo con lo que suena tu nombre, por bien o por mal, había para meter en la cárcel a un regimiento.

—Pero ¿qué he hecho yo ahora?

—Ahora y siempre. ¿Es que no leíste lo que pusieron en el diario hablando de ti? ¿No es bastante con eso?

—Para meter preso a don Senén y al que escribió eso, pero no a mí que yo ¿qué culpa tenía?

Me fui de allí pensando que el cabo no tenía ni infundio de por qué tenía yo que presentarme todos los días tres veces. Como tuvo aquella conversación conmigo, el juez de paz me mandó llamar.

—A usted, como siga por el camino que va, lo mando donde el juez de los vagos y maleantes. Si usted abusa del personal y anda por ahí metiendo miedo a la gente, encima de que usted caza de furtivo, yo lo encierro para los restos.

—A usted le ha venido con cuentos don Senén, que por eso le hace usted caso porque es del oficio.

¡Cómo se puso! Llamó a don Fermín, el alguacil y dijo que me pusieran multa por lo que le había dicho. Encima de todo, quería sacarme los cuartos. A lo último sólo pagué cincuenta pesetas y me fui de allí contento de haberle dicho la verdad en su boca. Los diez duros se los gastaría en vino, que también le gustaba al juez sentarse en el bar con los viejos a darle a la botella. Así gana la gente los cuartos por ahí, y luego dicen de uno.

Con la agonía de subir a firmar al pueblo, no podía irme muy retirado, ni soñar con dormir en lo mío, porque sólo el viaje de la mañana me quitaba las horas buenas del pajareo y el conejeo. Por eso le dije a mi hermano:

—¿Te importaría que durmiera aquí, en el güichi?

—¡Claro, hombre! Vente ya.

La Carmen y el Pepe se portaron conmigo divinamente: me daban de comer, me ponían un colchón en el güichi con sábanas blancas, me lavaban la ropa y ni me mentaban para nada el gasto que hacía.

Por la mañanita me bajaba a las Hazas de Suerte a recoger los lazos y trampas que ponía por la noche y a las ocho ya estaba yo en el cuartelillo a poner mi nombre en un papel que pusieron allí. Salía y tomaba el seguido para el Molino, andando los pájaros y con los perros amarrados para que no latieran los conejos. A eso de las diez, diez y media, si no veía personal, cogía una yegua de Daniel y me ponía en el Charco Verde o el Taramillo a conejear hasta que juntaba algo. Volvía al Molino, dejaba la yegua y me subía al pueblo a firmar otra vez.

Las cosas de la vida, que cuanto más apurado estaba y más alicortado me tenían, más fastidio le daba yo a don Senén, porque antes, quitando los mates, nunca cazaba lo suyo; después, pájaro que metía en el capotillo, si no era de las Hazas de Suerte, era del Sarcochal, de Monte Castro o de la Valera.

Por la tarde me llegaba a la Casa de Postas, y el Manolo bien que abusó de mí, porque sabía que estaba acosado y, en lugar de ayudarme, me decía que le sobraban pájaros y conejos y que si yo quería, me daba cuatro cuartos por hacerme el favor. Y no le sobraba nada, que yo lo sabía, pues Pablo ya no estaba y el Goro le vendía los conejos a Tocino.

Menos mal que la única carga que me había quedado era Pencho y que con lo que yo sacaba, poco o mucho, podía pagarle a Miguel la comida que le daba. A Miguel le venía bien tener allí a Pencho, porque cuando repartía el pan, dejaba a la criatura acompañada, por eso tampoco hacía negocio: lo que se comía es lo que yo le pagaba y Pencho comía muy poquísimo.

Yo quería componer el tiempo para que me diera lugar a entrar al vedado, matar algo, tapanlo y dejarlo allí para volver y llevarlo a la vereda. Pero era imposible porque con lo de ir a firmar, yo no podía estar al amanecer allá arriba, en la Caldera, y a las ocho en el cuartelillo. Mi interés en esto, era para pagar a Pepe lo bien que se estaba portando conmigo.

Aquellos tres meses no me quitaron la alegría, ni la ilusión y hasta disfrutaba tomándole las vueltas a lo feo, como si fuera una cabra subida encima de una piedra alta. ¿Tú miras para aquí? Yo te entro por allá. ¿Tú por el culo? Yo por la cara.

Me quedé más flaco de tanto ir y venir y de tanto mirar el reloj para que no me atropellara el tiempo. Menos mal que el reloj que me trajo el Faneca del moro, era una prenda y nunca se cansó de andar.

Como en el Sarcochal llegaron a escuchar los tiros, don Senén se fue a ver al juez y me vinieron a decir:

—Del pueblo no te muevas sin decir donde vas.

Entonces Daniel, el ferretero, me daba razones para llevar al Sevillano, uno que tenía él en el Molino, que era viudo con un chiquillo que cuidaba los cerdos. Iba yo al cuartelillo y decía:

—Me voy al Molino.

—¿Qué vas a hacer allí?

—Esto y lo otro.

Me llevaba los perros y una cachaba, y raro era el día que no trincaba dos o tres conejos encamados y que el Juanito no cogía otros tantos a diente.

Me sentía acosado, siempre corriendo, siempre inventando, siempre escondido, que hasta el Pepe tenía que ir a llevarle lo que yo cogía al Manolo, después de cerrar el güichi.

Estando en estas cosas, una tarde, a la hora de la siesta, pasa Tocino con la tartana por el güichi y me dice:

—Al chozo que tenías allá abajo, junto al pozo de la cañada, le metieron fuego esta mañana.

Me fui a la guardia civil.

—Voy a lo mío.

—¿A qué vas tú allí?

—Que me han quemado el chozo el Monjo y el Aguilera y quiero ver qué ha pasado con mis cosas.

—Ni se te ocurra bajar, ¡tengamos la fiesta en paz! Yo mismo iré a ver lo que ha pasado —dijo el cabo.

—Y ¿por qué usted? ¿Era suyo el chozo?

—Descuida que yo lo arreglaré.

—Eso era cosa mía y yo lo iba a arreglar. Otro nuevecito me iban a hacer el Monjo y el Aguilera.

Me dice el cabo:

—Juan, dame palabra de que no se te va a ocurrir bajar allí.

—Yo de eso no le doy palabra.

—Pues te encierro, porque no quiero que me desgracies a nadie y encima salgas tú perdiendo.

Me quedé en el pueblo que tiraba bocados. Las intenciones de un toro tenía yo, pensando que si me encontraba al Monjo y al Aguilera les quemaba las orejas.

Al lubricán, se para delante del güichi la paquetera del mercado, que la usaban a veces los civiles para ir de acá para allá, y se baja el cabo, el Monjo y el Aguilera.

—Que nos muramos ahora mismo si fuimos nosotros —dijo Aguilera.

—Cuando yo vi el humo —dijo el Monjo señalando a su compañero— le dije a éste: Lobón nos va a echar la culpa a nosotros.

—Y si vosotros no fuisteis, ¿quién lo iba a hacer?

—Pues el Balbino o el mismo don Senén que estuvo esta mañana allí.

El cabo escuchaba sin abrir la boca. Dice el Monjo:

—Toda la mañana nos la pasamos recorriendo la linde de Casa Posadas, hasta llegar a Carbonero, y pregúntale al Goro que nos vio desde lo suyo. ¿Nos iba a dar lugar a bajar hasta la cañada? Pregúntale al Goro y él te dirá si es mentira.

Nos tomamos allí unas copas y se me pasó todo el disgusto. Yo estaba tan fresco y hasta contento, pensando que a don Senén le iba a meter un trabucazo que no iba a encontrar la manera de sentarse.

Pero no le di un trabucazo, no. Lo que hice fue, que unos diez días después lo vi pasar por el pueblo camino de Cabrahigo y, sin decirle nada a los civiles, acorté culeando por los cortados que bajan del pueblo para aquella parte, y le taponé la vereda con dos o tres chaparros de los que tenían allí cortados. Como había llegado a la casa, tuvo que salir y salió, claro. Llega con el auto, ve los árboles, se baja del auto, vuelve a subir y trata de dar la vuelta. Yo no contaba con que diera la vuelta y me quedé chingado. Pero metió las ruedas de atrás en el barro, y cuantas más vueltas daban, más se hundían. Veía yo a don Senén allí dentro, haciendo morisquetas con la boca, hasta que se bajó y tomó para el cortijo.

Entonces yo me salí y con cuatro papeles de diario y un montón de leña, le hice una hoguera debajo del motor que daba gloria verla. Al rato de estar aquello ardiendo, pegó un crujido que hasta me asusté porque se prendió la gasolina y a poco no arde todo el chaparral.

Era un auto viejo, pero que daba gloria verlo.

Un día me dice el cabo:

—Don Gumersindo ha pedido que te deje libre de subir a firmar esta semana, porque quiere que vayas con el Felipe a la Peña a no sé qué.

Era un cuento del Clemente que me dijo:

—El amo no está, ni el amo ha pedido nada, que he sido yo. Tú dijiste una vez que había que meterle fuego a la Laguneta, en la parte de los apretados.

—Padre lo decía, pero yo que metí un cerillazo en lo que tiene don José Manuel, en Badajoz, ¡no quiero acordarme!

—El amo me dijo que te preguntara.

En esto eché un rato nada más y me quedaban seis días por delante. Me dije que iba a ir por un cochino, para que el Pepe hiciera embutido y aquella fue la cacería más corta que hice en toda mi vida, porque me bajo al Molino para entrar en la Zarza por el río y en el mismo río maté un macho que daba gloria verlo. Todavía no era de día y cogí la yegua, me volví al pueblo por la vereda, atravesé la plaza, salí a la carretera y allí se lo dejé al Pepe.

—¿Te has vuelto? ¿Pasó algo?

—Que ya está hecha la cacería.

—¡No!

Estaba el Pepe viendo el cochino y no se lo podía creer porque se acababa de levantar de dormir y decía que me había escuchado salir hacía sólo un rato. Más de dos horas hacía, pero para él que era sólo un rato.

A los tres o cuatro días, bajando yo a la lobera, me topo con don Senén, que subía en taxi por la cuesta. Le miré muy descarado para que él se enterara que yo sabía que andaba sin auto. Al día siguiente, estaba él con el Balbino yendo hacia las Tenadas, y yo que había ido al ventorrillo de Miguel, me salgo fuera para que me vea, y le digo a voces a Miguel:

—¡Escucha, Miguel! ¿No es don Senén aquel pelusito que va por la cañada?

Miguel que no lo había visto dice:

—Si mete las patas para dentro, don Senén será.

Como el viento llevaba las voces, don Senén se para y nosotros seguimos hablando como si nada. Miguel en el horno y yo detrás de la tuna.

—Sí que tiene unas hechuras dificultosas —digo yo.

—Las patas como las gallinas —dice Miguel.

—¡No te oigo! —le digo yo, que ya me estaba entrando la risa.

—¡Que tiene las patas como las gallinas! —dice Miguel todavía más fuerte.

Se paran allí el Balbino y el don Senén, y yo venga a tirar de la lengua a Miguel.

—Pues le han quemado el auto.

—¡Las orejas tenían que haberle quemado, que hay que ver la que le hizo al pobre don Cosme!

No pasó nada más, pero cuando hacía siete días y volví yo a presentarme al cuartelillo, me dice el cabo:

—Tú no tienes que venir más.

Me puse más contento que nadie.

—Andate con ojo —me dice—, que no te han soltado por mérito que tú tengas, sino porque don Senén vino a decir no sé qué al teniente, y el teniente le paró los pies y le dijo: mire usted, si ustedes no se ponen de acuerdo con Lobón, yo no voy a estar haciendo con Lobón lo que a ustedes les convenga, ya se lo dije al juez: primero que suba a firmar, luego vienen con que lo deje una semana, usted viene a decir, ¿qué? Por eso te soltamos, no por otra cosa.

Hubo sus más y sus menos con este asunto porque el que más manda es el juez, pero el teniente es el teniente y no hay quien le mande lo que él no quiere. Por eso aunque el que más manda es el juez, manda menos que el teniente, que es el que tiene los mosquetones y el que manda dar las guantadas.

Así volví a la lobera, solté los perros y me englorié con mi colchón, con el pozo de la cañada y el cacho de cielo tan hermoso que recortaba la sierra y los fresnos. Antes del lubricán estuve allí como embobado, viendo el ir y venir de las torcaces de los Barrancos al arroyo de Chotacabras, el recogerse de los espurgabueyes que se enganchaban por bandos en el eucaliptal hasta ponerlo blanco. Pero el campo estaba fatal.

Cuando la piedra rueda para abajo y no hay blandura en el suelo, rueda hasta lo último. El campo lo secaron entre todos, porque nadie quería a nadie y nadie quería el campo. El trigo nada valía y el pan valía un disparate, no había jornales y de todas las casas tenían que salir a buscar el conejillo, no para venderlo, para tener algo que echar al guiso.

Hasta el Quemado vino a pedirme que le guardara un cachorro de la Rabona, porque todo el mundo quería buscar lo que fuera, donde lo hubiera. Además de los aficionados, salió al campo una piara de escopetas de cargar por la boca, unos trabucos de pedernal que ni los dueños sabían de dónde los habían sacado. A uno se le iba un tiro y mataba una becerra, al otro le reventaba el cañón en las manos. Aquello era un caso.

La humedad de la tierra se la llevó el levante y dijo Dios que no llovía más hasta que todos nos enmendáramos. Se secaron los pozos y los cochinos empezaron a morirse a chorro y a las vacas les entró la pezuña.

Los inspectores llegaban a un cortijo y decían:

—A ver, que traigan aquí todos los cochinos.

Cuando estaban todos juntos, enganchaban uno y le quitaban un cacho de carne o lo sangraban. Cogían la carne y la sangre y la llevaban donde el veterinario para que la oliera. Si tenía peste, quemaban toda la piara, y si no olía mal la dejaban.

Al que tenía cuartos y untaba, no tenía dificultad: sus cochinos estaban buenos. Don Gumersindo mandó a Madrid más de tres mil cochinos y esto lo sé yo porque Martina fue la que mandó más de diez camiones llenos de esos cochinos, camiones de los militares. Yo no digo que tuvieran peste, pero sí digo que en el Regalito mataron hasta el último porque decían que la tenían, y los de la montera de la Zarza, que a veces se juntaban con los del Regalito, dio casualidad que estaban todos buenos.

Se barruntaba en el aire que algo malo tenía que pasar, porque la misma tierra, en lo que es de hoja, de pelo y de pluma, andaba con las bilis por la sangre.

El Goro me lo decía:

—El monte está aburrido y ¡veremos a ver!

Era verdad que estaba aburrido y, cuando cayó aquella maldición tan malísima, a ninguno de nosotros nos cogió de sorpresa. Tenía que pasar algo así.

Lo que empezó por los cochinos y las vacas, siguió por los conejos, y te los encontrabas con los culillos salidos y los ojos como picotas llenas de pus.

Fue el aburrimiento de la tierra, lo mismo que cuando se ha hecho una injusticia cae un rayo y mata un pastor.

Nosotros no teníamos culpa, porque nosotros éramos campo; la culpa era de los que cagaban el trigo dejándoselo a los pájaros de comedero, la culpa era de los inventos de la electricidad y del deporte, que tomaban el campo como diversión, de tanto auto y tanta moto echando humo.

Pero el rayo nos cayó a nosotros, a los pobres, a los cazadores, porque no fue a la perdiz, ni a la madre que la parió, a quien le entró la enfermedad, sino al conejo.

Se morían a chorro y el que no se moría estaba pringado que hasta repugnancia daba verlo. Salía uno con los perros y todos parecían pachones, pues no escuchabas un jai. Te encontrabas los gazapos tiesos, secos como un palo, que sólo tenían ojos para mirarse la muerte.

Así, desde la linde del vedado a la laguna, no quedó más pelo que el de las liebres, que iban siendo cada vez menos porque se morían con el sulfato que echaban en los algodones del Taramillo, Charco Verde y toda aquella parte.

Con estas cosas, los cazadores, tuvimos que dedicarnos a la pluma y los sisones y pájaros de agua que tenían mala salida y los pájaros buscaban el abrigo de los cotos donde nadie les pegaba. Así empezamos a tirar la tórtola y las palomas y a enredar las codornices con la red con reclamo de pito.

Don Senén dijo:

—Ahora la gente de las uñas sucias va a querer también llevarse los pájaros perdices y nos van a fastidiar. Con esto de no haber conejo vamos a tener que gastar más cuartos en guardería.

Fue la primera verdad que escuché de su boca y la primera vez también, que escuché que don Senén decía, a la gente como nosotros, los de las uñas sucias. Como tenía sentido, no me pareció mal.

En los baldíos veías los buscahuevos desnudando nidos de perdiz para vestir cotos. Les pagaban dos pesetas por huevo y los metían al calor para sacar los pollos o se los echaban a las gallinas americanas para que los sacaran.

Ya no tenía sentido dar un mate en ninguna parte. No quedaba nada por defender. Nos habían quemado el campo y, como las ratas, sólo nos quedaba comer de lo guardado.

Yo no sé el tiempo que pasó desde que Pablo se fue hasta que la Encarna me escribió por primera vez. Sí me acuerdo que guardé esa carta y la leí tantas veces que me la sabía de memoria. Me hablaba de Pencho y me hablaba de ella y de mí.

Las cosas se olvidan y no se acuerda uno de todo y, de las cosas que uno se acuerda, son tan tontas que ni vale la pena de hablar de ellas. Pencho, que era mayor que yo, bastante, como un hermano me trataba y puedo decir que los únicos berrinches que tomé con él fue a cuenta de que no comía nada. Miguel se encontraba acompañado y se reía mucho con él, porque su gracia estaba en la mala leche que ponía al charlar de uno o de otro. Si salía mi hermano Pepe, ya estaba diciendo que cómo presumía tanto; un día que la Carmen se puso a vomitar delante de la gente y no echaba más que garbanzos, le decía:

—Hija, hija, vomita; vomita también la carne, que cualquiera se va a pensar que en casa sólo comemos garbanzos.

A mí, cuando me estaba lavando y me veía la cicatriz del pecho, ya estaba con que lo que yo tenía en las costillas era un chocho. A todo le encontraba un parecido y cuando decía algo malo de alguien, uno se reía, pero después salía que era verdad.

Nunca agradecía nada, pero si era conforme con uno, tenía un agrado que yo no sé decir dónde lo guardaba, y si no era conforme, yo al menos me apuraba y hacía por buscarle la gracia.

Más cuartos que yo le he dado a Pencho, sólo le di a Miguel, cuando la Sinta estuvo ocho meses mala. Pero de darle a Pencho nunca me arrepentí y de darle a Miguel sí, no por el dinero, sino porque una vez que tuve que arrimarle dos mil pesetas para ir a Málaga, donde un médico de tontos, armó una de agradecer y agradecer, que hasta vinieron los civiles a preguntarme otra vez que de dónde sacaba los cuartos.

Aquella vez no podía yo dar razón ninguna y, como llegó a oídos de don Gumersindo, dijo:

—Esos son los Aldavaca que le están pagando para que me lastime las reses y los jabatos.

Don Senén, que lo supo, dijo:

—Don Gumersindo que tenga mucho cuidado con lo que habla, porque a la próxima va a ir preso por levantar calumnias.

Hicieron un registro en todos los ventorrillos y casas de comida, venga a apretarles a los dueños. Les decían:

—¿Usted le compra venado o cochino a Lobón? Pues como nos enteremos va usted preso y le cerramos el negocio.

Le decía yo a Miguel:

—También tú te podías haber callado la boca, que mira lo que me está pasando con tus agradecimientos.

Un día viene Rico y me dice:

—El amo dice que subas.

—Dile que no, que la última vez que estuve allí me tiró una cachetada.

Dice:

—Quiere que vayas con él de viaje.

—¿Qué es lo que quiere ahora? ¿Llevarme con él a Badajoz para dejarme allí?

Rico se volvió solo y al rato aparece don Gumersindo en el coche grande, se baja en la misma cañada y sube a la lobera.

—Tú, Juan, necesito que te vengas conmigo.

—Yo con usted no voy ni a la esquina.

—Te digo que necesito que vengas. Me han invitado a unas cacerías y te necesito a ti y a tus perros. Si no quieres venir, tú te lo pierdes.

—¿Y no me va a dejar usted por medio del camino?

—Venga, coge tus cosas y vámonos.

Como no dijo que iba a pagarme, yo me pensé que era verdad lo que decía y tragué.

Salimos aquella misma noche y aquella misma noche llegamos a un sitio que le dicen Andújar. Allí cenamos en un bar que hace esquina. Yo iba al lado de Paco, el de la Médica, que iba guiando, don Gumersindo detrás, pero nos venía mareando de los pedos que tiraba y teníamos que abrir las ventanillas con disimulo. Don Gumersindo, como el perro de don Fermín, debía tener flatulencias, porque se le iba el aire por arriba y por abajo, venga de erupcionar y venga de desgraciarse en nosotros todo el tiempo.

Pasamos cuarenta y dos días de acá para allá. Estuvimos en todos sitios: en Andújar, en Cuenca, en Burgos, por la parte de Santander, en Toledo y en una parte muy lejísima que le dicen la Sagra, donde no hubo cacería ni nada a la cuenta de las almorranas de don Gumersindo.

Los perros los llevábamos en un carrito que venía detrás del coche y los animales tenían aquello lleno de vomitaduras porque les sentaba malamente el traqueteo.

Don Gumersindo pagaba todo, me convidaba a lo que quería, pero me trataba como al perro y no me dirigía la palabra si no era para soltarme un par de coces.

—Tú, ve por una cerveza y un vaso, pero lávate las manos antes de tocarla, que te pasas el día con la mano en la bragueta —decía.

Paco, el chófer, tampoco me hablaba cuando estaba don Gumersindo, porque si abría la boca, ya estaba preguntando:

—¿Qué es lo que estáis diciendo? ¿Y por qué?

Si llegábamos a un sitio, él se iba al hotel y a nosotros dos nos mandaba a una fonda y le decía a Paco:

—Me respondes de que Lobón se lava, que luego nos viene apestando todo el viaje.

Yo me quedaba acharado porque no era verdad, él sí que apestaba con tanto tirar pedo y con tanto vino como tragaba, que le daba mal aliento. Y si no bebía era peor, porque tenía las muelas fastidiadas y le olía el bajío a muerto.

Yo estaba limpio y mudado y sabía el fato que podía echar viendo lo que me duraba el jabón.

En este particular mi gente siempre fue muy especial y, en aquel viaje, yo me afeitaba a diario y hasta me echaba colonia, que me gasté cinco duros en comprar un frasco para teparle la boca a don Gumersindo. Pero entonces me decía:

—Hueles como las putas.

Decía eso porque la cosa era fastidiar.

Como don Gumersindo no puede haber otro, y no lo digo porque sea malo o bueno. Una vez, estábamos solos en un aguardo escuchando muchísimos tiros, pero sin ver ni un solo venado de tantísimos como decían que había allí. Nos había entrado el aburrimiento a los dos y me suelta:

—¿Por qué te tiene tanto miedo el abogado?

—¿Qué abogado?

—El cabestro ése de don Senén.

—¿Miedo? ¡Dice usted unas cosas!

—Te tiene miedo porque no es como nosotros, que es de Madrid.

Como no tenía sentido me encogí de hombros, y entonces va y me dice:

—Si yo ahora te pego un tiro y digo que fue un accidente, se acaba Juan Lobón.

Me apuntaba con el rifle que no lo tenía montado. Entonces yo le contesté:

—Quite usted el rifle de ahí, porque si yo lo echo a rodar por esos riscos y digo que fue un accidente, se acaba don Gumersindo.

Le entró una risa muy grandísima y, a lo último, me dice, no sé si con estas mismas palabras:

—¡No digo yo! Como que muchas veces pienso que mi abuela o mi madre tuvieron algo que ver con tu abuelo o con tu padre. O al revés, aunque mi pobre padre llevaba la bragueta cosida.

Se reía mucho y a mí me pareció muy feo que dijera aquello, pero él siguió soltando disparates.

—¡No me extrañaría nada! La abuela bien que se enceló cuando tu padre se casó, que todavía me acuerdo. ¡No era nadie la abuela, los tenía como un toro!

—Ni de broma debía usted decir esas cosas —le dije.

—¿Y por qué no? Yo soy un caballo de sangre y tú te pareces a mí cruzado en borrico: tú eres un mulo, eso, un mulo de casta.

—Su señora abuela, que en gloria esté, sería todo lo lianta que usted quiera, pero era una mujer decente —le dije en su boca.

—¡Habrás burro! ¡Pues no se ha hecho ilusiones! No, tú, ahora que lo pienso bien, tienes cara de presidiario. Te sentaría bien el pijama a rayas. Lo que te quería decir es que nuestra tierra, aunque tú seas una basura, te ha dado un poco de lo que a mí me sobra: casta.

Conmigo siempre estuvo así de antipático, a pesar de que quiso que después de aquella batida nos quedáramos allí para cazar de furtivos. No nos quedamos porque del vino se le hincharon las almorranas, pero hasta estuve yo componiendo el campo y tomando norte de lo que charlaban los ojeadores. El, iba allí invitado y, a pesar de todo, tenía ganas de llevarse un venado por las bravas. Me decía:

—Aquí, con veinte guardas, es donde debe dar gusto cachondearse del mundo. No me quiero morir sin probar a lo que sabe matarle un venado a esta gente. Si lo matamos lo voy a disecar y ponerlo en la entrada de la Zarza.

Se quedó con el capricho, porque le entraron almorranas y unos dolores que no se podía tener.

Volvimos tres días antes del de mi cumpleaños y pasé las navidades más tristes de mi vida. Don Gumersindo me dijo:

—¿Quieres que te pague o tienes cuartos?

—Yo tengo.

—¿De dónde los sacas?

—Se los robo a usted de la cartera.

—¿Te los dan los Aldavaca?

—Yo con esa gente no voy ni a la esquina.

—¿Conmigo sí?

—Usted es otra cosa.

—¿Mejor?

—Otra cosa, usted es como su abuela, pero con menos vergüenza.

—A ti te voy a dar yo otra cachetada.

No me la dio, sino que me dio cinco mil pesetas y Manuel, el de la Médica, que estaba allí delante, no se lo podía creer.

Cuando lo dejé, me dice:

—¡Mira que lo que le has dicho al amo!

En casa del Pepe tenía dos cartas de la Encarna y yo a ella no le había escrito todavía contestándole la primera que me escribió.

Yo había querido reunir al Goro, a Miguel y la Sinta, Pencho, y a Rico y el Pepe con sus mujeres, para comernos un pavo grande y festejar las fiestas.

Iba a pagarlo yo todo, pero a la mañana siguiente corrió que Nicolás se había cortado una mano con la sierra y que estaba malísimo. La mujer de Nicolás se había portado muy bien conmigo cuando era chico y por eso le dije al Pepe:

—Mira, tú ve haciendo los preparativos que yo voy al Pegujal, a casa de Nicolás, por si hay que echar una mano.

Cuando llegué, Nicolás se había muerto y estaba muy tieso, tapado con una sábana y tenía su velatorio, con capuchinas encendidas y gente llorando.

Estuve allí hasta la hora de comer y, cuando volví al pueblo, no tenía ganas de nada. Así pasé el día muy intranquilo, hasta que por la noche, le dije al Pepe:

—Me vuelvo al Pegujal, la pobre viuda está como traspuesta.

Allí, igual que por la mañana, estaban todos venga a llorar y los crios allí encima, viendo al pobre muerto. La gente venga a contar lo que pasó y lo que no pasó y a mí me estaban entrando ganas de llorar, no sé por qué, porque yo a Nicolás lo apreciaba, pero no era como el Goro o como Pablo. Las cinco mil pesetas que me dio don Gumersindo se las di a la viuda, para que tuviera para pasar el apretón, y allí estuvo

llorando y abrazada a mí, la pobre.

Al otro día fue el entierro y allá subió don Gumersindo y toda la Zarza, que parecía la procesión. Al salir del cementerio, me llama el cabo de los civiles:

—Juan, ¡por el amor de Dios! ¿Te ha tocado la lotería? Todo el pueblo está diciendo que le has dado cuartos a la viuda. Es una buena obra, lo es, ¿pero de dónde sacas tú esas cantidades?

—Don Gumersindo me las dio.

Se quedó cortado y sacudió la cabeza.

—Bueno, mira, te las dio don Gumersindo, pero tú tienes que vivir y si has dado eso es porque te queda, por lo menos, otro tanto.

—¡Ojalá! Que ni para pagar lo que debo al Pepe del convite me queda un chavo.

Al cabo le había ido con el cuento el Molino, que él mismo me lo dijo:

—No vas trajeado tú como para soltar tanto cuarto, por eso se lo dije al cabo.

Don Celestino me regaló un pastel grande, de los que le regalaban a él y yo le mandé una docena de pájaros perdices y una avutarda que maté en Carbonero. La avutarda la mandó él a los chiquillos de la escuela de Almafuentes y yo pensé, que por sí o por no, las avutardas que yo mataba terminaban todas por ir a la escuela.

El día después de Reyes, cuando todavía don Gumersindo y yo estábamos tan amigos, se armó el alboroto.

Todo empezó porque el Rafael oyó un tiro en la Montanera y apretó para la fábrica de sillas y se llevó, a todo correr, hombres y mujeres para rodear los visos. Empezó a tocar el pito y allí se presentaron todos los guardas. El cazador no podía haber tenido lugar para salir de la montanera, y hasta dio lugar a que llegara la pareja de a caballo. Encontraron una venada de las de cría muy mal herida, con un tiro de rifle que le cosió el pecho de parte a parte. La remataron, pero allí no apareció el cazador.

Don Gumersindo se acababa de marchar a Sevilla y el Clemente lo llamó para decirle lo que había pasado. Al otro día vuelve a la Zarza tirando bocados, reúne a los cinco guardas y les dice:

—Eso fue Lobón.

—No, señor —le dice el Rafael—. El Lobón estaba en el pueblo a la hora que yo escuché el tiro, ya he andado yo los pasos y los civiles me lo dijeron.

Don Gumersindo no le dejó seguir:

—¡Cuando yo digo que fue Lobón, es porque fue Lobón! ¡No me importa nada de lo que digan los civiles!

—Pero ¿cómo puede ser, don Gumersindo? ¿Va a montarse Lobón en aeroplano?

¡Para qué dijo aquello! Al amo le entró el ataque y puso al Rafael vestido de limpio.

—¡En mi propia casa tengo el cuartelillo! ¡En mi propia casa! ¡Partida de estúpidos! Se habrá subido en un caballo, en el coche de línea, se habrá colgado de la camioneta de la casa, pero eso ha sido él, él y nadie más. Y cuando plomeó al Beltrán y al Meleto, ¿no estaba al rato en el pueblo? ¿Es qué aquí también van a mojar sopas los civiles?

Después la tomó con el Amalio y el Felipe y les llamó viejos, como si ellos tuvieran culpa de serlo.

—¡Cinco guardas tengo para que el Lobón solo se cachondee de los cinco! —decía.

Cuando se le pasó el ataque, el Rafael dijo que si estaba tan seguro de que había sido yo, que subiera donde el juez a denunciarme. Y él dijo que con tanto tío en su casa, era una vergüenza tener que estar como el chivato una vez y otra vez.

—Eso no se arregla conque lo tengan encerrado tres días. Si hubiera hombres en esta casa, se le acababan a Lobón las ganas de entrar aquí. Esto se arreglaba rompiéndole la cabeza a ese gandano.

Yo no estaba allí para escuchar nada de esto, y si lo cuento es porque, después que pasó todo el lío, me enteré como se enteró todo dios. Lo que yo pongo que dijo uno y otro, apuntado está donde el juez y yo lo leí después un montón de veces, por eso lo pongo.

Total, que cuando se fue don Gumersindo, el Rafael dijo:

—Puede que el amo tenga su razón, porque ese Juan es un caso.

—No me extrañaría nada —dijo Molino—, porque yo estaba en los Barrancos y mi caballo lo dejé atado y después lo encontré casi en la montanera. Vete a saber, si el tío no se fue en él a la carretera y lo soltó.

—Eso no puede ser —dijo Rico—, si él hubiera hecho eso, el caballo habría tomado para el cortijo.

—Pues a mí, ahora que lo pienso, me parece que eso es lo que pasó. ¿Y si vamos entre todos y le damos una buena soba? ¿No es lo que quiere el amo?

—No digas más tonteras. Si tú te arrimas al Lobón, te quita la cara soplando.

—El amo tiene razón —dijo Molino—, lo que aquí falta es lo que yo me sé.

—Tú eres Pulmones. ¡Será tonto! ¿Vas a ir a pegarle tú? Anda, ve —dijo Rico.

Rafael cortó la conversación y dijo:

—A pegarle no, pero hay que ir allí a ver si hablando con él se le saca algo.

—Yo voy con usted —dijo Molino.

Total, que al lubricán, el Rafael y el Molino salieron para lo mío en los caballos.

Ya he dicho que todo esto lo supe después por lo que tuvieron que declarar unos y otros.

El Rafael y el Molino, llegaron a lo mío ya de noche, arrendaron los caballos en los fresnos y, cuando subieron por las morillas, la Rabona empezó a ladrarles y yo me desperté.

Aunque estaba oscuro, yo vi el bulto de dos hombres y los perros que alborotaban desde arriba.

Me acuerdo yo, no porque lo hayan contado otros, que al verlos me pensé que eran el Monjo y el Aguilera y traté de calmar a los perros, pero al abrir la boca, el Peluso empezó a ladrar y luego a chillar, como si le hubieran pegado, y yo me solivianté. Tuve tiempo de ver que uno de aquellos hombres, le tiraba un viaje a la Rabona con la cachava y que el animalito se quedaba allí mismo cuajado. De más no me acuerdo.

Lo que pasó, por lo que dijeron, fue que el Molino, al verse en medio de tanto perro, se asustó y se lió a cachavazos con ellos y, al verme dando voces, como se pensó que iba a hacerlo cachos perdió los nervios. Eso es lo que dijeron.

Después de sacudirle a la Rabona, que le cascó la cabeza como si fuera una nuez, me sacudió a mí un viaje a la nuca que me dejó traspuesto. Al verme en el suelo, por miedo de que me levantara, se hinchó conmigo y, si el Rafael no lo aguanta, me parte en dos cachos.

Cuando el Rafael me vio dando ronquidos, como los sapos, se me echó encima muy asustadísimo, diciendo:

—¡Virgen Santa, Virgen Santa!

Dijeron que mientras el Rafael me atendía, el Molino se aguantaba allí, trincado a la cachava, para sacudirme si me levantaba.

Dos años después yo vi la cachava donde el juez. No hacía falta ser Pulmones para matar con ella una vaca. Era una garrota blanca, con una pella en la punta que daba

gloria verla.

El Rafael se portó por lo humanitario y obligó al Molino a que soltara el garrote y, entre los dos, me bajaron y me echaron encima de un caballo. El Rafael fue rezando en alta voz todo el tiempo y el Molino no le contestaba porque no sabía hacerlo, ni le importaba lo que había hecho.

Menos mal que la Virgen Santísima veló por mí porque al llegar al emboque de la cañada, dio casualidad que el auto de don Gumersindo bajaba del pueblo para la Zarza, nos vio y paró a preguntar lo que había pasado.

Si no pasa don Gumersindo por allí, a estas horas yo estaría más que muerto, porque llevaba rota la cabeza y dos huesos del espinazo aplastados. En el coche yo di cuenta de mi persona, pero se me iba y se me venía la cabeza y no puedo decir lo que pasó y no pasó.

Supe después que don Gumersindo dejó al Paco en la carretera y, borracho como estaba, sin la cartera, me llevó quemando el auto hasta Sevilla, y aquella misma noche, cogió al médico de la nariz y lo llevó a operarme por primera vez. Como conté lo malo, cuento lo bueno, porque eso fue como lo estoy diciendo.

Dieciocho meses y diez días estuve traído y llevado, a todos los médicos que hay en el mundo de Dios: a Sevilla, Madrid, a Sevilla otra vez, a Madrid otra vez. Después de lo que me hicieron el primer día, unos decían que había que volver a operarme y otros decían que no. Yo estaba como un muerto, sin mover brazos ni piernas, haciéndomelo todo encima, venga de inyecciones en el hueso dulce, venga de tenerme enyesado como si fuera por patos a la laguna.

Estando yo en Sevilla, don Gumersindo me llevó a la Encarna y no pudimos decirnos nada. En Madrid, tuve a mi tocayo, el cura hermano de mi capitán, pegado a mi cama todo el tiempo que estuve allí. Venía casi todos los días por la mañana y por la tarde y, cuando no venía, preguntaba por el teléfono si estaba mejor o peor.

Todo el gasto que yo hacía, lo pagaba don Gumersindo de su bolsillo y supe que por mi culpa retrasó su boda un mes, él que la había retrasado más de veinte años por su gusto. Yo no sabía ni que tenía novia, pero la tenía.

Cómo estaría yo de malo, que hasta el juez del pueblo preguntaba todas las semanas por mí, y eso que me había puesto una multa por decirle cuatro verdades.

El Molino fue preso en espera de que yo diera norte de si me moría o seguía viviendo.

Ese año y medio fue como una naranja chiguata: sólo aprendí que todos los médicos eran casi como es don Celestino, preocupándose de ti, hablándote como si fueras familia de ellos, que te decían cosas buenas y te daban una palmada en la cara. Al que

no es así no le dejan aprender el oficio. ¡Si todos los oficios fueran lo mismo!

Sin embargo todas las monjas que yo traté eran como la Encama, pues quitando la hermana Teresa, que me contaba historias de lobos, a ninguna le gustaba la cacería.

La hermana Teresa se llamaba Sor. Era de un pueblo que cae cerca de la Sagra, donde yo había estado con don Gumersindo, y lo que decía tenía muchísimo sentido, no como los libros de cacería que me trajo mi tocayo, el cura, que todo lo ponía pintado a lo que habla don Senén. Yo nunca entenderé eso de liar el deporte con la escopeta, ni lo que tendrá que ver la pelota y todas esas tonteras, con darle un trabucazo a un bicho.

La hermana Teresa había vivido lo que contaba y, como gastaba pocas palabras, hasta le entraba a uno el fato a lobo de escucharla. Yo le decía:

—Yo nunca los vi pero, si una vez voy a su pueblo, por mi padre que no le dejo un lobo para reclamo.

—Allí salen muchos cazadores a por ellos y los matan.

—Dígales usted que vayan dos solitos, sin más tropa. Un lobo hoy, dos mañana, otro pasado. Los listos hay que ir a por ellos, uno a uno. ¿Cuánto lobo no mataría un cazador en todo el año si se los pagan?

Cuando me quitaron la hermana Teresa, me pusieron otra que parecía tonta. También le decían Sor, no sé por qué. Decía:

—¿Y no le da pena matar un ciervo que es tan bonito?

—Pena me daría si fuera feo, hermana —le decía yo.

—¡Huy, huy, qué cosas dice este hombre!

Lo de la cabeza me duró muy poco tiempo, pues me había cascado el hueso y sólo hubo que esperar que se me pegara con la sangre seca. Lo malo fue lo del espinazo. Los cachavazos del Molino, al chafar los huesos, aplastaron la enjundia de dentro que es por donde andan los nervios. El mérito del espinazo es que por dentro tiene un agujero y, en ese agujero, es donde yo tenía la maldad que no había quien la sacara, porque por ahí pasa justamente el sentido. Si se toca el sentido, aunque sólo sea con la punta del dedo, uno se muere como si le hubieran dado la puntilla.

Lo que los médicos tuvieron que padecer conmigo, no es para dicho: me operaban, abrían allí, veían el sentido y en seguida tapaban, para no verlo siquiera. Venga a abrir por otro lado y así hasta tres veces.

La última, ya, se cansaron y dijeron:

—Mira: al sentido que le vayan dando, si no lo operamos se muere, o sea que lo que Dios quiera.

Ya lo creo que hicieron bien. Perfectamente hicieron, porque operarme, dejar limpio el agujero del sentido, donde tenía un relío de nervios que no me dejaban mover los brazos ni las piernas, y volver a ser un hombre, todo fue lo mismo.

Pero desde la operación hasta verme de pie, pasé meses haciendo la gimnasia y me subían unos hormigueos en las manos y los pies que hasta me entraba dentera.

Lo pasé fatal, pero como sabía leer me traían novelas, libros de estampas y de cacerías, muy tontísimos, y con un espejo podía ver la yerba de un jardín que había allí y un tío, con bata blanca, que le echaba agua con una goma larga.

Yo lo pasé mal, pero el Molino tuvo que pasarlo peor porque estaba preso, no sabía leer y le decían:

—Si Lobón se muere a ti te retuercen el pescuezo.

Buenas tendría las tripas, deseando que los médicos acertaran conmigo.

Después de la última operación estuve unos meses postrado durmiendo en una tabla con mucho hormigueo y calambre. Todos los días me hacían la gimnasia y me ponían corrientes que eran lo mismo que nada.

En este tiempo vino don Gumersindo a verme con la señora, que era muy estirada, así como las pavas, y dijeron que tenía aún más cuartos que él. Eso tendría, porque otro mérito aparente no saltaba a la vista.

Estuvieron allí conmigo cosa de un minuto. El, me dijo:

—Ya empiezo a estar arrepentido de haberte curado, porque ya estarán los Aldavaca pensando que ellos y don Senén se me van a comer el vedado.

—Esa gente no hace eso que usted dice, porque les falta valor.

—¡Esa gente son todos unos mamones, como tú!

—¡Por Dios, don Gumersindo, dices unas cosas! —le zampó ella.

Eso fue todo lo que dijeron y, para mí, que la señora debía pensar que lo mío tenía contagio pues ni me miró. No sé para qué entraría a verme.

Así pasé los dieciocho meses y los diez días, con los médicos, con las monjas, con los líos de decir la declaración, una vez y otra vez, a uno con bigote, muy feísimo, que llegaba allí a mi cuarto a apuntar lo que yo decía. Yo sólo sabía que habían matado a la perra, pero no sabía quién fue el que me pegó, ni por qué, ni cómo.

Don Gumersindo tuvo mucho lío, mucho soltar cuartos por él y por el Molino, y no anduvo mintiendo, ni disimulando, sino que hizo lo que tenía que hacer: nada de más, ni nada de menos. Dijo:

—Yo dije que había que romperle la cabeza a Lobón, pero yo no mandé que lo hiciera nadie. Me tenía desesperado y esas cosas se dicen así.

Yo lo leí en letra de máquina y debajo ponía su firma, muy bien puesta.

Rafael también dijo la verdad y no tenía nada que ocultar porque se portó por lo humanitario. Rafael me salvó la vida, que no habría tenido necesidad de salvármela si se hubiera quedado en la Zarza.

El que se cagó fue Molino. Dijo que el Rafael también me pegó porque yo me fui para ellos y de poco los mato. Todo mentira. El Rafael le dijo:

—Criminal.

Y él dijo:

—Don Gumersindo me mandó, ¿van a decir que no? Si alguien tiene que ir preso, que vaya el amo.

¡Valiente puerco!

Volví a lo mío el día primero de agosto y, todo el camino, vine pensando que me había quedado sin escopeta y sin perros.

Pero no fue así. La escopeta se la encontró el Monjo y Miguel se enteró y subió a pedírsela para guardármela. El Monjo le dijo:

—Juan la perdió, yo me la encontré. ¿Por qué tengo que dártela? Ahora es mía.

Entonces Miguel se lo dijo a Rico y Rico fue donde el Monjo.

—Me das la escopeta que no es tuya.

—Yo me la encontré.

No se la dio; pero una vez, estaba el Monjo dando de cuerpo, y Pencho, que lo vio, le quitó la escopeta, una canana y un paquete con comida. Después se la llevó Rico a la montanera y se la dio a los Madrileños para que se la llevaran a Vargas y me la dejara como nueva.

Cuando yo volví, Rico tenía los perros y la escopeta.

En la lobera lo único que me encontré fue muchísimos mojones, pues el colchón, los

trébedes y los cajones que yo tenía, se los llevaron. Yo no sé quién sería el caprichoso que subiría allí a cagar, ni si no tendría madre donde hacerlo, pues aquello no era camino de ninguna parte y lo que había despachado por todos lados no hablaba de apretones, sino de mala sombra.

Me calculé yo que había sido el Monjo, con su ideíca, calculándose que a la vuelta yo volvería allí.

Yo tenía cobardía de echarme al suelo, pues de dormir en blando se me había hembrado el sueño y hablé de comprar un colchón de lana. Entonces, Miguel me dijo:

—¿Tú sabes lo que le pasó a Martina, asunto de la lana?

Me lo contó. Como pagaban un disparate por la lana, Martina buscaba combinaciones y esquilaba dos ovejas de aquí, dos de allá, hasta que le pegaron fuerte. Entonces, como ella nunca dejaba un negocio, se iba a los pueblos con dos bultos grandísimos a la espalda. Eran dos sábanas cameras llenas de papeles cortados, paja y cosas así, que no pesan. Entraba en la fonda y pedía un cuarto para pasar la noche. Se metía con sus dos bultos, deshacía la cama, cortaba el colchón, lo llenaba con lo que llevaba en las sábanas, y las sábanas las llenaba con lo que salía del colchón. Por la mañanita, después de dormir tan ricamente, hacía su cama muy bien hecha y se iba tan tranquila con unos pocos kilos de lana. ¡Qué habilidad tuvo siempre esa mujer!

A la cuenta de esto estaba presa cuando yo llegué, porque dijeron:

—¿Es una vieja de pelo estirado, más rubia que negra, con voz de tío y hablar muy seguido?: ¡Esa es Martina!

Por eso la trincaron, no por otra cosa.

Yo no tuve que hacer tantos méritos porque don Cosme me regaló el colchón que todavía tengo y un catre de madera. También quería que me fuera con él, a pesar de que le dije que fui yo quien le metió el cerillazo a la Casa del Fraile. Estaba cambembo, el pobre, y decía muchas tonteras; decía:

—La finca es tuya, ¿que tú la quieres quemar?, la quemas, ¿que tú la quieres vender?, la vendes.

Cuando subí al pueblo nunca pensé que pudiera pasar lo que pasó. Muchísimo personal que yo me creía que ni me podía ver, vino a darme abrazos, a convidarme y a decirme me alegro: el teniente de los civiles, el juez, el del bar de la plaza y hasta el párroco. Yo estaba acharado porque se juntó gente como si yo fuera un torero y los chiquillos me pedían perras y el betunero, el mudo, me hacía señas de que me habían pegado con la cachava.

Me quité de en medio, sin hacer un feo a nadie, tan pronto pude.

Después me llamó Daniel.

—¡Hombre, Juan, me alegra verle por aquí! ¿Levantaría usted todavía la mula?

No había mula, sino un burro blanco. Claro que levanté el borrico y Daniel se reía:

—¡Para matar a usted hace falta que venga Pulmones guiando un tractor!

La señora del cabo de los civiles, me regaló una medalla de la Virgen, porque ella no salía de la iglesia nunca, y me dijo:

—Cuando a usted lo lastimaron, mi esposo estuvo dos noches sin dormir y no paraba de decirme: ¡qué lástima de muchacho! Porque él dice que usted es la persona más buena que hay en el mundo.

No lo pongo aquí porque yo me crea eso, pero ella está viva y podrá decir si esto lo invento yo, o es verdad que me lo dijo, frente a la ferretería, con un paquete de manteca colorada en las manos. Que el cabo lo dijera o no lo dijera, yo no lo sé, pero que ella lo dijo ¡vaya si lo dijo!

Volví a lo de mi hermano casi con ganas de llorar, pensando que todo dios era muy bueno y que se portaban conmigo de una forma muy cristiana, aunque yo fuera lo último. La viuda de Nicolás vino a verme, y vino Rico con la Manuela y vino Aguilera, el Quemado, el guardia Cuenca con una cantimplora, que yo nunca usé.

A los pocos días vinieron don José Manuel y don Vidal y el último que vino fue el Goro, porque como estaba tan sordo ni se había enterado. Se me abrazó y empezó a darme besos, llorando como una criatura, y tanto tiempo estuvo así que Pencho, le dijo:

—Goro, que de seguir dándole besos vas a terminar por dejarlo preñado y el pobre bastante tuvo con los cachavazos.

El Goro que no entiende de bromas, casi le pega:

—Este es mi hijo ¡más que mi hijo!: mi padre, ¡más que mi padre!

Y se secaba los ojos con el pañuelo porque el pobre me había echado mucho de menos.

Menos don Senén y el Monjo por allí pasó todo dios.

Rafael vino dos veces y la segunda me dijo:

—Hombre, Juan, yo creo que cuando venga don Gumersindo de Sevilla, tú debías subir a la Zarza a agradecerle todo lo que ha hecho por ti.

Aquello me cayó malamente y le dije:

—¿Qué es lo que tengo que agradecer? ¿Los cachavazos o la cura?

—Curarte, te ha curado, y no te creas tú que eso ha sido de balde. Muchos miles de duros le has costado entre unas cosas y otras.

—Pues ni un gordo le hubiera costado si no se llega a poner tan soberbio a decir que había que matarme.

—No debías decir esas cosas: él hizo una parte mal, pero la otra la hizo bien.

—Entonces que lo bueno pague lo malo, pero no yo, que de nada he tenido culpa y me han tenido un año tieso.

—Aunque sea por malicia debías subir: el amo, tú lo sabes, matado está por tenerte con él de guarda.

—Pero tanto interés como él tiene en tenerme allí, tengo yo en estar aquí.

—Tú tienes razón, Juan, pero tú no vas a ser joven toda la vida, tendrás que casarte y vivir como vive la gente.

—Usted ha nacido para vivir a su manera, yo a la mía; ¿por qué vamos a hacer todos lo mismo? Yo no tengo nada más que mi oficio; si lo deajo ¿para qué sirvo yo?

Lo dije así de seguido y me dio vergüenza. Dice:

—Cuando llegues a viejo, me darás la razón.

—Mi abuelo también llegó a viejo y yo sé que me la da a mí.

—Me da lástima de ti, muchacho, porque tú podías tener lo que quisieras, que es verdad lo que dicen, que tú no eres como los demás.

—¿Soy yo un perro?

—No te lo digo por nada malo, te lo digo porque si lo pensaras un poco me ibas a hacer caso y tú verías lo bien que te iba a ir.

—Cuando don Gumersindo se arranque una oreja por ayudarme, yo subiré a la Zarza a agradecer.

Después de aquello, el Rafael estuvo hablándome del Juanito, pues, don Gumersindo, sin permiso mío, se lo había llevado el otro año a la Mancha a un ojeo de pájaros y, al parecer hizo horrores. Cómo sería, que lo retrataron y todo, porque cobraba un pájaro de ala y, con él en la boca, apretaba con otro. Por lo que contaba Rafael, los señores

se juntaron para ver trabajar al perro y don Gumersindo les dijo:

—No es el perro, es el amo que tiene, que eso sí que es lo mejor del mundo en el campo.

Al decírmelo el Rafael, a mí me halagó escucharlo y me entró eso que entra que da risa y apuro. Entonces él me dice:

—¿No ves cómo se te hace la boca agua cuando te digo que don Gumersindo te mira bien? Hazme caso y sube a la Zarza.

—Lo del perro se lo agradezco porque necesidad ninguna tenía de haber dicho eso, ni ganaba nada diciéndolo. Pero por soltar cuartos, que es lo que le sobra, ¡qué voy a estar yo agradecido!

Aunque yo me creía que estaba bueno del todo, pronto me enteré que con poco trote me cansaba. Si subía al pueblo tenía que sentarme a mitad de camino y me entraban palpitaciones.

Don Celestino me decía:

—¡Pero hombre, si vienes de resucitar!

—Pues yo levanté un borrico en lo de Daniel.

—Pues no lo vuelvas a hacer.

Me explicó que si volvía a levantar una bestia, me podía entrar maldad en el espinazo y hasta me asusté.

—A lo mejor lo que me pasa ahora es de levantar el borrico —le dije.

—Pues vete con cuidado.

Aquello sí que me dejó arrugado y no se me pasó el susto hasta que yo empecé a adelgazar otra vez y me traje de San Fernando una buena carga de avíos, en el auto de Daniel el ferretero.

Pero nunca más quise levantar la mula, aunque el otro Daniel, el herrero, no paraba de pincharme para que la levantara.

—Si no fuera por lo del espinazo, levantaba, no la mula, el cabestro grande de las Tenadas con Sánchez Aldavaca encima.

Yo no me acuerdo si fue en octubre o en noviembre cuando soltaron al Molino, y Pepe mi hermano vino a decirme:

—El Molino ya no está preso y el párroco ha dicho que debíamos juntarnos todos a comer para dar por terminado todo el asunto del cachavazo.

A mí me pareció una tontera, pero don Celestino y Daniel armaron todo el convite y yo dije:

—Hacéis lo que queráis.

Daniel el ferretero nos regaló un cochino y lo asaron en la panadería.

Nos juntamos a comer un regimiento. Allí estaban, los dos Danieles, el Cabo de los Civiles, el guardia Cuenca y, no sé por qué, el dentón; el Goro, Aguilera, Miguel y la Sinta, Rico y la Manuela; Vicente el de lo Romeral, los madrileños, don Celestino, el párroco, Molino y yo. A última hora aparecieron por allí don Gumersindo y don José Manuel, no a comer, sino a estarse con nosotros bebiendo unas copas.

Molino estuvo bien antipático y, aunque me dio la mano, más parecía que le había dado yo a él los cachavazos. Se sonreía así, como si en lugar de salir de la cárcel acabara de cortarle las dos orejas a su toro.

Don Gumersindo se emborrachó o venía borracho ya, porque desde el punto y hora que se casó, no soltaba la botella, y quiso echar un discurso. Decía un disparate y se encaraba con el párroco.

—Perdón, padre —le decía.

Pero al rato decía otro más gordo.

—¡Y levanto mi copa por todos los hijos de su madre y por la cachava y por esta basura de coñac!

Don José Manuel lo pasaba amargo tratando de aguantarlo, pero Daniel, el ferretero, se meaba de risa. Dice de pronto:

—¿Dónde está el cabestro de don Senén?

Pepe le dijo que allí no estaba.

—¡Cómo va a estar! —dice—. Ahora anda asustado conque tu hermano le queme el auto nuevo también. ¡No sabe nada ese mamón! Por el otro le pagaron, ¡sinvergüenza!

Yo me quedé frío oyéndole decir aquello.

El Cuenca se fue por una guitarra porque Aguilera estaba cantineando, pero don Gumersindo le decía al cabo:

—Lo que tiene que hacer usted es metemos a todos presos y dejar suelto a Lobón. ¡Eso es! Lobón y el párroco fuera, que no les gustan las tías. Todos los demás, a la cárcel.

Estaba tan borracho que nadie echaba cuenta de él, pero yo sí porque quería ver si volvía a hablar de lo del auto de don Senén, pero no lo hizo.

Cuando se lo llevaron, Aguilera empezó a cantar y allí todos hicieron su replantito, y el Molino, allí, como dejándose querer, me miraba por encima de la nariz. Parecía que me estaba diciendo:

—Todo esto lo hacen por mí, no te vayas tú a figurar.

Como yo no sabía cantar, ni bailar, me puse mustio. A lo último, la Manuela y la Carmen bailaron un agarrado con el Pepe y el Rico, y me dio por pensar que, si estuviera allí la Encarna, yo no sabría bailarla ni nada.

Aquello terminó muy tarde, aunque Daniel el ferretero don Celestino y el Párroco se fueron con sol. Estaban todos muy contentos, pero el Molino, a la hora de irnos, no quiso venirse conmigo para abajo.

Mi hermano me dijo:

—Más vale que te bajes solo, porque el Molino anda buscando a alguien que lo acompañe a la Zarza porque dice que no se atreve a irse contigo por lo oscuro.

Entonces pensé que toda la juerga no había servido para nada.

En aquellos dos años escasos que estuve fuera, el vedado mejoró muchísimo. Claro que, entre la boda de don Gumersindo, los líos, y los animales de cría que metieron, aumentaron los bichos y como no dieron ni una sola cacería, no hubo merma.

Entre la Montanera y los Barrancos ponían cajones con pulpa de remolacha y piensos de cebada y habas secas, talmente como si fuera para las vacas.

Venados no había muchos, pero de vez en cuando se topaba uno con alguna hembra, o algún vareto que llenaba mucho los ojos. Sin embargo, los muflones no habían ido a más. Yo no sé si es que no criaban o si se morían, pero no se echaba ver que hubieran criado.

Lo que estaba fatal era la vereda del contrabando. Los civiles la habían marcado a la entrada y a la salida de lo de Mastevale y no había forma de atinar con el paso de los caballos. Esto era un mal asunto.

Los mochileros eran cada vez menos y cada grupo daba soplo a los civiles de lo que hacía el otro, porque cada uno se quitaba al otro los marchantes y andaban dándose

de navajazos.

Los paquetones de picadura, piedras de mechero, hojillas de afeitar y chucherías nunca subían de precio, por eso los mochileros iban a menos y cada vez hacían más camino para tocar a más. Algunos buscaban combinaciones de alijar al menudeo, con mujeres, perros y autos con trampa. Daniel el herrero había preparado un auto de esos y no había quien encontrara dónde puso la trampa. Buenos dineros que sacó por eso. En este plan nadie se llevaba un venado, ni siquiera un jabato.

Si antes, con aguardar tres días tenía uno casi seguridad de encontrar caballos o a quien dar razón, después, tanto daba ir a la vereda como estarse en casa. Pasaban por dentro de la sierra y no te enterabas.

Entonces me puse a cavilar y cuando lo tuve todo cavilado, esperé que Martina saliera de la cárcel y me fui a verla.

—Martina —le dije—, tú eres el demonio, pero la gente del contrabando ya no te ayuda como antes y la culpa es tuya.

—Una está vieja —dijo.

—Más vieja estarás dentro de unos años.

—Pero ¿has venido a decirme eso o a buscar algo?

—He venido a enseñarte el paquetón de dinero que me dio el juez.

—¿A ti? ¿Y por qué te han dado cuartos?

—Porque cuando te dan un cachavazo, te pagan.

—¡Ay, hijo, haz el favor de buscar una garrota y darme una soba!

—Yo quiero que compres dos o tres cajas de picadura y que las tengas aquí para venderlas. Lo que saques, vamos a medias.

—Dame los cuartos.

—No, porque tú eres el veneno. Tú le dices al Camilo que traiga las cajas, que yo le pagaré en el monte.

—¿Tres cajas enteritas? ¿Sabes tú lo que vale eso?

Así conseguí ver al Camilo en el Monte y quise pagarle con un venado, pero me dijo:

—Me das los cuartos y el venado se lo das a Aldavaca, si es que lo quiere.

Le digo yo:

—Si no te me llevas el venado, no te vuelvo a comprar tabaco: tú verás.

La seguridad de contar con un caballo de vez en cuando, me hizo ganar por partida doble: por lo que Martina me daba y por la cacería que me compraban, pero Martina me robaba todo lo que podía.

Ella se esponjó y ganaba muchos cuartos porque le mandaba tabaco a la Casa de Postas, a los bares del pueblo ;hasta a mi hermano Pepe le mandaba! El cobrador del coche de línea también llevaba parte en el negocio, pero aquel trapicheo, esto me das, esto te doy, no era para mí.

Con Martina no podías estar nunca tranquilo porque te decía que estuvieras en el Monte el lunes de mañana para pagar al Camilo y allí no llegaba nadie. Pero esa fue la vez que tuve más cuartos, tuve tantos que me parecía cosa de ladrones y me hacía daño el paquetón en el bolsillo.

Pero, mal que bien, volví a hacer mi vida de siempre, como si nada hubiera sucedido y, cada vez que tenía que escribir a Pablo, se me ablandaban las manos pensando en la Encarna.

Cuartos tenía para ir a verla, pero no me determinaba y una vez que me dije: voy, hasta se me puso mala la barriga de los nervios que me entraron.

Todo lo que duró mi enfermedad, la abuela le estuvo mandando dinero a Pencho: cien pesetas cada dos semanas, pero don Celestino le daba otras cien y yo lo supe de casualidad porque la abuela me dijo tiempo después:

—Yo le mandaba veinte duros una semana sí y otra no, se los mandaba a casa de don Celestino.

Y Pencho me decía:

—La abuela me mandaba cien pesetas todas las semanas.

Yo escribí a Pablo diciendo que ya no tenían que mandar más y me contestó la Encarna:

—No hables en tus cartas de si a Pencho le das o no le das, me dice la abuela que padre se podía enfadar cuando se lo leyéramos.

A mí se me infundió que eso era una tontera porque Pablo no sabía leer y que lo que pasaba era que la abuela, con el achaque de Pencho, seguiría quedándose con los cuartos de Pablo.

A finales de año estuve batiendo en la Zarza y cuando nos veníamos para abajo ojeadores y escopeteros, viene Manolo y me dice:

—Juan, que el amo te llama.

Llego y me dice:

—Habrás visto que se ha notado tu ausencia.

Me dejó planchado porque era verdad.

—Hay mucha recría y es lástima: esos venados son mulos y van a echar a perder la sangre montuna que había.

—¿Y los cochinos?

—Un jabato es un jabato. Pero habría más si en lugar de estar las escopetas en el aguardo y los ojeadores en el monte, salieran las escopetas al monte y se quedaran los ojeadores en casa.

—¿Vas a decir más tonteras o has acabado ya?

Puedo decir que aquella fue la única vez que don Gumersindo no me dijo nada dañino. Allí salió su señora, muy seria, con unas ojeras que le llegaban a la barba, y a mí no me hablaba.

El Felipe me había dicho que siempre estaba llorando porque don Gumersindo se portaba fatal con ella.

—Figúrate, él que siempre fue un gallo, ahora se ve metido en el corral con esa pava y ¿cómo va a estar el pobre?

Ella no tenía que ser mala, pero le había caído buena con el genio del marido. Bien arrepentida que estaría de haberse casado con él. Por eso, al verla allí con las ojeras, me dio lástima y, aprovechando que don Gumersindo salió de la sala, le dije:

—No se apure usted, señora, ni cavile más, que se va a poner usted más vieja que la mar.

Se me queda mirando, así con la nariz para arriba, y me pregunta:

—¿Por qué me dice eso?

—Porque a su marido lo conozco yo bien y lo que tiene que hacer cuando le haga algo que le dé a usted pesadumbre, es lo que me hacía a mí la Encarna, decirle: te acuestas con la escopeta. Eso es lo que a él más le duele. ¡Si lo sabré yo!

¡Para qué se lo dije! Con el pañuelo en la boca, empieza a decir:

—¡Eso sí que no, eso sí que no! —y de ahí no salía.

Le cayó malamente lo que le dije, aunque yo nada me echaba al bolsillo y por agradar se lo dije, porque me dio pena.

Sale dando pancadas y, la muy pava, se lo zampa a don Gumersindo en la misma puerta.

—Veremos a ver cómo acaba esto —me digo.

Don Gumersindo, como si le hubieran contado un chascarrillo.

—¿Eso te dijo? Ja ja. ¡Lo caga cuadrado, como las mulas! Ja ja. Apúntalo para contárselo luego a la tata, a ver si la veo reírse.

Y es que la señora tenía una tata muy viejísima y muy parecida a ella, así como un palo, que daba preocupación verla tan seria.

Desde aquello, la señora a mí no me pudo ni tragar y era lo que a mí me faltaba en la Zarza.

Cuando se aproximaba febrero yo siempre andaba contando los días que faltaban para que echaran la veda y siempre me parecía que la echaban demasiado tarde. Echar la veda y quedarse el campo tranquilo, era todo lo mismo.

No se veía una escopeta por ningún lado, los guardas sólo atendían a los lazos y, como no los aciscaras con un tiro, ni se separaban de los caseríos.

Se aciscaban cuando ya habías hecho carne, que eso es lo que han hecho siempre, buscarte las vueltas después, no antes de que hagas el daño.

En el vedado ninguno salía de la Zarza y la linde de los Barrancos, y abrían la guardería a la hora que tú volvías a descansar. El que más madrugaba era el Felipe y, para eso, había luz cuando empezaba a desayunarse y a aviar el caballo.

Don Gumersindo me había dicho que se había notado mi ausencia, pero no fue eso lo malo sino que terminado febrero, me viene Rico y me dice:

—Juan, palabra, yo creo que no debías empezar otra vez con lo mismo. ¿Qué es lo que te pasa? Tú antes, si tirabas un bicho, nadie se tenía que enterar. Ahora es una vergüenza lo que estáis haciendo.

—¿Por qué dices eso?

—De sobra lo sabes tú: ayer, sin ir más lejos, eché una venada al río para que no la

viera nadie. Pero es la última que echo, la próxima, lo siento muchísimo, tengo obligación de dar conocimiento. Para eso me pagan.

—¿Que echaste una venada al río? ¿Y por qué has hecho ese disparate? ¿Te piensas tú que eso lo he hecho yo?

—¿Quién si no?

—Eso es lo que tienes tú que saber, que tú eres guarda y no yo. Por mi padre te lo juro, que ni esa, ni ninguna de las reses que han plomeado fue cosa mía. Vamos, que me muera ahora mismo. A ti no te iba yo a engañar.

Se quedó cavilando y me dijo:

—No lo harías tú, yo no digo que no. No lo harías pero, como las barrigas en la Zarza se las cargan al amo, bicho que se vea plomeado, ya sabes que te lo van a cargar a ti.

—Pues eso no es así. Tú vas a decir lo que has hecho: la venada tiene que estar aguantada en algún sitio del río. Vamos a buscarla y yo iré después a ver al cabo.

Rico no quiso que yo fuera con él a buscar la venada, pero el otro día supe que la había encontrado y yo me subí donde el cabo.

—Yo no quiero más líos. Si los guardas de la Zarza no trincan al que está haciendo ese escarnio yo voy a subir a enterarme.

—Lo que tienes que hacer es no trasponer la carretera, ni para bien, ni para mal. Ya hemos tenido bastantes disgustos contigo. Cuando estuviste fuera, todo iba como la seda; vuelves, y otra vez hay jaleo.

—Los Aldavaca pagarán a alguien, no sé a quién, para que haga eso. Ellos quieren que don Gumersindo se entere que necesita veinte guardas, para que los llame a ellos a hacer sociedad y pagar guardería entre todos. ¿No le han contado a usted eso?

—Eso son tonteras que dicen en la Zarza.

—Pero hay bichos lastimados y un cazador podía fallar una vez, no siempre. Eso es lo que yo digo: el que hace eso, a mala idea lo hace y no va a ser para fastidiarme a mí, aunque me fastidie.

Como todo se sabe yo me enteré que el cabo se lo dijo al teniente y el teniente fue donde el juez de paz.

—Eso son los Aldavaca y yo le voy a poner vigilancia con la brigadilla a don Senén cuando venga al pueblo.

El juez le dijo que don Senén era un señor muy señor, que tenía muchos cuartos, y

que sólo pensar que él podía hacer o mandar una cosa así, era insultarlo. Pero el teniente, a espaldas del juez, le puso a don Senén la brigadilla para seguirle los pasos, porque decía:

—Este panchito, entró en casa de don Cosme y le robó de su mesa un papel del contrato del Balbino, para que perdiera el pleito. Si hizo eso, porque todo dios lo sabe, ¿por qué no iba a hacer lo otro?

Con estas cosas yo tuve un disgusto en las tripas muy grandísimo, porque me enteré que cuando le quemé el auto, hubo muchas cosas que yo podía haber evitado.

Resulta que un auto que lo quema alguien no es igual que cuando el auto se quema solo. El Seguro no tenía derecho de pagarle a don Senén ni una gorda cuando yo le quemé su coche en la vereda de Cabrahigo, y vino aquí un hombre a ver lo que había pasado y dijo:

—Ese auto lo han quemado a caso hecho y a usted no se le paga nada.

Don Senén dijo que la leña y todo lo que había allí, lo habían echado después para que el fuego tal y cual.

—Para hacer un cortafuegos se echó.

—¿Leña echaron para hacer un cortafuegos?

Total que hubo pleito y, cómo no, lo ganó don Senén y tantos cuartos le sacó al Seguro que compró el auto nuevo.

Si yo llego a saberlo, a la cárcel voy para los restos, pero el Seguro ni una gorda le paga a don Senén.

Por eso dijo don Gumersindo lo que dijo el día que estuvo borracho en el convite, porque todo dios sabía, o se lo pensaban, que el auto de don Senén lo quemé yo. Por eso no hubo denuncia, ni nadie vino a decirme nada, porque allí había ocasión de trincar cuartos.

Lo que pasó cuando metí el cerillazo a la Casa del Fraile, pasó cuando se lo metí al auto, por eso tuve berrinche, por la malísima suerte que tuve las dos veces.

Yo hubiera dejado de subir al vedado porque me sobraban los cuartos, pero si dejaba enfriar al Camilo y perdía los marchantes, todo se me echaba a perder. No era mucho lo que yo mataba, un cochino, un cabrón, alguna corza de tarde en tarde, cada dos o tres semanas.

Manolo, el de la Casa de Postas, siempre estaba metiendo las narices en lo mío, para ver si dormía o no dormía allí. Estaba con pelusa, pensando que yo ganaba tanto y

más cuanto y, no sé por qué, él se pensaba que tenía derecho a ir a medias conmigo. En cuanto tenía oportunidad me estaba diciendo:

—Yo no sé lo que tú te has figurado que soy yo. Toda la vida haciéndote el favor de colocarte los conejos y cuando tiene una ocasión de sacarle cuatro cuartos a alguien, ¡venga!, lo dejáis a uno en cruz y en cuadro.

Lo que no decía Manolo es que por los conejos que él vendía a cuatro y cinco duros, cuando los había, nos pagaban a nosotros cuatro o cinco pesetas. Y que últimamente llegó a vender los pájaros a doce duros y a nosotros nos pagaba dieciocho pesetas.

Lo que pasaba es, que se le ponían los ojos redondos cuando Miguel le decía que yo le había dado tanto más cuanto para curar a la Sinta, o cuando los civiles le referían que yo había ayudado a la mujer de Nicolás. Para él que esos cuartos eran como si se los hubiera yo sacado del bolsillo.

Por culpa del Manolo volvieron otra vez más a llamarme al cuartelillo, a preguntarme de dónde había sacado cuartos porque le compré unas botas al guarda de Cabrahigo, que era hijo de la casera de Almafuentes, una mujer buenísima. Manolo se enteró por Tocino, el recovero, que es el que las compró.

—Vamos a ver ¿de dónde has sacado esos cuartos?

—¡Vaya! Unas botas cuestan una miseria y, a mí, cuando el juez me pagó, ya saben ustedes que me dio casi dos mil duros.

—¿Y lo que le diste a tu hermano? ¿Y lo que le mandaste a la Encarna? ¿Y lo que te has gastado en Pencho? ¿Es que los cuartos son de goma?

Lo sabían todo y lo tenían allí apuntado y a mí no se me infundía por dónde podían ellos saber tanto, pues ni yo mismo me acordaba de algunas cosas.

Si me lo hubiera comido todo y, en lugar de ocho o nueve billetes que junté, llego a juntar ocho o nueve millares, nadie me hubiera preguntado nada. Ahí están todos los Aldavaca, dándoselas de ser del señorío, para que se vea si es mentira lo que estoy diciendo.

Por fastidiar a don Senén, estuve una temporada levantando otra vez el chozo que me quemaron en la cañada, pero lo hice de cualquier manera y no se podía vivir allí porque entraba el viento y el agua.

Ni don Senén, ni Aguilera, ni el Monjo, tuvieron ganas de decirme nada de quemarlo, pero el abogado se la tragó y tragada se la llevaba.

La Encarna me había escrito diciéndome que tenía que ir a verla, que su padre estaba muy bien, y se acharaba cada vez que salía mi nombre para algo, y que si no me

determinaba a ir pronto nos íbamos a hacer viejos los dos, aunque de sobra sabía que yo estaba otra vez con los líos de siempre y que no iba a cambiar.

La verdad sea dicha que yo líos no tenía ninguno, pues, cuando levantaban la veda lo pasaba un poco peor, pero siempre salía algo de acompañar a éste o al otro, que si los patos, que si los sisones, que si este perro me llevo y éste te traigo.

Tenía conmigo una hija de la perra que se le murió a Pablo, porque yo quería sacar cría del Juanito, y, no sé por qué, todos los cachorros que paría eran bastos y con las orejas caídas. A mí se me infundía que la madre se había cruzado una vez con un perro cualquiera y le había quedado la mala casta de aquel perro en la barriga. Salían con manchas blancas en la cabeza, con calzones, muy disparatados. Entonces le eché el perro a una hermana de la Rabona, hija también de la Centella que yo maté, que se la había vendido yo al herrero hacía años. Aquello ligó bien y me traje dos hembras a lo mío para criarlas, porque el Peluso estaba pesado y, a veces, decía que cazara yo, que él no tenía ganas. No era viejo el Peluso, pero cuando estuve yo fuera lo habían estropeado en la Zarza, tirándole muchos tiros sin matarle nada.

No me acuerdo ya, porque todo se me lía en la cabeza, si una de estas dos cachorras fue la Canela, o si la Canela era de la hija de la perra de Pablo, porque de todo este tiempo, tan igual, uno lía lo de antes con lo de después y no se aclara.

Total que esa Canela, era canela pura y en una batida en Almafuerza me la mataron de un tiro. Vino por ella el guarda de Cabrahigo y yo se la di y, como en mitad del ojeo la dejaron suelta, el animal apretó con un pájaro delante de la ballesta y le metieron un tiro. El guarda me dijo que lo podían haber evitado, porque él empezó a dar voces:

—¡La perra, la perra está ahí delante!

Don Senén se enfadó mucho y dijo al guarda que se tapara, que estaba desviando los pájaros y, total, que mataron la perra.

Yo me fui a don Senén y le dije que todos los pájaros y toda la batida no valían lo que la perra, y le dije que lo que habían hecho era un crimen. Se lo dije porque tenía muchísimo sentimiento, y lo mismo que se lo dije a él, se lo habría dicho a cualquiera.

Entonces, como había más señores delante, él se esponjó y quiso como gallear conmigo. Dice:

—No me extraña nada que te dieran una buena soba, por el poco respeto que tienes viniendo aquí sin pedir permiso.

Ahora que estás bueno, debías aprender a tener más cuidado de dónde te metes.

Le digo yo:

—Eso le digo yo con su auto. El otro se le quemó: tenga usted cuidado no vaya a salir éste también echando humo porque esta vez no va a pagarle el Seguro.

Es la única vez que lo he visto acharado y en seguida llamó a uno y a otro, hablando muy de prisa para que nadie se acordara de lo que yo había dicho. Tanto como se había esponjado, para terminar trasconeándose en el barullo.

Don Vidal vino después a decirme:

—¿Qué es lo que has dicho a don Senén? Lo de tu perra fue un accidente, sin culpa de nadie. La perra se metió delante de la ballesta.

—¿Y no podían dejar de tirar? ¡No me diga usted eso!

Con el Quemado tuve una cosa que quiero contar.

Un verano, subo yo al pueblo y la pequeña de las Picantas, que yo nunca la había visto de cerca, me estaba esperando donde antes estaba el surtidor de gasolina, frente al güichi de mi hermano. Yo sabía quién era ella, pero nunca le había hablado y, cuando hizo para mí, me dio apuro que me vieran a su vera y la recorté para seguir de largo. Ella se me viene corriendo detrás y me dice, así, con mucha pasta y mucho saber:

—Tú, Lobón, ¿es que tienes miedo de mí? Te estaba aguardando.

—Voy con prisa, que tengo que hacer un mandado.

—Hombre, yo quería decirte una cosa nada más. ¿Tú conoces al Quemado? El pobre está muy malo y salió la conversación de que nadie quiere echarle una mano y mi hermana dijo: ¿Y si se lo decimos a Lobón que a él le sobran los cuartos y a nadie le niega nada? Ya ves para lo que yo vengo.

—Y ¿qué quieres que haga yo?

—Nosotras lo estamos ayudando sin interés de nada, ¡figúrate tú lo que íbamos a sacar de él! Si tú puedes arrimar algo...

—Yo iré a verlo.

—No hace falta, muchacho, tú me das a mí lo que sea, que yo se lo llevaré.

—No te vayas tú a pensar que yo tengo cuartos, ni que los voy regalando por ahí, ¡estaría bueno!

Se me arrima y me dice:

—Tú no necesitas cuartos para nada; cuando tú quieras, la casa de la cuesta es mi casa —y meneaba el culo con muy poca vergüenza—. Pero tienes que hacer algo por el Quemado.

Me fui de allí avergonzado porque yo, sólo otra vez, en el ventorrillo del Humo, había visto una fulana de cerca, pero allí había más gente y era otra cosa. Voy al bar de la plaza por achaque, porque nada tenía que hacer allí, viene la Picanta grande, la que tiene el puesto de fruta en el mercado, se entra al güichi y me dice por mi nombre:

—Juan, ¿cuándo vas a ir donde el Quemado?

—Yo no voy a ir.

—Pues mi hermana me ha dicho que sí, que ibas a ir a llevarle algo.

Como estaba allí la Carmen y otra gente, yo quise despachar a la Picanta y le dije: mañana iré a ver al Quemado.

—¿A qué hora vas a ir?

—Cuando yo tenga lugar.

—Vete por la tarde —me dice guiñándome el ojo—, que por la tarde, mi hermana irá allí y os podéis venir acompañados.

Me quedé soliviantado, con un hormigueo por dentro que no me dejaba tranquilo.

Total, que al otro día, por sí o por no, ya con el sol alto, tomo, con la escopeta, Romeral arriba y a las diez de la mañana crucé el río por la parte que da al Galeón, en Monte Castro estuve tirando los pájaros, y después bordeé la laguna por la parte de las Mulas, y antes de entrar en el terreno duro de la Dehesa del Pimiento, como si lo hubiera hecho adrede, me veo al Quemado cogiendo cogollo de palma para hacer escobas. Tenía un montón que daba gloria verlo.

Mi intención era irme para él, pero pensé que era mejor esperar y ver qué era todo aquel lío que me habían armado las picantas con que si estaba tan malo, el pobre.

Había matado dos pollos y aunque los había arreglado sacándoles las tripas, a la hora echaban peste como si llevaran tres días muertos. Eso es lo malo del pollo perdiz, que se echa a perder nada más sacudirle el trabucazo.

El Quemado estuvo allí tiempo y tiempo, sin levantar el lomo, con un hocino, y por las trazas le sobraba la salud. Después se sentó un rato, sacó un pan y un cacho tocino y, viaje va, viaje viene, despachó aquello y se echó a pecho medio pimporro de agua que tenía colgado de un hincó.

A eso de las cuatro de la tarde, tomó para la choza y se fue para el Charco Verde, solo, pues yo me aguanté allí a la vera, para ver qué pasaba. Después de un rato grande, vuelve con un borrico y se cruza en la cañada con la paquetera que recoge la leche. Como cae largo, yo nada veía, pero cuando llegó el Quemado traía montada en el borrico la Picanta pequeña.

Al llegar al chozo les entró muchísima prisa, ella coge el borrico y se lo lleva al acebuchal y él se mete en la choza. Vuelve ella corriendo, se asoma al chozo, vuelve a salir para fuera y baja hasta la vereda.

Al lubricán, ya cansado, me volví por donde había venido pensando que ya había visto bastante. Ella me aguardaba mientras el Quemado se hacía el malo.

Pero al otro día, la Picanta pequeña se viene a la lobera y me dice:

—Ayer le llevaron al Quemado el santolio.

—¡No me digas!

—Tienes que darle algo, Lobón, se está muriendo.

—¿Y para qué quiere los cuartos si va a ir al cementerio?

Se quedó chingada. Dice:

—Tú nunca has subido a mi casa. Otros con más méritos que tú lo han hecho.

—Bueno.

—Pues tú debías ver al Quemado. ¡Cómo está el pobre!

—Ayer lo vi, a él y a ti, cuando volvías con el borrico. Es tuvo cogiendo cogollo para escobas, antes de que le dieran el santolio.

¡Cómo se puso! Me llamó maricón. Decía:

—¡Por hacerte favor vinimos mi hermana y yo! ¿Qué te habrás creído tú? Dijo el Quemado que estabas muy solo y necesitabas una hembra al lado, sólo que lo que tú necesitas es tener al moro Juan. ¡Lo que no haya visto una!

Se fue muy enfadada y yo le decía:

—Dile al Quemado que cuando lo entierren le mandaré decir una misa con música y todo, que para algo me he ahorrado los cuartos de curarlo.

Con los berrinches de las reses plomeadas, don Gumersindo cortó conmigo para los restos y no se determinaba a subir al cuartelillo a denunciarme. El tenía clavado lo del

cachavazo y, un día sí y dos no, andaba a vueltas con la gente de Aldavaca, sus parientes, que a uno de ellos, Sánchez Aldavaca, el de la cabeza más gorda, le dio dos cachetadas en el mismo pueblo.

A cuenta de esto, hubo jaleos de abogados, y don Senén y el otro que tiraba las cabras, iban a pelearse donde el juez, para hacer el paripé, porque después de tantísimo pelear, los veía yo hablar y beber copas como si nada hubiera sucedido. Si falso era don Senén, el otro sinvergüenza tampoco se quedaba atrás, que había que verlos a los dos juntos riéndose de don Gumersindo y de los Aldavaca, que eran los que les soltaban los cuartos.

Yo notaba que todo el personal de la Zarza estaba tieso conmigo, hasta Rico no me trataba como antes y eso que la Manuela, todas las semanas me lavaba la ropa que yo se la dejaba en lo de su padre.

—Le dices a tu marido, que yo no tengo nada que ver con la gente de Aldavaca y que de sobra sabe él que yo nunca plomeé bicho alguno para dejarlo de viso —le decía yo a ella.

—Si él lo sabe, Juan, pero es que el amo está de una forma contigo que nadie se determina a mentarle tu nombre ni para bien ni para mal.

Como el campo estaba tan malísimo y no había faenas, ni de siembra, ni de recolección, ni de nada, la gente andaba sin jornal y se buscaban la vida cogiendo espárragos, que luego los compraba todos Aldavaca y los mandaba por ahí en la paquetera de la leche. Esto que engordaba a Aldavaca, fastidiaba a don Gumersindo, porque en la Zarza, junto al arroyo seco, por la parte del Molino, es muy querencioso para espárragos y la gente entraba allí y, de paso, ponían lazos a los conejos y, si encontraban oportunidad y escopeta, tiraban lo que fuera.

Era tantísimo el personal que iba allí, que los guardas andaban locos, pues para uno que echaban, se les colaban veinte y no iban a meterles un tiro por entrar con una canasta.

Tanto dijeron que con aquello no se podía guardar, que una vez don Gumersindo se echó encima de la jaca y para allá se fue con las intenciones de un caimán.

Da casualidad que aquel día a Miguel se le ocurrió llegarse hasta allá, con el reclamo de que Aldavaca pagaba tanto y más cuanto por un ciento de espárragos, con la mala suerte que se topó de cara con don Gumersindo. Ni tiempo le dio a resollar, porque le echó el caballo encima sin consideración a que fuera un viejo temblón que podía ser su padre por edad.

Aquello cayó tan malamente en el pueblo, que todo el mundo empezó a rajarse de la Zarza y a decir que iban a hacer esto y lo otro. La gente de Aldavaca, que nunca había hecho nada por las claras contra el vedado, le metieron fuego a la gente, porque

decían:

—Si antes pagábamos el ciento a ocho, ahora los pagamos a diez.

Y los del pueblo se crecieron diciendo:

—Veremos a ver ahora si son capaces de echarnos a todos juntos el caballo encima.

La parte aquella que linda con las Hazas de Suerte, se ponía como si estuvieran cogiendo el algodón, y pocos espárragos cogían, pero bien que se sacaron la espina de lo de Miguel. Al Rafael lo echaron de allí tirándole piedras y entonces bajaron los civiles y pusieron unas cuantas multas.

Con estas cosas dejaron de saltar la linde, pero estaban todos tan soliviantados, que raro era el día que no salía ardiendo un cacho de la Zarza.

Hoy le metían un cerillazo a los escobones, mañana a un rastrojo y así estuvieron una temporada.

Una tarde, había subido yo al pueblo a ver a don Cosme, cuando los civiles salen a la plaza a juntar tós, empiezan las campanas de la iglesia a alborotar el aire, y cuando estábamos todos juntos, se arrima allí el guardia dentón y, al primerito que me saca es a mí:

—Tú, Lobón.

Y me aparta a un lado. Así empieza a escoger, este sí, aquel no, aquel tampoco, y nos saca a unos veinte más o menos de los que no teníamos amo, ni empeño.

—Hay que ir a apagar un fuego —dice.

Uno de los que le tocó ir, dice muy apurado:

—¡Que yo esta noche tengo que ir a Carbonero! Me están aguardando.

—¿Qué tienes que hacer allí?

—Estamos al picón.

No le dejaron seguir:

—¡A apagar el fuego!

Decía el hombre, y no le faltaba razón, que allí en la plaza había muchísimo personal y que todos eran igual de buenos para ir a apagar lo que fuera, que él tenía compromiso. Decía:

—¿Por qué soy yo bueno y todos éstos son malos? ¿Tengo yo que dejar lo mío y éstos se pueden quedar tomando café tan ricamente en el bar? Esto no es derecho.

Total, que al rato sube la camioneta verde de la Zarza y en ella nos metieron como a los cochinos, diez hombres y diez hombres, en dos viajes.

Pasada la cuesta que baja hacia el Molino, después de las primeras motillas, empezamos a ver el humo que se llevaba el levante. Al llegar allí nos encontramos al Rafael, al Rico, Vitilo, el Beltrán y el Meleto, y al rato aparecieron el Amalio y el Molino con una cargada de zoletas y calabozos para cortar la broza.

Serían las ocho de la tarde cuando empezamos a abrir un cortafuegos y a dar abanicazos para apagar los matones que arrastraba el viento. Los civiles también echaban una mano, pero en cuanto les entraba la tos o el picor en los ojos, se quitaban de en medio.

Hasta las cuatro de la mañana estuvimos trabajando todos sin parar, pero después de las cuatro, hacíamos dos turnos de media hora, pues nadie podía tenerse en pie, asfixiaditos, con una tos que nos entraba a todos que nos dejaba traspuestos.

A las nueve de la mañana el fuego seguía creciendo para el chaparral y los civiles dijeron que había que ir a buscar más tíos, pues los que estábamos, ni con los pantalones podíamos ya.

Entonces, Paco el de la Médica, se sube a la camioneta, pero la camioneta dice:

—Yo no ando más.

La empujamos entre todos, le hurgaron en las tripas, toca aquí, toca allá, y nada. Ya pasado el medio día, viendo que allí no se hacía carrera de la camioneta, me dice el guardia dentón:

—Juan, tú que andas más que nosotros, ante vete al pueblo y dile al cabo lo que pasa. Que mande gente de refresco.

Llegué al pueblo cerca de las dos de la tarde y, casualidad que al llegar al cuartelillo, me encontré con don Gumersindo.

Lo saludé y le dije al cabo lo que pasaba.

—A la hora que es, ¿a quién voy a encontrar para mandar allí?

—En el bar hay más de treinta tíos, que yo los he visto al pasar —le digo.

Salimos los tres para el bar y al llegar allí don Senén se viene a saludar a don Gumersindo. El cabo echa una mirada y dice:

—Aquí no hay nadie, ¡veremos a ver qué hacemos!

No me pude contener y le solté:

—¿Que no hay nadie? Pues, ¿y todos éstos que ahí están? ¿Son cojos o mancos? Más jóvenes y más descansados están que los que estuvieron allí toda la noche.

Como era la gente de las tiendas y los señoritos, el cabo sacudió la cabeza y, don Gumersindo bromeando, dijo:

—Lobón tiene razón. Aquí tiene usted a don Senén, que para apagar incendios no tiene precio.

El cabo se reía y don Senén también, pero le cortó el viaje diciéndole:

—Tiene usted razón al decir eso, yo apagaría ese incendio para los restos. Que el cerillo que le ha quemado a usted eso, está en el bolsillo de Juan Lobón. Eso lo sabe usted igual que lo sé yo. En el bolsillo de Lobón apagaba yo ese fuego.

A mí no se me ocurrió decir nada, pero bien sabe Dios que tentado estuve de meterle mano y, si no lo hice, yo no sé por qué fue.

Total, que don Gumersindo sale del bar con un par de banderillas en el lomo y corriendo a su lado sale don Senén, que yo no sé qué sopas tenía que mojar. Llegan al auto y se meten los dos, pero nada más entrar aparece allí el Clemente y terminan por llamarme.

—¿Dónde ha sido? —pregunta el Clemente.

—En los motillones altos, donde están los chaparros.

Don Senén iba haciendo el gasto y yo no le entendía nada de lo que hablaba, pero de vez en cuando, se le escuchaba decir:

—Hay que atarlos corto, ya no hay respeto, hay que atarlos corto, no sé adonde vamos a llegar.

Don Gumersindo ni abría la boca.

Al llegar allí se nos acercó el guarda dentón y el Paco. La gente estaba sentada y algunos hasta se habían dormido. Don Senén se adelanta y dice:

—¡Vamos, vamos! Esto es cosa de no dejarlo, ¿dónde están los cubos?

Lo dice así y dos o tres se le quedan mirando, sin saber lo que quería aquel hombre. Le dicen:

—¿Qué cubos?

—¿Con qué echan el agua? —dice.

—¿Qué agua, usted?

Allí soltaron la risa y empezaron a burrearse unos de otros:

—Tú, arrima el pimporro a ver si apagas el fuego.

—Sopla, sopla, pbs, pbssss.

Como nadie se movía del suelo y la gente parecía contenta con el cachondeo, don Gumersindo explotó:

—¡Partida de granujas! ¡Primero a meter el cerillazo y después a estarse ahí sentados!

—Esta gente no puede más —dijo el guardia dentón.

—Sangre por la boca van a echar todos —dice don Gumersindo.

El guardia se soliviantó y le dijo muy fuerte:

—¡Esas no son maneras, sea usted quien sea!

—Lo que no son maneras es que me estén quemando la finca delante de las narices de ustedes y encima estén cachondeándose aquí. ¡A trabajar! —dice.

El dentón se pone allí delante y dice:

—Seguir ahí.

Dice don Gumersindo:

—¡A trabajar! —y se encara conmigo al ver que nadie se movía—. Tú, el primero.

—Sí, señor —le dije—. Yo he sido el primero. Me he pasado toda la noche dando abanicazos y abriendo zanja y me he subido hasta el pueblo a llamar más gente.

¡Para qué dije aquello! Me faltó a mí, faltó a mi madre. Cómo sería lo que me dijo, que llegué a trincarle de la chaqueta y los guardias me apartaron. Entonces dije:

—Lo que se quemaba era de usted, y nosotros lo hemos estado apagando mientras usted dormía.

Se quedó un poco traspuesto, o mareado, como a él le pasa cuando le sube la soberbia de golpe a la cabeza. Allí estuvieron atendiéndolo, el Clemente y don Senén, mientras

la gente empezó a ponerse de pie con un poco de miedo.

Al rato don Senén se me viene y me dice muy alto:

—¿No te da vergüenza hablar así a un señor que le debes lo que tú le debes?

—Y a usted ¿quién lo mete en esto, mamón? —le dije yo delante de todos.

Nunca le había faltado el respeto a un señor, pero si llega a chistar lo majo allí. Me fui para él, buscándole la cara y se me iba, por eso le dije:

—Yo le quemé el auto porque usted me quemó el chozo. Ahora viene usted a echar leña a don Gumersindo, pero como le queme las orejas no se las va a pagar el seguro.

El guardia dentón me enganchó del brazo.

—¡Vamos, Lobón, te vas de aquí y para de decir disparates! ¡Señores, por favor!

Don Gumersindo se había metido en el auto y se tapaba los ojos con la mano, los civiles no sabían qué hacer y don Senén no sabía dónde arrimarse. Yo me quité de en medio y no sé lo que pasaría, pero tres días después, todavía humeaban las motillas.

Eso fue en el verano y cuando empezaba el invierno hubo una sonada en la Zarza, porque robaron dinero de una caja de puros donde don Gumersindo guardaba cuartos para el manejo. Nadie dijo si fue mucho o si fue poco, pero se supo que un día quitaban un billete, otro día dos o medio.

Como don Gumersindo es como es, no cambió, ni consintió en guardar el dinero en otro lado, sino que le dijo al Manuel:

—Te estás sin dormir, pero al que sea lo trincas, que le voy a cortar la mano.

La caja esa la tenía en el cuarto donde él estaba siempre, allí encima de unos libros muy bonitos, todos iguales, y allí siguió la caja y allí pasó días y noches el Manuel esperando que fuera alguien a robar.

Pero no fue nadie mientras el Manuel estuvo allí. Cuando ya se olvidaron, un día faltaron de golpe cuatro billetes y don Gumersindo dijo:

—Ladrón de fuera no es, porque ladrón de fuera no se hubiera llevado cuatro billetes, sino la caja entera. Ladrón de dentro es y aquí sólo entra el Manuel, la tata, mi señora y yo. Como a mi señora y a mí nos sobran los cuartos, nosotros no hemos sido; el Manuel nació en la casa y nunca robó: eso ha sido la tata.

La señora dijo:

—La tata me crió a mí, la tata es más honrada que nadie en el mundo: oro molido que

ella vea, oro molido que ella no toca. Su madre sirvió en casa de mi abuela, ella me crió a mí. ¿Cómo iba a robar?

Don Gumersindo le zampó:

—Esta tata tuya es una siesa. Gatitos en la tripa tiene y bien que se ha quedado contigo con tantos rosarios como rezáis juntas. A mí nunca me engañó.

Cómo sería el escándalo que armaron que hasta el pobre don Cosme, metido en su cuarto, se enteró de todo punto por punto.

La señora llamó a los civiles y registraron la casa de Sara que, dicen, le echó maldiciones a la pava de la señora. Don Gumersindo dijo que la tata se ponía en lo ancho de la calle, pero ya.

—Ella no ha robado —decía la señora.

—Si no ha robado, ella se lo pierde. Que se vaya con Dios. Aquí sólo servía para torcer la jeta y torcértela a ti.

—Si la tata se va, me voy yo también.

—Pues vete con viento fresco.

—No se te olvide que ella me crió a mí.

—¡Ya se nota la leche que te dieron!

Manuel, el de Sara, como la cosa fue con él, se hinchó de traer y de llevar lo que pasaba dentro de la Zarza y era una vergüenza de la Zarza y de Manuel.

Yo lo pongo esto aquí, no por echar basura a nadie, sino porque esta basura, sin yo comerlo ni beberlo, bien que me manchó a mí al correr el tiempo.

Entre los líos y lo difícil que estaba la vereda del contrabando, yo no subía más que una vez al mes y, para eso, a tiro hecho, con seguridad de dónde encontrar el caballo con día y hora. Alguna vez, fracasé y nada pude darles, pero casi siempre tenía algo y era muy cómodo disponer del tiempo sin agobios de si vendrían o no vendrían a retirar el género. Tuve la suerte grandísima de que me pidieron un rebaño de cabras para disecarlas y llevarlas a un sitio, no sé dónde, para que las viera la gente. Un cabrón, cinco hembras y tres cabritos, y se lo llevaron todo de una vez, porque como no había cuidado de que la carne se estropeara estuve doce días detrás de un rebaño. Lo cuento porque esa vez, que fue Aldavaca el que me dio el encargo, fui a medias con él y nos pagaron un disparate, y ni una sola piel estaba estropeada del tiro. El macho era divino, que pena me dio matarlo, con los cuernos tan rizados y tan iguales: una preciosidad.

De todo lo que yo recuerdo haber ganado con la escopeta, esa vez fue la mejor y Aldavaca me dijo:

—¡Si saliera un encargo de estos todos los meses, dejaba yo el contrabando para los perros!

Y es que las cabras eran para fuera de aquí, para los ingleses o los moros o gente de por ahí que les gusta muchísimo ver las cabras.

Esta cacería no la hice dentro del vedado, sino muy dentro de la sierra, traspuestos los peñascales que bajan a donde está el pantano, fuera del mundo de Dios. Nunca me había adentrado tanto en la sierra, ni lo hubiera hecho si el Juanito no me hubiera llevado, día tras día, detrás del rebaño.

Yo me dije que rapaba el rebaño y lo rapé, porque tuve suerte y porque el Juanito sabía que yo tenía precisión de juntar dinero.

Con ningún perro del mundo se pueden cazar cabras, pero con el Juanito sí, porque tiene mucho en la cabeza y no abre la boca, y donde yo me echo, él se echa, y donde yo me agunto, él rodea y cuando la cabra se acisca, él se para, y donde tiene que apretar, aprieta.

A la vuelta, Manolo, el de la Casa de Postas, vino a verme:

—¿Dónde has estado tú esta temporada?

—A comprar limones.

—¿Y has comprado muchos?

—Un camión entero, ¿pasa algo?

—El Rafael ha venido a buscarte lo menos tres veces y no te ha encontrado.

—¡Claro! Tenía que haber venido a Málaga a donde los limones.

Se le veía así, untoso, mirando mucho como queriendo adivinar de dónde venía yo y si me había ido bien.

Faltó tiempo para que el Rafael apareciera a verme.

—Cinco días he venido a hablar contigo y no estabas, ¿dónde te has metido?

—Estuve por la parte de Málaga.

Se quedó como dudando de creérselo o no creérselo. Dice:

—La verdad es que los civiles y todos te hemos estado aguardando. ¿Por dónde has venido?

—Por la sierra, ¿por qué me aguardaban?

—No voy a referirte nada que tú no sepas. Yo quería que, de hombre a hombre, me dijeras una cosa, ¿quién plomea las reses?

—Eso debía preguntárselo yo a usted, que usted es guarda. Pero si usted me pregunta si soy yo, le digo que no. Yo le juré a Rico que yo no hacía eso, porque Rico para mí es como familia. A usted le digo lo mismo, yo no hago cosa tan puerca, ni me voy a ensuciar el campo.

—Pero tú cazas, porque siempre has tenido cuartos.

—Yo cazo, sí, señor. Esto de hombre a hombre.

—Y ¿qué haces con los bichos? ¿Quién te los paga?

—Eso no voy a decírselo, pero sepa usted que no son los Aldavaca. Que del Tomellar a orilla la mar, todo lo que es la serranía, tiene cacería, en unos sitios más y en otros menos, y a nadie le importa lo que yo haga por ahí, quitando a los civiles.

—No creas que te pregunto por sonsacarte, porque aunque tú no lo creas yo te he tomado aprecio y por eso he venido a verte.

—Usted está de la linde para dentro, yo de la linde para afuera: no se preocupe por mí.

—Yo no sé si tú entras al vedado o no, lo que sí que sé, es que te van a desgraciar. Para que tú veas, el amo, con lo que es él, ha recibido dos días en la Zarza a don Senén, y el Manolo dice que sólo han hablado de cómo fastidiarte para los restos.

—Y ¿qué pueden hacerme?

—Lo que les dé la gana. Don Senén está revolviendo donde el juez por el asunto de los cuartos que tú has repartido por ahí. Lo que vayan a hacer, yo no lo sé.

—Eso, ¿qué? Yo diré de dónde saqué todo.

—¿También dirás quién lastimó las reses?

—Pues también, que me voy a subir al vedado y ya verá usted si trinco o no trinco al que sea. ¡Que no tuviera yo otro oficio que ése!

—Ni se te ocurra entrar, muchacho, y menos ahora.

—Entonces ¿qué hago? ¿Afeitarme y esperar aquí sentado que vengan a llevarme preso?

—Debías subir a ver al amo y referirle que tú te comprometes a buscar al que está haciendo daño.

—¿Hacer de guarda yo? ¿Eso es lo que me viene usted a decir? Yo no soy guarda de nadie, pero mis cosas sí tengo que guardarlas. A usted se lo digo, porque usted nunca fue malo conmigo y ha venido aquí de hombre a hombre: subiré al vedado a ver quién hace eso.

—Y yo, no diré nada, pero iré a buscarte allí, no lo olvides.

—Estamos.

Entonces me subí a lo de mi hermano a dejar el Juanito con los otros perros y después me bajé a ver al Goro.

—Pasa esto y esto —le dije.

—No debiste decirle nada a Rafael, porque algo hará para que los guardas estén encima tuya.

—De hombre a hombre se lo dije. ¿Quién piensas tú que puede ser?

—Ni se me infunde.

—Yo echo cuentas y me digo: alguien de la Zarza. Los guardas: ¿El Felipe o el Amalio se van a volver contra lo suyo a la vejez? ¿Rico que no sabe lo que es una escopeta, ni otra cosa que dar de comer a los cochinos? ¿El Rafael con los juanetes o el Molino que no vale un duro? Nicolás podía haberlo hecho, pero está muerto. Entonces ¿quién? Los Aldavaca pagarán, ya lo creo que pagarán, pero ¿a quién pagan? A mí no, desde luego. He pensado que fuera el Quemado, Aguilera o el Monjo, o alguien de la sierra que nosotros no sepamos.

—¡Tonteras! Ese es de aquí; por mis cuentas, más de veinte bichos han estropeado desde que esto empezó, que no fue ayer.

De pronto el Goro, se me vuelve muy fuerte y me dice:

—¿Tú no estarás pensando que soy yo el que te estoy haciendo eso?

—¡Anda, que las cosas que se te ocurren!

Entonces estuve tres días en el vedado, marcando a uno y otro, buscando los rincones del viento para que me llegaran los tiros si es que alguien disparaba allí. No saqué otra cosa que calentamiento de cabeza y fatigas.

Cuando volví a lo mío, se me presenta Manolo, el de la Casa de Postas, y me dice:

—¿Qué? ¿Has encontrado al tío ya?

Me quedé planchado de que él estuviera tan puesto sobre lo que yo hacía y dejaba de hacer.

Don José Manuel vino a verme para que lo acompañara al moro, a una cacería de cochinos. Me vino muy bien, porque estaba muy apurado con las cosas que estaban pasando y empecé a preparar las cosas para marcharme. Estando en esto, otra vez se me presenta el Manolo, muy apurado.

—¿Te vas a ir?

—Claro.

—¿Vas a estar muchos días fuera?

—¿Te importa?

—Hombre, es que yo quería hacerte un encargo del moro.

—Pues no sélo que tardaré.

—¿Más de una semana?

—No lo sé.

—A ver si te enteras y me lo dices, para encargártelo a ti o a otro.

Se fue, pero al día siguiente, cuando salía en el auto de don José Manuel, se pone allí en la cañada a hacer señas. Para el auto y mete allí la cabezota:

—¿Cuándo vais a volver ustedes? —dice sin saludar a don José Manuel.

—A ti qué te importa, el año que viene volvemos. ¡Habrás tío!

Se quedó allí, con la barriga, la carne colorada del morillo y la boca abierta.

Yo nunca había visto el moro más que desde la batería, los días buenos, cuando hice el servicio. Estuvimos en un sitio que se llama Tetuán y el resto del tiempo lo pasamos en el campo y ¡vaya si allí había cochinos! Me gustó mucho aquella clase de cacería de ir tras los animales con los perros, ¡y qué perros más valientes, grandes, blancos, con las orejas levantadas!

Los mismos perros mataron cinco o seis jabatos a diente. Decía don José Manuel que también eran podencos, como los míos, sólo que diferentes. Un estilo así como los

que don Gumersindo tenía en el Tomellar, con la jauría de allí. Pero el saber de aquellos perros era cuando trabajaban todos juntos, y el Juanito, que yo lo llevé, me miraba como diciendo: ¿Qué clase de cacería es ésta que yo nunca la vi? Apretaba detrás de los otros perros, se me volvía para ver lo que yo le mandaba, y parecía un cachorro de pachón tonteando por el campo. Ya a lo último le dije:

—Tú te estás aquí conmigo, por si hay que cobrar algo.

Y ya lo creo que tuvimos que cobrar el Juanito y yo, porque de tantísimo cochino como tiraron, la mayoría los trincó la jauría, pero en tres dijeron:

—Esos se perdieron para los restos.

En un breñal se amonó la jauría tras un rastro de sangre, el Juanito cubrió la falta, pero no fue él el que cobró el cochino, sino yo y a poco me matan tirándome por el aire, entre todos, moros y cristianos, de lo contentos que se pusieron conmigo. Toda aquella gente eran militares y por la noche me pusieron un collar de perro y unas orejas de trapo y me pusieron un letrero que ponía: «este es el mejor punta de rehala». Muy cariñosos que estuvieron todos y me sentaron a la mesa al lado de un coronel y cuando me vine, me trajeron regalos, los moros y los cristianos, y me decían que me quedara allí con ellos.

Antes de subir al barco para volver, estaba allí el coronel y don José Manuel le refirió lo que estaban haciendo conmigo en lo nuestro. Refirió don José Manuel que me querían buscar la ruina, porque decían que yo plomeaba las reses.

—Eso es ganas de ponerle a uno el mandil, como al macho de cabra, para que no pinche si llego a saltar.

—Pero tú, ¿por qué no les dices la verdad?

—¿Y qué otra cosa hago yo, sino decirla?

—Es que dicen —dijo don José Manuel— que este hombre da mucho dinero a la gente, porque él es así, que nunca se queda con nada, y como ni en los ventorrillos, ni en las casas de comida le compran nada, están detrás de saber de dónde le llueven los cuartos. Si él da dos, ya están diciendo que ha dado cincuenta.

El coronel dijo:

—Te quedas aquí en el moro con nosotros, aquí no te va a faltar de nada, ni nadie te va a llevar preso.

—¿Por qué no te quedas? —dijo don José Manuel.

Aquello no era para mí, no eran mis piedras, ni mis lentiscos, ni mi gente, ¿qué iba a

hacer yo allí si aquella no era mi tierra?

—Allí, ya sabes lo que te espera. Don Senén la está armando para mojar sopas con don Gumersindo, y le han llevado al juez que tú plomeaste al Beltrán y al Meleto, que tú has juntado muchos cuartos, que has pegado fuego a muchas cosas. A la menor cosa vas donde los vagos y los maleantes y te fastidiaste para los restos. Eso es lo que está trajinando don Senén.

Eso me dijo don José Manuel para que yo me quedara allí en el moro, pero yo dije que no.

En el barco de vuelta eché las bilis. Hacía dos semanas que dejé lo mío.

Volviendo para lo nuestro desde el cruce al pueblo, al bordear el Tarajal, el Goro me vio y empezó a mover las manos muy de prisa. Total, que don José Manuel paró el auto y le dio atrás para ver qué quería el Goro.

—¡Hombre, corre a lo de Miguel, que Pencho se está mu riendo si es que no se ha muerto ya! Ayer estaba fatal y no sé si han podido llamar a don Celestino, porque Miguel tiene la pierna fatal de la reuma...

Me cayó tan en el limpio que ni entendí cómo cobrar la cosa, y menos mal que a don José Manuel se le ocurrió subir al pueblo a por don Celestino, para bajamos todos juntos al ventorrillo de Miguel.

Pencho tenía un brillo en los ojos que parecía un búho y don Celestino ni siquiera le escuchó el pecho, sino que lo mandó vestir, lo metimos en el auto y nos lo subimos para el pueblo. Allí me dice:

—Pencho está muy malo. Hay que avisar a su padre.

Como don José Manuel iba para Sevilla, me dijo que me dejaba en Jerez, y tal como estaba me subí con él al auto y al llegar al güichi, me bajé para dejar el Juanito allí y decir donde iba.

Me dice la Carmen:

—¿Y tienes tú que ir hasta allá para avisar a Pablo? ¿No es más barato ponerle un telegrama de esos?

Las mujeres siempre atinan con la verdad, pero a mí, ya entrado en el toro, hasta me ilusionaba ir a lo de Pablo, que don Celestino me dio un papel con unas señas muy larguísimas que ni quién las entendía.

Ya oscuro llegamos a Jerez y, cuando no tenía remedio, me enteré que no era en Jerez donde me tenía que haber bajado, sino antes, en un sitio que le dicen Jédula. Un

soldado fue quien me dijo cómo se iba allí y tomé carretera adelante y qué sé yo el tiempo que estuve andando.

Ya, a lo último, llego al surtidor de gasolina y un borracho que estaba allí me dice:

—Ese es el nuevo guarda, muy buena cosa el hijo... ¿Es familia de usted? Muy buena cosa.

Se viene acompañándome por un carril muy malo y, como estaba que se caía y no paraba de mentar los muertos y las madres de éste y del otro, yo no sabía si el norte que me daba era bueno.

—Hay que seguir todo adelante, donde vea jierro, mucho jierro, está ese Pablo y la madre que lo parió. ¡Valiente Pablo!

El carril tenía un trago de lo larguísimo que era, pero al fin había una casa con rejas, y una cerca también de reja, con su porche. Me eché a dormir debajo de un carro, por si era o no era lo de Pablo, y allí estuve hasta clarear, porque la hora que era no se podía despertar a nadie para preguntar.

Era allí. Pablo mismo me abrió la puerta cuando yo vi luz y llamé, por la mañana, y se me abrazó muy contento. Cuando le dije lo de Pencho, se arrugó.

A Pablo no le faltaba de nada: tenía luz de la electricidad y agua de grifo, una caballería, su gallinero y su de todo. Estaba muy bien trajeado, con sus botas, una chaquetilla y un sombrero gris la mar de campero.

—Como para ir a los toros estás tú —le dije.

—¡Calla, hombre, que no sabes tú lo que es esto! Nunca hay nada que hacer y siempre estás en falta por todo.

Las viejas seguían allí como estaban en el campo, como una collera de cuervos. En seguida empezaron a llorar y a tirar suspiros, diciendo que lo que le pasaba a Pencho era culpa de Pablo.

—Es culpa del pecho que lo tiene fatal. De eso se va a morir.

Yo no me determinaba a preguntar por la Encarna, pero como no paraba de mirar para acá y para allá, me dijo la madre:

—Casualidad que la Encarna hoy ha dormido donde la señora, porque el señor se fue ayer mañana y la Nicolasa, la otra chica que duerme allí, se puso mala.

Pablo y yo nos fuimos donde el teléfono que cuadraba en la carretera, junto al surtidor. Pasamos la mañana allí porque decían:

—Hay que esperar una hora, pero a lo mejor les llamamos antes.

A las dos de la tarde dijeron que ya podíamos hablar y allí sólo se escuchaba una grillera. Pablo me decía:

—Habla tú, que sabes leer. Yo no entiendo estos inventos.

—Si esto no tiene mérito: tú apunta la voz a esa rajita, para que tome viaje por el hilo negro.

Por fin salió don Celestino:

—¿Se ha muerto ya? —nada, que no se escuchaba nada—. ¿Que si se ha muerto? ¿Ah, que no se ha muerto? —allí no había manera de entenderse. Pablo decía:

—Pregúntale si se va a morir.

—Dejará de morirse, pero todavía no se ha muerto, eso es lo que dice don Celestino.

Entonces Pablo se quedó más tranquilo. Cortaron, volvieron a poner y entonces sí que se escuchaba bien. Dejé a Pablo que hablara.

—¡Qué bien que le escucho, don Celestino! ¿Cómo dice usted? Esto no hay dios que se lo crea, parece que está aquí mismo.

—Pregúntale por Pencho —le decía yo.

—¿Pencho está bien? Bueno. ¿Y su señora?

Pablo no se aclaraba, ni paraba de decir tonteras por el teléfono, decía que yo estaba allí y que iban a convidarme, volvía a preguntar por Pencho, y, a lo último, tuvimos que pagar doce duros por la conversación.

—Bueno, y de Pencho ¿qué dijo?

—Que está estupendamente.

—¡Pero cómo va a decir eso, si ayer estaba en las últimas y me mandó por ti! ¿Qué crees tú que hago yo aquí?

Cuando llegamos otra vez a lo de Pablo, después de lo del teléfono, la madre y la abuela se quedaron más tranquilas y yo les decía:

—Es tontera, porque yo he venido aquí a decirles que Pencho está en las últimas.

Pablo y ellas estuvieron peleando un buen rato y, por último, arreglaron que yo me volvería al pueblo y, si había precisión, mandaría un recado donde la gasolinera.

Yo fui allí por la enfermedad de Pencho, pero el que volvió malo de verdad fui yo, pues la Encarna, desde que se hizo visible, empezó a loquearme de una forma que hasta me dolía la cabeza.

Me hizo una impresión muy grandísima porque había engordado y llevaba una ropa que la estaba muy bien. Muy relimpia, muy peinada, y las faldas tan cortas que cada vez que se meneaba, para levantarse o sentarse, me entraban sudores.

Yo la miraba y era la mismísima Encarna, pero era otra.

Tanto lujo ya no puede ser para mí —pensaba yo—, porque el vestido le apretaba la tripa y la pechera y se me ponía delante, te lo veo no te lo veo, a enseñarme las rodillas, venga de pintura en los labios, venga de zarzillos en las orejas. A mí me entraba un desconuelo como de ganas de llorar. No era cosa de bragueta, no, sino un ansia que me ahogaba.

Ella que es más lista que qué, por el jai de los ojos y por el jai de lo cortado que me dejó, allí que se me esponjó y se sentía en la gloria, sin decir nada, dejándose ver como la que no quiere la cosa. Era como si me dijera a voces:

—¿No ves, no ves? Pues mira, mira: esto es lo que te estás perdiendo por la mierda de la cacería.

Como estaba en eso, ni simpática estuvo, sino como de poca vergüenza, que hasta se puso tacones, talmente como las fulanas o las del señorío.

Con la llegada de la Encarna, a las viejas se les pasó el disgusto de Pencho, pues veía yo que también me la estaban refrotando por el morro. La madre me preguntó:

—¿Quién le lava la ropa a Pencho?

—A mí me la lava Manuela, la hija de Miguel. Digo yo que a Pencho también se la lavará ella.

Dice la abuela:

—¡Ah! ¿Pero es que tú no le das a ella la ropa de él?

—Yo no.

—¡Pues vaya! ¡Buena estará la criatura!

Lo decían así, como si yo estuviera en falta.

—Pues a ver si ahora te despabilas y echas cuenta de él y de que se afeite. Y si ves que no se ha lavado...

Nada, que yo tenía que bajarle los calzones a Pencho para ver si le hacía falta un repaso.

Mientras les duró el resuello estuvieron dándome consejos y preguntándome si todavía seguía tirando el dinero o si había sentado ya la cabeza y lo guardaba.

Yo llevaba un taco bueno porque tenía lo que me dio Camilo, de mi parte por el rebaño de cabras que le di, y dos mil pesetas más que me dio don José Manuel al volver del moro.

—Se las tomo —le dije yo— porque pueda jurar alguna vez que usted me dio ese dinero, que luego me loquean preguntando ¿dedónde?, ¿de dónde?

Tenía yo más de diez billetes y a las dos viejas se les pusieron los ojos como panderetas.

—¿Y qué vas a hacer con eso?

—¿Y por qué no le das a la Encarna para que te lo guarde?

—¿Y por qué no vas a Jerez y le compras a Pencho ropa y calzones blancos, que habrá que ver cómo estará la criatura?

Allí me arreglaron las cuentas y la Encarna también mojaba sopas y era conforme con lo que decían las viejas. Pero a lo último me dice:

—En lugar de estarte dando cuartos a tu hermano para que la Carmen se compre colonia, debías abrir una cartilla para juntar.

—Sí, y en cuanto tenga cuatro cuartos, ya tengo encima a los civiles preguntando ¿de dónde los sacas? ¡Pues tardan bastante en tomarle los vientos a los cuartos!

Total que yo había pensado irme aquella misma noche, pero se me echaron encima: la abuela con que fuera a Jerez a comprar cosas para Pencho, la Encarna guiñándome el ojo, la madre diciendo que un día era un día y no iba a volverme a lo mío sin ver nada.

Hablaban todos no como antes, sino como el que tiene la fuerza y sabe que uno anda mendigando la golosina.

Yo no sé por qué me aguanté allí, ni cómo a todos se nos olvidó Pencho, porque hasta Pablo estuvo de broma conmigo.

—Este campo sin monte, alto ni bajo, pesa. Yo ahora lo bebo tinto para que me dé ardentía, porque así no echo de menos ni las hambres, ni los berrinches.

La falda de la Encarna y el descote de la Encarna con unas cintas de esas que le

asomaban, de tirar de las tetas para arriba, me tenían sobresaltado de una forma que por la noche no pegué ojo y me entraban sudores por las manos.

Al otro día, a las seis de la tarde, fuimos donde el surtidor y nos subimos a un camión de los militares que iba a Jerez.

A mí me daba achare ir trajeado como uno va siempre, al lado de la Encarna, tan bien puesta y con tanto lujo. Por fuerza tenía que ir haciendo mal papel.

Ella no paraba de meterme por aquellas calles y venga de hacerme mirar lo que vendían en las tiendas como si aquello tuviera un mérito del otro mundo.

—¡Si hubieras estado aquí por feria! —decía—. Todo el señorío montado en las jacas, venga de ir a los toros y de bailes sueltos y agarrados. ¡Se arman unos polveríos que tenías que verlos! Pues ¿y la Semana Santa? Aquí es donde tú debías venirte, no en el campo alumbrándote con el candil.

Yo la escuchaba y no la escuchaba, pensando que estaba muy guapa y que ya nunca volvería a ser lo que fue. Nada de lo que decía tenía sentido, ni tampoco lo que yo pudiera decirle lo tendría. ¿Le iba a decir que en aquellas calles no había un pájaro, ni siquiera un venado tonto de recría? ¿Le iba a decir que mejor muerto que toda la vida pisando un suelo que no deja andar sin hacer ruido?

Allí uno no era uno, ni allí pintaba nada, como don Senén en el monte. Le di a la Encarna todos los cuartos y le dije:

—Toma, guárdalos tú, si quieres gastarlos, los gastas.

Me quedé con dos billetes y medio, pero a última hora entramos en un sitio y le compré un reloj que costó cuatrocientas.

—Una cartilla voy a abrir yo con esto, que, si no, la abuela se lo queda —me dijo—. Tú no vayas a decir nada, que lo que yo te guarde, guardado queda.

Toda la tarde estuvimos tonteando y cuando se hizo oscuro encendieron la electricidad, que en algunos sitios parecía de día.

Yo no sabía por dónde andábamos porque todo era igual y todo mi afán era salirme al campo, donde no se viera una casa. Por eso le dije a la Encarna que fuéramos donde paraba el camión, no fuera cosa que lo perdiéramos.

—¡Qué va! Si, hasta que no se acabe el cine y vuelvan los soldados, no se va.

Pero me llevó allá porque notó que no me hallaba andando por las calles. Me llevó donde hay un parque y dijo:

—Ahí junto para el camión. Pero mientras no se acabe el cine, no sale. ¡Tenías que ver lo bonito que está el cine!

—Yo lo vi una vez cuando hice el servicio. Los moros y los franceses peleando por tonteras. No le encontré tanto mérito como dicen porque todo es mentira, que ni pelean ni nada, sino que hacen el paripé para que los retraten, como yo retraté una vez a los corzos. Lo de los corzos sí estaba bien, para que tú veas.

Nos sentamos en un banco y no paraba de rajar contándome cosas de vestidos, de lo que hacía donde la señorita, de los guisos por lo fino que sabía hacer y de que se había comprado un cepillo para los dientes.

—A lo primero me salía sangre —dijo—, pero ahora mejor me estoy sin comer que sin darme con el cepillo.

Yo la miraba y no la oía porque le asomaban las molas de los jarretes, con la falda por encima de la rodilla, y no se las tapaba.

Seguía hablando y yo estaba con fatigas, hasta que me tomó de la mano y me encontré con valor para darle un achuchón.

—Estáte quieto, Juan; cuando nos casemos lo que quieras.

¡Bueno estaba yo para esperar a casarme allí en el parque! Me quedé tan chingado que me preguntó:

—¿Te has enfadado conmigo?

Me levanté del banco y le dije que no con la cabeza, pero sólo tenía ganas de marcharme. Entonces, fue, me tomó de la mano y me hizo sentarme otra vez.

Estaba yo tan fastidiado que ya no tenía palabras y me entró el apuro, como cuando ella vivía en la Avispa y a mí se me ponían tontas las piernas de verla. Como es muy lista, echó cuenta de que me pasaba eso y me apoyó la cabeza contra su hombro, para decirme, como si yo fuera una criatura:

—Tienes que ser bueno, para que podamos casarnos.

—Yo ya quise hacerlo y tú dijiste que no.

—Quien dijo que no, fuiste tú.

Como yo seguía serio, apoyándome en una mano para no cargar sobre ella, me la cogió y se la puso encima de las rodillas y, entonces, no sé lo que me entró. Estaba medio echado en su hombro y al tiempo que la abrazaba, le tiré la mano libre piernas arriba hasta que la dejé sin fuerza. Nos fuimos al suelo, pero en cuanto se dio cuenta

de lo que estaba pasando, se me revolvió como una gata y no la tuve más tiempo que el gallo pisa la gallina.

Yo estaba que se me pegaba la camisa al cuerpo y ella se levantó como cuando el toro lo levanta el puntillero, pero nada más ponerse en pie, se me abraza y empieza a darme besos y a decir:

—¡No ha pasado nada, no ha pasado nada, gracias a Dios, gracias a Dios!

Yo estaba avergonzado, desabotonado, pringado de arriba abajo y con ganas de morirme, porque le manché el vestido nuevo y porque decía que no había pasado nada, ¿qué más podía pasar?

Se limpió el vestido, se me abrazó y estuvo dándome tantos besos que hasta los labios me escocían y aquello ya no me parecía beso ni nada.

Con el sofoco se me cortó el cuerpo y a pesar de lo cariñosa que estuvo conmigo, de las cosas tan buenas que me dijo, yo no podía evitar tenerle como coraje, no con la cabeza, sino una rabia por dentro que me cerró la boca y el corazón.

Cuando los soldados empezaron a acercarse allí, a esperar el camión, ella se estuvo arreglando el pelo y se levantaba las faldas para sacudirlas, venga de canturrear:

Dime que me quieres,

dímelo por Dios.

Cantaba aquello y me guiñaba el ojo y se traía un jugueteo conmigo que yo estaba seco para disfrutarlo, aunque recordarlo después me haya consolado mucho.

Cuando llegamos a lo de Pablo, todos estaban durmiendo, pero la Encarna no quiso dejar el palique.

—¿Te vas mañana?

—Mañana.

—Sí, tienes que irte y cuidar de Pencho.

—Iré a verlo.

—¿Se morirá?

—Don Celestino dijo que estaba muy malo.

—Lo que dice la abuela es verdad, tienes que echarle una mano.

—Aquí todos creéis que Pencho es cosa mía.

—Y ¿no es cosa tuya? Es mi carne. —Lo dijo así, muy hondo, como queriéndome dar mucho lado con ella. Me tocó la cara con la punta de los dedos y volvió a repetirlo:

—Es mi carne.

—Tu carne es, pero él nunca quiso comer ni apartarse de las faldas. Así no hay puntería ni vida.

—La culpa es tuya también. Ya que padre está aquí, a ti te tocaba echar cuenta de él.

—¿A mí? ¡Estáis todos buenos! Siempre tirando, siempre empujando, como si yo tuviera lugar para lo mío y para lo de los demás. Mi hermano Pepe me dice: Dame cuartos que a ti nada te cuesta ganarlos. Vosotros decís: tú que estás allí, echa una mano a Pencho; la Manuela también dice igual: tú que estás aquí echa una mano a la Sinta. No lo digo por nada, pero después, el Pepe me dice: Deja la cacería y vete de guarda a la Zarza, y tú me dices: deja la escopeta y todos igual. Con la escopeta puedo ser bueno para vosotros. Si no hubiera escopeta y nunca hubiera podido echaros una mano, ¿qué es lo que diríais? Yo sin tiempo me habría casado contigo. Lo sabes.

Dice la Encarna:

—Eso dices tú, pero tu querencia está en el monte. Si, un suponer, tú te encapricharas con otra que no conmigo y me dijeras: Encarna, yo me caso contigo pero no puedo dejar a la otra, ¿iba a ser yo conforme?

—La escopeta no es una mujer.

—No será una mujer, pero la escopeta es el sobresalto y es la guardia civil y son las guantadas y es vivir como las fieras. Para ti, donde no puedes ir con la escopeta, no es sitio en el mundo.

Como decía la verdad me quedé más callado que en misa. Dice:

—Cuando me hiciste el chiquillo, me dije: ¡Anda, ahora se buscará cualquier cosa! Pero en nada ibas a ganar lo que ganas cazando ¿no lo sé yo? Cuando nació, asustadita estaba pensando que mi suerte estaba a tu lado. Con el crío ¿cómo no iba a estar a tu vera? Por eso siempre creí que Dios se lo llevó para que eso no pasara. Con el chiquillo, yo habría tragado la escopeta, carretas y carretones.

—Y estarías feliz.

—Yo sé que lo estaría. Para mí no puede haber otro como tú. Esa es la verdad. Pero yo no quiero que por buscar cuartos para tu casa, llegues un día con los morros

sangrando y te traten como a los criminales. Bastante tuve con ser hija de un cazador y con ver llegar a padre, una vez y otra vez, marcado.

—Eso son tonteras.

—¿Tonteras? ¿Tonteras estar comiendo un cacho de pan y decir: esto le costó a padre una cachetada en la cara? Si lo mataran por hacer su gusto, ¡anda y que le dieran!, pero que peguen a un hombre por traer de comer a su casa, no se puede pasar. Por eso nunca quise boda y escopeta y por eso mismito no he querido que me hicieras un chiquillo esta tarde. Ya lo sabes.

Nunca dijo la Encarna nada con más sentido. Cuando se acostó a dormir yo estuve rezando a la Virgen para que se hubiera quedado preñada, aunque ella hubiera dicho: ¡No ha pasado nada, no ha pasado nada!

Cuando yo llegué, a Pencho le habían echado el agua y estaba el párroco allí con don Celestino y su señora, rezando lo de Padre Nuestro y yo contesté, también, lo del Pan Nuestro, porque desde que me lo aprendí en el servicio, nunca lo olvidé. El párroco no dijo nada de si yo rezaba bien o mal, pero se le notaba que era conforme conmigo.

Pencho no se murió aquel día, ni al otro, porque hasta se esponjó un poquito y estuvo de broma conmigo a la cuenta de unos calzones blancos que le compré, como dijo la abuela; se murió al otro día por la tarde y yo no me separé de su cama en todo aquel tiempo porque era la misma carne de la Encarna.

Don Celestino me dijo:

—Hay que enterrarlo.

Yo le dije que no se preocupara que yo tenía dos mil pesetas, y que si la caja valía mil trescientas, todavía quedaba un pico para pagar el coche y el caballo, porque Pencho no estaba apuntado donde el Ocaso, que te entierran de balde. Pero como había que pagar más cosas, yo dije que no se preocuparan que yo traería los cuartos y le escribí a la Encarna; le puse:

«El Pencho se ha muerto y aunque yo tenía para la caja, resulta que hay que pagar donde el cementerio para que lo pongan en un sitio decente, que si no lo echan al hoyo como a los perros. Haz el favor de mandar tres mil pesetas cuando venga tu padre a ver el muerto. Le compré los calzones blancos que me dijo la abuela».

Como yo no tenía sobre, ni yo sabía poner bien las señas de Pablo, porque era muy largo y muy liado, esto arriba, esto abajo, la señora de don Celestino la leyó delante de todos y alguien, no sé quién, lo charló, y ya contaré lo que me pasó a la cuenta de eso.

Cuando Pencho estaba ya enterrado, llegaron Pablo, la madre y la abuela, todos de

negro, con los ojos llorones, y fueron al cementerio a ponerle flores al pobre muchacho. La abuela y la madre, como siempre andaban como los cuervos, se ahorraron gastar en luto. Las dos me besaron y las dos me dijeron:

—Para decir verdad, tú has sido un hermano para Pencho y Dios te lo tiene que tener en cuenta.

Yo se lo agradecí porque era lo primero bueno que les escuchaba decirme.

En el entierro, sólo estuvimos don Celestino, el párroco, el Goro y yo. Miguel no pudo venir y lo mismo les pasó a Pepe, mi hermano, y a Rico, uno porque no podía dejar la Sinta, otro porque estaba malo y otro por los líos que había aquel día en la Zarza.

El lío de aquel día fue lo nunca visto y, si pasó lo que pasó, culpa de la señora fue, pues don Gumersindo había ido donde la Francia a ver unos franceses, asunto de mandarles caballerías, y ella quiso aprovechar su ausencia para poner torcido lo que él dejó derecho y derecho lo que él dejó torcido.

Se dijeron muchas cosas, que cualquiera sabe si serían verdad o mentira. Dijeron que ella había cogido unos miles de duros de la caja, para decir:

—Han robado otra vez. ¿Ven ustedes cómo no fue la tata la que robó? Ahora ella no está.

Otros decían que ella escuchó ruido por la noche y empezó a dar gritos y le entró el faratute y que era verdad que habían robado.

Pero lo más grande de todo, fue que alguien dejó caer en la Zarza que la noche del robo me habían visto a mí pegadito a la casa. Yo estaba en lo de Pablo y en cabeza de nadie cabía que yo me iba a llegar allí a robar; pero como se supo que yo pagué el entierro y que había escrito a la Encarna pidiéndole cuartos, me llevaron preso y para sacarme que yo había robado, me dieron una clase de paliza que hasta malo me puse.

Fueron donde Pablo, registraron toda la casa para ver si había cuartos, y menos mal que la Encarna, que siempre fue más viva que un lagarto, les dijo:

—Juan me pidió dinero para el entierro porque él no lo tenía.

—Pero él te mandaba a ti lo que robaba.

—Ni él robó nunca nada, ni en esta casa hace falta que el pobre Juan arrime nada, ¿no trabajamos todos?

Cuando ya me habían puesto de ladrón y ya me habían puesto la cara como un Cristo, se enteraron que yo no podía haber estado en la Zarza la noche del robo, pero la

señora dijo:

—¡Ese Lobón fue, que lo vieron aquí!

—¿Y quién lo vio?

—Pues el Molino dice que él cree que era Lobón.

Llevaron al Molino al cuartelillo y él dijo, que, así de pronto, no cayó en que podía ser yo, que el vio un tío allí junto a la casa y se pensó que sería alguien que llevaba algún mandado al Manuel; pero al día siguiente, en la Casa de Postas, el Manolo le dijo que me vio en el coche de línea y que era muy raro que yo viniera de allí, porque, para sus cuentas, yo estaba en el moro. Entonces dijeron:

—¿A ver si lo del moro fue un achaque y ni al moro fue?

Dos tortas le tiró el cabo al Molino por decir aquello y, de seguido, viene a soltarme, pero el juez dice:

—Se queda preso.

El cabo dice:

—Todo esto ha sido una calumnia, lo que estamos haciendo con este muchacho no lo pagamos ni aunque nos quiten el pellejo.

Dice el juez:

—Deje estar el pellejo, que la señora ha dicho que fue Lobón y ha puesto su denuncia en regla.

—No fue la tata, fue Lobón —decía ella.

Hubo muchos papeles, muchos jaleos de los civiles de aquí, de los de allí, de donde vivía Pablo, del coche de línea que si subí o no subí. Llegó el teniente, me abrió la puerta y me dice:

—¡Fuera de aquí! Traigan todo lo que le tienen apuntado a Lobón.

Le llevan mis papeles y tris, tras, los rompe todos delante de todo el mundo.

—A tu casa —me dice y le suelta al cabo—: Es la última vez que se molesta a este hombre: usted me responde.

Después me enteré que el juez se puso de parte del teniente y decía:

—¡Pero esa mujer no tiene nada en la cabeza! ¿Cómo podía uno pensar que una

señora tan principal iba a decir una cosa así sin ser verdad? Pero que vuelvan a apuntar todo lo que sabemos de Lobón y que lo guarden, porque don Senén me ha dicho que quiere que lo manden donde el Juez de los vagos y los maleantes, no sea que ahora, porque tiene razón, se dedique a cachondearse de todos nosotros.

El teniente, creo que dijo:

—Bueno, que se lo vuelvan a apuntar, pero no hay derecho a las cosas que le estamos haciendo a este hombre.

Cuando volvió don Gumersindo armó una sonada y le dijo a la pava:

—No sólo has fastidiado a Lobón, sino que a mí también me has fastidiado, porque has ido con una mentira a denunciarlo y yo ahora no podré hacerlo ni aunque tenga yo razón.

Allí mojaron sopas todos, don Senén apareció, como un perro salido, a convidar al juez y a hablar seguido, el abogado de don Gumersindo también lo convidó, y nadie sabía lo que querían hacer conmigo, porque decían:

—Lobón no hizo nada, pero la señora es de lo más principal y no puede quedar tirada por los suelos por esa tontera, que por lo menos quede la cosa ahí y no se vuelva a hablar más. ¿Por qué dice el teniente que a la señora había que hacerle esto y lo otro? ¿Es que no sabe lo principal que es ella? ¿Y quién es Lobón?

Nada de lo que he puesto aquí lo supe boca a boca porque me lo dijera nadie que lo hubiera oído, pero eso es lo que corría por el pueblo y por el campo y así lo pongo yo aquí, porque eso es lo que cundió aunque no fuera toda la verdad, ni toda la mentira.

Pasó casi una temporada entera sin que vieran reses lastimadas en el vedado y alguien llegó a decir:

—¿No sería Pencho quien las lastimaba?

No conocían a Pencho los que dijeron eso, porque él no podía subir un repecho sin que le hirviera el agua, como decía Bocacrol cuando se cansaba subiendo monte:

—Me jierve el agua y tengo que parar el motor —eso decía.

Eso mismo le pasaba a Pencho, que le hervía el agua y tenía que sentarse para ir de la lobera al ventorrillo.

Con este motivo, don Senén no tuvo ya motivo para ir a la Zarza, porque él sólo subía allí para hablar de lo que podían hacerme o dejarme de hacer, aunque en el capotillo llevara unas ganas muy grandísimas de ponerse amigo de don Gumersindo para que lo invitara al vedado, cosa que nunca consiguió.

También tenía ganas de mojar sopas en los asuntos de él, porque allí en la Zarza olía a cuartos y él estaba chingado con que don Gumersindo estuviera soltándole cuartos al otro abogado sin darle a él nada.

Esto nadie me lo ha contado, que yo lo escuché un día poner como los mismísimos trapos al otro abogado, a espaldas de él, porque tenía pelusa de los cuartos que le sacaba a don Gumersindo.

Cuatro meses después, en el verano, ardió el pajar de la Zarza y allí estuvimos apagándolo un día entero, y don Senén, nadie supo por qué, dijo:

—Eso fue Lobón.

—¿Por qué dice usted que fue Lobón? —le preguntó el cabo.

—¡Hombre, yo no lo he visto!, pero donde hay un cerillazo está ése cerca. Siempre tiene algo que ver con asunto de cotos y vedados: la Casa del Fraile, el chaparral de la Zarza y ahora esto.

—Sí y su auto también.

—Mi auto no fue él, pero ya escucharon todos que se hinchó de decir eso, el muy animal, para comprometerme.

—Cuando la Casa del Fraile, nadie lo culpó y el Seguro pagó.

—Sí, pagó el Seguro, pero entonces nadie podía figurarse qué clase de pájaro era ese Lobón.

El cabo me dijo:

—Juan, don Senén dice esto y esto. Va siendo hora que sientes la cabeza para no dar que hablar a la gente.

—¿Y qué culpa tengo yo de que charlen?

—Mira cómo del párroco nadie dice que va metiendo cerillazos.

La cosa se me había puesto muy malamente, porque raro era el día que Manolo, el de la Casa de Postas, no viniera a lo mío a meter las narices, y un día terminé por decirle:

—Manolo: es la última vez que te veo aquí.

—Yo puedo ir donde me dé la gana. ¿O es que has comprado la cañada?

Le tiré un tormo a la barriga y luego otro y luego otro, hasta que salió por pies, gordo,

colorado. Apreté detrás de él y lo trinqué del cinturón.

—Escucha lo que te digo: ya me has cansado y si te arrimas a lo mío, o te asomas a verme pasar, te quemó la casa: por mi padre.

Se asustó mucho porque a mí me entró muchísima soberbia y comprendía que ya estaba aburrido del todo.

Finales de julio o primeros de agosto sería cuando empezaron otra vez los cochinos a morirse a chorro, y otra vez volvieron los inspectores a quemar las piaras enteras, que dejaban el campo con un pestazo a chicharrones que revolvió las tripas.

A don Gumersindo le quemaron más de quinientos, en la montanera, y quemando los cochinos volvieron a aparecer reses plomeadas allí mismo, porque como no había yerba y todo estaba fatal con la sequía, ponían cajones de alfalfa y de pienso para que los venados y todas las reses tuvieran algo de comer. Una de las reses que encontraron ya podrida fue el venado que yo me traje del Tomellar, le cortaron la cabeza y allí la pusieron en la entrada de la Zarza.

Entre el disgusto de la peste y el del venado, don Gumersindo se fue donde el juez y se puso amigo, otra vez, con don Senén.

Yo estaba inocente de todas estas cosas y muy mal de cuartos, pues como a la Casa de Postas ya no llevaba ni un mal pájaro, y Tocino, el recovero, había tomado miedo a comprarme nada, y no había ni un conejo para reclamo, ni una gorda tenía en el bolsillo.

Fue entonces cuando Daniel el ferretero me llamó. El tenía en el Molino, aparte de una piara de cerdos de montanera, unos cochinos franceses divinos, color de rosa, para engorde. Me dijo que como los inspectores estaban yendo y viniendo por allí, él quería que yo escondiera un verraco y una hembra de los franceses, para que no se los mataran porque no quería perder la simiente. Me dijo:

—No quiero decírselo al chiquillo del Sevillano, porque como es cosa que no está bien, aunque de sobra sé yo que los cochinos más sanos no pueden estar, prefiero que lo hagas tú. Te vas allá, los metes en la broza junto al torno del río y los dejas allí atados hasta que esto no se aclare.

Para mí iba a ser una pensión tener que llevarles de comer a aquellos cochinos, pero no supe decirle que no.

Fui al río, até los cochinos, un macho y una hembra y me volví para el pueblo. Pero al otro día, como el suelo en aquella parte es de arena, los dos habían arrancado las estaquillas y se habían ido por ahí.

Se lo conté a Daniel y dijo que no me preocupara, que seguramente al Molino no iban

a ir los inspectores y que tal y cual. Pero unos días después, vuelve a llamarme con urgencia y subo al pueblo. Me pongo a buscar a Daniel y por último me lo encuentro en el bar. Me dice:

—Hombre, Juan, tienes que encontrar los cochinos sin más remedio.

Me habló que tenía unas guías, que si ya habían quemado toda la piara, pero iban a volver porque decían que había cochinos franceses y también los iban a quemar. Que si debían estar dentro de la Zarza, que yo me entrara allí con mucho cuidado, que tal y que cual.

Al rato de estar charlando, venga conque el cochino por aquí y el cochino por allá, me di cuenta que don Senén estaba sentado en una mesa allí junto a nosotros y que el Mudo, el betunero, le sacaba lustre. Noté yo que alargaba la oreja, pero ni siquiera eché cuenta de él para mirarlo.

Me dice Daniel:

—¿Cuándo calculas tú que podrás dejar eso listo?

—Pues no sé, si los cochinos están en la Zarza, me calculo yo que no andarán muy perdidos.

—Veremos a ver porque a lo mejor se presentan el lunes porque me han avisado y si no tengo la piara allí, me pueden poner multa.

Total que él no tenía allí a nadie porque el Sevillano tenía un pinchazo en un dedo, los cochinos andaban perdidos y los inspectores podían llegar. Yo tenía que juntar la piara y esconder un verraco y una hembra. De eso fue de lo que charlamos, no de otra cosa.

Pero cuando se va Daniel, con mucha prisa, don Senén me hace señas con la manita, así, como el que dice: «ven para acá que te se va a caer el pelo».

Hace señas, ya digo, y yo ni caso le hago.

—Ven, ven para acá —dice.

Y yo como si estuviera sordo como el Goro.

—Lobón, te estoy llamando. ¿No me oyes?

Y yo mirándolo, apoyado en el mostrador.

Se pone de pie y da un bocinazo:

—¡Lobón!

Yo encojo la nariz y entonces se me viene como si fuera a pegarme, muy valiente porque allí había personal. Me mete las manos por la cara y dice:

—¡Ni se te ocurra entrar al vedado!

Yo sordo, nada, ni caso.

—A ese señor que te habla de tú se le va a caer el pelo por mandarte que caces — dice.

Entonces, le digo yo:

—Vaya usted a la mierda, don Senén.

Se hizo como corro y yo seguí allí apoyado en el mostrador. Don Senén se vuelve muy deprisa y sale manoteando del bar.

—¿Qué le pasa a ése? ¡Anda que se lo has dicho claro! —me dijo el del bar.

Yo no eché más cuentas y me bajé al Molino. Estuve toda la tarde juntando cochinos y empujándolos al río, los metí en la córrala de junto a la casa, y me llevé atado de la pata un verraco para tapanlo allí en los tarajes, en un apretado que había mucha zarza y tomatillo del diablo. Ya oscuro me subí al pueblo y me fui a comer a lo de mi hermano porque no tenía cuartos.

Durante tres días estuve yendo allí mañana y tarde a echarle a los cochinos amasijo de salvado, pan duro y yerba, y era tontera que yo fuera porque el Sevillano estaba allí y sabía de sobra que los cochinos estaban tapados en el río.

Al día que hacía cuatro, por la tarde, me dice el Sevillano:

—¿Qué estarán armando la gente de la Zarza ahí en el torno, que no han parado toda la mañana y toda la tarde de pasar y repasar, como escondiéndose?

Me llegué al río con el amasijo y una tabla y estando allí, aclarando la soga a la cochina que se había liado, me aparece Rico, escondiéndose, muy misterioso:

—¡Juan, menos mal! —me hacía señas que me tapara.

—¿Qué pasa?

—¿Pero tú estás aquí? ¡Calla hombre! Que dijeron que ibas a traerte aquí un cochino, y ahí están todos hasta con máquinas de sacar retratos, ¡como te lo digo!

—¡Anda, pues aquí están los cochinos, ahora mismo los suelto!

—¡No, hombre no, un jabato es lo que decían que ibas a traer!

—¿Un jabato? ¿Qué tonteras estás diciendo?

—Ahí está el amo con don Senén...

Entonces caí en la cuenta que don Senén había sacado punta por mal sitio a lo que Daniel y yo charlamos. Le digo a Rico:

—¿Y no me han visto trajinar por la casa?

—Sí que te vieron pero no echaron cuenta que eras tú. Yo me di cuenta cuando te vi en el mateado.

De primeras dadas tuve miedo y volví a la casa escondiéndome, pero ya allí le digo al Sevillano:

—¿Tienes por ahí un cacho tubo de hierro?

—Los rulos del molino, pero están hechos polvo.

Aquellos rulos eran más gordos que un brazo y estaban llenos de boquetes. Cogí el más corto y le metí en un medio horcate que había tirado. Le digo al Sevillano:

—¿Parece esto una escopeta?

—Un trabuco parece.

—Entonces, bueno es. Lo que me falta ahora es un pellejo de aceite.

—Pero ¿qué vas a hacer?

—Cachondearme de la gente de la Zarza. Con un pellejo, menudo cochino iba yo a hacer.

El Sevillano me miraba como se mira a los locos. Le dije:

—Si te quieres reír, vete a las lajas altas del lado de acá del torno y espérate allá.

Entonces corrí tapándome para el mateado, pasé a la Zarza y estuve un rato marcando a unos y otros y hasta me entró miedo de pensar que si me cogían con aquel cacho de hierro en las manos, entre todos los que estaban, lo mismo me molían a palos.

Se habían puesto con mucho sentido, el Felipe y el Rafael, en los primeros contrafuertes del arroyo seco, el Molino en la punta de abajo, en lo más alto, con mucho campo. Rico estaba en la parte baja del torno, un poco más arriba de donde yo tenía amarrados los cochinos, y debía ser Vitilo el que estaba subido arriba, al borde de la umbría, que lo vi porque recortaba todo su cuerpo contra el cielo. Si llega a ser verdad que yo vengo allí rodando un jabato, me trincan por fuerza porque tenían

tomadas todas las salidas.

Como yo entré de fuera adentro, sólo tuve que tener cuidado con Molino, que me caía en la enfrentada pero para mirarme tenía el sol en los ojos, y no le caía yo demasiado cerca. Yo quería llegar a las piedras para marcar a don Senén y a don Gumersindo, pero no hizo falta, porque al rato, escuché la voz del abogado que no sé qué decía.

Subí a las piedras y allí, haciendo muchísimo ruido, me dejé caer dando botes, hacia el río, como el que viene perseguido. Qué botes no daría yo, que se me salió el rulo del horcate y allá se fue dando unos hierrazos que daba miedo.

Botando yo para abajo se arma un griterío del Molino que empieza a decir:

—¡Ahí va, ahí va!

Yo crucé el río y me subí a las lajas, donde estaba el Sevillano y al rato se escucha un ramoneo horroroso al otro lado del río y aparecen las carotas de don Gumersindo, don Senén, el Molino y el Felipe.

Entonces le digo yo al Sevillano que estaba allí mirando, muy serio, sin entender de qué iba la cosa:

—Esa gente ha venido a hacerme un retrato con cochino y no es cosa que se vayan de vacío.

Se lo decía bien alto para que se enteraran todos, y medio acharado, medio muerto de risa, me eché abajo los calzones y me puse a hacer la necesidad.

No hago más que apretar, suena la voz de don Gumersindo, al otro lado:

—¡Muy buena, Juan, muy buena! Cuando acabes, ya irá don Senén a comérsela entera. ¡Te tenías que cagar en todos, ya lo sabía yo!

Y se aguantaba los pantalones con las dos manos, riéndose, y me echó las fotografías diciendo muchísimo disparate.

No sé cómo terminó aquello porque me quité de en medio, muerto de vergüenza y el Sevillano me decía:

—¡Valiente marrano y poca vergüenza estás tú hecho!

Aquella tontera trajo cola, pero no contra mí, sino contra Daniel porque le armaron un follón horroroso. Yo esto no me lo sé muy bien porque nunca acabé de entender el pito que tocaba en esto don Senén, pero lo que sí que sé es que a partir de aquello don Gumersindo y don Senén empezaron a tirarse bocados. Ya digo que ni siquiera escuché a nadie decir por qué o por qué no se enfadaron tantísimo.

El lío gordo empezó porque el Daniel le sacudió dos buenas guantadas a Aldavaca Sánchez, que era el alcalde, y el alcalde se las tragó, porque le había mentado la madre. Pero los otros Aldavaca se juntaron y dijeron:

—Tú eres autoridad, que Daniel vaya preso.

Entonces don Senén dice:

—Nada, hombre, ése va preso porque él es el que paga a Lobón para que lastime el vedado. Yo lo denuncio.

Y lo denuncia. Pero don Gumersindo dice:

—¡Aquí el único que denuncia soy yo, que el vedado es mío, y con el tapujo de Daniel, quieren ustedes mojar sopas aquí. Los Aldavacas bien puercos que fueron toda la vida, aunque sean mis parientes!

Mucho fue el lío que debió armarse donde el juez, porque don Gumersindo salió malo de allí y el alcalde tuvo paño en un ojo más de diez días. Si le pegó también o si no le pegó, nadie lo supo.

Los Aldavaca y don Gumersindo no volvieron al pueblo, sino que todo empezaron a liarlo don Senén y el abogado de don Gumersindo, que se comían donde el juez y luego tomaban copas, tan tranquilos, en el bar. Qué jaleos no armarían con tal de sacar cuartos, que allí obligaron a que Daniel se trajera otro abogado, que también sacaba cuartos, y como salió a relucir que yo había escondido dos cochinos para que no los mataran los inspectores, todo se mezcló.

—El Daniel le dice de tú al Lobón, y sin embargo los Aldavaca quieren apuntarse en el vedado con sus dineros por delante, que por eso don Gumersindo ha dicho tanta infamia de ellos.

El juez dijo:

—Aquí están todos peleando por una tontera. Lo que hay que hacer es meter preso a Lobón y ya no habrá nadie que le dé cuartos por nada.

Entonces el teniente de los civiles dijo:

—Todos los señores le han dado cuartos al Lobón: don Gumersindo el primero, y usted, juez, también le untó bien cuando lo del cachavazo para que se callara la boca.

—Eso que dice el teniente es la pura verdad —dijo el juez—. Habrá que esperar a que el Lobón haga una de las suyas y entonces lo metemos preso.

El Daniel tuvo que pagar un multazo gordo y don Gumersindo también pagó, pero

don Senén se quedó chingado porque él quería que todos se hubieran hecho amigos para quedarse él en el ombligo de todo, hablando seguido.

Estando en estas cosas, sube la camioneta de la Zarza con una jabalina muerta que encontraron en la Zarza, todavía caliente, pegadita a la vereda. La dejaron en el patio de la herrería para que la viera el juez, pero la vio todo dios menos el juez porque a la mañana no quedaban más que los huesos.

El Clemente había dicho al cabo:

—Don Gumersindo me dijo: di allí en el pueblo que esas son las razones que yo tengo para decir lo que digo.

A mí no me podían echar la culpa porque yo estaba sin moverme del pueblo, pero aquello me soliviantó porque como había la peste lo mismo se moría alguien y encima me echaban a mí la culpa. Si no llega a haber peste, ni huesos dejan.

Le dije a mi hermano Pepe:

—Al hijo de su madre que está haciendo cosa tan puerca, le voy a dar fuerte.

Me dice el Pepe:

—¡Calla, hombre! Que esa cochina la matamos entre el Goro y yo esta mañanita.

—¡No me digas! ¿Tú?

—El Goro vino a verme y me dijo: vente conmigo que hay que matar lo que sea en la Zarza para que se lo encuentren allí. Si no lo hacemos, a tu hermano se lo cargan.

Lo que le entraría al Pepe, con lo medroso que siempre fue, y sabiendo que los guardas de la Zarza tenían mandado tirar al bulto y después preguntar qué hacía uno allí, ni lo imagino.

Pero la cochina, muerta, la dejaron en la vereda con un tiro en el corazón y todo dios supo que no la habían matado allí, sino que la habían llevado donde se viera. Don Gumersindo dijo:

—Eso es alguien que quiere tapar al Lobón, y vete a saber si no han sido los guardas de casa que todavía le están agradecidos.

En el pueblo todos los días había escándalo, hoy era que los mozos de Cabrahigo se liaban con el Molino, mañana que el Molino iba a las Tenadas y se despachaba a su gusto con las mujeres, al Rafael le pegaron, a don Senén le tiraron una piedra al auto y le hicieron un bollo. Subía la señora, la pava, al juez a decir que la tata no robó, que el que robé fui yo, que ella me vio con sus ojos. Subía don Gumersindo a decir que

no le hicieran daño a la señora, que decía aquello de boba que era.

Y yo, sin un cuarto, no me atrevía a dejar el pueblo y mi hermano me decía:

—No te apures por el gasto: tú te quedas conmigo hasta que pase el achuchón.

Cómo serían los líos, que todo fue donde el juez de Ronda o de Grazalema, porque del pueblo decían:

—Ese juez es muy poca cosa para una pelea tan grandísima.

Hubo multas para todos y yo estaba viendo que a mí me iban a fusilar o algo parecido, porque hasta quitaron al alcalde Aldavaca y pusieron al boticario, ese calvo de las gafas.

Yo no sé cómo es la palabra que le decían al juicio que les hicieron, pero todos perdieron algo y ninguno quedó contento.

Mientras los abogados peleaban fuera, aquí, seguían viéndose reses lastimadas, y el cuartelillo era como la casa de María la Tetona, venga de entrar tíos, todos a lo mismo; sólo que aquí, no era a María a la que venían a darle, sino a mí.

Subía el Clemente, el Rafael, el Molino, los inspectores de los cochinos, todos los Aldavaca, don Senén, el veterinario. Todos daban las quejas de algo que tenía que ver conmigo.

Pero el teniente dijo que a mí nadie me ponía un dedo encima sin que le explicaran el motivo, y por eso seguía libre; sin un gordo, pero yendo y viniendo por la plaza.

Con estas cosas yo me dije que si no encontraba pronto al que me estaba ensuciando el campo, terminarían por meterme preso.

—Tengo que ir a la Zarza —le decía al Goro y al Pepe.

—Tú te estás aquí, que ya reventará la cosa por donde tenga que reventar.

—Pero es que esto es por demás. Por hacer lo mío nunca tuve líos. ¿Y los voy a tener porque les dé la gana a los Aldavaca? Nunca echaron cuenta de lo que yo mato o no mato; echan cuenta de lo que dejan por ahí de viso.

—Pero a ti te tienen muy marcado y te tienen miedo porque puedes con la mula. Si no pudieras con la mula, ya habrían venido a darte otra vez con la cachava —decía el Goro.

Lo que más apuro me daba era la señora, porque al principio decía que el Molino me había visto en la Zarza y después juraba y perjuraba que ella me había visto con aquellos ojos que se habían de comer la tierra. ¿Pero cómo decía aquello si yo estaba

en lo de Pablo? El mismo cabo, yo lo sé, terminó por creerla y si no se determinaba a decirme nada era por el teniente que me defendía por fastidiar a la gente principal.

Al mes y medio, la cosa se tranquilizó por la cara, pero en lo hondo seguía la procesión. Si fue casualidad o fue que vino al pelo, al teniente lo mandaron fuera y vino otro que era casi un chiquillo, casado, y el mismo día que llegó me mandó llamar, me preguntó dos o tres tonteras, con una cara muy seria, y, a lo último, me dijo:

—Usted pórtese bien y ocúpese de sus cosas, yo me ocuparé de lo demás.

Dijo eso porque yo le menté que alguien estaba manchando el campo y yo iba a enterarme de quién era.

Aquel mismo día mandé una carta a Aldavaca y el domingo siguiente me sacó de apuros llevándose un venado, un macho, porque me dije que tanto daba que lo matara yo como que lo plomeara el que fuera. Aquello me sacó de apuros para una temporada.

Ya con cuartos en el bolsillo, empecé a subir al vedado sin escopeta, un día y otro, sin parar. Ya me determiné a dormir en la lobera, pero de vez en cuando me encontraba aquello con un cagajón encima del catre, o la manta manchada de mierda. Tuve que lavar el colchón y la manta en el pozo un par de veces y echar tierra nueva en el suelo porque todo echaba peste. Si llego a trincar, entonces, al que hacía aquello, se lo iba a comer mojado en pan.

Por esto, a veces, dormía en el chozo de la cañada, hasta que amarré allí los perros muy por largo, para que el que fuera, lo pensara antes de entrar.

No recuerdo el tiempo que estuve subiendo al vedado, ni la cantidad de fracasos que se me venían encima. Pensaba en un tío y me tiraba tiempo y tiempo detrás de él, sin soltarlo. Más de una semana estuve con el Quemado que entraba a la Zarza con lazos y perchas, a coger zorzales y algún pájaro. Si dejé al Quemado, fue porque en el tiempo que yo lo seguí, les pegaron a los corzos, y sólo me enteré yo porque rompieron una querencia nueva que duró dos días.

Entonces me fui al Pegujal y tío que se movía, fuera a buscar un borrico, fuera a por agua, me tenía a mí haciéndole sombra.

En todo este tiempo, sólo comí pan y tocino, y me sobraban cuartos para seguir haciendo lo mismo hasta donde hiciera falta. Pero estaba aburrido y con poca fe, hasta que se me ocurrió pensar que el tiempo que yo me fui cuando el cachavazo, todo quedó tranquilo, y que cuando volví volvieron los líos. Entonces me dije:

—¿No estuvo fuera también el Molino? ¿No estaba preso él cuando a mí me estuvieron curando?

Por eso empecé a seguirle los pasos, un día y otro día, una semana y otra semana. Cuando una vez se puso malo estuve cazando cabras, pero tan pronto se puso bueno, a donde él iba, iba yo; donde él se tumbaba, me tumbaba yo.

No voy a contar cómo le fui dando caza, ni los berrinches que tomaba pensando que estaba en el rastro malo; pero su sombra era yo, desde que salía hasta que se echaba a dormir y aún después, a sus pasos estuve.

Muchas noches, con el sol puesto, cuando don Gumersindo estaba fuera, se iban, él y el cojitranco del Manuel, al Pegujal a chicolear con las mozas, porque al Molino le hacían caso ellas y el Manuel, como de escopetero iba por si se perdía un pájaro. También iban a la Casa de Postas y allí bebían vino o se convidaban a comer cabrito. Todo esto lo vi yo.

Decir por qué no me desilusioné, yo no sabría, pues más de una vez me parecía que aquello no tenía sentido y que aquel mate que me estaba dando, no podía sacar agua. Pero una tarde, estando yo dando de cuerpo, escuché un tiro muy chico. Estaba cerca del torno del río y me eché arriba los calzones pronto y ligero. Suena otro tiritito y otro más y yo, loco, pensando, ¿qué clase de tiroteo es éste?

Allí estaba el Molino tirando contra una de las tablillas del vedado. No era una escopeta lo que tenía en las manos y yo me quedé encampanado pensando que aquello era el rifle pequeño de don Gumersindo.

Lo que acababa de ver, después de tantísimo tiempo de seguirle los pasos, era una tontera muy grandísima, pero don Gumersindo no le dejaba un arma ni a su padre y por eso yo pensé que estaba en el rastro bueno.

Aquella noche fui tras él hasta la Zarza, entró en la cuadra y salió sin el rifle, silbando y se fue a llamar al Manolo y los dos subieron donde lo de la Médica. Volvió él solo, entró en la cuadra y al rato salió tapándose, llegó a lo de los señores y abrió la puerta con llave. Entró con el rifle y salió sin él.

Eso lo vi yo con mis ojos.

A partir de aquella noche, ya no lo dejé para nada. Había días que con luz estaba yo dentro de la Zarza, viendo cómo él y el Manuel limpiaban las escopetas y todas las armas del amo, metiéndoles un hierro con grata y dándoles grasa de un tarro de cristal, que talmente parecía manteca. El Manuel, a veces, sacaba una botella de las de don Gumersindo, y le tiraba un viaje a morros; el Molino también le daba, ¡valientes granujas!

Pero el Molino no se escurría en nada y yo estaba ya pensando que todo lo que había visto y nada, era lo mismo. Me desilusionaba, pero algo por dentro me decía que aquel lagarto, con aires de torero, no era trigo limpio, y que si los Aldavaca pagaban a alguien, a él tenía que ser.

Una vez, al lubricán, iba yo adelantando al caballo del Molino por los apretados de la Zarza, cuando me veo por delante cuatro o cinco corzos. Aunque llevaba el viento a la espalda no echaron cuenta de mí y, por costumbre, me quedé al acecho. Molino fue acercándose por abajo y estaba lejos todavía, cuando los corzos husmearon el peligro y salieron por pies dando botes, al tiempo que el Molino largó cinco tiros seguidos con muchísimo veneno.

Se quedó con una hembra y yo me quedé embobado de que hubiera sido capaz de tumbarla desde tan largo. Aquello no fue tino, sino casualidad pues nadie puede apuntar un rifle con canuto desde un caballo andando desde tan larguísimo. Yo no sé decir lo lejos que estaba la corza del caballo, pero una cosa disparatada sí que era.

Entonces di por bien empleado el tiempo que había perdido detrás del Molino.

—Te caíste —pensé.

Se echó abajo del caballo, dejó el rifle en el suelo y corrió a por la corza que estaba entre las piedras. El, tomó para arriba y yo para el rifle.

Cuando volvió arrastrando el bicho, descansó y todo, como si hubiera hecho una gran cosa; lió un pitillo y se puso a fumar tan tranquilo, esperando que se echara la noche encima. Pero, de pronto, debió caer en cuenta que el rifle no estaba allí en el suelo y tiró el cigarro recién encendido.

¡No dio vueltas buscándolo! Sudaba, renqueaba, iba y venía, marcaba con la mano y hablaba solo soltando palabrotas.

Cuando se hizo oscuro, encendía el mechero para alumbrar la broza, registraba las matas, quitaba piedras y se echaba las manos a la cabeza. Estaba yo viendo que de seguir buscando me iba a encontrar a mí porque allí nada dejó sin tocar.

A lo último marcó el sitio con una piedra, echó la corza al caballo y tomó viaje hacia la linde que emboca la cañada. En los escobones de la linde escondió la corza y se volvió para la Zarza muy disgustado.

Yo me dije que donde estuviera la corza iba a estar yo y allí me quedé achantado.

Aquella noche, junto a la corza, se me abrieron a mí los ojos y casi estuve tocando la verdad de todo lo que había pasado en mi vida desde el punto y hora que don Gumersindo metió al Molino en la guardería. Muchas cosas ni las pensaba, ni podía yo saberlas entonces, pero sin pensarlas sabía yo que los robos habían sido cosa del Molino, no de la tata. El dejaría caer en la oreja de la señora, la pava, que me habían visto rondar la casa. Si digo que lo pensé entonces, digo mentira, porque no lo pensé, sino que fue como si ya lo supiera de siempre.

Ya, casi con luz, volvió el Molino subido en el mulo gris que tienen en la Zarza para

el volquete del estiércol. Cogió la corza, la cargó, atravesó la linde por un cacho que tenía los alambres cortados, y se llegó a la Casa de Postas. Despertó al Manolo y, entre los dos, metieron el bicho dentro.

Yo lo estaba viendo y no lo podía creer, porque lo que yo estaba viendo era al Manolo metiendo las narices en lo mío, al Manolo preguntándome cuánto tiempo iba a estar en el moro, al Manolo preguntándome «¿trincaste al tío?», cuando yo subí al vedado a ver quién me ensuciaba el campo.

Atontado estaba yo, mareado del berrinche, aguantando las ganas de salir allí y colgarlos a los dos por el cuello. Por hacer el tapujo me habían dado con la cachava, por echarme la culpa nadie cazaba cuando yo estaba fuera, que para eso el Manolo estaba al ojo. Y pensaba yo que los Aldavaca y don Senén estaban pagando a aquella gente tan puerquísima para que hiciera aquello. Eso pensaba yo.

Ya con el sol fuera, llegó allí el camión del pescado y yo me aplasté en la misma cuneta para que no me vieran. Bajaron un cesto de pescado, estuvieron mirando si no había cuidado y echaron la corza arriba. Ni pararon el motor y, con las mismas, dieron la vuelta en la misma carretera y se fueron por donde habían venido. Era una combinación estupenda y bien cómoda.

Yo tenía pensado haberme llevado al Molino con la corza, pero la llegada del camión me cogió tan de sorpresa, que todo se echó a perder y entonces, hice la tontera más grande de mi vida. Me levanto del suelo y le digo al Molino que estaba de espaldas:

—Esa corza que se ha llevado el camión es la última que tú has matado en la Zarza.

—¿Qué corza, idiota? —dice.

El Manolo sale fuera, temblón, y me enseña dos o tres billetes de a cien, pero el Molino se agacha, coge una piedra como para tirármela, pero ni tiempo le di: lo enganché de la correa y le di dos hostias. El Manolo gritaba:

—¡Sinvergüenza! ¿Vas a venir a comprometer a la gente? A los civiles les dirás tú de dónde venías esta mañana.

Lo dice así y, del coraje que me dio, le tiré al Molino encima y pegaron los dos un porrazo horroroso.

—Una vez me diste con la cachava y ahora vas a perder las orejas.

Manolo se levantó del suelo sin color en la cara y todavía, muy untoso, me decía que yo estaba loco o borracho, que allí nadie había llevado una corza, ni él me consentía a mí compromisos aunque yo abusara por la fuerza.

El Molino se quedó allí cuajado, con la mano en la tripa, malo o haciéndose el malo,

para dar lástima.

Entonces me voy para la cuneta y me traigo el rifle.

—¿Y esto? ¿Lo he soñado yo? ¿Estoy yo borracho o loco o este es el rifle de don Gumersindo? Que te diga el Molino si lo perdió anoche, y si quieres, ven a los escobones de la linde donde todavía tiene que haber sangre de la corza.

Como lo trinqué del cogote y estaba viendo que le iba a pegar otra vez, me dijo:

—Pero, Juan. ¿Es que también tú te vas a volver chivato? ¡Mira que las cosas! ¿Te importa a ti algo que un cazador haga lo mismo que tú?

—¡Pues no va diferencia! ¿Cuándo he plomeado yo una res? ¿Cuándo he tirado yo a voleo, a ver qué pasa? Si no sabe cazar que no cace, que todos los berrinches que yo he pasado ha sido por eso. ¡Claro que a los Aldavaca se les va a caer el pelo por pagaros a ti y al Molino y al Molino y a ti!

Total, que me voy de allí con el rifle, muy con la soberbia abriéndome las narices y al llegar a la carretera, el Manolo empieza a darme voces y a sacudir las manos como si fuera una primilla haciendo la contención. Yo ni caso le hice, pero daba tantos gritos, que me vuelvo y le pregunto a voces:

—¿Qué pasa ahora?

—Mira éste cómo está —decía muy asustado.

Me vuelvo y el Molino se había meado encima y no paraba de roncar y llorar como si se estuviera muriendo. Si lo hacía para dar lástima, lo hacía muy bien.

—Esto es que se debió lastimar cuando lo chocaste conmigo. A lo mejor se le ha roto el hígado.

Yo estaba un poco asustado y dije:

—Dale café, que el café es bueno para el hígado si es que lo tiene chocado.

Lo levanté de allí y lo metí dentro.

—Veremos a ver —dije—, lo mismo se muere aquí.

—¿Y qué había que hacerte a ti si se moría? —dice el Manolo.

—A mí no sé, pero si no se muere, éste no vuelve a cazar en la Zarza, ni los Aldavaca vuelven a darle un cuarto.

—¿Los Aldavaca? ¿Qué pito tocan aquí los Aldavaca?

El Manolo dijo que aquello era cosa que había inventado Martina, porque yo era tal y cual y nunca quería ir a la parte con ellos, sino comérmelo yo todo. Que ellos sabían de sobra que conmigo les habría ido mejor que con el Molino, pero que a falta de pan buenas eran las tortas. Dijo que todo lo que me había pasado, a pulso me lo gané, que no había derecho que yo tuviera el vedado para mí y estuviera sacando miles de duros, cuando él y Martina se tenían que conformar con escuchar lo que yo regalaba a unos y a otros.

Como yo estaba asustado con el Molino, se despachó a su gusto y dijo que yo no podía hacerle ningún daño, porque él nada iba a perder con que yo dijera esto o lo otro, que era mi palabra contra la suya.

—¿Y el rifle? —le dije yo.

—Por el rifle te vas a perder, ¿qué vas a hacer con él, comértelo? Súbelo a los civiles, anda, verás la que te dan por haberlo robado.

Entonces, yo me quedé cavilando y le dije:

—El rifle te lo voy a dar a ti, pero el Molino, hoy mismo pide la cuenta y se va de la Zarza. Vosotros vais a ganar, pero si el Molino mañana sigue en la Zarza, y no se ha muerto, te juro por mi padre que lo hago cachos, a él y a ti. Ahí tienes el rifle.

Al rato, el Molino, siempre quejándose, dijo que en la Zarza iban a echar de menos el mulo y que tenía que irse como fuera. El Manolo se puso a hacerle la mercadería:

—Muchacho, ¿te vas a ir así? Mejor es que vengan a por ti y cuando llegues a la Zarza, te metes en la cama y llama a la Sara...

—Cuando llegues a la Zarza, pide la cuenta. Acuérdate de lo que te digo.

Me fui de allí muy intranquilo, sabiendo ya que había metido la pata sin remedio. No sabía qué hacer, ni dónde ir, ni con quién hablar. No es que lo ponga aquí, sino que es la pura verdad: si don Gumersindo hubiera estado en la Zarza a él me habría ido a ver, a contarle lo que me había pasado. Pero en la Zarza sólo estaba la señora y con ella yo nada tenía que hacer.

Tomé carretera arriba hacia el pueblo y antes de llegar a lo de mi hermano, me crucé con el coche de línea que bajaba. Hasta me sobresalté y me salí al cortado que hace la última curva para ver si paraba donde la Casa de Postas. ¡Digo!, allí que paró y vi yo al Manolo manoteando junto al que guía.

Todo mi miedo era que Martina se enterara, porque si se enteraba Martina, ya encontraría ella algo para fastidiarme, aunque no tuviera plomo en el cartucho. Uno se defiende de quien sea, pero de Martina, sin matarla, ¿cómo se defiende uno?

Llegué al güichi y le dije al Pepe lo que me había pasado.

—¡A quién se le ocurre darle el rifle y a quién se le ocurre dejar la corza allí y no llamar a los civiles! ¿Quién te va a hacer caso ahora como ellos digan una sola palabra?

Aunque yo también pensaba aquello me sentó malamente que mi hermano lo dijera, como si él tuviera la culpa, y no yo, de lo que había pasado.

—¡Di eso encima, pues no tengo ya bastante! —le dije—. Ahora voy donde los civiles, que me harán caso.

—¡Sí, hombre! ¡Lo que te faltaba! Con los líos que hay en el pueblo y las ganas que te tienen desde el juez hasta el último gato, vas a ir ¿a qué?

—Yo les diré dónde dejaron la corza, que vayan a ver la sangre.

—Y dirán que la mataste tú, que estabas dentro del vedado, y que el rifle lo robaste. ¿Pero es que estás atontado?

Pasé la tarde angustiado, sin saber qué hacer, pues me llegué a don Cosme, y don Cosme no estaba para decirle nada. Cuando volví al güichi, la Carmen me dijo:

—Este mediodía la señora de la Zarza subió en el auto y estuvo donde el juez.

No sé qué se me infundió al escuchar aquello que tomé corriendo carretera abajo y corriendo llegué a lo mío.

He referido ya que con las porquerías que me hacían en la lobera, a veces yo dormía en el chozo de la cañada. Aquel día yo pensaba que el Manolo habría sido el que iba allí a cagármelo todo, pero no fue el Manolo, no, que luego lo supe: fue el Monjo y el invento de don Senén, que hasta en eso se esmeró.

Nunca me había sentido tan acosado, tan con el agua al cuello, y me acordaba de mi madre, no de mi padre, de ella, que nunca le subía ni le bajaba el humor.

Me senté allí en el catre, como el que está esperando y allí me quedé dormido tan profundamente que cuando, después de puesto el sol, entraron allí los civiles, tuvieron que despertarme.

Encendí el candil y al irlo a colgar, me dice el cabo enseñándome el rifle de don Gumersindo:

—¿Qué hacía esto en el chozo de ahí abajo?

Yo sabía que aquello iba a pasar así como pasó, que me iban a preguntar aquello y no otra cosa. Le dije:

—Pregúntele usted al Manolo, el de la Casa de Postas, que a él se lo dejé esta mañana.

—¡Hombre, menos mal que por una vez dices la verdad! —me suelta—. Andando, vamos para arriba.

—¡Oiga, usted! —le digo yo—. Que ese rifle se lo quité yo al Molino en la Zarza ayer noche, ¡valiente poca vergüenza que tiene la gente!

Digo aquello y el cabo me larga una hostia que me cogió todo el ojo derecho y hasta mareo me entró. Cuando se me pasó el mareo, enganché al cabo de la guerrera y lo apreté contra la pared, al tiempo que el guardia Cuenca se descolgaba el mosquetón, yéndose para atrás. Como yo estaba muy caliente, lugar tuve de engancharle el mosquetón por la boca y de un tirón me traje detrás al guardia Cuenca y, a él y al cabo, los acoquiné contra el paredón de la lobera.

Dice el cabo:

—¡Por esto te pueden fusilar!

—A mí me harán lo que sea, pero a ustedes dos, como me vuelvan a tocar, los majo aquí mismo.

Dijo el cabo:

—Yo siempre te defendí, tú lo sabes. Pero desde que la señora te vio robar en la Zarza, porque ella te vio, dije que no pararía hasta meterte preso. ¡Tú tienes a todo dios engañado, sinvergüenza! ¡Hasta a mí me engañaste!

Entonces los solté, se estuvieron sacudiendo el polvo y el Cuenca va y me apunta con el mosquetón.

—Pasó esto y esto y lo de más allá —les digo yo.

—Todo eso lo contarás a quien se lo quiera creer, que por tu culpa echaron de la Zarza a la tata. ¡Así podía todo el mundo andar loco buscando dónde colocabas tú la cacería! ¡Vaya un burreo que te has traído con todo el pueblo!

Eso me dijo a mí, que al Cuenca le dijo:

—Ya lo sabes, como haga la menor cosa, le metes todo el cargador en la barriga, con éste no hay que andar con bromas.

El mismo cabo me puso los hierros en las muñecas, como si fuera un criminal, y me bajaron a la cañada, donde estaba la paquetera del mercado, que era en lo que se habían venido los guardias a lo mío.

Si yo aquella tarde no maté a nadie fue porque estaba de Dios que no tenía que matarlo nunca. Me metieron en el cuarto, como a un perro, y me dejaron solo.

Al día siguiente, después de estarme pegando para que dijera que había sido yo el que había robado en la Zarza, más de cincuenta mil pesetas decían, me sacan del cuarto con los hierros en las manos. Tenía tanta sangre en la boca, que don Fermín le pidió al cabo la llave y me quitó los hierros para que me limpiara con el pañuelo. Allí delante me traen al Manolo, el de la Casa de Postas, don Fermín se pone detrás de la máquina de escribir y dice el Manolo:

—Yo lo vi pasar muy temprano, cuando se fue el camión que me trae los viernes el pescado. Venía como de la Zarza y me extrañó ver que llevaba un rifle y se lo dije al Molino. A éste le cogió de sorpresa vernos allí tan temprano y ni lugar tuvo de esconderse. Entonces se viene para nosotros y dice: «La corza que habéis metido en el camión os va a costar caro; los Aldavaca os están pagando. Este es el rifle con que matasteis la corza». Le digo yo: «Además de sinvergüenza estás loco». Entonces se va para el Molino, lo trinca y, como es un mulo, me lo echó encima a pique de matarnos a los dos.

Y yo allí escuchando lo que decía el Manolo, tan tranquilo, como si fuera la verdad, mientras la maquinita de escribir, taca-taca-taca, iba apuntando lo que decía. Por eso, antes de que terminara, le tiré una clase de hostia que dio con toda la cabeza contra la mesa. Cómo sería el tortazo, que se quedó allí cuajado y a mí me empezó a sangrar la mano a chorros, porque me corté hasta el hueso con los dientes del Manolo.

Se me echaron encima, me pusieron los hierros, y hubo tortas y patadas que me dejaron molido, pues me caí al suelo y tiraron a dar. A lo último, ya metido en el cuarto y diciendo todos que me iban a meter cuatro tiros, fueron a por don Celestino para que me curara la mano. Me echó cinco puntos y una venda bien grande, pues tenía cortada la mano donde nace el dedo gordo.

Me dejaron en el cuarto y no querían que nadie hablara conmigo. Por la tarde volvieron a pegarme y a decirme que yo había robado, poco a poco, cincuenta mil pesetas de la Zarza.

—Tú entrabas allí y en ese cuarto estaba la caja de los cuartos.

—Eso fue el Molino, que yo lo vi entrar donde los señores.

—Tú has estado dando cuartos toda la vida de Dios. ¡Claro! ¡Para lo que te costaba ganarlos!...

—Yo nunca robé a nadie. El Molino fue.

Aquel día estuvo allí la señora de don Gumersindo, no en el cuartelillo, sino donde el juez. Cuando pasaba por cerca del cuarto, dándole muchísimas voces, yo le dije:

—Señora, que eso fue el Molino, por la Virgen Santísima que está en el cielo que le digo la verdad.

El guardia Cuenca, por la noche, se arrima al ventanuco y me dice:

—Tú ya estás listo, que cuando salgas de la cárcel por lo que has hecho, te van a mandar donde el juez de los vagos y los maleantes.

—Yo no hice nada, fue el Molino.

—Con lo que hiciste en la lobera basta y sobra para que te mueras en la cárcel.

—¡No! ¡Si encima van a tener ustedes razón! Le vienen a pegar a uno y uno tiene que poner el culo, ¿no?

—Pero ¿tú sabes lo que es una autoridad?

—Eso será: un tío que puede ir por el mundo dando cachetadas a todo dios.

Tres días después, don Fermín me pasó un papel para que yo lo firmara. Me dijo que me iban a meter más de dos años en la cárcel. Yo le pregunté, qué era eso del juez de los vagos y los maleantes y él me contestó:

—Pensaban mandarte a ese juez porque el de aquí te tiene preso tres días y luego te suelta. Con ese juez te pueden tener preso para los restos, pero lo tuyo es un delito y vas a ir preso.

—Yo no robé, eso lo hizo el Molino.

Pasó la primera semana y sólo mi hermano Pepe y don Celestino venían a verme.

El Pepe fue donde el cabo y le refirió que, antes de meterme preso, yo le fui a contar lo que había hecho el Molino. El cabo estaba tan cabreado conmigo que le dijo:

—¡Anda, anda! No quieras meterte tú a defender a ese canalla, por muy tu hermano que sea.

Pepe le juraba que le estaba contando la verdad, pero el cabo estaba porrudo y atascado y le dijo:

—O te vas de aquí pronto y ligero o también va a haber leña para ti.

Don Celestino me curaba la mano y hasta tuvo que echarme inyecciones porque, del contagio de los dientes del Manolo, se me hinchó el brazo hasta el codo y me salió una seca en el sobaco más gorda que una aceituna. Me entraban unos calenturones que me dejaban traspuesto.

—Yo no hice nada malo, don Celestino, ¿usted me cree?

—¡Claro, hijo! ¡Vaya por Dios! —me decía él.

Estaba tan preocupado conmigo que ni me hablaba: me tocaba la cara, me apretaba la cabeza contra su pecho, pero no abría la boca.

Un día, empezó a darle vueltas al sombrero y yo notaba que quería decirme algo y no sabía por dónde empezar.

—Diga usted la verdad, ya ¿qué puede ser peor?

Entonces me pregunta:

—¿Cuándo fue la última vez que tú viste a la Encarna?

—¿No se acuerda? Cuando murió Pencho, que fui allá.

—Y tú y ella... vamos, ¿sois novios?

—Yo no lo sé, don Celestino.

Se queda cortado y me pregunta:

—¿Dónde dormiste cuando estuviste allí, en lo de Pablo?

—Allí en su casa.

Se le quedó algo bailando en la lengua, pero no dijo nada. Yo me pensé que había querido hablarme de otra cosa y que me habló de la Encarna.

Don Celestino no sabía nada de jueces, ni de justicias y era muy corto para ir a preguntar lo que iban a hacer conmigo. Como no hablaba de seguido, ni se explicaba bien, que es lo propio de la gente buena, lo único que hacía era curarme.

Don Fermín sí que lo sabía todo, pero no se determinaba a hablar conmigo.

Cuando se arrimaba allí trasconejado o aburrido, para echar el rato fuera, yo le decía:

—¿Por qué no dan los pasos para ver si lo que yo digo del Molino es mentira?

Pero allí nadie daba los pasos y don Fermín estaba con dolor de cabeza de tantísimo escribir lo que le decía el juez y la señora de don Gumersindo.

Al paso de los días yo estaba ya como loqueando y a veces me liaba con la puerta a patadas, dando botes como un pájaro perdiz alicortado, o sacaba la mano buena por la reja queriendo enganchar la tranca.

Por estas cosas, un día que armé mucho alboroto, el guardia Cuenca entró a tranquilizarme y le conté despacito todo lo sucedido, desde el principio al fin. Le conté de cómo estuve en el Pegujal, de cómo seguí al Quemado y de cómo después se me ocurrió que mi ausencia y la del Molino fueron a la par cuando lo del cachavazo.

El Cuenca decía:

—¡Bah, bah!

Pero decía eso porque estaba dolido conmigo por haberlo arrastrado en la lobera, poniéndolo de ridículo delante del cabo.

—Todo esto tuvo que liarlo Martina, la del ventorrillo del Humo, y si alguien se determinara a dar los pasos, verían que digo la verdad.

Yo le conté esto al Cuenca un sábado y el lunes por la mañana, aunque hicieron lo posible porque yo no me enterara, supe que subieron al Molino al cuartelillo y estuvo encerrado con los guardias hasta la hora de comer. A lo último, lo sacaron llorando y haciéndose el enfermo.

Decían los guardias:

—Y a éste ¿dónde lo metemos? Si lo juntamos con Lobón capaz es de hacerlo cachos aunque tenga la mano mala.

Eso es lo que escuché yo y por eso supe lo que había pasado.

Al Molino lo encerraron en el cuartito que cae junto al retrete, el que tiene una puertecita muy endeble, y yo me pensé que a mí me vendrían a soltar de un momento a otro. ¡Qué va! Aquí me dejaron con el ansia de saber lo que le habían sacado al Molino y lo que iban a hacer conmigo.

Nadie me decía nada, nadie me hablaba y así pasaron dos días. Al que hacía tres oigo ruido de autos, voces, y aparece don Gumersindo, el juez y el teniente nuevo. Al pasar por delante del cuarto, don Gumersindo asoma la jeta por la reja y dice:

—¿Aguantarán los hierros? Miedo me da pensar que ese de un bocado los rompa y nos coma a todos.

El juez y el teniente se rieron como si hubiera dicho un chascarrillo.

Al rato viene el cabo con el guardia Cuenca y me sacan donde el juez sin los hierros en las manos.

Lo del juez lo había visto yo ya. Es un cuarto grande con unos muebles muy negrísimos, no como los de la Zarza, sino como los que hay donde el cementerio para

esperar. Allí había mucho papelote, unos libros muy feísimos, gordos, y un cazo con zurrapa de café.

El juez estaba sentado detrás de su mesa y don Gumersindo, con las patas cruzadas, en un sillón blando, enfrente del teniente que estaba en otro.

Al tiempo que entro yo con los guardias, entró el abogado de don Gumersindo y se puso a saludar a todos, muy sonriente. También se sienta allí.

Yo me quedo allí de pie, con mi brazo metido en una bufanda que me ataba al cuello para dejarlo quieto y el juez me dice, dándome un papel:

—¿Usted sabe leer?

—Y escribir, sí señor.

—Pues lea eso.

El papel era como una cuenta de los cuartos que yo había dado a unos y otros. Ponía un nombre y al lado, mil pesetas, dos mil pesetas, cinco mil pesetas.

Como sabía lo que era, lo miré y lo dejé encima de la mesa.

—Le he dicho que lo lea —dice.

Cojo otra vez el papel y le digo:

—Yo sé lo que es esto: los cuartos que yo he dado para quitar fatigas.

—¿Ha visto, usted, cuánto es por junto?

Yo el número grande no lo sabía leer muy bien, pero dije que sí, que veía cuánto era.

Me dice el juez:

—Si usted no ha robado, ni usted tiene oficio, ¿de dónde ha sacado tantísimo cuarto?

Le dije que don Gumersindo me había dado una vez cinco mil y otras veces también me había dado dinero.

—¿Cuánto le habrá dado? —me pregunta.

—Yo no sé.

—Diga cuánto.

No me acordaba de nada porque no pensaba en lo que me estaban diciendo.

Dice:

—Cinco que le dio una vez don Gumersindo y ocho y media cuando le pegaron a usted, son trece y media. ¿Quién más le ha dado dinero? Vamos, hable.

A mí me daba miedo decir éste y el otro, porque me creía que los iba a comprometer, pero el mismo juez me dijo lo que me había dado don José Manuel, lo que me había dado Daniel. Dice:

—Juntando todo, sin que usted se hubiera gastado ni un gordo en comer, no llega a lo que tiene apuntado en ese papel.

Entonces le digo yo:

—Me daban perros para campearlos, en las batidas me pagaban. Me han llevado los señores a que les diga cuántos pájaros podían matar aquí y allá. Me han hecho regalos, todo el mundo me miraba muy bien.

El abogado de don Gumersindo, le dijo al juez si podía preguntarme una cosa y el juez le dijo que lo hiciera. Entonces me dice:

—Tú eres cazador, ¿no es verdad?

—Usted lo sabe.

—Sabes cazar y puedes hacerlo, ¿no es eso?

—Eso será.

—Cuando estaban los del monte en la Zarza, te la tenían sentenciada y tú cazabas delante de sus narices, ¿es o no es?

—No, señor, que bien que me tapaba yo entonces.

—Eso es lo que yo quería que dijeras. Bueno, vamos a ver —saca un papel—, en el año...

Allí leyó una retahila de las reses que había comprado don Gumersindo, muchas de las que ponía allí no era verdad que las había comprado, otras sí. Que yo supiera, trajo reses cuando trajo los muflones y cuando yo estuve en el hospital, aparte del venado que le llevó el podenquero del Tomellar y del que le llevé yo. Pero no me atreví a decir nada. Dijo que las hembras estaban preñadas nueve meses y yo le dije que no, que estaban preñadas cuarenta semanas, que cada año tenía que haber tantos más cuantos venados de la recría, aparte de los que había montunos. Dijo que el Molino había lastimado catorce reses y ocho cochinos, que se habían matado en batidas tantos más cuantos, que en el monte había, así por encima, estos y los otros, y

que el resto me los había comido yo.

—Aquí está en los papeles —decía— y aunque me haya equivocado en la mitad, esto es lo que hay.

Lo que decía que yo había matado era más que todo lo que hubo nunca en todo el vedado. Yo se lo dije y don Gumersindo se tapaba la cara porque comprendía que yo tenía razón.

—Cuando estaban los del monte, que yo entraba al vedado y mataba lo que me saliera, macho o hembra, ¿qué mataba yo? Es que usted se cree que ir a buscar los bichos es un ojeo y que no hay más que pim pim, liarse a matar. ¡Pues no hay que patear mucho para eso! Usted vino conmigo a tirar las cabras y había que ver lo entregadito que iba usted, que tuve que ponerlo en el suelo, ¡y tiraba usted con rifle y con canuto de mirar! Póngase usted a tirar con escopeta a medio tiro de un cabra, ¿cuántas mataba usted así?

El juez me calló la boca, pero el abogado bien corrido que se quedó con que yo le dijera aquello delante de todo el mundo.

—Usted puede hacer eso —dijo el juez.

—Puede y quiere —dijo el abogado—. ¿O es que vamos a andar con tonteras? Si puede y quiere y tiene cuartos, ¿qué más hace falta saber?

Dice don Gumersindo con mucha pasta:

—Lo que hace falta saber es quién le compra lo que caza. Porque aquí mucho hablar, pero ¿quién le compra la caza? A Molino se la colocaba la Casa de Postas, pero a éste ¿quién le pagaba?

El cabo dijo que en la carnicería y en todos los ventorrillos y casas de comida habían metido ellos las narices y podía asegurar que nadie me compraba nada. Que el camión del pescado que venía los viernes, se había llevado cinco o seis cochinos, dos venadas y una corza y que las habían vendido a cachos en las ventas de tal y cual sitio.

Entonces dijo el abogado:

—¿Y para qué hace falta saber dónde vendía? ¿No sabemos ya que cazaba? ¿No hay una ley que prohíbe hacerlo?

Le digo yo:

—¿Y quién dijo que yo cazo? ¿Me ha visto alguien?

Dice muy soberbio:

—Cuando yo fui a cazar tú me acompañaste, porque tú sabías dónde encontrar las cabras.

Le digo yo:

—Usted no ha cazado en su vida, y aquel día cacé yo, que usted no hizo más que apretar el gatillo. ¿Eso es lo que usted tiene en las tripas?

Es lo último que me dejaron hablar, porque el juez mandó que me llevaran fuera y allá se quedaron todos discutiendo.

Cuando me entraba en el cuarto, el cabo me engancha del cuello y me da un achuchón, así, cariñoso, y me dice:

—Si tú no hiciste el robo, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Es que ya no tienes confianza conmigo?

—¡Pero si no hice otra cosa que decírselo!

—Hay formas y formas de decir las cosas —dijo y me dejó chingado.

Aquel mismo día vino don Senén a ver al juez y volvieron a sacarme para preguntarme si yo había metido fuego a la Zarza.

—Yo no señor.

—Pero usted ha metido más de un cerillazo.

—Eso se lo ha contado a usted don Senén, pero a mí don Senén me va a hacer esto y lo otro.

El juez, como yo le dije aquello, empezó a dar bocinazos y a decir que ya que estaba preso, me ponía otra multa de no sé cuánto por faltarle al respeto y que me mandaba donde los vagos y los maleantes porque yo iba asustando a la gente porque me echaba la mula a las espaldas.

—¡Usted ya se la ha buscado para los restos, sinvergüenza! —me dice.

Yo me quedé hecho polvo, sin entender por qué se había enfadado tantísimo. Yo a él no le había dicho nada, que lo que dije fue por don Senén y él lo sabía. Me volvieron al cuarto.

Viene el cabo y me dice:

—Juan, ¿tú tienes dinero? Te diré que registramos la lobera y el chozo y no

encontramos una lata.

—Pues, sí señor, aquí encima lo llevo —le dije y le di lo que tenía, que eran unas ochocientas.

Se quedó dudando si dárme las otra vez o si llevárselas. Me dice:

—No debías haberme dado este dinero, en fin, ¡qué se va a hacer!

Sé que se lo llevó al juez porque don Fermín me lo dijo.

Así fueron pasando los días y parecía que se habían olvidado de mí. Se me quitaron las ganas de comer y, a veces, me entraba el ataque y me liaba a dar patadas a la puerta, que crujía y venían los guardias. Si estaba allí el dentón, me tiraba un viaje; pero si estaban los otros me daban agua para los nervios.

Con la barba crecida, el brazo colgando y tantísimo berrinche, se me alargaron los dientes, me dolía la espalda y me entraba angurria.

Yo decía siempre lo mismo, al que entraba, al que cruzaba por el patio y hasta hablando solo; decía que si el Molino era el ladrón y a mí me llevaron allí por culpas que no eran mías, ¿por qué no me habían soltado ya? Si antes de lo del rifle yo andaba suelto y yo no había hecho nada malo, ¿por qué no me dejaban vivir?

Eso es lo que yo tenía clavado en lo hondo, que me llevaron allí por ladrón y todavía seguían diciendo que allí seguía preso por asunto del robo. El juez me había dicho, con su boca, que el ladrón fue el Molino, que sabían que yo no había robado. Si después liaron la pita conque si cazaba, conque si metía cerillazos, conque si yo había quitado muchísima hambre, que me dejaran ir y volvieran a meterme preso por otro motivo, no por ladrón.

Al Molino le pegaron una sola vez, a mí cinco y hasta patadas en la cabeza. Al Molino no le pusieron multa, a mí sí, porque el juez era muy delicado en todo lo que tocara a don Senén, que era amigo suyo y lo convidaba.

Por cazador nada podían hacerme, porque nadie me trincó en el monte, por regalar cuartos me achuchaban y no era verdad lo que me habían apuntado, porque si fuera verdad yo me acordaría, y de muchas cosas yo no podía jurar que fueran como allí lo decía.

Don Gumersindo quería acabar de una vez con el miedo que me tenía; don Senén, con tal de picar en las desgracias y en los líos, allí que venía a soplar el fuego, pero Dios lo castigó, pues don Cosme pudo pagar hasta el último cuarto de lo que debía y echó al Balbino de la Casa del Fraile.

En el cochecito de ruedas vino a verme a la cárcel, medio muerto y medio loco, y me

dijo:

—Cuando te saquen de aquí, tú y yo nos iremos a la Casa del Fraile y todos los días entraremos a cazar en la Zarza. ¡Se van a enterar!

También me dijo que yo estaba preso por quemarle a él la finca, pero que en cuanto lloviera y aquello se apagara, él diría que me soltaran. El pobre estaba fatal, pero había recibido una herencia o algo así, yo no lo sé muy bien.

Cuando se corrió que yo no había robado, vinieron al cuartelillo Miguel, la mujer de Nicolás, la casera de Almafuente y su hijo, el guarda de Cabrahigo. Se pusieron a la puerta y no los dejaron entrar.

—¡Juan, tú como Jesucristo, como Jesucristo! —me gritaba la mujer de Nicolás, porque sabía que me habían pegado.

Decían muchos disparates del sentimiento tan grandísimo que tenían por lo que me estaba pasando.

Como todos daban voces se juntó allí la gente y yo escuchaba a los civiles que los echaban de allí:

—¡Despejar, despejar! —decían.

Como no se iban, salió el dentón y, por lo que dijeron, le cascó un tortazo a un chiquillo y de poco se lo comen las mujeres.

—Si querías que nos fuéramos, en vez de decir: ¡despejar, despejar!, que nadie lo entiende, haber dicho: Se vais ahora mismo a tomar por... ¡Mira que pegarle a un chiquillo con lo grande que tú eres! ¿No te da vergüenza?

Una mañana, abren la puerta y aparece don Senén en el cuarto, con sus patas de gallina y los zapatos muy lustrosos, apuntando uno al lubricán y el otro al levante. Me dijo:

—Te has hartado de decir que el cartucho no se disparó por tu culpa, que tú no eres ladrón. Eso vamos a discutirlo.

—¿Viene usted a eso?

—A eso, para que lo sepas. Tú dices que no eres ladrón, ¿qué es ser ladrón?

—¿Va a estar usted mucho rato aquí? Preso me tienen y una mano me queda, pero sepa usted...

—¿Me vas a amenazar aquí también? Debes saber que vengo a defenderte, sin interés de nada. Pero las cosas claras, desde el principio.

Yo ya no abrí más la boca: lo dejé despacharse a su gusto y dijo muchísima tontera sin sentido. Dijo que cazar y robar era lo mismo. Cazar yo, no él. Lo suyo no era robar. Robar era lo mío. Dijo que si malo era cazar, peor era que tuviera cuartos y nadie supiera de dónde los había sacado. Que si yo le decía a él dónde vendía la cacería, él podría conseguir que el juez me dejara de guarda con don Gumersindo en lugar de mandarme donde los vagos y los maleantes. Dijo que yo tenía apuntadas muchas cosas en lo de los civiles y muchas más que él podría decir que apuntaran. Dijo también que yo tenía muy mala conducta porque vivía amancebado.

—Y eso, ¿qué es?

—Que vives con una mujer, liado con ella.

Le dije que yo no vivía liado con nadie, que si él vivía con su mujer, yo había vivido con la mía y que ni a él ni a nadie le importaba aquello, que era asunto de la Encarna y mío.

—A mí no me digas nada, te digo lo que tienes apuntado.

Y también que plomeaste al Beltrán y al Meleto. Además que abusas de la fuerza y te pasas la vida amenazando a la gente con hacerle esto y lo otro. No me vas a decir a mí que esto es falso: ahí tienes al Monjo y al Aguilera.

No dijo que a él también le había dicho alguna cosa, no sé por qué, porque era verdad.

—Aquí está todo apuntado —me dice enseñándome un papel— con esto, si no te defiendo yo, vas a la cárcel o a un campo de trabajo para los restos. Ya lo sabes.

—¿Y por qué me quiere usted defender, si usted y yo nunca nos cogemos al compás?

—Eso a ti no te importa. Yo tengo interés, igual que don Gumersindo, que tú seas guarda de la Zarza.

Yo le dije que una cosa era su interés y el de don Gumersindo y otra, muy diferente, que a mí me tuvieran preso.

—Lo que tienes que hacer, es pensarlo, que ya vendré a que me cuentes lo que haga falta saber.

Se fue muy seguro, y al quedarme solo corrió el aire por el cuarto.

Me quedé muy fastidiado con lo que me dijo don Senén y una vez que entró don Fermín le pedí, por favor, que me trajera lo que me tenían apuntado los civiles. Don Fermín se lo dijo al cabo y el mismo cabo me lo trajo todo. Don Senén sólo traía la mitad, porque faltaba un recorte del diario donde hablaban de mis humos y todas las

perrerías que quisieron poner de lo que yo hacía. El recorte no me lo había traído don Senén. Con aquello me podían meter en lo de los vagos y en lo de los maleantes.

Allí ponía que yo era un vago, que no tenía oficio: «No tiene oficio, vive de la caza», decía. Eso no es oficio, es cosa de vagos. Mis manos destrozadas, las botas lisas, la barriga sin una gota de manteca: todo por no dar golpe. Madrugar con las estrellas, acechar, arrastrarse, dar las vueltas a los animales, buscar el viaje, reventar al perro andando, rodar un cochino, arrastrar un venado: todo vagancia. Trabajar, lo que hacían don Senén y don Gumersindo. Eso sí tiene mérito: las copas, los papeles, la piel cruda de estar a la sombra; negocios de hablar seguido. Arrimaban el hombro como los machos, no había que apuntarlos en ningún lado. Sin ellos se acababa el mundo.

Yo era un maleante. Yo que no tenía más que mis pies y mis manos. Yo había dado cuartos a unos y otros hasta quedarme seco. Eso es lo que hacen los maleantes. Los Aldavaca y don Senén, que a nadie le dieron nunca nada, eran buena cosa, como se debe ser. No había que apuntarles en ninguna parte. A mí, sí.

Nadie me había visto, pero yo plomeé al Beltrán y al Meleto. También plomeé a las Pepurras, que ni me tomaron los vientos, ni subieron a enseñar el culo al cuartelillo. Tenían que apuntarme aquello aunque no lo supieran de cierto, tenían que ponerlo en el papel. Don Senén plomeó a don Cosme con pleitos reforzados y mixtos tramposos, lo plomeó a la vista de los civiles y del juez, sabiendo todos que era una infamia, pero nadie le había apuntado nada. A él no, porque se acostaba con la justicia. El malo era yo, y había que apuntarme.

Yo había pegado fuego a la Zarza, porque estaba allí apuntado, pero yo no había pegado fuego a la Casa del Fraile ni al auto de don Senén, aunque me harté de decirlo delante de unos y otros. No fui a la cárcel por hacerlo y tampoco por decirlo. El seguro había pagado. Era justo que pusieran lo mío cambiado de sitio, para que no se cogieran los dedos don Senén ni el Balbino.

Yo me echaba la mula a las espaldas, y la gente me tenía miedo. Si yo no pudiera con la mula, ni nadie me hubiera tenido miedo, nadie me habría dado con la cachava, ni nadie me habría metido en la cárcel. Con dos guantadas me hubieran quitado de en medio.

Si don Gumersindo o don Senén se hubieran echado la mula a las espaldas, nunca me hubieran llevado a los civiles. Cuando uno puede con la mula, se rasca sus propias pulgas; cuando no puede con ella, llama al vecino y le paga para que le rasque.

Yo abusaba de poder con la mula y estaba apuntado allí. Yo abusaba porque me defendía de los que querían abusar de mí. Si yo no hubiera podido con la mula y hubieran podido abusar, no me lo habrían apuntado. Pero como podía, allí estaba el puesto.

Pero lo más triste de todo era lo que decía de mí y de la Encarna. Para vergüenza de ella y vergüenza mía nos habían apuntado allí. Eramos basura, éramos como del puterío, lo más último y más sucio que se puede ser.

Yo nunca tuve otra mujer, ni por juego, ni por dinero, ni en las ingles, ni soñando; sólo a ella, a ella solita, y me lo habían apuntado. La quise desde que nació, desde que la parió su madre, que las piernas me tonteaban cuando iba a su casa de la Avispa. Decían que yo tenía mala conducta porque vivía con ella, que era como la Virgen del Carmen. Allí me lo habían apuntado, y a don Gumersindo nadie le apuntó nada, aunque gastaba en la bragueta más que en la Zarza. Yo era un puerco, que allí lo decía, para que lo leyeran todos; mis hijos, si un día subían allí a leerlo. Don Gumersindo era un señor, era lo más principal, había metido al Molino para tapar la boca de una barriga, se desnataba y se iba de la lengua delante del párroco y de quien fuera. A él no había que apuntarlo.

Yo me saltaba las lindes con tablillas. Don Senén entablillaba lo que no era suyo. Don Gumersindo no fue furtivo por las almorranas, pero sí por la intención, que bien que quiso cazar de lance, y bien que entraba al vedado de otros hombres y se les llevaba la caza viva debajo de sus sábanas.

Estuve llorando de tanto leer y tanto cavilar, y el cabo se quedó chingado, queriendo consolarme, diciendo que lo que era, no era y que lo que decía, no quería decir. Lloré, como lloran los machos y como lloran las hembras, por lo que me hacían a mí y porque fueran todos tan cachito de mierda. No era mentira nada de lo que decía, pero sí lo era que lo dijeran así, que lo quisieran a uno tan poco, que le negaran el pan y el agua, como al gandano, como a la mosca, como al dolor de muelas.

Si por aquello había que ir donde los vagos y los maleantes, conmigo tenían que venir también don Senén, don Gumersindo, los Aldavaca, el juez y el cabo de los civiles; todos, menos don Celestino que nunca pensaba en lo suyo, sino en lo de los demás.

Todos nos saltamos las lindes, todos ponemos tablillas, en el campo o en el corazón. Bien mirado, no hay hijo de buena madre, a juzgar por lo que hacemos; unos, por lo que pueden; otros, por lo que tienen.

Cuando se me pasó, estuvieron el cabo y don Fermín a consolarme, y yo les decía:

—La culpa de todo la tiene la ley, que cualquier día ponen una para respirar o para hacer de vientre.

—Si no hay ley, hay leña —decía don Fermín.

—La ley es una puñetera mierda que todo lo pringa. Donde padre, nada había escrito y todos nos queríamos.

—Mientras no andabais a palos con el vecino.

—Pues también: dos cachetadas a tiempo, valen un imperio. Pero como haya por medio papeles y tíos que chupan por liar con los papeles, todo se vuelve basura.

—No sabes lo que dices. La autoridad es la autoridad. Tiene que decir alguien que esto es tuyo y aquello mío. Si no es así, ¿quién vive tranquilo?

—Eso digo yo, si todos tuvieran lo que yo, ¿quién no iba a vivir tranquilo? Yo tengo que sirvo para lo mío, y eso no me lo quita nadie.

—¡No! ¡Si tú vas a arreglar el mundo!

—El mundo que llega de Carbonero a Mastevale, era mejor conmigo que no ahora.

—¡Sí, hombre! Será por las cosas tan buenas que tú has hecho.

—Yo he hecho bien lo mío. Eso lo sabe usted. Que los demás hagan lo suyo igual.

Don Fermín no sabía lo que iban a hacer conmigo. Unas veces decía que me tenían que soltar o meterme un pleito de esos; otras veces decía que me estaban liando para llevarme donde los vagos y los maleantes.

—Me trajeron aquí por lo del rifle. Ya saben quién lo cogió. ¿Qué pinto yo aquí?

—Lo del rifle es lo del rifle y lo tuyo es lo tuyo.

—¡Pues estamos arreglados!

A Martina la trajeron al cuartelillo, pero nada le preguntaron referente al Molino, sino referente a mí. Don Fermín me lo dijo y, cuando ella entró a declarar, yo me meaba poquitos a poquitos.

Llamaba al guardia, pero como la llave del cuarto la tenía don Fermín, había que esperar que viniera.

—Haz un poder, que el retrete es monoplaza y está un guardia aliviándose.

—Es que tengo angurria.

Martina no me comprometió nada, no sé por qué. Al que comprometió en gordo fue a don Gumersindo, pues allí salió lo no imaginado. Dijo que el camión del pescado se traía las reses y los cochinos porque ella apalabró el trajín, pero que se pensaba que era cosa del dueño de la Zarza que siempre estaba con ella de trapicheos así. Dijo que por dos veces había pagado a gente para que le llevaran venados del Tomellar, que le había mandado cochinos a Madrid, en los camiones del pescado, cuando los estaban matando los inspectores.

Dejaron de preguntarle y ni siquiera apuntaron ninguna de las cosas que dijo, aunque

le pusieron tres mil pesetas de multa a ella y cinco mil a Manolo, el de la Casa de Postas. Al Molino se lo llevaron donde el juez de primera instancia y no volvió a saberse de él. Había robado cincuenta mil pesetas poquitos a poquitos y se las trincaron a su hermana, en Sevilla.

Con tanto jaleo y tanto ver que los días pasaban, se me fue haciendo la costumbre de estar allí. Ya dejaban entrar a la gente a verme, y vino Rico, mi hermano Pepe, la viuda de Nicolás, el Goro y los madrileños. Todos me decían que no había derecho a lo que estaban haciendo conmigo. Don Fermín, no el alguacil, el otro, me decía:

—Lo que le pica a esa gentuza es que tú puedas vivir a tu aire sin ellos, que estés ahí sin puntos, ni sindicato ni la madre que los parió.

Y también decía que de lo mío tenían la culpa los curas, pues el que no era conforme con Franco, tampoco era conforme con los curas, no sé por qué.

Les decía yo que, antes o después, terminarían soltándome, que por muchas influencias que metieran uno y otro, ¿qué tenían que decir de mí? Yo esperaba que don José Manuel viniera a verme, a ver si él me hacía el favor de decir que el dinero que faltaba en la cuenta de los civiles, me lo habían regalado por Pascuas, o por mi santo, o por cualquier achaque. Pero don José Manuel estuvo en el pueblo, sabía lo mío, y no fue para venir a verme.

Esto me dio muchísima pena, porque había pasado buenos ratos con él.

Pero no importaba, lo que buscaban, por lo que me tenían preso era por saber quién me compraba la cacería y con las ganas se iban a quedar. Ya podía don Senén liar, el cabo ponerse amigo y cabrearse, el juez mandarme donde los vagos o donde quisiera, que alguna vez me soltarían, y la vida y el mundo seguirían siendo igual. Al conejo que no sale del boquete, no lo late el perro.

Pero llegó el hurón.

Digo que llegó el hurón, porque es el único que entra a lo hondo. Por eso lo digo, no por otra cosa.

Estaba yo allí, como conejo encamado, marcando las vueltas que unos y otros daban, escuchando el jai de don Senén, que para defenderme quería fastidiarme, al juez que no se determinaba a dar el paso de mandarme donde los vagos y los maleantes y me tenía dos meses encerrado sin derecho, los traeres y llevares que me traía el Pepe, el guarda de Cabrahigo y el guardia Cuenca.

Me decían que estaban preguntando a unos y a otros, aquí y allá, que daban propinas porque alguien dijera algo malo de mí, porque faltar a la ley de caza era una tontera y que el juez no se cogía al compás con el nuevo teniente.

A lo último, mandaron a Sevilla un papel con todo lo que sacaron, con el recorte que puso el diario, y allí no contestaban si yo era vago y maleante, o si yo era un cristiano como los demás.

Pero por sí o por no, mientras ellos tenían el berrinche a mí me daban de comer y me traían novelas de tiros, que don Fermín, el alguacil, siempre estaba leyéndolas.

Una tarde, que hacía mal tiempo y había chispeado un poco, aparece don Celestino con la cara blanca, y me dice:

—Juan, yo no sé cómo decírtelo: la Encarna está aquí.

Me lo dijo con tanto apuro, que a mí se me infundió, no sé, que se había muerto o algo así.

—¿Y qué pasa? —le pregunto con miedo.

Apretujaba el sombrero.

—Yo quería decirte... está en la puerta, pero la cosa es que ella...

Como estaba tan misterioso, de un bote me fui a la puerta que estaba entornada. La abro, me salgo al patio y don Fermín se me viene encima dando voces:

—¡Lobón, por tu madre de tu alma, no hagas locuras, vuelve dentro!

Se pensó que me iba a escapar, porque me salí hasta la calle, y al ver a la Encarna me quedé planchado: traía unas hechuras y una barriga que solté en alto:

—¡Anda, la preñé!

Yo la miraba embobado, y ella se secaba los ojos con un pañuelo sin parar de llorar. Don Fermín y don Celestino nos metieron a los dos dentro del cuarto, que si no, todavía estamos allí mirándonos.

La Encarna se pone en un rincón, vuelta para la pared, como una pava echada en huevos, y don Celestino me dice:

—Dijo ella que quería venir a verte, yo le escribí..., en fin, que era mejor que no viniera, que figúrate tú.

Yo no cogía hilo. La Encarna en un rincón, don Celestino que no daba una, casi tartamudo, ni la una ni el otro me miraban a la cara sino que bajaban los ojos. Les digo:

—¿Pero qué es lo que sucede? ¿Pasa algo malo?

—Esta mujer, que ya ves tú cómo está.

—Pero ¿por qué llora?

Los dos hablaron al tiempo, don Celestino dijo:

—Que está preñada.

Y la Encarna que suelta el trapo y dice algo así, muy llorado y con hipo:

—Te lo juro que esta barriga no es tuya, pero que me muera ahora mismito si es de otro. ¡Por la Virgen San... San... Santísima, te lo juro!

Lloraba tanto, daba tantas explicaciones, que don Celestino dice:

—¿Es tuyo?

—¿Lo qué?

—La barriga.

—¡Vaya unas preguntas! Pues claro.

Don Celestino va y respira hondo como si le quitaran un peso de encima. Dice:

—¡Hay que ver la que me ha armado esta mujer! Para mataros a los dos, a ti y a ella ¡Pues no se quiso echar al pozo porque decía que le habían dado algún bebedizo para abusar de ella! Decía que no podía ser tuyo, que a ella la habían perdido... ¡Figúrate tú lo que uno podía pensar!

Le digo yo a la Encarna:

—Pero, criatura, ¿a qué vienen esas tonteras? ¿Por qué has armado este lío tan feísimo?

Empieza, no a llorar, sino a dar gritos, diciendo que ella era más honrada que nadie, pero que ella no había estado conmigo, que a ella le habían dado un bebedizo y habían abusado de ella.

Yo me enfadé, la trinqué de una mano y a voces le digo:

—¿Y lo que pasó en Jerez, allí en el banco? ¿Es que aquí nos vamos a quedar preñados por tonteras?

Se repone un poco, pero sin dejar de llorar, dice:

—Allí no pasó nada, tú lo sabes, nada.

—¿Nada?

—No hubo lugar, tú sabes que no hubo lugar.

—¡Anda que no hubo lugar! ¡Si de un metisaca muere un toro, figúrate tú si no iba a haber lugar!

—¿Sí?

—¡Sí! —le suelto ya cabreado—. ¡Sí! ¡Tenías que ver las cabras! ¿Me vas a decir a mí lo que sí y lo que no? ¡Sí!

Un rato grande pasó y yo le conté a don Celestino, no fuera a quedar uno por lo que no era: le dije lo que pasó y lo que no pasó y hasta le conté que estuve rezando para que pasara lo que pasó, que se quedara preñada.

—¿Eso estuviste tú haciendo? ¡Para comerte! —me dice la Encarna, ya más contenta, acharada de oírme hablar tan seguido y tan tirando bocados.

—Rezando estuve, que lo sepas.

—¡Uhm! —me dice la Encarna, sacándome la lengua.

Allí hablamos muchísimo, como yo nunca volveré a hablar, y se nos pasó el disgusto y la Encarna estuvo tocándome la cicatriz de la mano y me dijo que ya no le importaba nada del mundo, que después del disgusto tan grandísimo que tuvo todos aquellos meses, ni morirle le preocupaba. Le quedaba el hipo, pero estaba contenta y me dio un beso y después otro y me dijo que tenía que limpiarme los dientes y que me iba a comprar un cepillo.

A lo último le dije que se fuera donde el Pepe, mi hermano, que el gasto que hiciera, yo se lo pagaría cuando me sacaran de allí.

—Se viene a mi casa a pelear con mi vieja y conmigo —dijo don Celestino—, así no le deberéis nada a nadie y a mí me hacéis un favor.

Todavía, antes de salir, me preguntó la Encarna si era verdad que el crío aquel era mío. No creo que eso le haya pasado nunca a nadie, porque, hasta en eso, lo mío tuvo que ser especial.

Cuando me quedé solo, lloré, recé y pensé que cuando naciera aquel cachorro, estaría delante don Celestino para que lo cuidara como yo cuidé al Juanito cuando lo lastimó el gandano.

Me tapaba los ojos y veía bandos y bandos de corzos, de cochinos, de pájaros perdices, veía la tierra blanda llena de hechíos de conejo, y las palomas dando

singladas encima de los eucaliptos. Yo no sé qué calentura me entró, qué ansias de vivir, que el cuarto se me quedaba chico. Me parecía que al momento me iban a sacar de allí, que todos se pondrían muy contentos al saber que iba a tener un hijo.

No quería Dios que se acabara mi casta. Aquel cachito de carne era mío, más mío que de la Encarna, porque yo se lo pedí a la Virgen y ella ni supo que se lo hice. También tuve que saltar una linde para cobrar un hijo.

Cómo estaría yo de contento que llamé a don Fermín y se lo dije:

—Ese, le calentará la cabeza a don Gumersindo y al hijo de don Gumersindo, si es que la pava tiene gracia para quedarse preñada y no sale machorra.

—¡Lo que te faltaba! ¡Y lo dices tan contento!

—Ese, será mejor que nadie. Ese, no la mula, la Zarza entera se la echará a la espalda.

—¿Y si sale hembra?

—No puede salir hembra. No tiene nadie en su familia que sea hembra, ni que lo haya sido nunca.

—¿Y su madre?

—Tampoco ella es de casta de hembra.

Don Fermín se hacía cruces y cuando le dije que me quería casar ya mismo, me contestó:

—No creo que el juez de los vagos y los maleantes te deje casarte. Tú eres un preso.

—¿También manda el juez en eso?

—Tú estás preso. ¿O todavía no te has enterado?

—Me soltarán pronto.

—Yo no lo creo así, para que tú veas. ¡Y vaya mierda de boda que ibais a hacer ella aquí y tú donde te manden!

—¿Me van a mandar fuera?

—Lo que te van a mandar yo no lo sé, pero lo que sí sé es que si no sientas la cabeza, vaya un ejemplo que va a tener tu hijo. El hijo de un preso de los vagos y los maleantes: lo último que hay, que ni mérito de hacer un delito tienen. El que roba, roba, pero las raterías y el vivir molestando a la gente, trae esas cosas. Tú no te

olvides, que por sí o por no, aquí te trajeron por ladrón y para el juez tú no lo hiciste aquella vez, pero lo harás a la próxima.

De todo lo que me hicieron y me dijeron desde que me metieron preso, nada me dolió como lo que me dijo don Fermín. Era verdad que a mí me habían puesto el hierro del ladrón y el de los vagos y los maleantes. Nadie me lo había quitado todavía y, al pasar el tiempo, alguien podía decirle a mi hijo:

—Tu padre fue esto y lo otro.

Veía yo los encalijos, las rejas, la gente negra de la justicia: el juez, don Senén, el abogado de don Gumersindo, la máquina de escribir, taca, taca, taca. Todo aquello que me quería poner de vago y de maleante. Pensaba yo en mi padre, en mi abuelo, en la lobera, el monte con mis perros y las cosas limpias que me habían hecho hombre. Si yo, de repente, me muriera, si a mí me quitaban del pueblo y crecía mi hijo sin tenerme a su vera, nada sabría de su casta, de las cosas que a mí me engloriaban y que tenía obligación de enseñarle.

Yo no tenía otra cosa, yo tenía que dejar a mi casta lo que mi casta me dejó a mí. Si yo callaba, callaba para mí, para seguir viviendo a mi aire cuando me sacaran de la cárcel para ir a calentar las orejas a don Senén, a don Gumersindo, a la Casa de Postas. Con cerrar la boca, vería chocar al juez con la justicia, porque la mentira escupe su verdad, a don Gumersindo con el vedado porque terminarían por ordenar las venadas, a todos contra todos. Pero ¿y mi hijo?

Por eso se me subieron las ganas de decir la verdad a la boca. La verdad de lo malo y de lo bueno, la que te ata de pies y manos para los restos. Yo diría la verdad, pero no al juez ni a los civiles, no al miedo ni al palo, no al interés de encontrar la caponera en la guardería de la Zarza. Diría la verdad a mi hijo, que era mi sangre, mi casta.

Yo iba a decirla y que los demás se saltaran esa linde si tenían fuerzas. La diría aunque me taparan la boca, los que me quieren y los que no me quieren, porque yo ya había hecho mi ojeo y a otros les tocaba disparar.

Por eso le pedí a don Fermín que me trajera un cuaderno y un lápiz para escribir todas mis cosas.

—Lo que me apuntaron los civiles cabe en una hoja: yo voy a llenar un libro —le dije.

—¿Que vas a escribir un libro? ¡Para comerte! ¿Te piensas tú que cualquier borrico es capaz de escribir de corrido? Los años que llevo yo con la máquina en los dedos y la de novelas que he leído y ni por esas se me ha ocurrido un disparate así.

Se tronchaba de reír y de burrearse de mí, pero me trajo un cuaderno y un lápiz, luego otro cuaderno, y otro y otro más, porque yo se los pedía.



LUIS BERENGUER y MORENO de GUERRA, (Ferrol (La Coruña) 11 de diciembre de 1923 - San Fernando (Cádiz) 14 de septiembre de 1979). Es capitán de fragata e ingeniero de la Armada. Está casado y tiene once hijos. Hasta ahora ha publicado tres novelas, todas ellas con premio. La primera, publicada en 1967, El mundo de Juan Lobón, fue premio de la Crítica 1968. Marea escorada, apareció en 1968, y después de ser finalista en el premio Alfaguara, recibió el premio Nacional de Literatura «Miguel de Cervantes» 1969. Por último, en este mismo año de 1972, se le ha concedido el premio Alfaguara, instituido en memoria de don Pío Baroja, y de cuyo jurado es presidente Camilo José Cela; la novela premiada es Leña verde. Cualquiera diría que el autor, por lo que dice las pocas veces que habla de sí mismo, no toma demasiado en serio su literatura, o su «habilidad» literaria, como él dice. En su opinión hacer literatura tiene el mismo mérito que hacer títeres o tener puntería. Es cuestión de habilidad. No es caso de discutirle eso. Pero lean ustedes atentamente este Mundo de Juan Lobón y luego comparen con eso de hacer títeres. O lean la última de sus novelas.

El autor dice también que las cosas, un poco por casualidad, «salen siempre mejor de lo que uno espera», y que no es mérito que salgan bien. Ese despego hacia su obra ya realizada, puede que nos sorprenda, pero es bastante explicable. Cuando se han leído sus novelas se comprende: no hace falta que nadie las defienda, no necesitan explicaciones. Están vivas. Son documentos tan oportunos que no es extraño que el autor se diese prisa en recogerlos, celoso de que «alguien —dice— se me adelantase a escribir esta fábula, que estaba, a medio tiro de escopeta, dispuesta a dejarse matar

por el primero que apretase el gatillo». Y celoso también, podría añadirse, de que un poco más tarde la fábula dejase de ser verdad. Concretamente El mundo de Juan Lobón es una epopeya, y este género sólo es posible y válido cuando se fija en los papeles en el mismo momento en que está ocurriendo la vida o la muerte de sus protagonistas, o al menos cuando el paisaje, el mundo todo que los rodea, aún tiene fuerza para encandilar al poeta. Es la epopeya de los últimos hombres de una raza, la de los cazadores, extinguidos a manos de las leyes cinegéticas y de los deportistas. A manos de una justicia que ya ha dejado de ser justicia de la naturaleza.

Al parecer, lo mismo ha buscado el autor en sus otras novelas: contar la historia de hombres «fin de raza». Esos hombres que mal que nos pese, sin culpa ni mérito de nadie son como la «leña verde»: mucho humo pero no calientan.

Premio de la Crítica de narrativa castellana 1968

http://es.wikipedia.org/wiki/Luis_Berenguer